

NINGÚN TIEMPO COMO EL FUTURO



Nelson Bond



Nelson Bond

Título original: No Time Like the Future

© 1954 by Nelson Bond

© 1964 Editorial EDHASA

Depósito legal: B. 24.795-1966

Edición digital: Umbriel

R5 11/02

ÍNDICE

Factor vital, (Vital Factor © 1951)

La voz del extraño cubo, (The Voice from the Curious Cube © 1937)

¿Quién oprime el botón? (Button, Button © 1954)

La isla del conquistador, (Conquerors' Isle © 1946)

La vida continua, (Life Goes On © 1950)

Extraño naufrago, (Uncommon Castaway © 1949)

La astucia de la bestia, (The Cunning of the Beast © 1942)

La última avanzada, (The Last Outpost © 1948)

¡Vedlo! ¡el pájaro!, (And Lo! The Bird © 1950)

Ésta es la tierra, (This Is the Land © 1951)

El mundo de William Gresham, (The World of William Gresham © 1951)

¡El cohete lunar aterriza! (The Silent Planet © 1951)

FACTOR VITAL

¿A quién enviaremos en busca de este nuevo mundo? ¿Quién nos parecerá Suficiente?

MILTON. Paraíso Perdido

Wayne Crowder se llamaba a sí mismo un hombre poderoso. Aquellos que le conocían mejor (aunque no había nadie que le conociese verdaderamente bien) utilizaban adjetivos hasta cierto punto lisonjeros para él. Era, según decían estas personas, un hombre frío e implacable; un hombre de voluntad de hierro e inflexible decisión; un hombre cuyo corazón corría parejas con su mandíbula de granito. No es que fuese astuto, inmoral o injusto. Solamente era duro. Un hombre que quería las cosas a su manera... y las conseguía.

En una época que ve más el naufragio que el triunfo de las fortunas, Crowder demostró su habilidad y talento enriqueciéndose. Aun en estos días en que tan duro precio hay que pagar por todo, un hombre atrevido y resuelto que no admite obstáculos puede conseguirlo. Wayne Crowder lo consiguió. Patentó un sencillo artículo doméstico de uso general, lo vendió a un precio irrisorio que hizo trizas a todos los posibles competidores, y se convirtió en un multimillonario a pesar de los astronómicos impuestos que tenía que pagar al Departamento de la Renta Nacional..Se construyó un orgulloso rascacielos, en cuya cumbre instaló su despacho particular. Vivía en las nubes, tanto en el sentido figurado como en el verdadero. Sus empleados eran subordinados en el verdadero sentido de la palabra.

Crowder constituía el ejemplo final del hombre de negocios completamente desapasionado: dueño de sí mismo, falto de amenidad, enérgico, astuto. Incluso aquellos periódicos untuosos y caros que se dedican a adular a los ricos y a los poderosos eran incapaces de hallar frases cordiales y lisonjeras cuando se referían a Wayne Crowder. Sólo sabían llamarle un hombre de hielo, de piedra, tinta y acero. Y en líneas generales, este juicio era exacto. Pero él les dio una sorpresa.

Una tarde dijo a su secretario:

—Reúna a mis ingenieros.

Los ingenieros tomaron asiento en actitud deferente ante la maciza mesa del jefe. Wayne Crowder les dijo con laconismo:

—Señores... quiero que me construyan una astronave.

Los ingenieros le miraron y luego se miraron entre sí sin poder ocultar su extrañeza. El que hacía las veces de portavoz de los reunidos carraspeó.

—¿Una astronave, señor Crowder?

—He resuelto —dijo el millonario— ser el hombre que dará la navegación interplanetaria a la Humanidad. Uno de los expertos dijo:

—Si usted lo desea, señor, podemos trazar los planos de semejante nave. Eso no es difícil. Los planos esenciales existen desde hace muchos años; la base de los mismos es el submarino. Pero...

—¿Qué?

—Pero el motor que impulse a esta nave — dijo francamente el ingeniero — eso es lo que nosotros no podemos darle. El hombre lo busca desde hace docenas de años, pero la solución aún no se ha encontrado. Dicho en otras palabras: podemos construir la astronave que usted pide, pero nos consideramos incapaces de levantar a dicha nave de la superficie de la Tierra.

—Ustedes tracen los planos de la nave — dijo Crowder— y yo me ocuparé de encontrar el motor que les hace falta.

El primer ingeniero preguntó:

—¿Dónde?

A lo que Crowder repuso;

—Pregunta muy adecuada. He aquí mi respuesta: no lo sé. Pero en algún lugar de este mundo existe el hombre que conoce ese secreto... y que me lo revelará si yo le proporciono el dinero necesario para convertir su teoría en realidad. Encontraré a ese hombre.

—Se verá usted asediado por una turba de chiflados.

—Lo sé. Ustedes deben ayudarme a separar el trigo de la cizaña. Pero todo aquel que se presente con una idea prometedor, por fantástica que parezca, gozará de la oportunidad de demostrar lo que es capaz de hacer.

—¿Quiere usted decir que está dispuesto a subvencionar sus experimentos? ¡Eso le costará una fortuna!

—Tengo una fortuna —dijo Crowder con brevedad—. Ahora, manos a la obra. Ustedes constrúyanme la nave, y yo haré que se eleve.

Luego Wayne Crowder convocó una conferencia de prensa. Aparecieron artículos sensacionalistas, divertidos y bastante maliciosos. Los sindicatos periodísticos se deleitaron ofreciendo al mundo los pormenores y detalles de la Locura de Crowder... la oferta que había hecho el magnate, de cien mil dólares en efectivo, al hombre que hiciese posible que una nave se elevase de nuestro planeta. Pero la historia llegó hasta los confines más recónditos del globo y la oferta circuló en una docena de lenguas diferentes.

La predicción de los ingenieros se cumplió al pie de la letra. Las oficinas de Crowder se convirtieron en la Meca y el refugio de todos los chiflados de la Humanidad; sus planos y modelos a escala abarrotaban los corredores, sus cartas constituían un diluvio de tinta que amenazaba sumergir al personal destinado a clasificar, examinar y analizar todas las propuestas, pese a que dicho personal se había duplicado. Crowder sólo recibía a aquellos pocos que conseguían pasar la criba de sus cancerberos. Despedía a la mayor parte de aquéllos, si bien conservaba a algunos, asignándoles un sueldo y poniéndolos a trabajar. Invertió una suma que hubiera servido para el rescate de un príncipe en la construcción de nuevos laboratorios. Sus amplios terrenos de prueba se convirtieron en el taller manicomial de una veintena de pretendidos conquistadores del espacio.

Así fueron pasando las semanas; la astronave diseñada por los ingenieros dejó la mesa de los delineantes para empezar a convertirse en realidad. Sin embargo, todavía ninguno de los subvencionados había conseguido demostrar que el motor que él presentaba —ya fuese de vapor o explosión, de gas, atómico o de cualquier otro combustible— sería capaz de levantar a aquel monstruo metálico de la superficie de la Tierra. Se realizaron muchas pruebas, algunas cómicas, otras trágicas. Pero todas terminaron en fracaso.

A pesar de ello, Crowder seguía aferrado a su obsesión.

—Vendrá —decía—. Con dinero y decisión se compra todo. Vendrá tarde o temprano.

Y resultó que tenía razón. Un día se presentó en su despacho un individuo. Era un hombrecillo insignificante. Aún lo parecía más en aquella inmensa estancia. Aparecía empequeñecido en las vastas profundidades de una enorme butaca... Tenía los ojos a la altura de la maciza mesa de despacho de Crowder. A diferencia de sus predecesores, no llevaba una abultada cartera conteniendo planos, esquemas o fórmulas. También difería de los demás en que no fanfarroneaba, ni se encogía o se deshacía en adulaciones. Era un hombrecillo de aspecto agradable, de ojillos y movimientos de pájaro, alerta y sonriente.

Se limitó a decir:

—Me llamo Wilkins. Puedo impulsar esa nave que usted desea.

—¿De veras? —dijo Crowder.

—Pero no tendrá nada que ver con ese disparatado y enorme proyectil que están construyendo sus ingenieros. Los cohetes constituyen un estúpido despilfarro de tiempo. Mi motor requiere otro tipo de nave.

—¿Dónde están sus planos? —le preguntó Crowder.

—Aquí — respondió el hombrecillo golpeándose la frente.

Crowder dijo sin inmutarse:

—Mantengo a un par de docenas de individuos que dicen lo mismo. Ninguno de ellos ha conseguido nada. ¿Qué le hace a usted creer que su idea tendrá resultado?

—Los platillos volantes —replicó el hombrecillo.

—¿Eh?

—He penetrado su secreto. Mi proyecto se basa en el principio que impulsa a esas naves. Y éste no es otro que el electromagnetismo. La utilización de la fuerza de gravedad. O la fuerza opuesta: la antigravedad.

—Muchísimas gracias —dijo Crowder, levantándose—. Ahora, si usted me permite...

—¡Espere usted! — le ordenó el hombrecillo —. Aún hay otra cosa. Esto.

A tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó del bolsillo un objeto metálico del tamaño y la forma de un cenicero. Suspendiéndolo sobre la mesa de Crowder... retiró la mano. El objeto permaneció inmóvil en el aire. Crowder lo tocó. Notó un ligero hormigueo en la yema de sus dedos, pero el objeto no cayó. Crowder sentose de nuevo lentamente.

—Me basta —dijo—. ¿Qué necesita usted?

—Ya ha establecido usted un precio muy bueno por mis servicios —dijo Wilkins—. Sólo le pediré tres cosas más. Un taller en el que pueda construir un prototipo basado en este modelo. La ayuda de mecánicos expertos. Y una respuesta.

Crowder enarcó las cejas. —¿Una respuesta?

—La respuesta a una pregunta. ¿Por qué desea usted en tan gran manera construir esta nave?

—Porque amo el poder —repuso francamente Crowder—. Porque soy ambicioso. Quiero ser el primero en conquistar el espacio porque esto me hará más poderoso, más rico y más fuerte que cualquier otro de mis semejantes. Yo seré el amo, no sólo de un mundo, sino de todos los mundos.

—Sincera respuesta, en verdad — observó Wilkins —, si bien extraña.

—¿Qué otra podía darle?

—Yo puedo darle otra —dijo el hombrecillo con expresión pensativa—. Yo quiero irme de este planeta y dirigirme a cualquier otro lugar — a Marte, quizá —, porque todavía existen por descubrir extrañas bellezas. Porque me aguardan crepúsculos purpúreos sobre yermas soledades, mientras en el cielo nocturno tachonado de estrellas el tenue y frío aire de un mundo moribundo se agita en inquietos suspiros por los valles de los secos canales. Porque desde aquí su vivo y lejano brillo en los cielos semeja un doloroso rubí clavado en mi corazón, y mi aliña desfallece de añoranza, anhelando poner la planta sobre otro mundo que aún no haya sido pisado por el hombre.

Crowder le atajó bruscamente:

—Es usted un sentimental. Pero a mí sólo me interesa la lógica. No importa. Podemos trabajar juntos. Mañana por la mañana tendrá usted el taller a punto.

Cuatro meses más tarde, bajo la humeante colina de un crepúsculo otoñal, los dos hombres estaban sentados de nuevo uno frente a otro. Aunque esta vez no se hallaban en el rascacielos de Crowder, sino agazapados en la estrecha cabina de una pequeña nave discoidal construida por los ingenieros de Crowder de acuerdo con los planos de Wilkins. En el exterior, una ingente multitud se hallaba reunida para presenciar el vuelo de prueba. El gentío se agitaba y murmuraba, en una espera impaciente, mientras, en el interior de la cabina del disco, Wilkins instalaba la última parte secreta cuya naturaleza no había revelado a los que le ayudaron a construir su aparato.

El hombrecillo empalmó un alambre, realizó un pequeño ajuste en otro lugar, mientras Crowder lanzaba gruñidos de impaciencia.

—¿Bien, Wilkins? ¿A qué esperamos?

—No esperamos nada. —Wilkins dejó sus herramientas, se dirigió al borde exterior de la nave de curiosa forma y levantó una pantalla metálica que le permitió contemplar el terreno de pruebas—. Tal vez sea... sentimentalismo. El deseo de contemplar una vez más las escenas familiares de la Tierra.

—¡Déjese usted de sensiblerías! —rezongó Crowder—. ¿O es que tiene miedo? ¿Tal vez ha pensado que su invento no funcionará, después de todo?

—Funcionará.

—Entonces, ponga el motor en marcha. Déjeme que oiga su rugido y note el arranque cuando nos libremos de la gravedad terrestre para volar hacia el espacio exterior. Cuando esto llegue, quizá yo también comparta su sentimentalismo.

El hombrecillo cerró la escotilla y volvió a situarse ante los mandos. Tocó una palanca y accionó una llave. Sus manos se movían con ademán soñador sobre el tablero. Crowder dijo con displicencia:

—Empiezo a desconfiar de usted, Wilkins. Como esto resulte ser un fraude... ¿Cuándo vamos a despegar? Usted dijo que lo haríamos a las cinco en punto, y ahora son... —consultó su reloj—...ahora son las cinco y dos minutos. ¿Bien? ¿Es que no nos movemos?

—Ya nos estamos moviendo —repuso Wilkins.

Levantó de nuevo la pantalla que cubría la portilla. Crowder vio el negro aterciopelado del espacio, salpicado con millares de estrellas arremolinadas. Bajo ellos la Tierra retrocedía, semejante a un vagón de juguete... una moneda... una luciérnaga.

—¡Dios mío! —exclamó Crowder, tratando de ponerse en pie—. ¡Dios mío, es verdad! ¡Lo ha conseguido usted, Wilkins!

El hombrecillo sonrió.

Crowder experimentó un júbilo inenarrable. Por último aquel hombre frío y duro conoció una emoción. Gritó en son de triunfo:

—¡Entonces, eso quiere decir que yo tenía razón! No hay nada que no se pueda comprar con decisión y dinero. Prometí ser el primer hombre que conquistaría el espacio, y he cumplido mi promesa. Es un triunfo del poder y de la ambición.

—Y del sentimiento —dijo Wilkins.

—¡Váyase usted al diablo! Sus sueños y proyectos hubieran muerto antes de nacer, de no haber sido por mí. Fui yo quien hizo esto posible, Wilkins; no lo olvide. Mi capital, mi poderío, mi voluntad.

Contempló la Tierra distante con ojos llameantes.

—Esto no es más que el comienzo — dijo —. Construiremos un modelo mayor, capaz de contener a un centenar de personas. Prepararemos la primera invasión de otro mundo. Forjaré un nuevo imperio... en Marte. Regresemos ya, Wilkins.

—No — dijo Wilkins —. Me parece que no.

—¿Cómo? Hemos demostrado que esta nave puede «levarse. Ahora volvamos y preparémonos para más largas travesías.

—Nada de eso — dijo el hombrecillo—. Continuaremos adelante.

—¿Qué significa esto? —rugió Crowder—. ¿Se atreve usted a desafiarme? ¿Se ha vuelto loco?

—No —dijo Wilkins—. Sentimental.

Entonces se quitó la chaqueta. Luego deshizo el nudo de su corbata y se despojó de la camisa, los pantalones y los zapatos. Bajo sus ropas surgió otro atavío, unas extrañas y brillantes vestiduras totalmente distintas a todo cuanto Crowder había visto hasta entonces. Una tela rutilante, de apretada malla y de un tono dorado, que subrayaba de un modo extraño las características no humanas de su desmedrado físico. Dirigió una

sonrisa a Crowder una sonrisa amistosa. Pero no era la sonrisa de un ser nacido sobre la Tierra.

—Su dinero y su ambición me han allanado el camino — observó el marciano—, pero el sentimiento fue el factor vital que me hizo acudir a usted. Comprenda... deseaba regresar a mi hogar.

LA VOZ DEL EXTRAÑO CUBO

Todo Xuthil bullía de excitación. Las anchas carreteras, las serpenteantes rampas que conducían al foro público se hallaban abarrotadas con los cuerpos de cien mil habitantes, que avanzaban a codazos y empujones, mientras en los barrios residenciales de la capital, millones de moradores que no podían presenciar el espectáculo de primera mano, esperaban ansiosamente junto a sus menmiisores a que llegasen las primeras noticias..

El extraño cubo se había abierto. La gigantesca losa de mármol, cuya* enhiestas y brillantes paredes se alzaban á centenares de pies sobre las cabezas de los xuthilianos más altos, y cuya gran base cuadrada que tenía más de un centenar de anchos de casa por lado, acababa de abrirse apenas hacía unas horas... un bloque perfectamente engrasado se deslizó hacia atrás, mostrando un negro pozo que abría su boca tenebrosa en las profundidades.

Un grupo de atrevidos exploradores, armados hasta los dientes, habían penetrado ya en las entrañas del extraño cubo. No tardarían en regresar para rendir un informe público, y era esto lo que todo Xuthil esperaba conteniendo el aliento.

Ningún ser viviente conocía la finalidad — o se atrevía a calcular la tremenda antigüedad — de aquel extraño cubo. Los más antiguos documentos que figuraban en las bibliotecas xuthilianas mencionaban ya su existencia, atribuyéndole un origen divino. Pues había que reconocer que ni siquiera las hábiles manos de la raza que entonces dominaba la Tierra hubieran podido alzar tan gigantesca construcción. Era obra de los titanes o de algún dios.

Así es que, con los menavisores sintonizados con el foro para captar las primeras imágenes mentales que desde allí retransmitirían los miembros del grupo de exploración, todo Xuthil zumbaba presa de una actividad febril.

De pronto una pálida luminosidad glauca inundó las pantallas reflectoras de los menavisores, y un estremecimiento recorrió las hileras de espectadores. El grupo de exploración había regresado. Tul, el jefe de todos los sabios xuthilianos, subió al estrado circular con su frente ancha e inteligente fruncida por una arruga de preocupación. Sus seguidores avanzaban tras él con aspecto igualmente abrumado.

Tul se colocó ante la unidad proyectura de imágenes. Al mismo tiempo una confusa escena comenzó a grabarse en las mentes de su auditorio... una imagen que se iba haciendo cada vez más clara y distinta a medida que el contacto mental se hacía más fuerte.

Todos y cada uno de los xuthilianos se vieron avanzando tras el resplandor que proyectaba una potente lámpara por un largo corredor de mármol que descendía en línea recta. Era un pasadizo de bóveda elevadísima formado por sillares que ajustaban sin dejar resquicio aparente entre sí. Sus pies hollaban las telarañas y el polvo de los siglos y el aire guardaba el mohoso perfume de los años que fueron. Alguien dirigió el rayo de uña lámpara hacia el techo del pasadizo, y su luz se perdió en las vastas proporciones de la cámara abovedada.

Luego el pasadizo se ensanchó, convirtiéndose en un gran anfiteatro... una estancia inmensa que hacía parecer insignificante el espacioso foro xuthiliano. Todos cuantos

contemplaban los menavisores se vieron avanzar telepáticamente, repitiendo lo que había hecho Tul, con pasos apresurados, para luego detenerse y pasear el rayo de la lámpara por el lugar más extraño que imaginarse pueda. Hilera sobre hilera de cajones metidos en nichos, cubiertos de placas de bronce en las que se veían jeroglíficos grabados... éste era el contenido del extraño cubo. Ésto, y nada más.

La imagen se hizo borrosa y terminó por desvanecerse. Los pensamientos de Tul la sustituyeron, comunicándose directamente a cada espectador.

—Es innegable que existe un enorme misterio que aún hay que resolver por lo que se refiere a este curioso cubo. Ignoramos lo que contienen estos cajones. Tal vez sean archivos de una raza extinguida hace mucho tiempo. Mas harán falta largos años de duro trabajo, aun contando con el instrumental más moderno, para abrir tan sólo uno de estos titánicos estantes. Su gigantesco tamaño e intrincada construcción frustrará todos nuestros esfuerzos. Si fueron seres vivientes quienes construyeron este extraño cubo — y debemos suponer que lo fueron — su organismo debía de estar hecho a una escala tan inmensamente superior a la del nuestro, que nos consideramos totalmente incapaces de comprender la finalidad de sus instrumentos. Solamente una de las cosas encontradas en el interior del cubo puede compararse hasta cierto punto con aparatos que nosotros conocemos y manejamos.

Volviéndose, Tul hizo una seña a dos de sus ayudantes. Éstos avanzaron, tambaleándose bajo el peso de una enorme losa de piedra de forma circular, montada en el interior de un cuadrado que parecía hecho de un extraño material fibroso. A esta gigantesca plataforma se hallaba sujeto un grueso cable elástico, de un diámetro casi dos veces mayor al del cuerpo de quienes lo transportaban.

—El cable sujeto a esta losa — continuó Tul — es larguísimo. Penetra hasta el mismo corazón del extraño cubo. Es evidente que tiene alguna relación con su secreto, pero ignoramos cuál pueda ser esta relación. Nuestros ingenieros tendrán que desmontar la losa para descubrir el enigma que oculta. Como ustedes pueden ver, es un cuerpo de naturaleza sólida...

Tul subió sobre la losa...

Cuando Tul trepó sobre el botón pulsador, la corriente inactiva que dormía desde hacía siglos en las baterías se puso en movimiento, y de las tenebrosas profundidades del curioso cubo un altavoz accionado eléctricamente habló:

«Hombres — dijo una voz humana —, hombres del siglo cincuenta... nosotros, vuestros hermanos del siglo veinticinco, acudimos a vosotros. En nombre de la Humanidad, os pedimos ayuda.

«Mientras pronuncio estas palabras, nuestro sistema solar se hunde en el seno de una nube de cloro de la que no saldrá durante cientos de años. Toda la Humanidad está condenada a la destrucción. En esta bóveda especialmente construida hemos depositado, para que en ella reposen, las diez mil mentes más preclaras de la Tierra, cerradas herméticamente para que permanezcan sumidas en un sueño cataléptico hasta el siglo cincuenta. Entonces, el peligro ya habrá pasado.

»Por último, se ha abierto la puerta de nuestra cripta. Si aún quedan hombres vivos y la atmósfera es pura, que alguien baje la palanca situada junto a la puerta de nuestro panteón y nosotros nos despertaremos.

»Si ningún hombre oye esta súplica; si no queda ningún hombre vivo, entonces adiós, mundo. Los dormidos restos de la raza del hombre dormirán por toda la Eternidad.»

—Es un cuerpo sólido — repitió Tul —. Sin embargo, como pueden ver, parece ceder ligeramente. — Continuó con cierta vacilación —. Ciudadanos de Xuthil, este misterio nos parece tan desconcertante como a todos vosotros. Pero podéis estar convencidos de que el consejo de sabios hará todos los esfuerzos posibles por resolverlo.

El verdoso resplandor de los menavisores se desvaneció. Xuthil, perplejo y maravillado, volvió a sus quehaceres diarios. En las esquinas y en las salas, en los hogares y las oficinas, los xuthilianos se detenían brevemente para tocarse mutuamente con las antenas y comentar el extraño suceso.

Pues hay que saber que la voz surgida del extraño cubo no fue escuchada por criatura humana. Los dueños del mundo en el siglo cincuenta eran hormigas... y las hormigas no oyen.

¿QUIÉN OPRIME EL BOTÓN?

Sería mejor, se dijo, no tener que mirarlo. Resultaría más fácil si tuviese algo, lo que fuese, para ocupar las manos. Pero todos los instrumentos — excepto aquél, desde luego— eran completamente automáticos. Estaba prohibido fumar en todos los compartimientos excepto en la sala de recreo. Y uno terminaba por cansarse y por sentirse solo. Entonces se iba insinuando poco a poco aquella opresora desazón. Uno se volvía cada vez más consciente de su propia soledad; del apretado y estrecho círculo formado por las propias ideas; de la tensión y la tentación crecientes.

Resultaba curioso que aquella tentación estuviese simbolizada por un disco de poco más de un centímetro de diámetro y que apenas pesaba media onza. Era inquietante pensar que un objeto frío e inanimado pudiese despertar aquel turbio impulso. Era increíble que el tormento pudiese asumir la imagen de un diminuto botón carmesí.

Jeff Corcoran tendió la mano para tocar apenas aquel botón, rozándolo suavemente, sin oprimirlo. Su superficie era suave bajo las yemas de sus dedos, suave, fría e infinitamente tentadora. Haciendo un brusco esfuerzo retiró la mano. Recogió con sus dedos los naipes esparcidos ante él y los barajó con furiosa intensidad, para colocarlos de nuevo ante él, con ademán terco y obstinado, iniciando otro de aquellos interminables solitarios que hacía para matar el tiempo.

Doce solitarios y treinta aburridos minutos después, Bob Craig hizo su aparición. Avanzó perezosamente hacia el puesto del artillero, escogiendo los asideros con la gracia felina del que casi ha olvidado ya cómo hay que moverse sin semejantes ayudas. Su progreso era más una flotación dirigida que una marcha. Se acomodó en la silla de contorno anatómico situada al lado de Jeff, mirando con expresión divertida y burlona los naipes colocados ordenadamente ante el más joven de los dos.

—A veces esto resulta un poco aburrido, ¿eh, Corcoran?

Jeff repuso:

—Esta observación, amigo mío, merece ganar el Premio Interplanetario de la Perogrullada para el año 1981. Esos quejumbrosos aullidos que oyes a lo lejos son producidos por mis sentidos personales que piden a gritos que los suelten.

Craig sonrió.

—Lo sabía. La vida en la Rueda resulta a veces extraordinariamente monótona. Pero eso sucede con todas las tareas rutinarias. Si quieres aburrimiento en estado químicamente puro, trabaja en la línea de Venus por algún tiempo. Veintiuna semanas en una campana de vacío, sin otra cosa que ver como no sean las repelentes fachadas de un grupo de colegas, y terminas por detestarlos de todo corazón antes de que haya transcurrido ni tan siquiera un mes.

—Reconozco que debe ser aburrido —concedió Jeff—. Pero no...

Se interrumpió de pronto. Craig enarcó las cejas.

—¿No qué?

—Nada — dijo Jeff —. Divagaba. Me parece que empiezo a estar sobresaturado de espacio. Bueno... ¿Es la hora del relevo?

—Casi.

Los dos hombres cambiaron de lugar. Craig echó una ojeada al cronómetro, dio un golpecito al botón del control de tiempo y comunicó su entrada en servicio:

—Once cincuenta y nueve, hora de Greenwich. El teniente Craig releva al alférez Corcoran en el puesto de artillero. Corto.

Se repantigó en la silla giratoria situada entre los mandos, sacó los pies de los sujetadores, los colocó sobre el cuadro de mandos situado ante él, y dejó escapar un suspiro.

—Y así empieza otro emocionante capítulo en la azarosa vida de Bobby Craig, el Chico de la Rueda —declamó en son de mofa—. Ayer dejamos a nuestro héroe lidiando a brazo partido con Morfeo, el ogro feroz, en cuyos brazos él no era más que un niño desvalido. Hoy...

Jeff le atajó de pronto::

—Oye, Craig...

—¿Eh?

—Probablemente esto te parecerá una estupidez, pero... ¿qué haces mientras estás de guardia aquí durante dos horas interminables?

—Pues verás — respondió Craig, encogiéndose de hombros—, lo que pide el reglamento que se haga. Comprobar los instrumentos cada quince minutos para no desviarnos del rumbo cero, la trayectoria y la deriva relativas respecto a la Burbuja de allá abajo... —Indicó negligentemente con el pulgar hacia la portilla por la que se veía el globo terrestre destacándose sobre el estrellado ébano del espacio como una gigantesca canica moteada flotando sobre una nube. — Registrar todas las observaciones y noticias radiofónicas relativas a fenómenos meteorológicos, cambios de ionización, o cualquier otra cosa que pudiese afectar los cálculos balísticos... como ves, todo cosas rutinarias. ¿Qué otra cosa se puede hacer aquí?

—Eso es lo que yo quería oír —replicó Jeff, con un deje amargo en la voz —. Nada. ¡No se puede hacer absolutamente nada! Bueno... hasta luego.

Se calzó un par de botas de suela magnética, se puso en pie y alcanzó el primero de una serie de asideros que le ayudarían a trasladarse, casi arrastrándose, desde el borde exterior de la Rueda hasta las salas de esparcimiento, situadas cerca del eje de la misma. Mientras él se alejaba trabajosamente, Bob Craig se inclinó para escudriñar las esferas y hacer una anotación en el cuaderno de bitácora.

Jeff comenzó por dirigirse al baño para tomar una ducha. En el cubículo de la ducha, los chorros de agua semejantes a plumas que brotaban de todos los poros del recinto revoloteaban ingravidos a su alrededor, como una nube danzante. Ésta era una de las pocas cosas buenas, se dijo, que tenía vivir en un satélite artificial a 1.500 kilómetros sobre la superficie de la Tierra. Las gotitas de agua, al no hallarse influidas por la gravedad, no caían en cascada sobre su cuerpo para perderse, sino que se adherían a él como la niebla al pie de unas cataratas. El agua era fresca, vigorizante y deliciosa. Tras dos minutos de aquella rociada se sintió como nuevo. Accionó el mecanismo de succión que hacía desaparecer el agua de la ducha, se alejó flotando de ella, se puso un fresco mono espacial y se dirigió a la cocina para comer un bocado.

McWhorter, el camarero de la Rueda, le dio una jaula de bocadillos, una pelota de té y su aburrida conversación.

—Hola, mister Corcoran. ¿Hay algo de nuevo en la crisis panamericana?

—Que yo sepa, no — dijo Jeff, engullendo un bocado de queso con jamón con ayuda de un sorbo de té que hizo brotar de la esfera de plástico—. ¿Acaso sabe usted algo?

McWhorter denegó con la cabeza.

—No es nada bueno. Hace poco estuvo aquí Van Brugh. Dijo que los federales están reuniendo en masa a los paracaidistas en todas las bases de Sudamérica.

Van Brugh era el oficial de observación. Jeff frunció el ceño.

—¿A pesar de la advertencia de las Naciones Unidas?

—¡Advertencia! Los dictadores no se asustan de las palabras. Acuérdense de lo que pasó en el sesenta y dos. Los comunistas no se detuvieron hasta que la ONU se puso seria de verdad. El único lenguaje que entienden los militaristas es el de la fuerza.

—Pero la fuerza bruta nunca ha resuelto nada, Mac. La ONU demostrará mayor juicio evitando apelar a ella mientras exista la menor posibilidad de compromiso pacífico. A su debido tiempo...

—Tiempo es lo que nos falta — gruñó el camarero — y mientras nosotros estamos charlando los federales aprovechan hasta el último minuto. No tardarán mucho en echarse a la calle. Yo, en el caso de usted — señaló sombríamente al joven oficial —, estaría más que contento de tener en mi mano la posibilidad de hacer algo para resolver esa cuestión.

—Entonces, me alegro de que rio esté en mi lugar — dijo Jeff—. No nos han puesto aquí para que tomemos partido en las discusiones internacionales, Mac. Actuaremos como fuerza policiaca sólo en un caso de emergencia.

McWhorter parecía ligeramente decepcionado.

—No le entiendo a usted, alférez. Le están sacando la lengua a su patria, creo. Usted es norteamericano, ¿no es verdad?

—Sí, nací en los Estados Unidos — reconoció Jeff con mansedumbre —. Pero ahora soy un patrullero. El día que me puse este uniforme, juré servir a toda la Humanidad.

Diciendo estas palabras acarició la brillante insignia que lucía sobre su pecho, en el centro del bolsillo superior de su guerrera: la medalla en forma de Rueda, bajo la cual se leía la altiva leyenda Mundo serviré.

—Ya conoce nuestra divisa, Mac: «Servir al Mundo». Ésta es la función que debe de realizar el patrullero. Servir al mundo... enténdalo bien, no a una sola nación o a un grupo de naciones.

—Desde luego —dijo McWhorter sin poder ocultar su impaciencia —. Pero cuando una banda de energúmenos amenace alterar la paz del mundo, entonces vosotros debéis actuar.

—Cuando se demuestre que existe tal amenaza —replicó Jeff—, nosotros actuaremos..., pero después de maduras y prolongadas reflexiones; no de una manera impulsiva o apresurada, dejándonos llevar únicamente por el odio o la ira. Servimos al mundo. No lo gobernamos.

En la sala de recreo, la crisis panamericana constituía el tema de todas las conversaciones. Allí, sin embargo, los comentarios eran más sobrios y contenidos. Los oficiales que allí se reunían eran antiguos alumnos de la Academia que estaban acostumbrados a las concepciones mundiales, no limitadas por prejuicios geográficos. Dos de ellos, antiguos ciudadanos de la Federación Sudamericana, sentíanse muy embarazados e inquietos a causa del conflicto que se tramaba a mil quinientos kilómetros bajo sus pies.

El argentino Pedro González dijo:

—No puedo dejar de pensar que esas informaciones deben de ser exageradas. Mi país no tiene por costumbre realizar actos de agresión. Estoy seguro de que hallarían cualquier otro medio de resolver sus diferencias con la Alianza Norteamericana sin apelar a la guerra.

Van Brugh intervino, conciliador:

—No creo que llegue la sangre al río. Después de todo, no ha habido una sola guerra en el mundo desde que se construyó la Rueda, o sea desde hace cinco años. Y por muy

buenas razones. No hay nación alguna que sea lo suficientemente poderosa para desafiar a las Naciones Unidas. Todos los países del mundo saben que nosotros cruzamos sobre ellos y observamos hasta el último rincón habitado del Globo cada veinticuatro horas; y lo que aún es más, que dominamos todos los puntos de la Tierra y que con nuestros proyectiles podemos alcanzar el objetivo que nos propongamos. Ninguna nación, por locos que fuesen sus dirigentes, querría arriesgarse en un juego tan desigual.

Manuel da Silva dijo con sombría dignidad:

—No comprendes el carácter de mi pueblo, Jan. Una vez los míos se levanten en armas, nada significa para ellos el peligro, la muerte, ni las probabilidades en contra. Entre una y una docena de bombas se perderían en el Matto Grosso... y aún no habríamos salido de mi país. Además, piensa que somos únicamente un miembro de la Federación. Poco importaría la pérdida de un millón o dos de vidas, si hubiese alguna probabilidad de triunfo. Y no olvidemos tampoco — añadió — que si ellos son vulnerables, también lo somos nosotros. Sus cañones atómicos de largo alcance, pueden alcanzarnos con tanta seguridad como nosotros a ellos. La Rueda, dadas sus dimensiones, es un blanco nada despreciable. Las maniobras militares del año pasado lo demostraron.

Jeff Corcoran se apresuró a intervenir:

—Este razonamiento es falso, Manuel. Durante esas maniobras nosotros éramos un objeto invariable que se movía en una órbita regular. Ahora no es así. Diez minutos después de que se dispare el primer tiro en la Tierra, los cohetes auxiliares de la Rueda cambiarán nuestra altura y velocidad, situándonos en una órbita excéntrica de cálculo imposible, con lo que nos convertiremos en un blanco casi inalcanzable.

—Es cierto — admitió Da Silva —. Pero supón que nos alcanzan antes de que cambiemos de órbita. O aunque no sea así... ¿Cómo podrás disparar tú, artillero, con cierta posibilidad de dar en el blanco, desde una órbita errante? ¿O es que no habías pensado en eso?

Esa idea no se le había ocurrido a Jeff, aunque más bien le produjo alivio. Una cosa era permanecer sentado cómodamente en el puesto de artillería de un satélite artificial que giraba cada dos horas según una órbita calculada en torno a la Tierra, a 1.730 kilómetros de altura y a una velocidad constante de 25.000 kilómetros por hora, y basándose en estos factores conocidos calcular la fórmula balística necesaria para situar un cohete con cabeza atómica sobre un punto determinado de la Tierra. Pero otra cosa muy distinta sería conseguir, aunque sólo fuese un centésimo de tal precisión, en el caso de que tanto el objetivo como el cañón se moviese. Jeff tuvo que reconocer que en tal caso le sería imposible hacerlo. Y ponía muy en duda que hubiese nadie a bordo de la Rueda, incluyendo al propio comandante de la misma, el almirante Berkeley, capaz de dar a los calculadores electrónicos las ecuaciones que permitirían oprimir el gatillo.

Con desazón, dijo:

—La verdad es que estamos hablando de cosas muy improbables. Hay mil probabilidades contra una de que no se declare la guerra.

González sonrió imperceptiblemente.

—No solamente lo esperas tú, Corcoran — dijo, suspirando—, sino también todos nosotros.

La noche cayó de pronto cuando la Rueda entró en el cono de sombra de la Tierra. Corcoran se fue a la Sección de Comunicaciones, donde se mantenía el contacto con la Tierra por medio del visifono. Pidió y obtuvo permiso para hacer una llamada personal. Menos de tres minutos después la aguja le indicó que el contacto se había establecido. Jeff entró en la cabina receptora, oprimió el botón de contacto y la pantalla que tenía ante él se iluminó para mostrarle las facciones de Moira Daniels. Los ojos de la joven se iluminaron cuando reconoció a su comunicante.

—¡Jeff, querido! Cuando el operador me dijo que era una llamada del espacio, ya supuse eme debías de ser tú. ¿Cómo estás?

—Muy bien —dijo Jeff—. Magníficamente. —Y añadió—: ¿Has dicho que supusiste era yo? ¿Quién si no podía ser?

—Vamos, Jeff — dijo Moira, riendo —, no te hagas ahora él novio celoso. Pudieran haber sido muchos otros. Papá, por ejemplo —Pete Daniel era contramaestre en una línea de pasaje regular Tierra-Luna—, o Dick, llamándome desde la Central de Marte, o Wally...

—¿Wally? —dijo Jeff levantando agudamente la voz—. ¿Está nuevamente de servicio? Moira mostró una ligera turbación.

—Sí. Se incorporó de nuevo al servicio activo la semana pasada.

—¡Pero, mujer, si Wally tiene treinta y tres años!

—Treinta y cuatro — le corrigió Moira.

—Peor aún. De todos modos, es demasiado viejo para entrar en acción. ¡Dime, Moira! ¿Cuántos reemplazos han llamado a filas?

Moira respondió gravemente:

—Cinco, Jeff. De los cuarenta y seis a los cincuenta. Es por la crisis panamericana. Aunque supongo que ya estarás enterado.

—Sí, lo he oído y lo he visto todo —dijo Jeff, ceñudo—. Para eso estoy aquí, entre otras cosas.

—Ya lo sé — asintió Moira —. Y nosotros dependemos de vosotros, los de la Rueda. Nuestro campo de visión no es tan grande como el vuestro, Jeff. Así es que haz el favor de velar por nosotros, ¿eh? —El tono de su voz era deliberadamente ligero, pero sus palabras eran serias —. Y no apartes tu dedo del botón — rogó cómica y a la vez gravemente.

—No te preocupes —le prometió Jeff—. Lo haré así —Y entonces, ya que no había llamado a través del vacío con la única finalidad de aumentar la depresión que ya le dominaba, cambió la conversación hacia temas más agradables —. Pero hablemos de ti, Moira. Cuéntame, ¿qué planes tienes? ¿Todo va bien?

—Perfectamente, querido. Mis amigos me han colmado de regalos. Estoy hecha un verdadero lío tratando de decidirme entre una batería de cocina de aluminio y otra de metal. He encargado ya los vestidos de las damas de honor, y Betsy ensaya como una loca para convertirse en la ramilletera más encantadora y elegante que jamás se ha visto en una iglesia. Así es que, como la doncella de la canción, yo estaré dispuesta y esperándote ante el altar para cuando tú regreses...

Un repentino temor se reflejó en su voz y en su mirada.

—Jeff, espero que volverás, ¿verdad? Supongo que no me habrás llamado para decirme que te han anulado el permiso.

—Nada de eso — la tranquilizó Jeff —. No puede predecirse, desde luego, lo que sucederá si la situación empeorase. Pero por lo que sé hasta el momento, no faltaré para desempeñar mi papel en el acontecimiento más grande del siglo.

—Reguemos al Cielo para que nada suceda, Jeff. Si ahora ocurriese algo que trastornase nuestros planes, creo que...

Intervino la voz del visifonista para decir en son de excusa:

—Lo siento, señor. Tendrán ustedes que terminar. Hay una llamada de urgencia.

—Que se vaya al cuerno — gruñó Jeff —. Supongo que ésta no es la única línea Tierra-Rueda. Dela usted por otra...

—Jeff, querido — intervino Moira —. No importa. Ya seguiremos hablando luego. Buenas noches. Me ha hecho mucho bien verte.

—Moira — llamó Jeff. Pero la pantalla se oscureció.

Después de echarle un beso con la punta de los dedos y dirigirle una sonrisa, Moira había cortado la comunicación. Jeff dejó la cabina a regañadientes y se dirigió hacia el

perímetro exterior de la Rueda, donde estaba el Observatorio. Instalándose en una butaca, permaneció algún tiempo contemplando con gesto ceñudo la moteada esfera de la Tierra, que giraba perezosamente bajo la Rueda, que avanzaba vertiginosamente por el espacio.

Invertidas desde el punto de vista geográfico, las masas continentales de las dos Américas se destacaban claramente desde aquel observatorio ideal. «Quizá —se dijo Jeff con una especie de humor salvaje— le haría bien al dictador de la Federación pasarse una temporada en la Rueda. Si desde ella pudiese ver las posiciones relativas de los dos continentes vecinos, sus belicosas ambiciones se calmarían, después de contemplar su continente en lo más alto del mundo.»

Norteamérica. Jeff dirigió su mirada hacia la amplia extensión de los Estados Unidos, y la fijó en el lugar que ocupaba el Estado de Illinois. A un extremo del lago Michigan vio la resplandeciente telaraña que señalaba el emplazamiento de la populosa ciudad de Chicago. Sintiendo una dolorosa punzada en el corazón, se preguntó cuál de aquellos miles de puntitos luminosos correspondía a la casa de Moira.

Cuando después de largo rato se fue a acostar, estuvo dando vueltas entre sus correas durante una hora entera. Por último se sumió en un sueño intranquilo, en el curso del cual se le presentó Moira, que con ademán perplejo trataba de escoger entre una batería de cocina de aluminio y otra de cobre. Se volvió hacia él para implorar su ayuda, pero cada vez que él tomaba en sus manos una cacerola o una sartén para examinarlas, éstas se convertían en un funesto botón carmesí.

Durante todo el día siguiente la tensión fue aumentando de manera regular y sostenida. Las observaciones del amanecer indicaron que los sudamericanos habían vuelto a realizar movimientos durante la noche. En la Sala de Proyecciones se pasó una película ante la ansiosa expectación de todo el personal de la Rueda, en la cual se ofrecían vistas que revelaban íntimamente los puntos neurálgicos de la Tierra, que habían sido observados telescópicamente. Estos puntos iban desde zonas de un diámetro superior a los 150 kilómetros hasta otras, estudiadas detenidamente, que apenas abarcaban 500 metros.

Estas imágenes revelaban sin dejar ningún lugar a dudas las intenciones agresivas de los federales. Jeff calculó que más de cuarenta divisiones estaban reunidas en el Canal de Panamá o en sus proximidades. Aquellos tizones ardientes tarde o temprano tenían que estallar en llamas. No era más que una cuestión de tiempo que saltase la primera chispa... y en aquel momento el mando de la Rueda debería adoptar una decisión. ¿Debería actuar instantáneamente para sofocar la conflagración en ciernes, o esperar a que se levantasen las primeras llamaradas?

Miles de radiogramas cruzaban el espacio. En un reactor salió para Panamá un enviado del Tribunal Internacional. La ONU hizo un nuevo llamamiento a la Federación para que depositase las armas. Cuba ofreció un terreno neutral donde las dos Américas en lucha pudiesen reunirse en torno a una mesa de conferencias para resolver amigablemente sus diferencias.

En Madrid, un grupo de simpatizantes de la Federación rompió los vidrios de las ventanas de la embajada norteamericana. Todos ellos fueron detenidos. Rápidamente se organizó una sociedad española de Amigos de la América Hispana, la cual pagó una fianza para que los detenidos fueran puestos en libertad. Al instante se organizó un desfile monstruo para celebrar su liberación.

En las ciudades de Centroamérica se inició la evacuación de niños. Washington y Río, Bahía y Nueva York se hallaban bajo el toque de queda. Méjico advirtió a todas las naciones que no estaba dispuesto a admitir las violaciones de su espacio aéreo. La tensión aumentaba por momentos en la Tierra... y en el pequeño compartimiento donde Jeff Corcoran permanecía ensimismado sobre un botón carmesí de un centímetro escaso de diámetro y que se hallaba a poco más de un centímetro de su dedo impaciente.

Cumpliendo órdenes recibidas una hora antes, calculó las coordenadas necesarias para enviar un mortífero mensajero desde la Rueda a la capital de la Federación, donde tenía sus reales el dictador de Sudamérica y donde se hallaba el epicentro de la fiebre que se había apoderado de toda la humanidad. Y entonces, mientras el tumulto, en código y vocal, martilleaba en sus oídos, la cólera de Jeff crecía a cada segundo que pasaba.

Esto no es más que una algarabía desordenada, mezclada con improperios y amenazas, se dijo enojado. Interminables cascadas de palabras, que se reúnen para formar el torrente que atemoriza al mundo. ¿Es que no existía paz y silencio en ningún lugar? Sí... ciertamente...

Pensó en su casa de Santa Bárbara; en las verdes y lozanas colinas y en los plácidos campos, en los racimos que' por aquel entonces estarían alcanzando su dulce y aterciopelada madurez. Pensó en su madre, con una toalla a guisa de turbante en la cabeza, con las manchas purpúreas de la vid en sus manos, vestida en traje de faena; en su madre, sola en la humeante fragancia de la vendimia, convirtiendo la pulpa de la uva en sabrosa jalea.

Entretanto su padre la ayudaría en la vendimia. Y su hermanita, con trenzas aún, empujaría la aspiradora para limpiar la casa. Y Tommy, su hermanito, repartiría los periódicos de la noche, con sus tetricos titulares: «Aumenta la amenaza de guerra.» «El Ministro de Defensa impone el toque de queda mientras las esperanzas de paz disminuyen.»

No era justo, se dijo Jeff, que buenas gentes como aquéllas — como los suyos — tuviesen que inquietarse, sentir temor y ver trastornadas sus dichosas vidas porque un tirano que estaba a medio mundo de distancia quería demostrar la fuerza de su despotismo. No era justo. Alguien debía hacer algo para impedirlo. Y en especial alguien que sentía bajo su mano, suave, frío, increíblemente tentador, un disco carmesí sobre el que bastaría una ligerísima presión para que toda aquella injusticia terminase.

Pensó en Moira. En su novia, que estaba comprándose su ajuar; en Moira, eligiendo con seriedad las cacerolas y sartenes con que cocinaría las comidas que ambos compartirían; en Moira, su novia, con sus dulces ojos llenos de turbación.

No era justo, no estaba bien que ni ella ni cualquier otra joven tuviese que enfrentarse con la terrible amenaza de la guerra, con el conocimiento de que muchos de los que irían a la lucha no regresarían jamás. La guerra era muy dura para los hombres. Pero aún lo era más para las mujeres que se quedaban sentadas en sus casas, esperando con los labios blancos y apretados a que llegasen las listas de muertos.

No era justo que sucediesen tales cosas mientras allí, en lo alto, él Jisponía del poder necesario para disipar todos aquellos temores. Aquel poder era suyo. Era su poder personal sobre la vida y la muerte, que lo convertía casi en un dios...

¡Reprímetel!, se dijo. ¿Qué pensarían de eso sus instructores de la Academia? Mundo serviré: «Servir al mundo.» Éste era el credo de la fuerza que él representaba. Permanecer sentado sobre el mundo en el trono del juicio, pero no para juzgar. Para vigilar, sugerir y guiar... y solamente para obligar cuando todos los demás recursos fallasen. Ésta era la obligación de la Rueda, el deber de un Patrullero del Espacio de las Naciones Unidas.

Y sin embargo... había la Federación. Tropas sedientas de sangre amontonadas junto a una frontera en tensión. Soldados que avanzaban en verdaderas caravanas de hormigas a punto de atacar; un verdadero enjambre de avispones concentrado en los aeropuertos, ansiosos por emprender el vuelo y arrojar los letales aguijones de su poderío atómico contra inocentes como Moira, su madre y su hermana.

¿Qué mejor manera de servir al mundo, se dijo, que la de atacar a los que hacían peligrar su paz? Y de pronto la vieja frase danzó ante sus ojos: «¿Quién oprime el botón?»

Y la espantosa respuesta.

El audiófono dio unas roncadas órdenes y Jeff tensó su cuerpo en el asiento:

«¡Puesto de artillería, alarma roja! Esté a punto de entrar inmediatamente en acción. Hora cero diez en punto.»

¿Hora cero? Eso quería decir que por último habían pronunciado aquella firme advertencia que se había hecho tanto esperar. El mando de la Rueda se había decidido por último a actuar, enviando el ultimátum a la Federación. «Deponed las armas, debía de rezar aquel mensaje, desprovisto de fraseología altisonante. Hemos sido pacientes hasta el límite. Hemos observado vuestras acciones y las desaprobamos. Dispersaos inmediatamente. Dispersad vuestras concentraciones y tropas... o de lo contrario...»

¿Qué pasaría entonces, se dijo Jeff? ¿Cuál sería la respuesta de la Federación? ¿Cumpliría humildemente aquellas órdenes? Si había que creer a Da Silva, eso no sucedería. «Vosotros no comprendéis el carácter de los míos. El peligro y la muerte nada significan para ellos.» No, serían los primeros en pegar, y su primer golpe iría dirigido contra su más peligroso adversario... la veloz motila que se cernía a mil seiscientos kilómetros sobre sus cabezas y que les amenazaba con un castigo paternal.

¿Cómo se sabría que había partido hacia ellos el proyectil, cruzando el espacio a velocidad supersónica con el objeto de aniquilar la Rueda? ¿De hacer añicos la luna de metal que constituía la creación más orgullosa y ambiciosa del hombre? ¿Que borraría del cielo aquel carro cie Ezequiel, para que los hombres pudiesen asolar libremente la superficie de la Tierra?

¡Que se vaya al diablo, se dijo con súbita violencia, que se vaya al diablo toda esta repugnante indecisión! Es demasiado verse obligado a esperar pacientemente a que nos ataquen. ¡Terminemos de una vez! Tenemos los medios — yo tengo los medios — de terminarlo.

«¿Quién oprimirá el botón?» ¡Yo lo haré! Yo, Jeff Corcoran, guardián de los cielos. Yo, Jeff Corcoran, moderno avalar de Krisna el vigilante, de Siva el destructor. Yo, Jeff Corcoran, dios temporal de la Tierra.

Su índice se abatió convulsivamente. El botón carmesí se hundió bajo su presión.

Le pareció que habían transcurrido horas, pero apenas habían pasado dos segundos cuando Jeff Corcoran se hundió aterrorizado ante la idea de lo que había hecho. No, no de lo que él había hecho, sino de lo que su índice, que casi pareció moverse por su propia voluntad, acababa de desencadenar sobre la Tierra.

Durante aquellos segundos de aturdimiento una horrible visión danzó ante sus ojos. Vio abrirse la escotilla de lanzamiento y salir del vientre de la Rueda el alado proyectil para precipitarse hacia la Tierra a más de dos mil kilómetros por hora. Mentalmente calculó la distancia que debía recorrer aquella mortífera arma y la vio tocar el suelo. Un súbito resplandor en el claro cielo brasileño una décima de segundo antes de que la bomba estallase con espantosa furia seguida por la onda del sonido, que se perdería en el trueno amedrentador de la explosión atómica, que ahogaría los alaridos de los miles, tal vez millones de seres que morirían instantáneamente.

Una agonía de remordimientos le invadió, al comprender lo que había hecho. Por un instante el pánico pareció que iba a dar al traste con su razón. Se levantó a medias del asiento, debatiéndose entre el impulso loco de correr, de ocultarse para eludir las responsabilidades que le pudiesen recaer por aquel acto imprudente y temerario.

Mas entonces vino en su ayuda la disciplina que le habían inculcado los años de Academia. Comprendió al instante lo que debía hacer, y se sintió de nuevo frío y reposado. Mientras aún debatía en su mente las prontas decisiones que había que

adoptar para anular su precipitado acto, su adiestrado cuerpo tomaba ya las primeras medidas de urgencia.

Con la mano derecha tocó el interruptor que abría un circuito conectado con leídos los puestos interceptores de cohetes de la Tierra. Con voz trémula y ronca les dio el siguiente mensaje de aviso:

«Control de intercepción, Tierra... a todos los puestos. La Rueda llama a todas las estaciones de intercepción. Bomba disparada a las 9,23 horas de Greenwich. Objetivo, Río. Trayectoria, código tres cero cinco. Coordenadas de fuego diecinueve grados seis minutos de declinación...» Leyó las cifras significativas que le daban las esferas... «Levanten pantalla total sobre la zona del objetivo. Nada más por el momento. Contesten al mando de la Rueda.»

No esperó a oír los primeros acuses de recibo de este mensaje, el ronroneo que parecía producido por un centenar de abejas y que se iba alzando de un puesto de intercepción tras otro. Aquello daría por resultado, en el espacio de pocos minutos, la erección de una pantalla de cohetes sobre el sector amenazado. Jeff sabía que ha sido pacientes hasta el límite. Hemos observado vuestras acciones y las desaprobamos. Dispersaos inmediatamente. Dispersad vuestras concentraciones y tropas... o de lo contrario...»

¿Qué pasaría entonces, se dijo Jeff? ¿Cuál sería la respuesta de la Federación? ¿Cumpliría humildemente aquellas órdenes? Si había que creer a Da Silva, eso no sucedería. «Vosotros no comprendéis el carácter de los míos. El peligro y la muerte nada significan para ellos.» No, serían los primeros en pegar, y su primer golpe iría dirigido contra su más peligroso adversario... la veloz motita que se cernía a mil seiscientos kilómetros sobre sus cabezas y que les amenazaba con un castigo paternal.

¿Cómo se sabría que había partido hacia ellos el proyectil, cruzando el espacio a velocidad supersónica con el objeto de aniquilar la Rueda? ¿De hacer añicos la luna de metal que constituía la creación más orgullosa y ambiciosa del hombre? ¿Que borraría del cielo aquel carro cie Ezequiel, para que los hombres pudiesen asolar libremente la superficie de la Tierra?

¡Que se vaya al diablo, se dijo con súbita violencia, que se vaya al diablo toda esta repugnante indecisión! Es demasiado verse obligado a esperar pacientemente a que nos ataquen. ¡Terminemos de una vez! Tenemos los medios —yo tengo los medios— de terminarlo.

«¿Quién oprimirá el botón?» ¡Yo lo haré! Yo, Jeff Corcoran, guardián de los cielos. Yo, Jeff Corcoran, moderno avatar de Krisna el vigilante, de Siva el destructor. Yo, Jeff Corcoran, dios temporal de la Tierra.

Su índice se abatió convulsivamente. El botón carmesí se hundió bajo su presión.

Le pareció que habían transcurrido horas, pero apenas habían pasado dos segundos cuando Jeff Corcoran se hundió aterrorizado ante la idea de lo que había hecho. No, no de lo que él había hecho, sino de lo que su índice, que casi pareció moverse por su propia voluntad, acababa de desencadenar sobre la Tierra.

Durante aquellos segundos de aturdimiento una horrible visión danzó ante sus ojos. Vio abrirse la escotilla de lanzamiento y salir del vientre de la Rueda el alado proyectil para precipitarse hacia la Tierra a más de dos mil kilómetros por hora. Mentalmente calculó la distancia que debía recorrer aquella mortífera arma y la vio tocar el suelo. Un súbito resplandor en el claro cielo brasileño una décima de segundo antes de que la bomba estallase con espantosa furia seguida por la onda del sonido, que se perdería en el trueno amedrentador de la explosión atómica, que ahogaría los alaridos de los miles, tal vez millones de seres que morirían instantáneamente.

Una agonía de remordimientos le invadió, al comprender lo que había hecho. Por un instante el pánico pareció que iba a dar al traste con su razón. Se levantó a medias del

asiento, debatiéndose entre el impulso loco de correr, de ocultarse para eludir las responsabilidades que le pudiesen recaer por aquel acto imprudente y temerario.

Mas entonces vino en su ayuda la disciplina que le habían inculcado los años de Academia. Comprendió al instante lo que debía hacer, y se sintió de nuevo frío y reposado. Mientras aún debatía en su mente las prontas decisiones que había que adoptar para anular su precipitado acto, su adiestrado cuerpo tomaba ya las primeras medidas de urgencia.

Con la mano derecha tocó el interruptor que abría un circuito conectado con todos los puestos interceptores de cohetes de la Tierra. Con voz trémula y ronca les dio el siguiente mensaje de aviso:

«Control de intercepción, Tierra... a todos los puestos. La Rueda llama a todas las estaciones de intercepción. Bomba disparada a las 9,23 horas de Greenwich. Objetivo, Río. Trayectoria, código tres cero cinco. Coordenadas de fuego diecinueve grados seis minutos de declinación...» Leyó las cifras significativas que le daban las esferas... (¡Levanten pantalla total sobre la zona del objetivo. Nada más por el momento. Contesten al mando de la Rueda.)»

No esperó a oír los primeros acuses de recibo de este mensaje, el ronroneo que parecía producido por un centenar de abejas y que se iba alzando de un puesto de intercepción tras otro. Aquello daría por resultado, en el espacio de pocos minutos, la erección de una pantalla de cohetes sobre el sector amenazado. Jeff sabía que la bomba necesitaría cuarenta y siete minutos para alcanzar la Tierra. Mucho antes de este plazo la pantalla sería completa. El proyectil con cabeza atómica se perdería al estallar contra un interceptor, en plena troposfera. Una breve llamarada se encendería en los cielos, y algún que otro observador casual se sorprendería ante la aparición de un meteorito en pleno día.

No esperó a enterarse de esto. Sereno ya, Jeff efectuó otra llamada necesaria. Esta vez su voz no era tensa sino sombría. Dijo: «Alférez Jefferson Corcoran, del puesto de Artillería, al Mando de la Rueda. Sírvanse enviar inmediatamente relevo. Comparezco bajo arresto voluntario.»

El contraalmirante Berkeley indicó con un ademán de cabeza a Jeff que tomase asiento frente a la mesa de su despacho.

—Bueno, Corcoran —le dijo—, parece que tenemos que hablar de algunas cosillas. Jeff contestó:

—No tengo nada que decir, señor. Lo que he hecho no puede defenderse. Después de lo que me enseñaron en la Academia, nunca debía haberme conducido así. Mi mayor error ha consistido en querer pensar por mí mismo. Y mis pensamientos eran... confusos.

«¿Cómo podía hablar a nadie de su madre y del fragante aroma de las uvas en la cocina llena de vapor? ¿Y de su padre, su hermanita y Tommy? ¿Y de Moira calculando con seriedad las ventajas del aluminio sobre el cobre en las baterías de cocina?»

—Estaba lleno de confusión — prosiguió Jeff — y traicioné la confianza depositada en mí. No tengo excusas. Sólo puedo pedir disculpas y aceptar el castigo que quiera imponérseme.

Berkeley tamborileó pensativamente con sus dedos sobre la mesa.

—Tal vez le interese saber que, menos de una hora después de que usted cometió esa acción, se demostró que su impulso era por completo innecesario. ¿Sabía usted que, en respuesta al ultimátum de la Rueda, las fuerzas de la Federación se han empezado a retirar de la zona del Canal? ¿Y que se han iniciado ya las negociaciones?

—No, señor: no lo sabía. Pero me alegra saberlo ahora. — Jeff añadió con sencillez—: Aún hace que me considere más loco, pero de todos modos me alegro. Eso demuestra que la Rueda es capaz de realizar la misión que se le ha confiado.

—En efecto, Corcoran — asintió Berkeley —. Se ha demostrado por primera vez la influencia decisiva que tiene la Rueda para el mantenimiento de la paz. Y no será ésta la

última vez en que se pida nuestra intervención. Aunque tal necesidad se presentará cada vez con menor frecuencia, a medida que las naciones se den cuenta de que somos un árbitro poderoso e imparcial... El ángel guardián que la propia Tierra ha colocado en los cielos. En cuanto a usted... —el almirante frunció los labios—. ¿Cuál cree usted que será su castigo?

Jeff dijo:

—Eso no soy yo quien debe decidirlo, señor. Tengo novia... íbamos a casarnos el mes que viene. Pero supongo que me someterán a un consejo de guerra. En mi defensa sólo podré alegar, creo yo... un ataque temporal de enajenación. No de locura. Sólo una especie de enajenación. No es que le pida que lo comprenda.

—A pesar de ello —dijo el almirante— lo comprendo. Sé exactamente lo que usted quiere decir, teniente Corcoran.

Jeff repuso maquinalmente:

—Alférez, señor.

—No se considera correcto —observó el comandante de la Rueda— rectificar a un superior... teniente.

Por un momento, Jeff no comprendió el significado de aquellas palabras. Por último llegaron a su cerebro. Jeff contempló estupefacto la sonrisa del almirante.

—¡La verdad, no lo entiendo, señor! Quiere usted decir...

—...que ha pasado usted la prueba —completó Berkeley—. La última y más importante prueba a que son sometidos todos los oficiales artilleros a bordo de la Rueda. La ha pasado de forma excelente.

—Pero, señor, si he violado todos los reglamentos del libro de ordenanzas...

—Algunos de ellos —repuso el comandante— no pueden figurar en los libros. Hay algunos reglamentos que no se pueden enseñar. Puede conseguirse la obediencia física, teniente; pero la mente no puede dominarse con la misma facilidad. En ocasiones no se doblega ante ninguna autoridad y sólo reconoce como guía su sano instinto de conservación... que usted hoy nos ha demostrado a entera satisfacción de todos.

—¡Pero el botón, señor! Yo oprimí el botón...

—Corcoran —le interrumpió de pronto el almirante—. ¿Cuántos hombres han sido probados como candidatos artilleros en la Rueda desde que ésta existe? ¿Lo sabe usted?

—No, señor. ¿Veinte, quizá?

—Su número exacto es cincuenta y cuatro. Ahora oiga usted esto. ¿Cuántas veces cree usted que un candidato artillero ha oprimido el botón carmesí?

—Nunca lo habrán hecho —dijo Jeff, compungido—. Ninguno de ellos habrá sido tan idiota como...

—Se equivoca usted, teniente. El número exacto vuelve a ser cincuenta y cuatro. Todos y cada uno de los hombres que se han sentado ante ese tablero de mandos ha incurrido en un momento de locura, durante una cualquiera de las espantosas horas que ha tenido que pasarse mirando el maldito disco tentador.

Volvió la cabeza, como si recordase algo.

—Sé lo que es esto, Corcoran. Hace cinco años yo mismo me senté en ese puesto y llegué a sentirme como un dios. Y terminé oprimiendo el botón carmesí... lo mismo que usted.

—Pero usted, mi almirante... —tartamudeó Jeff—. Eso significa...

—Cincuenta y cuatro candidatos han oprimido el condenado botoncito. Sin embargo, sólo diecisiete de ellos han sido aceptados como oficiales artilleros. ¿Comprende usted ahora, teniente? El verdadero fracaso no se produce al cometer el acto, sino en lo que viene después. Más de dos terceras partes de ellos se quedaron helados de espanto ante lo que habían hecho, se desmoronaron completamente, perdiendo la cabeza por completo... sin tomar ninguna decisión positiva.

«Solamente dieciséis de ellos, entre los cuales se cuenta usted, no perdieron la serenidad durante esta prueba. Cuando comprendieron el disparate que acababan de cometer, se afanaron en remediarlo, en corregir la equivocación, que — si la lección no ha caído en saco roto — ya no se atreverán a repetir jamás. Y eso es lo que espero que ocurra en su caso.

Berkeley continuó amablemente:

—El botón que constituía su pesadilla, Corcoran, no disparaba ninguna bomba atómica, como usted suponía y como nosotros permitimos que supusiese. El mecanismo de ésta estaba controlado a distancia por un oficial de idéntica graduación que había pasado ya por la prueba a que acabamos de someterle. Del mismo modo, su llamada a las estaciones interceptoras terrestres no siguió su curso debido, sino que fue desviada para que la Tierra no se alarmase indebidamente ante una amenaza inexistente.

El almirante sonrió.

—Espero que comprenderá el motivo de tales precauciones. La prueba por la que le hemos hecho pasar ha sido terrible, pero necesaria. La responsabilidad que tenemos aquí arriba es enorme. Gozamos de la confianza de tres billones de personas. Sólo podemos poner este peso aterrador sobre unos hombros verdaderamente capaces de soportarlo.

«Cuando regrese usted de su permiso —el cual, dicho sea de paso, teniente, va a comenzar inmediatamente — el botón que tendrá bajo su mano será el verdadero. Creo que entonces le resultará tranquilizador saber que el tremendo poder de vida y muerte que usted ejerce se halla plenamente merecido, después de la prueba a que ha sido sometido y su feliz resultado. Y ahora, teniente... si usted me lo permite, voy a deseárselo todo género de felicidades —dijo el almirante Berkeley sonriendo—. Y no se olvide de traerme un buen trozo de pastel de bodas...

Jeff le estrechó la mano como aletado, y al notar el cálido apretón, comprendió que simbolizaba una nueva camaradería, una fraternidad de hombres que habían salido victoriosos de la prueba. Aquello constituía al propio tiempo un espaldarazo y un ascenso, y el cambio de un peso que sólo podían soportar unos hombros robustísimos. Aceptó alegremente aquel cambio, pero también con gravedad.

No es cosa baladí, se dijo, servir en la Rueda. Dios ha creído conveniente mostrarnos el camino de las estrellas. Reguemos ahora que nos ayude a guardar y defender a nuestra madre la Tierra.

LA ISLA DEL CONQUISTADOR

—Tiene usted que creer lo que le cuento —dijo Brady. Hablaba con tono reconcentrado, apretando ferozmente los nudillos, con su mirada fija en su interlocutor, de mayor edad que él —. Sé que parece totalmente imposible. Parece sin pies ni cabeza. Por esto estoy aquí. ¡Pero es la verdad y usted tiene que creerla! Tiene que creerla, señor.

Terminó con estas palabras, en reconocimiento tácito del rango superior del hombre con quien hablaba.

El teniente coronel Gorham dijo con voz suave:

—Tranquilícese, teniente. Yo estoy aquí para celebrar consulta con usted en mi calidad de médico, no para ordenar que le sometan a tratamiento, como un oficial de superior graduación haría. ¿Y si hiciésemos caso omiso de los galones, mientras usted me lo cuenta todo?

Joe Brady sonrió. Era su primera sonrisa en muchas semanas y le costó un esfuerzo hacerla. Sus labios se plegaron en un rictus tembloroso, pero sus ojos seguían siendo ventanas vacías abiertas sobre el tormento.

—Gracias, doctor —dijo—. ¿Por dónde quiere usted que empiece?

Gorham hojeó las páginas del historial clínico del teniente. Los subrayados hechos al azar ponían de relieve tres años de servicio ejemplar, si bien no espectacular: «Brady, Joseph Travers... Edad, 24... Graduado, U.S.S. Stinger... Teniente 1942... Citación de grupo... Citación individual... Propuesto para...»

—Es su historial —dijo el doctor midiendo sus palabras—. Usted sabrá lo que quiere que yo sepa o crea.

Todo empezó, según creo, en el curso de su última misión de bombardeo, ¿no es eso?

—Exactamente. O mejor dicho, entonces es cuando todo comenzó para mí. Aquello venía sucediendo desde antes... desde mucho tiempo antes. Años, a buen seguro; quizá décadas. —Los decios de Brady se clavaban como garras sobre la mesa—. ¡Alguien tiene que tomar alguna decisión, doctor! El tiempo vuela, y a cada día que pasa ellos se hacen más fuertes. Tengo que hacer que la gente se percate...

—¿Y si empezásemos desde el principio? —sugirió Gorham—. ¿Por qué no empieza usted contándome lo que sucedió en su último y desdichado vuelo?

El tono tranquilo y reposado con que hablaba produjo un efecto sedante sobre el joven. La voz de Brady perdió su nota histérica.

—Sí, señor —dijo—. Muy bien, señor. Verá usted, pues; sucedió así.

—Terminada nuestra misión, regresábamos a la base...

—Terminada nuestra misión —dijo el teniente Brady— regresábamos a la base. Ésta era, como es de suponer, el portaaviones Stinger. Ahora que la guerra ha terminado, puedo decirle dónde nos hallábamos y cuál era nuestra misión. Patrullábamos por la parte meridional del Mar de la China, poco más o menos a la altura de Palawan, entre las Filipinas e Indochina. Nuestra misión consistía en hostilizar la navegación enemiga en aquella zona, cortando la línea de abastecimientos vitales que iba de los Estrechos a las islas niponas. Nuestra fuerza de choque se hallaba en disposición de apoyar una docena de desembarcos desde Labuan a Hainan, y nuestra arma aérea hacía fintas regulares a las diversas concentraciones de fuerzas enemigas, para confundir a los japoneses.

»Nuestro último objetivo fue Songcau, y regresábamos de este puerto cuando sucedió lo que voy a contarle.

«Avizoramos a un mercante que avanzaba costeano, y comuniqué con el jefe de la escuadrilla para pedirle que me permitiese descargar una pesada bomba que devolvía sin haberla soltado aún. El me dio su consentimiento, y nosotros nos separamos de la formación. El mercante abrió un fuego infernal contra nosotros con todas las armas que tenía a bordo, pero era como si nos echase pompas de jabón. Nosotros pusimos nuestro hermoso huevo en su popa, y el barco saltó en pedazos como si fuese de juguete. Ya sabe usted... se aprieta un botón y... ¡Bum!

»Así liquidamos este asunto, y lo estábamos comentando enardecidos aún, cuando de pronto nos dimos cuenta de que perdíamos altura de una manera vertiginosa. Al parecer el mercante murió como una rata, arañando y mordiendo en su agonía. Un pedazo de plancha de su casco perforó uno de nuestros depósitos de las alas, y empezamos a rociar de gasolina todo el Mar de la China del Sur.

»Sin embargo, eso no nos inquietó, por el momento. La Armada vigila a sus ovejas descarriadas, y sabíamos que una hora después de vernos obligados a embarcar en nuestros botes neumáticos, seríamos localizados por una expedición de salvamento. Así es que comunicamos la mala noticia al jefe de la escuadrilla y aceptamos su condolencia con filosofía; y sin excesiva preocupación vimos cómo los cazas se convertían en motitas negras mientras nosotros avanzábamos penosamente, haciendo que nuestro pato herido recorriese el mayor número de millas antes de caerse.

»Sería fastidioso, nos decíamos, y molesto. Pero no sería peligroso. Eso es lo que pensábamos.

»Eso es lo que pensábamos, en buena lógica y a fuer de chicos prácticos. Pero en el sur del Pacífico la lógica y la razón no sirven de nada.

»Unos diez minutos después de haber perdido de vista a la escuadrilla, y con dos dedos de gasolina en el depósito, cuando ya estábamos a punto de amerizar en un cielo azul tranquilo y despejado, surgieron como por ensalmo negros e imponentes nubarrones, una lluvia diluvial y un ululante huracán de más de cien kilómetros por hora, que nos levantó y se nos llevó girando como una brizna de paja.

»No tengo la menor idea del tiempo que duró aquel frenético cabalgar nocturno. No tenía tiempo de consultar el reloj; todo cuanto podía hacerse era mantener a la Ardiente Alicia —éste era el nombre de nuestro aparato — de cara a aquel vendaval. Éste nos arrastraba, nos sacudía, nos levantaba y nos dejaba caer, haciéndonos girar como si pesásemos gramos y no toneladas. No podíamos elevarnos por encima de la tempestad, como es de suponer; teníamos que permanecer sentados en nuestros puestos, esperando lo que viniese. Creo que por lo menos una docena de veces yo estuve seguro de que íbamos a ser precipitados contra el mar, pero cada vez aquel caprichoso ventarrón nos elevó en sus brazos para seguir jugando con nosotros.

»Los tres estábamos con los nervios deshechos, llenos de golpes y contusiones, y terriblemente mareados y abrumados por la paliza fenomenal que nos daba la tempestad, y todos hubiéramos dado de buena gana un año de permiso en tierra por salir de aquel infierno. Y de pronto, súbitamente —de un modo tan repentino como se inició —, el tifón cesó por completo. Estábamos ensordecidos en el seno de un torbellino de viento y de lluvia, y al instante siguiente sobre nosotros se cernía un cielo limpio y un sol acogedor esparcía sus rayos sobre un mar azul y tranquilo, mientras bajo la sombra de nuestras alas se extendía el refugio rosado y verde de una isla tropical.

Gorham tosió cortésmente, interrumpiendo a su paciente.

—Perdóneme, teniente. Me gustaría tomar nota de esto. Puede ser importante. ¿Una isla, dice? ¿Qué isla? Brady se encogió de hombros con gesto desvalido.

—No lo sé, señor. El vendaval nos había zarandeado y sacudido tan despiadadamente y durante tanto tiempo, que ninguno de nosotros era capaz de imaginarse dónde nos hallábamos. ¡Tanto podíamos estar a una milla, como a cincuenta o como a quinientas del punto donde nos alcanzó el tifón!

Su voz se hizo más resuelta.

—Pero sea donde sea, tenemos que encontrar de nuevo esa isla. ¡Tenemos que encontrarla! Porque sepa usted que es la isla de Ellos. Si no la encontramos y los destruimos...

—¿Y si continuase su relato? —le indicó quedamente el doctor —. Dice usted que llegó a esa isla, no señalada en los mapas. Y supongo que aterrizaron felizmente en ella, ¿no es eso?

—Eso es, señor. Aterrizamos felizmente en una playa arenosa...

«Aterrizamos felizmente —prosiguió el teniente Brady— en una playa arenosa. Nos sentíamos llenos de júbilo por haber tomado tierra sanos y salvos, pero no sabíamos si aquel sitio era seguro. Ignorábamos si habíamos caído en territorio amigo o enemigo. En aquella remota parte del mundo cabía también la posibilidad de que los habitantes de la isla, caso de que ésta los tuviese, fuesen neutrales desde un punto de vista jurídico, sin dejar por eso de ser peligrosos. Dicho' en otras pala bras, podían ser aborígenes en estado salvaje y probablemente, cazadores de cabezas.

«Imagínese cuál sería, pues, nuestro placer y sorpresa, cuando pocos minutos después de desembarcar oímos un grito amistoso y vimos aproximarse a nosotros, desde el muro de follaje tropical que ceñía la playa, a un grupo de hombres blancos.

»No iban armados y nos dieron la bienvenida en inglés, sonrientes y llenos de cortés entusiasmo. Nos habían visto aterrizar, nos dijo el que parecía ser su jefe — un hombre

más bien joven que se presentó a sí mismo como el doctor Grove —, y se apresuraron a salir a nuestro encuentro, por si alguno de nosotros necesitaba asistencia médica.

»Le aseguré que todos estábamos bien, y que lo único que necesitábamos era comida, descanso y algún medio para comunicar nuestra posición a la flota, que a la sazón debía de estar sin duda desplegada sobre la mitad del Pacífico meridional buscándonos.

»Él asintió.

—Tendrán ustedes comida y descanso —dijo cordialmente—. En cuanto a lo demás... estas cosas requieren tiempo en estas tierras primitivas. Ya nos ocuparemos de ello, sin embargo.

—Tenemos una emisora de radio en el avión... —empecé a decir, pero Jack Kavanaugh, nuestro telegrafista, denegó con la cabeza.

—¡La teníamos, jefe! Dejó de funcionar así que distinguimos esta isla. Debió de recibir algún que otro golpe durante la tempestad.

—Pero supongo que podrás arreglarla, ¿eh?

—Creo que sí, si no es nada grave. Espera primero a que la vea.

—Será lo mejor — asintió Grove —. Entretanto, espero que aceptarán ustedes nuestra humilde hospitalidad. Aquí no tenemos la suerte de recibir visitas con frecuencia. Será muy agradable conversar con ustedes. Si quieren tener la bondad de seguirme...

»No podíamos hacer otra cosa. Como ovejas conducidas al matadero —ciegas y confiadas y sin intentar luchar— le seguimos por la playa hasta embocar un tortuoso sendero que penetraba en la selva.

»Fue Tom Goeller, mi ametrallador, el primero en husmear que tal vez había visto algo raro en todo aquello. Entonces aún no había entrado en sospechas; sólo estaba sorprendido. Mientras caminábamos manifestó en voz alta la causa de su sorpresa:

—¿Desde dónde? ¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiendes? —le pregunté—. ¿Y qué quieres decir con eso de... desde dónde? ¿Qué piensas, Tom?

—Pienso en ese Grove —gruñó Tom—. Dijo que nos vio aterrizar. Pero... ¿desde dónde? ¿Dónde demonios viven? ¿En los árboles? Antes de aterrizar contemplé detenidamente esta isla. La miré un buen rato... desde arriba. Y no vi la menor traza de nada que pudiera parecer una casa.

»Yo asentí:

—¡Caspita, tienes razón! Yo tampoco vi ninguna casa. Me pregunto si...

«Pero mi pregunta recibió respuesta antes de que terminase de formularla. De manera inexplicable nos detuvimos ante una especie de refugio de cemento que se alzaba bajo un enorme banano; una especie de colgadizo cubierto de manchas verdes y pardas... tan perfectamente camuflado para que se confundiese con lo que le rodeaba, que apenas podía vérselo desde diez metros de distancia, y mucho menos desde el aire.

Sonriendo, el doctor Grove se detuvo y dijo::

—Hemos llegado, señores. — Oprimió un botón y la puerta del refugio se abrió —. Pasen ustedes, hagan el favor...

»Kavanaugh habló con brusquedad:

—¿Que pasemos adonde? ¿Ahí dentro?» Grove sonrió afablemente.

—No se alarmen. No es más que un ascensor. La entrada está a ras de suelo.

—¡Un ascensor! —exclamé—. ¿En esta selva? ¿Qué clase de juego es éste? ¿No irá usted a decirme que viven bajo tierra?

—Mi querido teniente — dijo con voz lánguida el atildado «Doctor» —. Más tarde tendré mucho gusto en explicárselo todo. Verá que es muy sencillo. Pero antes permítame que insista en que ustedes...

—¡Vaya! —le atajé—. ¿De modo que ahora insiste, eh? ¿Y si nosotros nos negásemos a entrar en su misterioso refugio? ¿Qué pasaría entonces?

—Entonces —dijo suspirando el doctor Grove— me vería obligado, lamentándolo mucho, a reforzar mis argumentos.

—¿Ah, sí? —rezongué—. Pues sigue adivinando, amigo. Vosotros sois más que nosotros... pero da la casualidad que nosotros vamos armados. — Con estas palabras saqué mi automática y le encañoné con ella—. Éste es un detalle que parece habersele pasado por alto. Ahora...

—Ningún detalle se me pasa por alto, teniente —repuso Grove con flema imperturbable—. ¿Quiere usted hacer el favor de disparar su pistola? Si le repugna matar a un hombre a sangre fría — sus labios se plegaron en una sonrisa burlona— entonces dispare al aire.

»Yo le contemplé estupefacto. Aquello no era una bravuconada. Se veía a la legua. Aquel hombre parecía divertirse enormemente, y se daba aires de desdeñosa superioridad. Goeller me dijo-

—¡Cuidado, jefe, no caiga usted en la trampa! Quiere que dispare para que el tiro atraiga a los demás.”Grove sonrió:

—Se equivoca usted, amigo. No necesito ninguna ayuda. — Introdujo una mano en su bolsillo del pecho—, Muy bien. Ya que no acepta usted mi invitación...

«Disparar era arriesgado, pero yo no podía hacer otra cosa.

—Perfectamente —barboté—. ¡Tú lo has querido!

»Y oprimí el gatillo. Lo seguí oprimiendo esperando oír el disparo y ver cómo su cuerpo caía tendido a mis pies.

»¡Mas no sucedió absolutamente nada!

Gorham, que escuchaba atentamente el relato, parpadeó.

—¿Quiere usted decir que erró el tiro... o que la pistola se encasquilló?

—Quiero decir —elijo Brady con desaliento— que el disparo no se produjo. No erré el tiro ni la pistola se encasquilló. Desde el punto de vista mecánico, el arma estaba en perfecto estado de funcionamiento, según comprobé más tarde al desmontarla y examinarla pieza por pieza. Pero se negaba a disparar en aquella isla.

Gorham dijo lentamente:

—¿Se negaba a disparar... en aquella isla?—. Contemplaba cautelosamente al joven, mientras trazaba garabatos con aire pensativo sobre su bloque de notas—. ¡Pero esto es increíble! ¿Por qué no quería disparar?

—No tardé en averiguarlo —respondió Brady ceñudo—. Esto, y muchas otras cosas...

»Me quedé inmóvil y sin habla, prosiguió Brady. No podía comprender lo que pasaba. De momento pensé — como usted— que la pistola se había encasquillado. Entonces me apercibí de pronto que mis compañeros también "habían sacado sus pistolas... y que las contemplaban con la misma expresión de incredulidad que yo.

—¿Ven? —observó Grove, encogiéndose de hombros—. ¿Tendrán ahora la bondad de subir al ascensor?

—¡Ni que lo piense! —repuse, con cólera incontenible —. No comprendo lo que pasa aquí. Pero sea lo que sea, no quiero saber nada con ello. ¡Vamos, muchachos! ¡Marchémonos de aquí!

—Lo siento — dijo el doctor —. Me obliga usted a emplear medidas extremas. Le aseguro que lo hago con buena voluntad.

»Del bolsillo del pecho sacó un tubito parecido por su tamaño y su forma a una pluma estilográfica. Apuntándome con él... apuntándonos, sería mejor decir, vi surgir de su punta un radiante cono plateado.

«Intenté abalanzarme sobre él, apostrofándolo. Pero me quedé sin voz y sin movimiento cuando aquel curioso resplandor plateado cayó sobre mí. No era un gas. No tenía olor ni sabor; no quemaba, ni pinchaba, ni causaba ninguna clase de dolor. Pero me pareció como si me hubiese metido en un océano de pegajosas telarañas, o como si me

hallase atrapado en una espesa malla de rayos de luna. No podía moverme ni hablar; sin embargo, era dueño de todos mis sentidos.

»Como en sueños oí que el doctor Grove ordenaba a sus acompañantes:

—Ponedlos en el montacargas. ¡Con cuidado!

«Entonces noté unas manos que me levantaban y me llevaban en andas; es difícil explicar aquella sensación... me parecía notarlas sobre mi cuerpo pero muy lejos, como si entre ellas y mi carne se interpusiesen varias capas de espuma de goma.

«También podía ver, pero sólo frente a mí, en la dirección hacia donde miraban fijamente mis pupilas. No podía mover los ojos. Así es que vi únicamente que el interior del montacargas era de metal liso y bruñido, que resultaba extraño en aquel lugar. Oí un zumbido de un motor eléctrico e intuí más que sentí el movimiento de nuestro rápido descenso.

»E1 doctor Grove se inclinó sobre mí, colocándose en mi campo visual.

—Lo siento, teniente —dijo—. Lamento de verdad haber tenido que apelar a la violencia. Pero como usted ve, las armas de fuego son inútiles en esta isla. No se permiten explosiones de ninguna clase... a menos que se cuente con un permiso especial. Poseemos medios de inutilizar sus primitivos aparatos mecánicos. A eso se debe que sus pistolas no disparen y su radio se niegue a funcionar.

«Bullían en mi mente un millar de preguntas, pero no podía formularlas ni siquiera con la mirada. "¿Cuáles son esos medios?", hubiera deseado preguntarle. "¿Y quién, o qué, sois vosotros que habláis de la radio como de un primitivo aparato mecánico? ¿Adonde vamos, y qué os proponéis hacer con nosotros?" Todas estas preguntas me martilleaban el cerebro, pero no podía articularlas con la lengua: «Entonces cesó la sensación de movimiento. Oí cómo se abría la puerta del ascensor, y nuestros captos volvieron a llevarnos en volandas, y oí voces que denotaban la presencia de muchas personas en aquellas catacumbas. Luego fui testigo silencioso de la conversación sostenida entre Grove y alguien que parecía ser superior.

—¿Qué es eso, Frater?

—Lo siento, Frater Dorden. Ha sido necesario. Se negaban a venir por su voluntad.

—Ya veo. — Escuché un suspiro. — Son muy pocos los que vienen libremente. Muy bien... ponedlos en los dormitorios hasta que se rehagan... Y tratadlos con delicadeza. Esos pobres diablos están muy asustados.

«Nuestro viaje prosiguió entonces a través de un dé dalo de corredores de metal brillantemente iluminados, hasta que por último me hicieron pasar por una puerta y me depositaron suavemente sobre una litera. Me cubrieron con una manta fina; el agradable calorillo que me infundió me dio a comprender cuan fatigado estaba. Yo no podía cerrar los ojos, pero las luces disminuyeron lentamente de intensidad, hasta que por último, sumido en las más profundas tinieblas, olvidé mis inquietudes en brazos de un sueño reparador...

»No sé si fueron las luces al encenderse de nuevo lo que me despertó, o si un control invisible las encendió automáticamente cuando yo me desperté. Sea como fuere, salí de mi letargo para hallar la estancia brillantemente iluminada de nuevo.

»Pero lo que era más importante era el hecho de que ya podía moverme. Saltando de la litera, corrí hacia la puerta, situada en el lado opuesto de la pieza, pero como ya suponía, la encontré cerrada. Así es que de momento deseché toda idea de huida, y me puse a observar el lugar donde me hallaba.

«Constaté que me encontraba solo. Al parecer nuestros captos nos habían puesto a cada uno de nosotros en una estancia o celda separada. La que yo ocupaba era de una sencillez espartana. Cuatro paredes de una sustancia metálica gris y opaca que de momento no pude identificar... un piso formado por una especie de caucho elástico o compuesto de plástico... y un techo bajo de material idéntico al que formaba las paredes. Una litera, una silla y una mesita constituían todo el mobiliario. No había decoración

alguna sobre las paredes, ni alfombra en el suelo; y como es de suponer — pues nos hallábamos bajo tierra — no existían ventanas.

»Lo que más me sorprendió fue no descubrir el origen de la iluminación. Busqué en vano cualquier clase de lámpara de la cual proviniese la iluminación agradable y constante que inundaba la estancia. Nada descubrí. Tampoco se trataba de una iluminación indirecta. La cantidad de luz era constante y, por raro que pueda parecer, no producía sombras.

«Creo que fue entonces cuando empecé a asustarme. No" quiero decir que me temblasen los labios o se me doblasen las piernas, pero sí que sentía miedo. Un miedo que me atenazó con su garra helada... el mismo que debe experimentar el conejillo caído en la trampa al ver aproximarse al cazador.

«Aquellos seres, aquellos hombres que hablaban con desdeñosa indiferencia de las más perfectas realizaciones de la humanidad, que empleaban a regañadientes y sin darle ninguna importancia armas y utensilios desconocidos para la ciencia... ¿Quiénes eran? ¿Y por qué nos habían separado? ¿Dónde estaban mis compañeros... Ka-vanough y Goeller? De pronto, con un ansia desesperada, anhelé su compañía tranquilizadora.

«Me puse a gritar a voz en cuello. Nadie me respondió. Las paredes impasibles, al ser de metal debieran haber repetido el eco de mi voz llena de pánico. Pero como todo lo de aquel lugar extraño, se comportaron de un modo antinatural, absorbiendo el sonido, haciéndolo desaparecer como una esponja absorbe el agua.

«Me desgañité gritando. De nada servía hacerlo, pensé. Pero me equivocaba. Porque súbitamente oí un pequeño susurro a mis espaldas y, volviéndome, vi como el doctor Grove penetraba en la celda a través de la pared.

El teniente Brady se detuvo de pronto, para gozar con la reacción que experimentaría su oyente. Ésta no tardó en producirse. El doctor Gorham, a pesar de ser un curtido psiquiatra, dejó de hacer garabatos y dirigió una rápida y ansiosa mirada, que denotaba preocupación, a su joven paciente.

Con un evidente esfuerzo hizo desaparecer el rictus de incredulidad que afloraba en su semblante, y dijo suavemente:

—¿A través de la pared, teniente? Habrá querido decir a través de la puerta, supongo.

—A través de la pared —repuso Brady, con brío—. A través de la pared. La puerta estaba frente a mí. Pero el doctor Grove penetró en mi celda atravesando la sólida pared de metal.

—Pero, ¿no comprende usted —observó Gorham — que lo que está diciendo es imposible?

—Para nosotros... sí —dijo Brady con mirada extraviada—. Para Ellos, nada es imposible. ¡Nada!, o casi nada. ¡Por esto debemos actuar, y actuar lo antes posible, antes de que sea demasiado tarde! ¡Tiene usted que creerme, doctor! Ésta es la última oportunidad de la especie humana...

—Haré lo que pueda — le prometió Gorham—. Y si continuase? Dice usted que el doctor Grove penetró por la pared...

—Trataré de abreviar —dijo Brady con semblante desencajado—. Miraré de contarle en cuatro palabras. No quiero hacerle perder más el tiempo. Por su expresión colijo que no me cree. Pero alguien tiene que creerme... Pues bien, como le decía, el doctor Grove atravesó la pared. Y por extraño que le pueda parecer, inmediatamente dejó de dominarme el pánico. Seguía sintiendo temor, eso sí, pero era el temor que se siente ante un dios, un demonio o una fuerza implacable y elemental que está más allá de nuestra comprensión. No le contemplé con espanto, como se contempla a un enemigo humano que se abalanza sobre nosotros escupiendo fuego mortífero o blandiendo una espada

ensangrentada; le contemplé con temor, pues comprendí que estaba tan por encima y tan lejos de mí en la escala biológica como yo lo estoy de un perro o de una bestia de carga.

»Y así fue nuestra conversación... no como de hombre a hombre, sino como la que sostendría un hombre con una criatura inferior. Y esa criatura inferior era yo. Él era el amo, yo el siervo. Y me contó muchas cosas...

»¿Nunca se le ha ocurrido pensar, doctor, que nosotros los humanos somos una raza egocéntrica? Nuestros sabios, como Darwin y Huxley, nos han dicho que somos el resultado de una evolución sostenida y progresiva... una evolución que se inició en el fango arcaico para irse desarrollando gradualmente hasta llegar a nuestro orgulloso y altivo estado de Homo sapiens.

»¡El Homo sapiens... el hombre inteligente...! Aunque quizá no seamos tan inteligentes como suponemos. En nuestra ceguera y locura, tenemos la necia presunción de ser la última y gloriosa etapa del eterno devenir de la Naturaleza en pos de la perfección.

»¿No podíamos presumir que la misma fuerza que hizo pasar al primer pez pulmonado del cieno primigenio a la tierra firme... la fuerza que hizo nacer al hombre de Neanderthal de su bestial y peludo antecesor y dio a aquel troglodita que blandía armas de piedra una descendencia que se halla empeñada en labrarse su propia destrucción mediante la desintegración atómica... no podíamos haber conjeturado que aquella fuerza, de manera inevitable, podía haber dado un paso más?

»Esto es lo que sucedió. Hoy en día vive sobre la tierra una raza que representa este paso más en el progreso humano. Unas gentes para quienes nuestros pensamientos son tan primarios y elementales como lo es para nosotros la charla de los niños.

«Empiezan donde nosotros terminamos. Nuestra física y nuestra matemática, de la que tanto nos enorgullecemos, son para ellos el abecé que estudian los párvulos; la difícil ciencia adquirida trabajosamente por nuestros mejores intelectos, ellos la poseen intuitivamente. Sienten lo que nosotros tenemos que estudiar; y lo que para ellos es objeto de estudio, está más allá de toda nuestra comprensión. ¡Son los nuevos reyes de la creación... el Homo superior!

«Cómo llegaron a ser, es algo que ni siquiera ellos mismos saben. Usted, en su calidad de médico, debe saber mejor que yo lo que es esa fuerza que se conoce por el nombre de «mutaciones». Gracias a las mutaciones nace una rosa blanca entre rosas rojas, y la nueva raza blanca se mantiene desde entonces. Estos hombres nuevos son mutantes. Ellos —o los primeros de entre ellos— nacieron de padres normales. Pero desde la misma cuna intuyeron ya que ellos eran distintos. Poseedores de facultades telepáticas, pudieron descubrir a sus semejantes entre la multitud —e incluso a larga distancia— y así se unieron.

»Hace mucho tiempo —el doctor Grove no quiso decirme cuánto— la nueva raza resolvió aislarse de nosotros. Se trataba de una decisión lógica. Tenían tanto de común con nosotros como nosotros con nuestros animales domésticos. Son muy pocos los hombres que comen con sus perros o duermen en cuadras.

«Entonces buscaron esta isla apartada en pleno Pacífico, muy lejos de la civilización de los hombres inferiores. Allí es donde viven, estudian y trabajan, esperando con paciencia infinita a que llegue el día de salir de su escondrijo para apoderarse del mundo que les pertenece por herencia natural... como el Homo sapiens lo tomó de manos de su progenitor de frente huidiza, el Pithecanthropus.

—Somos pocos en número — me dijo Grove — pero aumentamos a cada año que pasa. Algunos hemos nacido aquí; otros llegan de los cuatro puntos cardinales, atraídos por contacto mental. Pronto seremos los suficientes y nos sentiremos fuertes para aceptar la responsabilidad de regir a toda la tierra.

—¿Significará esto— le pregunté —la destrucción del hombre y la reivindicación del mundo entero como vuestra propiedad?

»Casi con tristeza, Grove me respondió:

—¡Qué poco nos comprendéis, vosotros los humanos! ¿Aniquiláis vosotros acaso a los animales silvestres sólo porque no están a vuestro nivel intelectual? Nuestra obligación es mantenerlos y preservarlos; hacer las veces de vuestros benévolos guardianes en un mundo que os resultará extraño y amedrentador.

»Sí, amedrentador —continuó, viendo que yo esbozaba un ademán de protesta—. Había temor y espanto en tu mirada cuando yo entré en la habitación. No comprendes cómo puedo haber atravesado una pared que a ti te parece sólida. Y al no comprenderlo, te has sentido lleno de terror.

»Sin embargo, no hay nada de sobrenatural ni espantoso en lo que acabo de realizar; es una cosa que cualquiera de nosotros puede hacer con sólo proponérsela. No puede hablarse de cuerpos sólidos en un universo en el cual todo —desde el tamaño y la dimensión hasta la sustancia— es relativo. Nosotros sabemos que hay lugar de sobra para que las moléculas que constituyen nuestro ser pasen sin tropiezo entre las moléculas que constituyen estos muros. Nos limitamos a efectuar un ajuste mental... y vamos adonde nos parece. Esto es para nosotros una facultad tan básica y fundamental como la respiración lo es para un hombre como tú. Es simplemente una facultad biológica elemental.

—¿Entonces, qué se proponen hacer con los hombres? — le pregunté.

—Deberías preguntarme: ¿Qué se propone hacer la Naturaleza con el hombre? — contestó amablemente—. Y según mi parecer, esta pregunta se responde sola. No tienes más que examinar la historia de la Tierra. ¿Qué se hicieron de los primitivos experimentos de la Naturaleza, de los reptiles gigantescos, de los pitecántropos, de los hombres de las cavernas y de los palafitos?

—Desaparecieron — respondí —. Sucumbieron ante la civilización. Cayeron ante el avance avasallador de formas de vida más elevadas.

—En efecto —asintió Grove con voz melancólica—. Así fue. Pero vosotros nos suplicáis que os tratemos con bondad. Así lo haremos.

»Tiene usted que comprender cuál es el fondo de la cuestión, doctor. Estos hombres nuevos son inteligentes, mil veces más inteligentes que nosotros. Y puesto que se hallan mucho más arriba en la escala de la perfección, es innata en ellos la propensión a la bondad. Por esto sus armas anestesian, pero no matan. No quieren, no pueden matar.

»Podría hablarle durante horas, contándole todo cuanto vi y oí en las tres semanas que permanecí prisionero en el refugio subterráneo de la nueva raza. Le contaré sólo unas cuantas cosas, porque me doy cuenta de que usted, como todos, piensa que estoy loco. Pero hay varias cosas que tiene usted que saber.

»En aquellas celdas metálicas están encerrados más de doscientos seres humanos como usted y yo, personas de ambos sexos que fueron a parar por accidente a la isla remota y fueron retenidos en ella para que no propalasen por el mundo la inminente conquista.

«Tienen todas las comodidades que pueden apetecer, desde luego. Se les da una comida buena y abundante, están bien alojados, se les distrae y se procura que sean felices... en lo posible. Los hombres no aniquilan por placer a sus animales domésticos. Y en esa isla, los hombres están bajo la custodia de los superhombres.

«Podría citarle unos cuantos nombres que le dejarían sorprendido. Un famoso escritor y viajero cuyo barco se perdió hace algunos años en el Pacífico... un aficionado a la caza mayor a quien todos dan por muerto... una aviadora a la que una docena de escuadrillas buscaron en vano. Todos están allí.

«Podría contarle otras cosas que le pondrían los pelos de punta... si usted se atreviera a creerlas. Ellos ya están entre nosotros. A medida que se aproxima su hora, se dedican a allanar el camino de su conquista incruenta. Algunos de ellos salieron de su isla para vivir en nuestro mundo. Su plan es verdaderamente magistral. Un puñado de ellos ocupando

los puestos clave... aquí un político, allá un magnate de la industria, acullá un autor cuyas obras constituyen el evangelio para una gran mayoría de lectores... ¿Qué posibilidades de éxito tiene una raza inferior ante el ataque de los superhombres?

»Y este ataque no tardará en producirse. Cuando llegue ese día, habrá sonado nuestra hora final, como reyes de la creación. Tenga usted en cuenta que Ellos son infatigables. Nosotros, como raza, somos fuertes. ¡Pero Ellos son omnipotentes!

—Por esta razón — concluyó Brady — usted tiene que creerme, doctor, por descabellado que le parezca lo que le cuento. Tiene que creerme, doctor. Mirando las cosas desde un punto de vista muy amplio, quizá sea mejor que ellos se conviertan en amos de la Tierra. Pero yo soy un hombre. Y como miembro de mi raza, no me resigno a caer ante una cultura superior, por elevada que ésta pueda ser. ¡Quiero vivir! Y si nosotros queremos vivir, Ellos deben morir. Hay que destruir su isla, sin dejar rastro de ella. Una bomba atómica...

—Ha dicho usted— le atajó el doctor Gorham — que ellos son omnipotentes. Les ha conferido usted una sabiduría de semidioses. Sin embargo, usted huyó de su isla sin ayuda exterior. ¿Puede presentar esto como una prueba de su inteligencia sobrehumana?

Brady denegó con la cabeza.

—Esto no prueba más que su gran bondad y mi astucia animal.

«También tienen su talón de Aquiles, y yo me aproveché de él. Les repugna causar dolor a ningún ser viviente. Sabiendo esto, pedí a Grove un día que me llevase a la superficie y me acompañase a recoger algunas cosas que tenía en mi avión. Le dije que se trataba de efectos personales; fotografías de mis seres queridos, que había escondido en un compartimiento secreto del aparato.

«Él asintió. Hacía varias semanas que nuestras relaciones eran muy amistosas, y no sospechó mi doblez. La doblez es un rasgo típicamente humano. Ellos no pueden concebir el pecado ni el engaño.

»Él se mostraba confiado y a mí me dominaba la desesperación. Se volvió a mirar cuando yo grité para señalarle algo a su espalda; nunca supe con qué le golpeé. No sé siquiera si mi pedrada le mató o le dejó con vida. Ojalá no le matase.

«Como usted puede suponer, el avión de nada me servía. Pero en él teníamos botes neumáticos de caucho, y el mar estaba a pocos metros de distancia. Empuñando el canaleta, me alejé de aquella orilla embrujada remando como un poseído. El resto ya lo sabe usted: me quedé sin comida ni agua y me encontraron delirante, días o quizá semanas después, barbudo y con la piel quemada por el sol y llena de ampollas, a punto de fallecer.

El doctor Gorham asintió y cerró en silencio el bloque de notas, en el que sólo había trazado unos cuantos garabatos.

—Sí —dijo con voz queda—. En efecto. Debió de ser una terrible odisea.

Levantándose, balbució con embarazo:

—Bueno, teniente...

El teniente Brady le miró lleno de desesperanza.

—No me cree usted, ¿verdad?

—Me ha gustado mucho oír su relato —respondió el galeno—. Elevaré un informe a la superioridad. Tenga usted paciencia y no se preocupe. Adiós, teniente.

—¡Váyase al diablo! — le espetó el teniente Brady —. ¡Oh, váyase al diablo... señor! — añadió maquinalmente.

El médico dio un respingo, luego dirigió una mirada de compasión al joven, se encogió de hombros y salió de la estrecha celda.

Frente a ella se tropezó con otro médico.

—¡Hola, Gorham! ¿Has hablado con él? ¿Cuál es tu diagnóstico?

Gorham se tocó la frente.

—Un caso clarísimo de manía persecutoria... verdaderamente sorprendente. Nunca había escuchado un relato tan coherente y lógico., pero... —Se encogió de hombros—. Haz lo que puedas por él. Mucho me temo que tendrá que pasar aquí mucho tiempo... tal vez toda su vida. En libertad, podría ser peligroso.

El otro médico movió la cabeza.

—¡Qué lástima! Un muchacho tan pundonoroso. Pero el más cuerdo se volvería loco después de pasarse semanas a la deriva en un bote de caucho. Fue el único superviviente de la dotación. Bueno, Gorham... ¿almorzaremos juntos?

—No, gracias — repuso Gorham —. Tengo que darme prisa para entregar el informe y recomendar que traten con indulgencia a este caso.

—Comprendo. Así pues, nos veremos luego.

El otro médico desapareció por el immaculado corredor de la clínica mental. Gorham meditó brevemente, tratando de orientarse. Estaba en el ala occidental de la clínica, la que daba a la calle. Tenía el coche frente a la clínica. No disponía de mucho tiempo, pues le esperaba una cantidad ingente de trabajo. Y si pasaba por la antesala, a buen seguro algún estúpido le entretendría, obligándole a sostener una tediosa conversación. No sentía los menores deseos de conversar. Quería salir de allí y terminar su informe... el informe que liquidaría definitivamente el caso Brady. Éste dejaría de ser una causa de preocupaciones.

Miró rápidamente arriba y abajo del corredor. No se veía a nadie. Sus sentidos le dijeron también que la calle estaba desierta. No había ningún peligro de que le viesen. Así es que...

Así es que el doctor Gorham se volvió para atravesar limpiamente la pared.

LA VIDA CONTINUA

Este extraordinario relato se basa en la teoría del Dr. Arrhenius, Premio Nóbel de Física, según la cual todo el Universo está lleno de las «esporas» de la vida.

Después de un tiempo indeterminado, Carruthers se agitó. Tras incontables horas de negro vacío, Carruthers se agitó, se incorporó y miró a su alrededor. Estaba sobre la cumbre de lo que parecía ser un monstruoso despeñadero, en la cima rocosa de un guijarro perdido en el cielo, una tierra solitaria no señalada por la labor humana. Sobre su cabeza, la bóveda del espacio interplanetario estaba tachonada por las ardientes y eternas estrellas: Aldebarán y Vega, Betelgeuse y Deneb. Carruthers las observó con ojos de hombre del espacio.

—Bueno — se dijo —, por lo menos estoy en el sistema solar. Pero, ¿dónde? Por lo que sé...

Se interrumpió bruscamente, sorprendido y aterrorizado. Había expresado sus pensamientos en voz alta. Sin embargo, a pesar de que en su cuerpo notaba el dolor del frío cósmico, ante sus labios no se formó una película de escarcha producida por su aliento... Además, tampoco había oído sus palabras.

Un repentino terror hizo presa en él. Con voz ronca, susurró: «¿Será esto, pues? ¿Estaré muerto?»

Levantó las manos y las mantuvo ante su mirada escrutadora. Sus manos fuertes, musculadas, bronceadas por el sol, no se parecían en nada a la garra descarnada de un espantoso espectro. Empero...

—¿Cómo puede un ser viviente moverse, percibir y sentir... sin respirar ni oír?

Carruthers gimió y haciendo un esfuerzo obligó a su mente torturada a recorrer los grises y resbaladizos senderos del recuerdo...

El recuerdo fue surgiendo lentamente. Winterby y él habían sido los únicos supervivientes de la catástrofe que aniquiló la astronave Catapulta, que se dirigía a la Tierra desde Saturno. El espantoso pánico de los últimos momentos. La prisa y el frenesí con que ellos se alejaron de la nave mortalmente herida, en el único bote salvavidas que no había recibido daño. Luego los largos días de vagabundeo sin rumbo fijo por el vacío, mientras los depósitos de combustible se agotaban y las raciones se hacían cada vez más escasas, mientras con ellas desaparecían las últimas esperanzas, cuando el sextante les dijo que la gloria humana más próxima se hallaba tan lejana, que si bien un solo hombre quizá podría llegar a ella, dos morirían con toda seguridad por falta de comida, agua y el oxígeno vital.

Hasta que llegó la hora en que, arrancado a su sueño intranquilo, se incorporó penosamente sobre un codo para ver el demacrado semblante de Winterby inclinado sobre el suyo mientras las manos de Winterby se clavaban en su garganta. Su compañero mantenía apretados con decisión sus delgados labios.

—Uno de los dos sobra, Carruthers. No hay bastante comida ni aire para ambos. Quizá yo solo consiga salvarme. Así es que...

Entonces recibió el golpe.

Lo que luego sucedió le parecía una pesadilla. Con los sentidos embotados, casi inconsciente, Carruthers percibió cómo su compañero le alzaba y le empujaba a medias hasta la compuerta neumática, que luego cerró tras él mientras oprimía la palanca que expulsaba los desechos. La escotilla exterior se abrió hacia dentro, y sobre él cayeron el gélido silencio y el frío del espacio. El vacío aspiró a Carruthers y lo abrazó, ahogando su último estertor, deteniendo su pulso, parando su corazón y sus pensamientos. Y después, la nada...

Así había sido todo... hasta aquel momento.

En aquel momento él estaba de pie sobre la cresta de una yerma colina, sobre una mota de materia que giraba entre los infinitos desechos del espacio. Y él permanecía allí sin respirar y sin que su corazón latiese; existía en un vacío sin aire ni calor; era una paradoja viviente; un ser que soportaba lo insoportable.

Éstos eran los pensamientos de Dan Carruthers.

—Estoy muerto, desde luego — se dijo—. Pero... ¿puede ser esto la muerte? La muerte debería ser sueño y olvido. La paz final. ¿Cómo pueden los muertos sentir odio como yo lo siento? ¡Winterby! —Pronunció este nombre con despecho—. Si pudiese encontrarle aunque sólo fuese por una vez. Winterby...

Se interrumpió. Una vocecilla tan tenue como las que se oyen en sueños le llamó con una voz que no era producto de su imaginación.

—Carruthers...

Sorprendido, Dan Carruthers se volvió. No se veía alma viviente en todo lo que podía abarcar su mirada escrutadora.

—Carruthers...

—¿Quién habla? —gritó Carruthers—. ¿Quién me llama?

La tenue vocecilla le respondió, y de pronto Carruthers comprendió que no era una, sino muchas las lenguas que hablaban. Aunque no eran lenguas tal como las conoce la gente, porque aquel levísimo zumbido surgía en su propio interior. Se agitaba por sus venas, sus ganglios, sus neuronas, como la corriente insistente de una dínamo zumba por las líneas de fuego.

Aquellas vocéenas decían:

—No somos un solo ser, sino muchos hermanos, infinitamente pequeños, que hemos esperado durante siglos incontables sobre este pedazo de roca gris inanimado. Aunque

capaces de percepción, somos incorporales. Hasta ahora hemos permanecido inmóviles, incapaces de hallar un cuerpo para albergar nuestra personalidad.

»Ahora, por último, está abierta para nosotros la senda de la vida. Cuando hace unos instantes tu cuerpo vino vagando hacia nuestra prisión de roca, el azar nos ofreció una morada en la cual podremos crecer y multiplicarnos.

—¿Estáis... en mí? —articuló Carruthers, anonadado.

—No solamente estamos en ti, sino que somos tú. Nuestra fuerza vital es la que levanta a tu cuerpo postrado y le permite moverse. Tus recuerdos son los nuestros, del mismo modo como los nuestros pronto serán los tuyos. Nuestros hermanos inundan las células de tu cerebro, como en tu Tierra natal los enjambres de abejas pululan en primavera en el interior de una colmena.

Somos una antigua raza que vuelve a nacer en ti. Tu carne nos proporciona una fortaleza en la que de nuevo viviremos y nos reproduciremos.

—Entonces, ¿a qué es debido que no tengo que respirar en este espacio sin aire? —tartamudeó Carruthers—. ¿Por qué puedo permanecer en un lugar donde reina el cero absoluto sin convertirme en hielo?

La respuesta llegó lentamente.

—Te diremos por qué. La personalidad que fuiste, Carruthers, ya no existe. Sólo perdura tu estructura corporal.

»Pero no temas ni te entregues a la desesperación. Grande es el cambio, pero elevada la recompensa. Aquel que nos albergue rendirá siempre culto ante el altar de nuestra gran dignidad, que nos ha infundido vida... y en la plenitud de los años venideros, tú también compartirás la gloria de nuestra raza.

—¡La gloria! —se quejó Carruthers amargamente—. ¿Qué clase de gloria es ésta? Antes preferiría morir definitivamente que convertirme en un cadáver ambulante, en el albergue eterno de miríadas de parásitos. ¡Dejadme morir! Concededme una rápida e inmediata destrucción. Dejad que termine esta macabra farsa con la muerte.

Se esforzó por avanzar, ordenando a sus miembros que arrojasen su cuerpo desde la cumbre hasta los peñascos inferiores. Mas no pudo moverse. Las minúsculas inteligencias sujetaron sus músculos con una banda de acero, y en sus venas, susurrantes y casi acariciadoras, se alzaron suaves vocecillas:

—No temas, Carruthers. Es cierto que por algún tiempo tu cerebro será presa de tormentos. Mas pronto se desvanecerán todos los pensamientos humanos y entonces tú te identificarás igualmente con nosotros. Nuestros sueños serán tus sueños, nuestros pensamientos los tuyos; nuestros recuerdos atávicos se convertirán en parte de tu propio ser.

»¿No te das cuenta de que en el poco tiempo transcurrido ya has adquirido una parte de nuestra extraña sabiduría? Abre tu espíritu a nosotros, Carruthers. Lee nuestro pasado.

Carruthers dejó que las voces hablasen a su antojo.

El enjambre invisible que se albergaba en su ser decía la verdad. Como transportado en un sueño febril, Carruthers se sintió como una flotante espora, tan fina como un rayo de luz. Libre y etéreo, exento de una cobertura carnal, se sintió flotando en el sombrío espacio. No podía saber de dónde venía ni cuál era su destino. Pero en lo profundo de su conciencia se albergaba el seguro conocimiento de que debía flotar hasta el tiempo en que él y todos cuantos le rodeaban como una fina neblina llegasen a descansar sobre un mundo fértil en el que hubiese agua, tierra y sustento.

Una vez allí, le dijo el instinto, debería buscar una célula viva, arraigar en ella y prestarle su inteligencia, para que ambos pudieran confundirse y él pudiera sembrar su ignorancia protoplasmática para que de aquel cuajaron primigenio, transcurridos millones de años, se crease el Hombre...

La visión se desvaneció. Carruthers murmuró quedamente para sí mismo: «En la Tierra vivió un sabio que se llamaba Arrhenius. Hace muchos años sostuvo la teoría de que, desde un punto de origen indeterminado, remoto en el tiempo y en el espacio y perdido en el vacío, se difunden por el universo las esporas de la vida, que, cuando hallan un lugar capaz de mantenerlas, se reproducen y germinan. Entonces... ¿Es esto lo que sois? ¿Y yo me he convertido en vuestro compañero?»

No necesitó oír su respuesta de asentimiento. Sin ella supo ya que había adivinado la verdad. Y con esta certidumbre cayó sobre él una quietud, una aquiescencia al plan soberano que alguien —o algo— más grande que él había trazado.

Empero, aún había una parte de su ser que seguía siendo humana. En su corazón aún ardía una llama humana, el feroz e inextinguible fuego del odio. Que él hubiese de morir... mientras Winterby, su asesino, siguiese viviendo, aquello le llenaba de una furia sombría.

Winterby...

Notó agitación creciente en sus venas abarrotadas, como si los que formaban parte de él se contagiasen de sus emociones, como él se había contagiado de las suyas. Y manifestó en voz alta su silencioso pensamiento:

—Si pudiese encontrarle de nuevo, aunque sólo fuese por un momento...

—Puedes hacerlo, Carruthers —dijeron las voces.

—¿Puedo hacerlo?

—Desde luego. Basta con que lo desees, y con la velocidad de la luz tu cuerpo resucitado franqueará las más enormes distancias, llegando hasta el confín más remoto del universo.

»Hace pocos instantes, tu enemigo ha pasado junto a esta roca en su esquife metálico. Persíguele si eso te complace. A nosotros, que somos tus amigos, eso no nos importa.

Carruthers giró en redondo y extendió los brazos hacia lo alto. Como una flecha despedida del arco, su cuerpo cruzó vertiginosamente el vacío.

Breve fue el viaje; en un abrir y cerrar de ojos Carruthers se halló de nuevo junto a la navecilla fugitiva. En su interior, contento y desprevenido, Winterby bebía para celebrar su triunfo. Bebía riendo y levantando la copa en un brindis de mofa.

—¡A tu salud, Carruthers! Es una pena que hayas terminado así. Pero tenía que ser uno de los dos, y era preferible...

Su risa se convirtió en una mueca estereotipada. La copa de vino le cayó de la mano y se quebró sobre el piso cuando por la puerta de la cabina entró el hombre cuyo cuerpo acababa de arrojar al espacio.

—¡Carruthers!

La voz de Carruthers era fría y ronca.

—Sí, soy yo, Winterby. He vuelto... a buscarte.

—¡Pero... no puedes... no puedes volver! —chilló Winterby—. Te he matado. ¡Estás muerto, Carruthers; muerto!

Carruthers asintió sombríamente.

—Es cierto. Pero aún así, quiero tenerte como compañero.

—¡No! —gritó Winterby, sacando de su funda una pistola desintegradora—. ¡Vuélvete! ¡Vengas de donde vengas, vuélvete!

Y oprimió el gatillo.

Del arma surgió una lengua de fuego que bañó a Carruthers, envolviéndole en una llamarada mortal. En el pecho de Dan Carruthers apareció un tremendo orificio, como una boca roja y espantosa; el hedor de carne quemada era insoportable. Pero Carruthers no experimentó el menor dolor. Riendo, avanzó con paso firme hacia su antagonista.

Fue en vano que Winterby tirase su pistola y huyese hacia la compuerta, sin importarle la muerte segura que le esperaba en el exterior. Las manos de Carruthers eran frías como el hielo cuando se cerraron en torno al cuello del que había sido su compañero y amigo.

Los fuertes dedos apretaron, se inmovilizaron, se aflojaron y apartaron de sí el cadáver. Y Winterby cayó sin vida sobre el suelo...

Entonces Carruthers se dijo lentamente:

—Ahora ya somos dos, ambos condenados, ambos muertos. Dos cuerpos sin vida que serían pasto de los gusanos... en la Tierra donde nacimos.

«Pero aquí existen más altos fines. En el interior de lo que había sido mi cuerpo —y quizá pronto en el suyo— residen las fecundas esporas de la vida. De una vida que, si le da oportunidad, podrá poblar un nuevo planeta, un nuevo mundo. Un mundo mejor, quizá, que aquel que nos vio nacer.

»No estoy seguro. Pero ya los pensamientos que fueron de Carruthers tórnense borrosos y vagos. Me convierto, como me han dicho que ocurriría, en parte de los que habitan en mí, como ellos son parte de mi ser. Antes de que sea demasiado tarde, puedo ofrecerles un último presente; puedo prestar un último servicio.

Se volvió hacia el tablero de mandos de la navecilla. Con manos lentas y torpes ajustó las esferas, estableciendo un nuevo rumbo. Una nueva trayectoria hacia un punto distante del espacio, donde entre las órbitas de Marte, el planeta rojo, y del poderoso Júpiter, un enjambre de asteroides sin vida giran en sus órbitas infinitas en torno a su padre el Sol.

—Allí encontraremos — musitó Carruthers, identificado ya totalmente con sus huéspedes simbióticos — agua, alimento y aire. En Iris, Ceres y Pólux, nos reproduciremos... y en los siglos venideros evolucionaremos hasta alcanzar la forma perfecta para la que estamos predestinados.

Esto susurró Dan Carruthers antes de caer. Millones de vocecillas cantaron su responso.

Todo esto sucedió hace mucho tiempo. En días posteriores los hombres se maravillaron al descubrir vida sobre los planetoides, que antes se habían considerado estériles. Maravillados, en su ciego orgullo no vieron que en un día lejano y remoto, cuando su imperio se desmoronase, de aquellas rocas brotaría de nuevo la tenaz semilla del Hombre.

Así murieron dos hombres para que el Hombre pudiese vivir siempre. Así nació la vida sobre los asteroides...

EXTRAÑO NAUFRAGO

¡Yo os digo, precaveos y arrepentios, y ay de aquel que desoiga mi aviso! Porque en verdad, en verdad os digo que el día del Juicio se aproxima, y en ese día a causa de vuestros pecados e iniquidades os visitarán el fuego y la espada de Aquellos cuya furia hace temblar la tierra y arder las aguas del mar.

Nos echaron de un puntapié de Alejandría cuando Rommel siguió su avance más allá de Mersa Matruh, por la larga y arenosa carretera que conduce a El Cairo. No exagero al afirmar que nos echaron de un puntapié. El Almirantazgo opinaba que lo único que podíamos hacer era refugiarnos en puertos seguros hasta que el giro que tomasen los acontecimientos revelase si el plan de Montgomery para ofrecer una última resistencia en un puntito del mapa llamado El Alamein era buena estrategia o — como casi todos temíamos — pura desesperación.

A nuestro capitán le disgustaba sobremanera tener que huir. Cuando le entregué la orden, gruñó y mordió con fuerza su pipa. Ni siquiera lanzó un juramento... lo cual demuestra hasta qué punto aquello le afectó, porque nuestro capitán es un hombre educado, que sabe jurar con soltura en seis idiomas diferentes. Y por simples bagatelas.

Pero aquello era demasiado gordo. Se limitó a mover la cabeza y a decir:

—Muy bien, Chispas. ¡Que se cumpla!

Y volviéndose, se alejó hacia proa con gran celeridad.

Así fue como el Grampus, al abrigo de una noche egipcia oscura como boca de lobo, se escabulló hacia alta mar en pos de la salvación. El Puerto de Oeste parecía la boca de un túnel; incluso el faro de Raset-Tin estaba apagado por temor a los bombardeos aéreos. Pero las tinieblas estaban llenas de vida y ruido. El incesante rumor del oleaje del Mediterráneo contra los escollos de la isla de Faros... las altas y moduladas notas del pito que hacía sonar el contramaestre, que resaltaban con un extraño son agudo entre los suspiros de la brisa de poniente... el susurro de voces provenientes de barcos que se deslizaban confusamente a nuestro alrededor, tétricos como espectros a la deriva. Sonidos grises y encolerizados. El petulante adiós de unos buques que evacuaban un puerto que sólo pocos meses antes había sido la más altiva base británica en toda la costa norteafricana.

—Tenemos que ser los primeros en salir —dijo el capitán—. La flota necesitará hasta el último submarino. Particularmente si los boches toman Alejandría. —Mirando hacia el cielo con desconfianza, añadió—: Habrá que poner servidores en las piezas de cubierta. Podemos tener jaleo.

Pero no lo tuvimos. No perdimos ni un solo barco, ni un hombre por acción enemiga durante toda la operación. Fue curioso que nada sucediese, verdaderamente, porque estábamos a merced de los Stukas, apretujándonos de tal manera en aquel estrecho paso que poca resistencia hubiéramos podido ofrecer. Además, muchos de nosotros estábamos en muy malas condiciones. Esto es lo que sucedía al Grampus, que había recalado en Alejandría para someterse a revisión general y a varias reparaciones, y que tuvo que hacerse de nuevo a la mar antes de que éstas hubiesen terminado.

Aunque después de todo, no hay motivo para extrañarse. Los alemanes se sentían muy seguros por aquellos días. Y tenían razón de estarlo. Pero esta excesiva seguridad fue nuestra salvación. Creo que no nos bombardearon durante nuestra huida porque esperaban tomar Alejandría de un momento a otro, y no querían apoderarse de una base naval reducida a escombros.

Sea como fuere, dejamos atrás la escollera sin el menor contratiempo, y tomamos el rumbo ordenado. No sabíamos nuestro punto de destino, pero puesto que zarpamos rumbo al nordeste, a bordo todos estábamos convencidos de que nos dirigíamos a Larnaca. Chipre sólo se hallaba a trescientas millas de distancia, y hubiéramos debido cubrirlas en un solo día, pero nadie se hacía ilusiones suponiendo que el viaje sería tan rápido. Cabía la posibilidad constante de encontrarse con barcos o aviones enemigos. Además, el barómetro señalaba mal tiempo. Y para acabar de redondear aquellas sombrías perspectivas, nuestros remendados motores empezaron a toser y carraspear cuando apenas habíamos traspuesto la isla de Faros.

La situación no le hacía pizca de gracia a Auld Rory, nuestro cocinero, y me lo dijo sin ambages cuando le pedí que me sirviese una taza de té en la cocina, una vez nos hicimos a la mar sin tropiezos.

—Esto presenta muy mal cariz —gruñó el viejo escocés—. Vergüenza debía darle a la Armada huir de este modo, sin presentar combate. ¡Qué cosa —farfulló, buscando la palabra adecuada—, qué cosa tan poco digna!

Sonriendo, le dije:

—Quizá no sea muy digno, Rory, pero es mucho más seguro. Como dice Shakespeare en el Paraíso Perdido: «Quien lucha y salva su flete, conseguirá salir del brete».

—Este noble bardo —dijo Auld Rory rechinando los dientes— no fue el autor del Paraíso Perdido, sino el gran John Milton. Además, este verso no es como lo has citado tú, yanqui ignorante y bruto.

—Te he dicho mil veces, Rory —repuse, sonriendo—, que yo no soy americano, sino subdito británico, nacido y criado en mi viejo y querido Fogville-on-theThames, la villa de la niebla junto al Támesis.

—¡Eres un perfecto embustero! —dijo Auld Rory montando en colera—. Tú hablas la lengua materna como un jenízaro.

—Eso se debe a que me crié en Brooklyn.

—¿Eh? ¿No me habías dicho en Nueva York?

—Nueva York es un suburbio de Brooklyn. Un día tienes que ir conmigo a Flatbush, Rory. ¡Qué sitio! Tendrías que oír cómo chilla la multitud el Día de las Damas de Ebbets Field, y cómo apostrofan a los arbitros: «¡Que maten a ese holgazán! ¡Que lo cuelguen!»

—¡Qué lenguaje! —exclamó Rory, ofendido—. ¿Y en presencia de señoras? ¡Vaya indecencia! ¡Estoy avergonzado de ti, Yake Levine! — Mientras yo sorbía el té él me contemplaba con semblante ceñudo—. Y sigo diciendo que esto presenta muy mal cariz. En el puerto, teníamos al menos baterías costeras y una posición defendible. Pero esto no les parecía bastante bueno a los jefazos. ¡No, señor! De modo que aquí estamos, solos y maltrechos en medio del Mediterráneo, a punto de convertirnos en la presa de Dios sabe qué bárbaros que caerán sobre nosotros. Me extraña que aún no nos hayan atacado, a decir verdad.

—Tranquilízate, Rory —le dije, riendo— y procura que tus úlceras descansen. Estas aguas son bastante seguras. Te apuesto cinco chelines a que ni siquiera vemos al enemigo, y mucho menos... ¡Eh, qué es eso!

¡Valiente profeta estaba hecho! Mi profecía terminó en un grito de sorpresa cuando el inconfundible tronar de una pieza de cubierta hizo temblar el submarino en toda su longitud. El Grampus se encabritó y se estremeció. El té me cayó sobre las muñecas y me las escaldó. Se oyeron voces excitadas, que fueron ahogadas por el estridente clamor de la sirena de alarma del barco.

Pero dominándolo todo, Auld Rory gritó:

—¡Te acepto la apuesta!

(No hay que olvidar que era escocés.)

Salí como una exhalación de la cocina y corrí hacia la cámara del telegrafista. Haciendo eses por el pasadizo, tropecé con varios artilleros que bajaban a toda prisa para dirigirse a sus puestos de inmersión. Sujeté a Rob Enslow por el brazo.

—¿Aviones?

—¡El cielo está lleno de ellos!

Entonces oí sus motores, que zumbaban con el irritado ronroneo de un avispero en libertad. Los boches no habían querido bombardearnos en el puerto, para hacernos pedazos en alta mar. La voz precisa y tranquila del capitán nos infundió una repentina calma a todos.

—¡Zafarrancho de combate! ¡Inmersión!

Se abrieron las válvulas y el silbido del aire que se escapaba se mezcló con el borboteo del agua que llenaba los depósitos de lastre, y nuestro sumergible se hundió bajo la superficie. Alcancé mi compartimiento y me acerqué dando traspiés, pues el barco cabeceaba mucho, al tablero de instrumentos. Frente a él estaba Walt Roberts, el pañolero. Me dirigió una mirada.

—¿Estás bien, Jake?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—De primera. —Y luego añadió—: Ya estamos sumergidos. Yo asentí.

—Sí. Ahora estaremos bien, a menos que alguno de esos pájaros suelte cargas de profundidad.

—De acuerdo —dijo Walt—. Aunque quizás esta vez no las lleven.

—No es probable que las lleven — afirmé —. Debe ser una escuadrilla con base en tierra, que habrá salido de Bardia. Te apuesto a que entre todos no tienen una sola carga de... —No pude terminar la frase.

De pronto oímos un trueno sordo. El Grampus se zarandeó como si hubiese sido golpeado por un puño gigantesco. Luego se sacudió y saltó como un pez debatiéndose con el anzuelo. Resonó de nuevo la campana de alarma... para detenerse de pronto cuando las luces se apagaron, después de un breve e intensísimo resplandor que nos deslumbró a todos. Un latido cálido, como si la electricidad se hubiese vuelto loca, se esparció por mi cuerpo, obligándome a contraerme dolorosamente. El Grampus se inclinó de costado, mis pies perdieron su sostén y caí de cabeza sobre la cubierta escorada, dándome un fuerte golpe contra el mamparo. Esto es todo cuanto recuerdo...

El arbitro aulló: «¡Tanto!» Yo me puse en pie de un salto, echando espumarajos de cólera, compartida por toda una gradería de sol abarrotada de conciudadanos míos.

—¡Cómprate unas gafas, pedazo de bruto! —le grité—. ¡Esa pelota ha pasado a un kilómetro fuera!

Levantando mi almohadilla, la tiré al campo. Una mano me sujetó por el hombro y un polizonte me miró con expresión malévolamente:

—¡Oiga usted! ¡Haga el favor de seguirme! Yo grité:

—¡Quíteme las manos de encima! — y me debatí para desasirme. Alguien, un amigo de entre la multitud, me gritó desde lejos:

—¡Jake! ¿Estás bien?

—¡Suélteme! —rezongué—. ¡Éste es un país libre! Suélteme, o de lo contrario...

La mano posada en mi hombro afirmó su presa. La voz se hizo más próxima y distinta:

—¡Jake! ¿Estás bien, Jake?

El campo de Ebbets se desvaneció; sus gradas de sol se convirtieron en el oscuro y húmedo interior del Grampus. Tanto la mano como la voz pertenecían a Walt Roberts.

—Jake...

—Estoy bien —dije—. Estoy bien, Walt. —Estiré el cuello cautelosamente —. Gracias, chico. Acabas de salvarme de diez dólares o diez días.

—¿Qué?

—Dejémoslo—dije—. ¿Dónde estamos?

—Sobre el fondo. Esta carga de profundidad nos ha averiado algo... No sé exactamente qué. Por suerte el agua aquí no es muy profunda.

—Tanto mejor—observé—. ¡Qué suerte! Yo estaba muerto de miedo, pero no quería demostrárselo. Proseguí:

—Si fuésemos peces, no tendríamos que ir muy lejos. ¿Tenemos vías de agua?

—Creo que no.

—Entonces, ¿qué les pasa a las baterías? ¿Por qué no hay luz?

—Ojalá lo supiese —dijo Roberts.

—Vamos a ver qué ocurre —le invité.

Avanzamos a tientas por el submarino, tropezando con otros que hacían lo propio. Nos dominaba cierta tensión, pero no se apoderó de nosotros el pánico. Y no se piense que la disciplina se hubiese relajado porque se nos permitiese hacer lo que nos viniese en gana. Eso se debía a que el capitán tenía cerebro, además de galones. Comprendía lo que todos experimentábamos, y mientras no interfiriésemos lo que hacía el maquinista, nos permitió satisfacer nuestra curiosidad.

En la sala de máquinas se habían colocado lámparas de auxilio y vimos el cuerpo sudoroso del maquinista inclinado sobre los motores. El primer maquinista no estaba tan preocupado como desconcertado.

—Es la cosa más extraña que he visto en mi vida, señor — oímos que decía al capitán —. No es por los efectos del impacto ni un cortocircuito. Es como si toda la instalación eléctrica hubiese sido arrancada y retorcida.

—Eso es lo que yo experimenté — gruñó el capitán —. El submarino pareció debatirse y agitarse como una anguila.

—Sí, señor. Las barras ómnibus se han convertido en una masa sólida. Y las conexiones...

El primer maquinista movió la cabeza.

—Pero, ¿puede usted arreglarlo?

—Creo que sí, señor. Sí, creo que podremos arreglarlo.

—Muy bien. ¡Pues manos a la obra! —El capitán se volvió muy sereno hacia todos nosotros —. Ya habéis oído lo que dice el jefe de máquinas, muchachos. Ahora sabéis tanto como yo. Volvamos todos a nuestros puestos, y dejemos trabajar a estos hombres.

Esto es lo que hicimos, con lo que el incidente quedó terminado. Algún tiempo después, las luces volvieron a encenderse. Y después de otra larga y ansiosa espera, oímos el prudente zumbido de la Diesel, seguido por el ruido que producía el árbol de la hélice al girar. Luego la voz del capitán, como siempre precisa y tranquila, por los altavoces interiores:

—Atención todos. Avería reparada. ¡Sopla!

Era pleno día cuando, después de asegurarse de que no andaban barcos enemigos por los alrededores, el Gram-pus emergió. Por prudencia no hacíamos funcionar la radio, pero con la esperanza de avizorar un buque amigo, el capitán me ordenó que tomase las banderas de señales y subiese con él a la tórrela.

La fresca brisa marina me pareció una bendición, lo mismo que el sol. Pero habíamos perdido los restantes barcos de nuestro convoy... si es que podía llamársele así. El horizonte estaba despejado en todo lo que la mirada podía abarcar. Nada se veía sobre las aguas.

Sí, algo se veía. El capitán lo descubrió antes de que cualquiera de nosotros enfocase sus gemelos sobre la bailoteante motita negra, y lanzó un pensativo gruñido.

—Es un hombre... sobre una balsa, o un mástil. Tal vez es superviviente de un naufragio. Posiblemente, alguno de nuestros barcos no pudo escapar con la celeridad con que nosotros lo hicimos. — Suspiró —. Pongamos rumbo hacia allá y le recogeremos.

El segundo saludó y desapareció por la escotilla. Pocos minutos después nos encontramos a corta distancia del pecio.

Aquí empieza la parte fantástica de mi relato. ¿Imagina acaso el lector que aquel náufrago se entusiasmó al vernos, o que empezó a agitar los brazos y a gritar de alegría?

¡Nada de eso! Durante largo rato, ni siquiera pareció apercebirse de nuestra presencia. O si nos vio, se hizo el desentendido. Tampoco respondía a nuestras voces, a pesar de que estábamos a tan corta distancia que tenía que oírnos forzosamente.

—¿Si será sordo? —dijo el capitán en voz alta.

—Es posible, señor —dijo el segundo—. Pero tiene que vernos. Es raro que no pida socorro.

—¿Y si fuese sordomudo? —apuntó el capitán.

—Basta con que sea sordo, señor —indiqué.

En aquel instante el náufrago nos vio sin ningún género de duda. Abandonando su incómoda postura, pues estaba postrado de hinojos, se levantó, pero en lugar de agitar los brazos o los harapos que le cubrían en parte, el condenado estúpido lanzó un ronco grito de espanto, saltó de su balsa desvencijada y se alejó, braceando, de nosotros con toda la celeridad que le permitían sus flacos miembros.

El capitán lanzó un gruñido de asentimiento:

—¡Ah, ya lo comprendo! Es un enemigo. ¡Tanto mejor! ¡Subidle a bordo, muchachos!

Esto fue lo que hicimos. Pero sólo lo conseguimos después de propinarle varios golpes que le hicieron perder el conocimiento. Dos marineros saltaron al agua para apoderarse de él. La operación de capturarlo fue peor que apoderarse de una barracuda. Él pateaba, mordía y arañaba, y por poco le saca un ojo a Bill Ovens. Esto enojó sobremanera a Bill, el cual, mientras su compañero luchaba a brazo partido con el náufrago, se escurrió a sus espaldas para aturdirle de un golpe detrás de la oreja.

Así fue como el Grampus embarcó a un pasajero.

Poco tiempo después, mientras le contaba a Walt la tremolina que había armado aquel hombre, el capitán me llamó:

—Lavine, preséntese a proa.

Le encontré esperándome ante el compartimiento donde habíamos encerrado a nuestro pasajero. Sacándose la pipa de la boca me dirigió una pensativa mirada.

—Usted es judío, ¿verdad, Lavine?

—Sí, señor.

—¿Sionista? Yo contesté:

—No, señor. Mis padres sí lo son, pero yo...

—No importa —me atajó—. ¡Escuche!

Y me indicó la puerta con un gesto. Detrás de ella oí la voz de nuestro pasajero que hablaba solo en una especie de monótono y agudo canturreo. Pesqué alguna que otra sílaba y las comprendí. Una palabra aquí y allá, una frase suelta...

—¡Caspita! — exclamé —. ¡Esto es hebreo!

—Ya me lo parecía —dijo el capitán—. ¿Lo habla usted?

—Lo entiendo —repuse—. Es decir, casi todo. Yo hablo mejor el yiddish.

—¡Perfectamente! —gruñó el capitán—. Entre.

Me empujó al interior del compartimiento. Por primera vez pude ver bien a nuestro pasajero a la fuerza. Era un tipo extrañísimo. Flaco, cetrino y de aspecto avinagrado, con ojos grandes y ardientes que le ponían a uno la piel de gallina cuando le miraban. Pero no con miedo o disgusto, sino con una sensación que no podía definir. Digamos... temor, quizá. Esto es el modo más aproximado que tengo de descubrir este sentimiento. Parecía como si quisiese indicar que, si uno no vigilaba bien sus pasos, algo espantoso le sucedería.

Sus cabellos, como sus ojos, eran negros como la endrina, y gastaba unas pobladas barbas que acentuaban la amarga delgadez de sus labios en lugar de ocultarla. Sus pómulos salientes estaban teñidos por un rubor de tísico, y las ventanas de su nariz eran palpitantes.

Me parecía haber visto alguna vez a aquel hombre, pero no podía recordar cómo, ni dónde, ni quién era.

Su quejumbroso canturreo cesó instantáneamente al vernos entrar, y se encogió temeroso pero retador. Me pareció igual que un animal caído en la trampa.

El capitán me ordenó:

—Háblele, Jake.

—Hola, amigo — le dije yo.

—En hebreo.

—¡Ah! — exclamé. Y probé de hacerlo. Me resultaba muy difícil, porque lo había olvidado mucho. De todos modos le dije:

—¡Saludos! Me llamo Levine, Jacob Levine. ¿Me entiendes?

¡Claro que me entendía! Sus ojos apagados se iluminaron, y de su boca salió un torrente de palabras.

—¿Qué dice? —preguntó el capitán.

—Demasiadas cosas a la vez y demasiado de prisa — me quejé. Y añadí en hebreo—: Te ruego que hables más despacio.

Él puso el motor al ralentí, disminuyendo su marcha en varios cientos de miles de revoluciones por minuto, y cuando empezó a hablar con un ritmo más normal, principié a entender algo de lo que decía. Declaró ser un hombre humilde, y nosotros éramos los poderosos que le infundían temor. Él era un mísero mortal, demasiado despreciable para convertirse en el blanco de nuestra ira. Besando nuestros pies, suplicó que le pusiésemos en libertad. Si le soltábamos, entonaríamos nuestras alabanzas hasta el día de su muerte.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó el capitán.

—Es muy amable y zalamero — observé —. Está medio muerto de miedo.

—¿Cómo se llama?

Le transmití esta pregunta, y por toda respuesta recibí un alud de polisílabos que hubieran hundido a un mercante. Era uno de aquellos antiguos árboles genealógicos, hijo de tal e hijo a su vez de cual, y así hasta el infinito. Cuando traté de traducírselo al capitán, éste se encogió de hombros.

—Dígale que le llamaremos Johnny para abreviar. ¿De dónde proviene? ¿Iba en uno de los barcos que evacuaron Alejandría?

No, él iba en una nave mercante.

¿Habían hundido a su barco en el ataque de anoche?

¿Ataque? Él no había visto ataque alguno, ni anoche ni en cualquiera de las noches anteriores. Él era un hombre humilde, indigno de recibir nuestras atenciones. Sólo deseaba que le dejásemos en libertad...

Entonces, ¿de dónde venía? ¿Cuál era su barco, y de dónde había zarpado? ¿Adonde se dirigía?

Pasé su respuesta al capitán.

—Su barco era el Rey Guerrero, de Tarsis, que se dirigía a Joppa con un cargamento de sal, vino y lienzos.

—¿Joppa? —dijo el capitán, frunciendo el ceño—. Esto debe de significar Jaffa, cerca de Jerusalén. Pero, ¿ha dicho Tarsis? Tal vez quiera decir Tarso, una población de Turquía. Aunque no es puerto de mar. Bueno, eso no importa. ¿Cuánto tiempo llevaba a la deriva en esa balsa?

—Tres días — me comunicó nuestro pasajero.

—Eso quiere decir que no hundieron su barco anoche. ¿Funciona la radio, Chispas?

—Si quiere que le sea franco, señor, no lo sé. Ha sucedido todo tan de improviso y aún estamos bajo la consigna de silencio...

—Sí, claro. Bueno, hágala funcionar y establezca contacto con Larnaca para que nos comuniquen datos acerca del... ¿cómo ha dicho?... Rey Guerrero. Si en el registro aparece como aliado o neutral, podemos considerar inofensivo a este vejestorio.

—Sí, señor — respondí —. Inmediatamente, señor.

—¡Ah!, antes de irse, diga a su amigo que no corre peligro alguno y que no nos lo comeremos.

Y el capitán soltó una risita.

Yo le traduje el mensaje. El resultado de él fue... asombroso, por no decir otra cosa. El barbudo personaje emitió un leve balido de gratitud, luego se enderezó y «e arrojó acto seguido a los pies del capitán, para empezar a hacerle reverencias y genuflexiones como si adorase a la estatua de un dios.

El capitán se apartó, sorprendido.

—¡Vamos, hombre! No hace falta que hagas esas cosas... ¡Cuidado! ¿Qué es eso? ¡Maldita sea!

Miró con enojo su mano derecha, que sangraba por una extensa herida de feo aspecto. Al apartarse de Johnny, golpeó inadvertidamente con ella un perno y se la abrió desde el índice a la muñeca. Inmediatamente aplicó un pañuelo a la herida, maldiciendo como un energúmeno.

—Enciérrelo de nuevo, Chispas. Tengo que ir a que me vea el médico. ¡Cumpla mis órdenes! Y con estas palabras se marchó. Yo apostrofé a Johnny con displicencia:

—¿Has visto lo que has hecho? ¡Ha sido por tu culpa!

Yo esperaba una catarata de disculpas negativas, pero me equivoqué. Johnny se limitó a permanecer inmóvil, con labios descoloridos y una mirada vaga y asustada en sus ojos. Luego susurró tristemente:

—Sí... lo sé, lo sé...

Fui entonces a la emisora y calenté los tubos. A continuación, lleno de confianza, porque tras un rápido examen me cercioré de que todo estaba en orden, hice girar los nonios para ver lo que captaba en las diferentes longitudes de onda.

Silencio absoluto.

Tomé unas herramientas y me puse a buscar la avería. Descubrí una conexión suelta y un condensador que no parecía estar bien. Lo reparé y probé de nuevo.

Silencio absoluto.

Probé el emisor. Éste parecía funcionar. Hice diversas pruebas satisfactoriamente. Viendo que así no conseguía nada, saqué los planos y repasé toda la instalación desde la antena a la tierra, realizando todos los pequeños ajustes que me parecieron necesarios. Y probé de nuevo.

Por todo resultado conseguí silencio.

Decidí ir a contárselo al capitán.

—No lo entiendo, señor. Si no oyese absolutamente nada, eso indicaría que la instalación está averiada. Pero capto estática, lo cual indica que el receptor funciona.

Sin embargo, no puedo captar ninguna frecuencia, ninguna emisión, de onda larga u onda corta. El capitán se mostró muy benévolo:

—No se preocupe usted, Chispas — me dijo —. Probablemente es algo muy desusado, que tiene relación con nuestra caída al fondo. Siga usted trabajando en el receptor.

—Pero es que no puedo comunicar con Larnaca, señor.

—No importa. Estaremos allí por la mañana y a nuestra llegada nos informaremos. A propósito, esta noche cenará usted conmigo.

Yo tragué saliva:

—¿Yo, señor?

—Sí, usted. Tengo a Johnny de invitado, y le necesito a usted como intérprete. ¿Acepta?

—¡Desde luego, señor!

—Ahora viene Johnny. He dicho al segundo que vaya a buscarle. Nosotros... buen Dios, ¿qué es esto?

«Esto» eran una serie de golpes sordos que se oían fuera y que fueron seguidos por un agudo grito de agonía y luego gemidos. Ambos salimos como una exhalación. El segundo, tendido al pie de la escalera de la cámara, profería sonos plañideros, con la pierna izquierda extrañamente doblada bajo su cuerpo. Johnny, de pie, sobre él, se retorció las manos y se colmaba de frenéticos y gemebundos reproches.

—¡Ha sido culpa mía! ¡Yo lo he hecho... yo, yo!

—¡Langdon! —gritó el capitán—. ¿Qué ha sucedido?

Entre sus dientes apretados a causa del dolor salió la respuesta:

—No... no lo sé, señor. Debo de haber resbalado en el último peldaño. Es la pierna, señor.

—¿Le empujó ese hombre? —exclamé encolerizado.

—No, nada de eso... Ocurrió por accidente.

Pero los compungidos lamentos de Johnny no cesaban.

—Ha sido culpa mía —repetía una y otra vez—. Lo he hecho yo. Yo, yo...

A partir de aquí, soy incapaz de explicar lo que sucedió hasta el fin. Lo único que puedo hacer es referirlo, y dejar que cada cual saque sus propias conclusiones. Sé que es extraño, disparatado, imposible. Espero...

Arribamos a Chipre por la mañana. Y subrayo que fue por la mañana. El capitán había dicho que llegaríamos a Larnaca por la mañana, pero no fue así. Arribamos al lugar donde debiera haber estado Larnaca. ¡Pero no estaba!

¿Que esto no tiene pies ni cabeza? Así es: pero para nosotros tampoco tenía pies ni cabeza. Era una hermosa mañana, soleada y radiante. Cuando penetramos en el puerto circular que debiera haber estado atestado de barcos con refugiados y lleno del bullicio y vistosidad de una base naval británica, nos quedamos mirando con incredulidad la estrecha playa tras la que se alzaban unas míseras chozas de pescadores.

Éramos cuatro en la torreta... el capitán, el tercer oficial, Johnny y yo. Cuando contemplamos aquella amplia y desolada ensenada, el tercer oficial, estupefacto, exclamó:

—¡Pero... esto es imposible! ¡Estoy seguro de no haberme equivocado, señor!

El capitán tomó el sextante de manos del oficial. Con gran cuidado tomó la altura del sol. Luego guardó silencio durante largo rato, mordiéndose los labios y con sus ojos grises fijos en la distancia. Por último dijo:

—Oiga, mister Graves.

—A la orden, señor.

—Haga usted el favor de cambiar de rumbo. Nos dirigiremos al continente.

—Sí, señor. A la orden, señor.

El oficial desapareció por la escotilla, con muestras de alivio evidente al ver que se libraba de una bronca. Yo pregunté con vacilación:

—¿Estamos muy lejos de Larnaca, señor?

El capitán respondió con una extraña voz ahogada:

—No lo sé, Chispas. Posiblemente me lo puedas decir tú. ¿Qué es más lejos... un millón de millas, o un millón de años?

—Me parece que no le comprendo, señor.

—No — dijo lentamente —. Yo tampoco me comprendo demasiado bien.

—Pero ha ordenado usted que nos dirigiésemos al continente, ¿no es eso?

—Sí. Desembarcaremos a nuestro pasajero en su tierra. Por lo menos haremos eso.

—¿Cuánto tiempo tardaremos, señor? ¿Un par de horas?

—Ojalá fuesen un par de horas —dijo ceñudo el capitán—, pero me temo que tardaremos más. ¿Cuándo recogimos a Johnny?

—Ayer por la mañana, señor.

—Exactamente —suspiró el capitán—. Eso significa que tardaremos dos días en llegar al continente.

A decir verdad, empecé a pensar que al capitán se le había aflojado un tornillo. El Líbano no se halla a más de cinco horas de la isla de Chipre. ¡Pero el capitán tenía razón! Tardamos dos largos y agotadores días en llegar a una costa adonde debiéramos haber arribado fácilmente antes del anochecer.

Primero empezaron a fallar los motores. Luego, cuando el primer maquinista consiguió hacerlos funcionar nuevamente, la instalación eléctrica se averió. Los generadores empezaron a chisporrotear y a crujir como triquitraques, sin motivo alguno aparente. Cuando conseguimos repararlos, uno de los mamparos empezó a rezumar unas sospechosas gotas, y tuvimos que poner remiendos antes de que la vía de agua se hiciese mayor.

Éstas fueron las dificultades mayores, pero tuvimos otros muchos contratiempos que prefiero pasar por alto. Sólo diré que mientras trabajaba en los motores averiados, un maquinista perdió medio dedo. Un engrasador cayó enfermo con fiebre... ¡Con malaria, contraída navegando por un mar interior! Después de esto, la comida que nos preparó

Auld Rory debía proceder de latas de conservas en malas condiciones, porque a la segunda mañana la mitad de la tripulación se puso verde y tuvo que subir a cubierta para dar de comer a los peces.

¡Oh, fue un viaje delicioso! La mala suerte parecía haberse asentado en el Grampus por todo lo alto.

Sin embargo, mi suerte particular se mantuvo buena, a no ser por el hecho de que nuestro pasajero, que había vencido ya su miedo inicial, se convirtió en una ametralladora de preguntas. De la mañana a la noche me ensordecía con su interrogatorio. ¿Qué era aquella nave que nos transportaba, quería saber él, aquella nave maravillosa que navegaba a voluntad por encima o por debajo de las aguas?

Es un submarino, le respondía yo.

¿Un submarino? ¿Y qué era un submarino?

Un barco como el Grampus, le dije. El Grampus era un submarino. Ahora vete a sentarte en un rincón y ponte a canturrear arrullos, abuelo.

¡Señor, qué maravilla! ¡De modo que el Grampus era un submarino! Pero, ¿qué era un grampus?

Yo también sabía la respuesta a esta pregunta, pues consulté la palabreja en una enciclopedia cuando me destinaron al barco.

—En inglés se llama grampui a la orea, una especie de delfín, o cetáceo inteligente y feroz, muy agresivo. No es un mal nombre para este cascarón, abuelo. Hemos atacado ya a bastantes barcos, y hundiremos muchos más, así que nos reparen para seguir luchando contra los nazis.

Solemnemente, él me preguntó:

—¿Hacéis la guerra contra los impíos?

—Puedes estar convencido de ello —le dije con semblante hosco—. Ellos creen que ya no nos levantaremos, pero la lucha apenas empieza. Nuestro día se aproxima... y no tardará mucho.

Entonces él quiso saber con qué luchábamos, y yo tuve ocasión de enseñárselo, porque aquel interrogatorio tuvo lugar durante unas prácticas de tiro, pues el capitán pensó que era mejor que los artilleros disparasen unas cuantas salvas mientras navegábamos por superficie, para adiestramiento. Con su permiso, llamé al viejo Johnny a la tórrela para que presenciase los ejercicios de tiro.

Boquiabierto, él contempló cómo los artilleros desenfundaban el cañón y lo cargaban. Y cuando disparó, vomitando una llamarada con un horrísono estampido, casi se volvió loco. Se abalanzó a la borda y, si yo no le hubiese sujetado por sus andrajos, se hubiera tirado de cabeza al agua, pero esta vez sin balsa.

Sin embargo, con esto su curiosidad se dio por satisfecha y se alegró de que lo devolviesen a su aposento, para quedarse en él. Esto me permitió seguir trabajando en mi receptor, que de manera incomprensible había enmudecido.

Revisaba por enésima vez los circuitos, cuando acertó a pasar por allí el capitán, el cual se puso a observarme en silencio, hasta que terminó por decirme:

—No hay suerte, ¿eh, Chispas?

—Mi capitán — le dije lisa y llanamente —, se ha terminado la suerte a bordo de este barco. Nos ha abandonado por completo.

—Lo comprendo, Jake — asintió él —. Parece como si estuviésemos hechizados o como bajo los efectos de un maleficio, ¿no es eso?

—En efecto, señor. Yo no soy supersticioso, pero...

—Ni yo tampoco — dijo el capitán —, pero sí soy curioso y me pregunto si... Jake, usted ha estudiado transmisión eléctrica. Hábleme de ella, por favor. ¿Qué es la electricidad?

Denegué con la cabeza.

—Lo siento, señor. Nadie puede responder a eso, porque nadie lo sabe.

—Hablemos de electrónica — musitó el capitán —. En la teoría de la electrónica creo que se menciona la posibilidad de que los electrones pueden existir simultáneamente en dos lugares distintos.

Midiendo mis palabras, repuse:

—Efectivamente, creo recordar algo a ese respecto. Creo que fue Niels Bohr quien se ocupó de ello. Un electrón moviéndose de un ciclo a otro sin ni siquiera haber pasado por el espacio intermedio. Pero jamás conseguí entenderlo, y además nunca lo intenté. No soy un científico: me limito a trabajar con el equipo que inventan los cerebros privilegiados. —Le miré de hito en hito—. ¿Por qué me lo pregunta, señor? Será acaso...

—Es simple curiosidad — repitió el capitán —. De todos modos, quizás halle usted la respuesta. Aunque eso no importa. Tampoco podemos remediarlo. Limitémonos a esperar y a ver lo que encontraremos cuando llegemos a tierra.

—Le aseguro que no lo entiendo, señor. ¿Qué espera usted encontrar?

Pero él no me respondió. Se limitó a quedarse en la puerta dando chupadas a su pipa apagada, mirando a través de mí hacia una remota lejanía.

A la mañana del quinto día después de nuestra partida de Alejandría, divisamos tierra firme. Era una mañana descolorida y fea, con un cielo muy cargado de negras nubes de tormenta que amenazaban reventar de un momento a otro. El capitán, Johnny y yo estábamos en la tórrela, escuchando el ronco y lejano bramido de los truenos. Dos marineros esperaban a que el capitán diese las órdenes tan esperadas.

—Bien — dijo el capitán —, hemos llegado. Dentro de pocos minutos estaremos tan cerca de tierra como permita la prudencia. Entonces le desembarcaremos, Jake.

Yo observé:

—Creía que el tercer oficial había puesto rumbo a Beirut, señor.

—Sí.

—En esa población hay puerto. No será necesario que permanezcamos al paio frente a la costa, ¿no cree usted, señor?

—¿De veras? —El capitán me dirigió una leve sonrisa—. Ojalá, Chispas. Ojalá fuese así, pero, ya ve como no hay nada de eso.

Y cuando la negra cerrazón se alzó, indicó con un conciso ademán la próxima costa, que entonces se empezaba a ver claramente.

Parecía como si hubiésemos vuelto a Larnaca. En Beirut no había base naval, pero yo sabía que era una moderna urbe del Próximo Oriente, colmada en aquellos días de gran actividad debido a la guerra. Y la soñolienta aldea que yo contemplaba era cualquier cosa menos moderna. Ninguna de las construcciones que se alzaban junto a la orilla tenía más de un piso, las pocas embarcaciones que se abrigaban en su ensenada eran barquichuelos de madera de poco calado, con una sola vela cuando llevaban alguna.

—Capitán — exclamé —, ya sé lo que anda mal. Sólo hay una explicación posible. Su sextante se ha estropeado, eso es todo...

—No — repuso el capitán —, existe otra explicación. ¿Es que no lo ve, Jake? — Luego, encogiéndose de hombros al ver que yo le miraba atónito, añadió—: ¡Bueno!

No perdamos tiempo. Haga el favor de despedirse de Johnny de mi parte.

Me volví hacia el viejo espantapájaros, que estaba contemplando cómo se aproximaba la costa con una creciente excitación en su semblante. Toqué su hombro huesudo y él dio un respingo.

—Bueno, Johnny, ya hemos llegado. Vamos a desembarcarte. Él asintió.

—Así sea. Vosotros mandáis, ¡oh poderosos!

—¿Algo más, señor? —pregunté al capitán.

—Nada más, Jake. Lo que haya de ser, será. Me volví a Johnny.

—Me parece que esto es todo — le dije —. Pero antes de que te vayas, quiero decirte unas palabras a solas. El capitán está seguro de que no estás en tus cabales, o de lo contrario no te soltaría con tanta facilidad. En cuanto a mí, no lo sé. Además, tampoco

sabemos si provienes de un barco amigo o enemigo. Y durante tres días te has paseado por todo el Grampus, viendo mucho más de lo que de ordinario se permite ver a los civiles.

—Yo soy vuestro indigno y miserable servidor —dijo Johnny, volviendo a su manía de hablar con frases retóricas y grandilocuentes —, indigno por completo de las maravillas que me habéis mostrado...

—Sí, lo sé. Y estarás aviado si te vas de la lengua y cuentas lo que has visto. ¿Entendidos? Conocemos tu identidad, y si resultase que estuvieses de parte de ellos, vendríamos a buscarte, tenlo por seguro. ¿Está claro?

Los extraños ojos de Johnny brillaron con una mirada de fanatismo.

—Escucho y obedezco — dijo con voz firme —. Así sea; empuñaré la espada para luchar contra las fuerzas del mal a vuestro lado.

—Así me gusta —le dije—. De modo que... adiós, y buena suerte.

Le tendí la mano, pero el idiota de él no me la estrechó. En lugar de eso, se inclinó y me la besó. Yo le aparté de mí, embarazado, dirigiendo una rápida mirada al capitán. Pero éste se limitó a suspirar y a asentir, como si esto fuese lo que ya esperaba. Luego se dirigió a los dos marineros, que se reían bobamente.

—Vamos, muchachos.

Ellos colocaron a Johnny en el bote neumático en el que iría a tierra, y lo empujaron para apartarlo del submarino. La mar estaba bastante agitada. El capitán ordenó que echasen aceite a las olas.

Los marineros abrieron una lata y consiguieron amansar una extensión líquida en torno al Grampus. y el botecito de caucho. Johnny se alejaba lentamente y todos le veíamos irse indiferentes y extrañados, hasta que el capitán dijo de pronto:

—Está lloviendo, muchachos. Será mejor que bajemos.

Los gruesos y aislados goterones no tardaron en convertirse en un verdadero diluvio mientras nosotros corríamos hacia la tórrela. Al cerrarse, la escotilla amortiguó el ronco bramido del trueno. El capitán frunció el ceño.

—¡Espero que ese pobre diablo consiga alcanzar la costa antes de que esté calado hasta los huesos!

Dirigiéndose al periscopio, lo hizo girar para localizar a Johnny.

—¿Le ve usted, señor? —pregunté—. ¿Ha conseguido...?

—Sí, lo ha conseguido. Ahora está desembarcando. Veo gente... ¡Dios mío!

El capitán lanzó un grito, se tapó los ojos con las manos y se apartó del periscopio dando traspiés. Yo exclamé:

—¿Qué le ocurre, señor? ¿Qué...?

La voz se me heló en la garganta cuando extendía la mano hacia él. El Grampus zumbaba... ¡Sí, zumbaba...! con una espantosa cacofonía distinta a todo cuanto había oído jamás. Un espeluznante temblor recorrió mis venas, y un negro vértigo se apoderó de mí. No podía respirar ni moverme. Me parecía subir... caer... girar... descender a profundidades insondables, pasando de una ardiente negrura a un vociferante vacío...

Tan repentinamente como había comenzado, aquello cesó. Y la voz del capitán resonó en mis oídos.

—¡Dios mío! ¿Está usted bien, Chispas?

—Sí, señor — tartamudeé —. Creo que sí. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sucedido?

—Un rayo. Ha caído un rayo a proa. Por un momento creí quedarme ciego. ¡Mire!

Me indicó con un gesto el ocular del periscopio. Yo miré... para apartarme al punto. A nuestro alrededor, el mar estaba en llamas, pues el rayo había hecho arder el petróleo. Pensé inmediatamente en Johnny, y dije:

—¡Pobrecillo Johnny! Debe de creer que nos hemos asado.

—O que hemos desaparecido en un mar de fuego — objetó el capitán.

Yo le miré, boquiabierto.

—Vuelva a mirar, Jake. Más allá del fuego. En la costa.

Hice lo que me ordenaba. Las llamas habían desaparecido, así como las nubes de tormenta, y el cielo era transparente y azul. Hacia nosotros se dirigía una lancha de patrulla, con un hueso de espuma entre sus dientes y la Unión Jack ondeando a popa. Blancos y modernos edificios bordeaban el puerto lleno de vida, con muelles y malecones, rutilante entrada de una moderna ciudad marítima agitada y llena de vida. ¡Y esta ciudad era Beirut!

Estupefacto, observé.

—Pero... no lo comprendo, señor. ¿Cómo hemos llegado aquí?

El capitán respondió calmadamente:

—Cuando llegue la patrulla, Jake, le diré que hemos tenido averías y que nos hemos apartado de nuestro rumbo. No me atrevo a revelarles la verdad. No la comprenderían. Como tampoco la puede comprender usted... o yo.

—¿Comprender qué, señor?

—Dónde hemos estado —respondió el capitán — y cuándo. Tal vez exista una explicación clara y lógica. Posiblemente tenía usted razón al atribuirlo a un fallo del sextante; tomamos mal la posición cuando nos hallábamos a la altura de Chipre. Y quizás todos permanecimos insensibles durante algún tiempo después que el rayo alcanzó el barco. No lo sé. Quizá hemos estado más de una hora frente a este puerto.

—Pero, ¿y la aldea que vimos?

—La viraos confusamente, a través de un desgarrón de la niebla. Existen espejismos. Yo observé:

—Usted no cree de veras en lo que me dice, señor. Se limita a buscar una explicación racional.

Él buscó la pipa y la bolsa del tabaco, tratando de calmar sus nervios temblorosos con gestos viejos y familiares.

—Sí, Chispas; eso es lo que hago. Lo que de veras creo va contra toda lógica.

—¿Y qué es lo que cree, señor?

—Vamos a suponer por un momento que la electricidad tenga alguna relación con el tiempo. ¿Qué ocurriría entonces?

—¿Con el tiempo, señor?

—Con el presente y el pasado — musitó el capitán — y con el futuro. Imaginemos a los días y a las horas saltando como electrones de un lugar a otro, sin haber recorrido el espacio intermedio. Una bomba estuvo a punto de alcanzar al Grampus, y todo resultó extrañamente cambiado. Un rayo nos alcanzó... y hemos vuelto a nuestra época.

—¿Quiere decir que hemos estado en el...?

—En el pasado... sí. —El capitán había conseguido encender la pipa, y al aspirar las primeras y aromáticas bocanadas una expresión beatífica apareció en su semblante y me sonrió —. Dicho así no tiene pies ni cabeza, Jake. Si yo fuese mejor cristiano de lo que soy y usted mejor judío, tal vez lo hubiéramos comprendido antes. ¡Reflexione, hombre! ¿No le recordaba a nadie nuestro pasajero?

—Siempre me produjo esa impresión — tuve que admitir —. Desde el primer momento en que le vi. Pero no me parece... ¡Espere! Ahora lo recuerdo. Un viejo rabino que conocí siendo yo niño. Un anciano de ojos llameantes, como un antiguo profeta.

—Su aparato de radio funcionaba, pero no captaba nada. ¿Y si no hubiese nada que captar?

—Mi capitán, yo...

—Hubo un hombre — dijo lentamente el capitán —, que emprendió viaje de Joppa a Tarsis para no tener que servir al Señor. Pero allí donde se dirigiese, el castigo le perseguía. Y los que navegaban con él le atacaron, se apoderaron de él y lo dejaron a la deriva en la mar...

Se me erizaron los pelos del cogote y mi alma se heló de espanto. Recordaba los antiquísimos relatos... Las viejas historias contadas a la luz de una vela, y la líquida cadencia de la voz del cantor.

El capitán dijo:

—Tres días, Jake. Estuvo tres días a bordo del Grampus: y usted le dijo lo que significaba este nombre.

—¿Cómo se llamaba? —susurré.

—Nosotros le llamábamos Johnny —suspiró el capitán—. Es el equivalente inglés más próximo a la primera parte de un larguísimo patronímico o nombre gentilicio. Pero su verdadero nombre, Chispas, era...

Yo os digo, precaveos y arrepentios, e
implorad Su merced antes de que sea demasiado tarde;
esto os digo para precaveros. Pues yo he vivido
entre Ellos; mis ojos se han llenado de temor
al contemplar Su poder y Su ira justiciera.
Esto es lo que he visto, yo... ¡Jonás de
Gath-hephur, profeta del Señor!

LA ASTUCIA DE LA BESTIA

Él contemplará
nuestra vergüenza agazapada. Que pueda hacer que nos
levantemos ardiendo de terror... ¡Oh, ojalá fuese de noche!

El caso de nuestro difunto hermano, el Yawa Eloem, ha sido objeto de muchos y desagradables comentarios, y son bastantes entre nosotros los que creen que el castigo que le fue infligido, a pesar de ser severo, no correspondió del todo al mal que nos produjo.

Es a estos espíritus vengativos a quienes yo desearía contradecir.

No se crea, empero, que considero con aprobación los experimentos que llevó a cabo el sabio y desdichado doctor Eloem. Antes al contrario; en mi calidad de uno de sus más antiguos amigos y primero de sus confidentes, yo fui quizás el que le advertí antes que nadie poniéndole en guardia ante lo que pretendía hacer. Hice esta advertencia la noche en que el Yawa concibió su loco y ambicioso proyecto.

Pero me creo obligado también a ofrecer los hechos escuetos y verdaderos, a aquellos que arguyen que tuvo la intención de derribar nuestra espléndida civilización, aniquilar nuestra cultura y entregar el gobierno de nuestra amada patria a unos monstruos bárbaros.

El doctor Eloem es más digno de compasión que de desprecio. Le correspondió la triste suerte de aquel que, hurgando en secretos que más hubiera valido no revelar, sólo consiguió crear un monstruo más poderoso que su hacedor...

Recuerdo muy bien la noche en que el sueño del Yawa se convirtió en realidad. Fue la Noche de Profundas Tinieblas, que sólo se presenta una vez cada doce revoluciones de Kios. Ambos soles se pusieron, y las nueve lunas estaban ausentes de los cielos. No hay duda de que las llameantes estrellas brillaban en la bóveda de azabache del espacio, pero desde nuestro Refugio no podían ser vistas. Grandes nubes se apretujaban sobre

nuestra Cúpula protectora; torrentes de lluvia corrosiva caían con furia incesante sobre su transparente hemisferio.

A pesar de que nuestros refugios permanecían cálidos y secos en semejante coyuntura, mi cuerpo crujía y se quejaba cada vez que trataba de moverme; uno de mis miembros se movía con tanta rigidez en su articulación, que apenas podía ordenarle que funcionase. Eloem se hallaba en mejores condiciones, pues acababa de pasar por una rehabilitación en la Clínica, pero la condensación le afectaba a la vista y de vez en cuando, mientras permanecíamos acurrucados en nuestra congoja, se enjugaba la humedad que cubría su visor.

Oímos confusamente los golpes sordos producidos por unos pies que corrían, y atisbando con temor entre la niebla vimos a nuestro amigo Nesro, a quien había alcanzado la espantosa tormenta y corría hacia el refugio, pues se había quedado rezagado. Mas antes de que pudiésemos llamarle, para que acudiese a nuestra Cúpula, cayó víctima de las inclementes condiciones atmosféricas. Sus pasos se hicieron vacilantes; sus articulaciones se agarrotaron; tropezó y cayó de bruces.

El horror se apoderó de nosotros. Para un kiosiano, yacer, aunque sólo fuesen unos minutos, sobre aquel terreno empapado significaba la muerte segura. Pero nosotros nada podíamos hacer. Intentar rescatarlo sin disponer de achicadores, únicamente hubiera servido para exponernos a correr la misma suerte.

Eloem se puso trabajosamente en pie y lo que gritó debiera convencer a sus enemigos de que, por defectos que tuviese, la cobardía no se hallaba entre ellos.

—Valor, Nesro — exclamó —. Vamos en tu ayuda.

—¡No, amigos míos! Más vale que muera uno que muchos —dijo con voz débil—. Abrid el Refugio. Trataré de alcanzarlo sin mi portador.

Ambos gritamos al unísono:

—¡No, Nesro... no lo hagas! ¡No lo conseguirás! La lluvia te matará...

Pero nuestras súplicas fueron en vano. Desesperadamente Nesro se alejó del húmedo y brillante portador, que le ofrecía un precario refugio, y partió como una centella hacia nosotros, llameante como una columna carmesí en la oscuridad. Por un instante pareció que su loca acción se vería coronada por el éxito... pero sólo por un instante. Finalmente, el crudo y terrible veneno de la lluvia se infiltró a través de su débil escudo. Un agudo grito de dolor desgarró nuestros nervios, y donde había estado Nesro floreció brevemente en la noche una incandescencia blanca imposible de contemplar. Después... nada.

Así terminó Nesro. Yo me sentía conmovido, pero mi emoción no era nada comparada con la que experimentaba mi amigo, el sabio Yawa Eloem. Éste rompió en sollozos y prorrumpió en maldiciones en nuestro diminuto Refugio, pronunciando Nombres que no me atrevo a repetir.

—¡Que caigan mil calamidades —gritó con voz terrible — sobre los dioses burlones que nos han hecho tan desvalidos! Porque somos a la vez dueños de un mundo y humildes servidores de todos los elementos de este mundo. ¿Qué importa que nuestro intelecto nos haya edificado un imperio, ni que con nuestra sagacidad y sabiduría hayamos sondeado los secretos del universo? Nuestras mentes son glorias vivas, pero renqueamos por nuestro reino como unos tullidos, más míseros que todos los seres que avasallamos. Incluso las salvajes bestias que alientan y escarban en busca de gusanos bajo la piedras se atreven a enfrentarse con las fuerzas que a nosotros nos aniquilan. Incluso estas miserables sabandijas...

Y tendió su mano temblorosa hacia el portador empapado por la lluvia y que Nesro había abandonado. Estaba tendido de bruces sobre un arroyuelo batido por el viento. Inmóvil, estaba oxidado y destruido irremisiblemente. Mientras nosotros lo contemplábamos, surgió cautelosamente de la espesura un pequeño ser que respiraba aire. El peludo animalejo olfateó esperanzado el portador. Luego al no oler nada en su

interior con que saciar su espantoso apetito, se alejó a ras de tierra, con su pelambre llena de gotas de lluvia.

Yo me estremecí y traté de hacerle entrar en razón:

—Pero, desde luego, Eloem, tú no cambiarías tu alma por el cuerpo de un bruto, ¿no es cierto? Verdad es que los dioses han dictado que paguemos un precio por el dominio que ejercemos sobre el mundo. Nos falta el vigor físico de esos animales inferiores. Pero, ¿no es compensación bastante nuestra inteligencia superior?

»Y por lo que se refiere a la forma y la sustancia, hemos realizado grandes progresos. Nuestros antepasados no sabían construirse cuerpos tangibles. Hoy, nos alojamos en portadores de metal hábilmente contruidos que cumplen todas las funciones físicas que deseamos.

—¡Bah! — rezongó con ira el Yawa —. Esos portadores sólo sirven para subrayar nuestra impotencia. Nos encerramos en caparazones de metal forjado y nos imaginamos que con eso hemos ganado movilidad. Pero, ¿es esto cierto? ¡No! Sólo hemos conseguido convertirnos en los esclavos de los cuerpos que hemos creado... — Rió con risa cavernosa, parodiando la cháchara de los especialistas de la clínica—. Engrasar aquí... engrasar acullá... una gotita de aceite en la rótula... Reemplazar lentes... cambiar dedos... reparar placa oxidada en el lóbulo frontal...

—Sin embargo — protesté —, nuestros cuerpos metálicos nos permiten efectivamente trasladarnos con mayor facilidad y realizar tareas que de lo contrario resultarían imposibles.

—¿Y con qué limitaciones? — tronó él —. Con tiempo frío, temblamos y tiritamos en nuestros hogares metálicos; cuando hace calor, nuestros remaches ceden, se doblan o se funden. Con tiempo seco, nuestras articulaciones se atascan con rechinante arenilla. Cuando llueva.— hizo una pausa para contemplar con amargura el portador vacío de Nesro— perecemos.

Lleno de resignación dije:

—Lo que dices es cierto. Pero no podemos evitarlo. En cuanto a mí me doy por satisfecho...

—¡Pues yo no! Tiene que haber algún otro medio de existencia que no se limite a embutirse lamentablemente en una cáscara de metal. Tiene que haber alguna otra forma de servidor...

Se interrumpió de pronto y yo le miré con curiosidad.

—¿Qué has dicho?

—De servidor — repitió —. ¡Sí, eso es! Otra clase de servidor. Uno que no se funda cuando haga calor ni se hiele cuando haga frío o se encoja con tiempo seco o se pudra bajo la lluvia. Un servidor adaptado por la propia naturaleza para combatir los terrores que ella misma ha creado. Esto es lo que nuestra raza necesita; lo que debemos tener... ¡Y lo que tendremos!

—Mas, ¿dónde encontrarás tal sirviente? El Yawa Eloem señaló con su brazo rechinante la selva cubierta de niebla.

—Allí hermano mío.

—¿En la selva? Querrás decir...

—Sí. Las criaturas de carne y hueso. Los seres que respiran aire.

A pesar de mi dolor y mi aflicción solté la carcajada. Resultaba demasiado ridícula la idea de educar aquellas diminutas bestezuelas peludas para que realizasen las labores manuales para nosotros.

—Vamos, Eloem, es imposible que hables en serio. ¿Esas míseras y desmedradas sabandijas?

—Que llevan en su interior, amigo mío —dijo hablando lentamente y con expresión taimada —, el germen de la vida y el movimiento. Esto es todo cuanto importa. El germen de la vida. Su tamaño, su forma... éstos son' extremos de poca monta que yo moldearé a

mi antojo de acuerdo con lo que necesitamos. Los convertiré en bípedos, moldeando de nuevo sus cerebros de brutos para infundirles inteligencia. Sí incluso esto haré yo, el Yawa Eloem. E imploro a los dioses que me ayuden.

Una extraña desazón se apoderó de mí, sin que supiese por qué. Pensativo dije:

—Ten cuidado, oh Yawa, de que estos mismos dioses que invocas no se vuelvan contra ti, ofendidos ante tamaña osadía. No soy un escéptico que sólo sabe censurar, pero me parece que existen ciertos límites que no se pueden trasponer, so pena de graves consecuencias. La alteración de la forma, la concesión de la sabiduría, son acciones que sólo los dioses pueden realizar impunemente. No están al alcance de seres como tú y como yo...

Pero temo que el Yawa no oyese mis palabras, tan absorto se hallaba en la visión que se le había presentado. Agitándose en las húmedas tinieblas, su voz resonó a mi lado, con el entusiasmo y la estridencia de un soñador.

—Sí, esto es lo que haré — proclamó —. Crearé una nueva raza, una raza de servidores que nos obedecerán a nosotros, sus amos.

Transcurrió mucho tiempo antes de que volviese a ver al Yawa Eloem. Los de Kios somos una raza recoleta, aislada por naturaleza e individualista en nuestras costumbres, y yo estaba muy ocupado con mis propias obligaciones. El Gran Consejo me había designado para que perfeccionase un tipo de aparato con el cual nuestros colonizadores pudiesen cruzar las tinieblas del espacio hacia los planetas aún no conquistados de nuestro doble sistema solar. Ésta era la agobiante labor que me tenía ocupado.

Así pasaron y se fundieron las lunas. Por tres veces cambiaron las estaciones, pasando del frío al calor, de la lluvia a la sequía y viceversa. Y en la intimidad céntrica de su propio laboratorio, cubierto por una cúpula, el Yawa Eloem proseguía sus investigaciones secretas en la soledad.

Hasta que un doble atardecer, mientras los rayos carmesí del sol menor, que se hundía por el norte, confundían extrañas sombras con la luminosidad verde pálida del sol mayor, que se ponía por el sur, vino a verme a mi taller el Yawa en persona.

Se le veía presa de una gran excitación y desechando las saluciones de rigor me espetó estas palabras:

—Amigo mío, ¿quieres contemplar una maravilla capaz de infundir temor en el ánimo más templado?

—¿Por qué no? —respondí risueño.

—¡Ven entonces! —exclamó el Yawa con pasión— ¡Ven conmigo, contempla y maravíllate! Y me condujo a su propia Cúpula...

Permítaseme decir antes que nunca científico alguno vivió con tal refinamiento y lujo, como el que rodeaba a Eloem. Su Cúpula no consistía en una sola cámara, como ocurre en casi todas nuestras moradas, sino que era una altiva construcción subdividida en numerosas estancias y nichos, y cada cual servía a una finalidad diferente.

En una ocasión atravesamos un laboratorio químico, en cuyas paredes cubiertas de estantes brillaban innumerables hileras de redomas y alambiques; luego cruzamos una biblioteca cuyos mohosos volúmenes cubrían todo el campo del saber contemporáneo; por todas partes se veían cámaras llenas de aparatos eléctricos, equipo quirúrgico y curiosas máquinas de las que ni remotamente podía yo conjeturar la misión. Recuerdo haber atravesado una sala llena de vapor, en cuyo centro se abría un tanque hidropónico, del que emanaba un perfume extrañamente fétido. No puedo hablar con seguridad de lo que contenía este depósito, pero recuerdo que cuando pasamos junto a él, de sus oleosas profundidades, surgió chapoteando algo extraño y amorfo, que arañó con garras sin uñas las paredes de su prisión, emitiendo un gorgoteo lastimero, con una voz espantosa y sin lengua.

Dejando atrás las cámaras donde realizaba sus experimentos, el Yawa me condujo apresuradamente ante la última puerta. Deteniéndose con gesto dramático ante ella, manifestó:

—Aquí está la cámara donde realizo la prueba final. Contiene el resultado de mi gran invento.

Abriendo la puerta de par en par, me invitó a entrar en la cámara.

Bien podía envanecerse el Yawa de lo que allá había creado. Debo confesar francamente que abrí asombrado los ojos cuando contemplé lo que su mano me indicaba.

No era una simple estancia, sino una vasta Cúpula que recubría una extensión muy considerable, a la que se le había dado el aspecto de una verdadera selva natural. Pero era más que una selva; antes más bien parecía un delicioso vergel, un paraíso. En él crecían los más variados frutos y flores que puede ofrecer la Naturaleza. Sin embargo, con tal cuidado y celo había concebido y realizado el Yawa Eloem su obra, que había conseguido crear un paisaje más bello que si hubiera salido de la descuidada mano de la Naturaleza.

Aquí una elevada arboleda alzaba sus enhiestas flechas verdes; allá, entre musgosas riberas sembradas de florecillas fragantes, serpenteaba un arroyuelo cristalino; más allá, entre verdes prados, se alzaban soñolientas colinas y campos rebosantes de trigo. En la selva bullían mil animalillos, cuyo incesante murmullo constituía un bálsamo para los espíritus fatigados; los peces centelleaban y saltaban en los remansos del arroyo; y de un distante vergel llegó la arrobadora cadencia de un extático ruiseñor que lanzaba al aire sus trinos.

Contemplé a Eloem, mudo de estupefacción y pasmo.

—¡Ciertamente —gritó—, ciertamente es un milagro lo que has creado aquí, sapientísimo Yawa! ¡Qué belleza y qué encanto! El Gran Consejo se quedará admirado.

—¿Tú crees? —inquirió, satisfecho de oír mis elogios—. ¿Lo crees de verdad?

—¿Cómo quieres que no se admiren? Por los dioses te digo, Eloem, que ojalá el resto de nuestro planeta fuese tan deleitoso como este rinconcito que has creado bajo la cúpula de tu laboratorio. Qué dicha sería la nuestra, qué existencia tan maravillosa, si todo Kios fuese un edén como éste; un país de ensueño a cubierto de cualquier inclemencia, donde pudiésemos vivir sin temor a los terrores naturales que nos asedian... calor y frío, y mortífera lluvia.

»Aseguraste que el terror me sobrecogería. Terror, pasmo y maravilla son poco para describir lo que yo siento. Me humillo ante el artista soberano que ha conseguido crear la perfección.

—Aún no lo has visto todo — observó el Yawa.

—¿Aún hay más que ver?

—Mucho más. Todavía no has visto mi mayor obra. Sígueme.

Y me condujo por un estrecho sendero que serpenteaba entre la espesura. Al aproximarnos a una arboleda medio escondida en la ladera de un otero, llamó con voz cariñosa:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Dónde estás, criatura a quien yo he dado el ser?

Y antes de que pudiese preguntarle a quién dirigía aquella extraña salutación, un movimiento turbó la paz de la quebrada. Se apartaron unas ramas, y de una cúpula de follaje surgió una visión que me dejó estupefacto y sin habla.

Era una criatura viviente, un animal de carne y hueso, un ser que respiraba aire y que caminaba en posición erguida sobre sus dos miembros posteriores. Con razón se había jactado Eloem de su capacidad para formar una criatura a su imagen y semejanza. Hasta tal punto se parecía su forma a la de los portadores que los de Kios construíamos para nuestro uso particular, que por un momento creí que se trataba de una burla descomunal.

Pensé que Eloem, para divertirme, había recubierto el portador de un amigo o un ayudante con pigmento.

Entonces vi que el cuerpo de aquel monstruo no estaba hecho de recios metales como el nuestro, sino que era blando, palpitante, elástico. La curiosa pelambre oscura que cubría su cabeza, su pecho y sus miembros crecía de manera natural, al parecer de su propia carne. Respiraba con movimientos amplios y acompasados del pecho, y sus ojos grandes y naturales no eran visores sensitivos como los que nosotros utilizamos para ver, sino los ojos naturales de un animal.

A la sazón los posaba alternativamente en nosotros dos, como si nos examinase. Luego la bestia racional preguntó:

—¿Me llamas, señor mío? ¿Me has llamado? Eloem, con el tono benévolo y cariñoso de un padre, preguntó a su vez:

—¿Dónde has estado, hijo mío?

La criatura replicó con voz reposada:

—He vagado por los campos, aspirando la fragancia de las flores. He paseado entre los árboles y los he tocado, maravillándome ante su firmeza fuerte y áspera. Junto al arroyo me arrodillé para beber de sus aguas. Probé las bayas de la vid y el fruto de los árboles, dando las gracias a ti, oh mi señor, que has creado todas estas cosas y a mí mismo en este paraíso.

—¿Y eres dichoso, hijo mío?

—¿Dichoso?

La atónita mirada de la bestia indicó que no comprendía el significado de aquella palabra.

—¿Te falta algo, alguna cosa por la que anhele tu corazón?

—No, nada, señor. Salvo quizá...

La creación del Yawa vaciló. Su voz se quebró, bajó la mirada como si estuviese avergonzado ante su propia osadía, al poner en duda la perfección de aquel vergel.

Eloem inquirió:

—Entonces, ¿es que te falta algo, hijo mío?

—Se trata de... una cosa sin importancia, señor mío. Apenas vale la pena mencionarla, pero... — la criatura parecía cohibida —. Estoy solo, oh Yawa. Al atardecer paseo por la umbría, viendo a mi alrededor las aves de brillantes colores, los susurrantes insectos y las bestias de los campos, y me doy cuenta de que cada uno de estos seres tiene una compañera. Solamente yo, de todas las criaturas que habitan en este paraíso, no tengo pareja...

—Pero... — empezó a decir, ceñudo.

—No pongo en duda tu bondad, oh gran Yawa — se apresuró a decir la criatura—. En tu infinita sabiduría tú sabes mejor que yo lo que necesita tu siervo. Sin embargo...

Guardó silencio, con la cabeza sumisamente inclinada ante el Yawa, que se hallaba sumido en meditación. Pero yo no pude dejar de advertir que su mirada se alzaba subrepticamente bajo sus tímidas pestañas, en furtivas interrogaciones.

No pude evitar que en mi voz se mezclase cierto resentimiento al observar:

—Harto singular es el ser que has creado, Eloem.

Pese a vivir en un paraíso, aún se atreve a poner en duda su perfección.

Mas Eloem dijo con palabra lenta y suave:

—A pesar de todo, hay sabiduría en lo que pide. Me costó demasiado esfuerzo crear este ser. Sería una locura intentar la creación de docenas de semejantes suyos en mi laboratorio, y no digamos de cientos o de miles de ellos. Quizás en su inocente solicitud me ha ofrecido sin darse cuenta la solución de este problema. ¿Una compañera? ¡Pues no faltaba más! Sólo tengo que crearle una compañera para que, llegado su tiempo, ambos den a Kios la raza de sirvientes que nuestro mundo necesita.

Volviéndose de nuevo hacia la criatura, que aguardaba humilmente, le dijo:

—Muy bien, hijo mío. Se hará como tú pides. Ven por la mañana a la estancia donde despertaste a la vida. Allí, con tu propia sustancia y con mi sabiduría, crearé otro ser semejante a ti, pero de sexo opuesto. Y ahora... adiós.

Así terminó mi visita al jardín de Eloem. Mas después de ella no permití que transcurriese tanto tiempo antes de volver a él. Mi curiosidad se había despertado, no sólo en lo concerniente al resultado que tendría el magnífico experimento del Yawa, sino por lo que se refería a la forma que pensaba dar a la criatura que sería la compañera de la bestia. Además, cuando se rumoreó que sólo yo, de todo Kios, había sido invitado para visitar el laboratorio de Eloem, se suscitó un gran interés y se me convocó ante el Gran Consejo, para rendir informe de lo que había visto.

Les expuse con vehemencia y arrebató las maravillas que él había obrado, lo cual produjo gran pasmo entre todos. El poderoso Kron, que preside nuestro Consejo, murmuró:

—¿Vida inteligente bajo una forma corporal? ¡Claro está! Ésta es la solución a nuestro problema. El Yawa Eloem es un gran sabio, y portentoso en verdad es su intento.

Otro exclamó arrobado:

—¡Por fin alborea la liberación de nuestra raza, en la que tanto hemos soñado! Cuando haya nacido esta nueva hueste de servidores, por fin los kiosanos podremos librarnos para siempre de los portadores metálicos que son nuestro albergue actual. En la seguridad ofrecida por nuestras grandes Cúpulas, nos solazaremos en fáciles plaeles o nos dedicaremos a adquirir conocimientos, mientras nuestros servidores, no sensibles como nosotros a las condiciones climatológicas, llevarán a cabo nuestras instrucciones.

Mas otro de ellos, más viejo que sus compañeros, manifestó dudas y recelos, diciendo:

—La verdad, no sé. Concedo que es portentoso lo que el Yawa ha intentado realizar. Quizá demasiado portentoso. Los dioses omnipotentes ven con malos ojos que hurguemos en ciertos misterios. Y me parece que Eloem ya ha levantado el velo que cubría una sabiduría secreta... la creación de almas vivientes.

—¿De almas? —se mofó uno de los más jóvenes consejeros—. Pero, ¿cómo puede haber almas en cuerpos bestiales?

—Donde sólo existe la vida, quizás el alma se halle ausente. Mas nuestro hermano nos ha dicho que la criatura de Eloem no sólo se mueve y obedece, sino que manifiesta en voz alta sus pensamientos. Esto es signo indicador de su presencia. Y donde existe inteligencia, también puede haber alma. Caso de ser cierto...

El orador movió gravemente la cabeza. Pero el resto de la asamblea se mofó de él. Todos sabíamos ya que el viejo Saddryn era un sempiterno pesimista que sólo presagiaba calamidades.

Mas Kron en su infinita sabiduría no desoyó aquella sombría advertencia y me pidió que continuase visitando el laboratorio de Eloem para tener al Consejo al corriente de los experimentos que allí se realizaban.

Así fue como poco tiempo después paseé de nuevo en compañía del Yawa por su deleitoso jardín.

Cuando nos aproximábamos al claro del bosque donde la criatura tenía por costumbre recogerse me di cuenta de un cambio sutil. De momento no pude advertir en qué consistía y fui incapaz de atribuirlo a algo que viese, oyese o flotase en el aire. Hasta que de pronto, y con una sensación de reavivada curiosidad, comprendí lo que era diferente. Cuando pasé por primera vez por aquella sen-

da, gran parte de su belleza residía en su estado virgen y natural... la caótica confusión de enredaderas, árboles y matorrales, la lujuriente abundancia con que brotaban las abigarradas florecillas en los lugares más inesperados, el deleite casual que producen los espectáculos naturales vistos en parajes no adulterados.

Pero entonces todo parecía haber cambiado. Las sendas que recorríamos ya no serpenteaban al azar entre cúpulas de verdor. Las habían desbrozado cuidadosamente y

avanzaban en línea recta; la espesura que las orillaba había sido recortada y podada sumariamente; las ramas bajas que la cruzaban habían sido cortadas, para que la cabeza del caminante no tropezase con ellas. La belleza aún estaba presente allí, pero ya no era la libre e intacta improvisación de la Naturaleza; era un orden pulcro y aseado, agradable a la vista, pero que producía cierta sensación de ahogo.

Comenté esto con Eloem, y él sonrió levemente.

—Esto es obra de ella —dijo—. ¡Es una criatura muy ordenada!

Y movió la cabeza como si, aun a pesar suyo, tuviese que admirarla.

—¿Obra suya? Entonces, ¿eso quiere decir que la has terminado?

—Claro que sí. A decir verdad, terminé a dos de ellas. La primera vivió aquí con él por un tiempo, pero tuve que quitarla —observó, suspirando—. Se parecía demasiado a él. Despreocupada, aventurera, enamorada de los alegres vagabundeos y de tumbarse a la bartola, en lugar de consagrarse con seriedad a sus deberes. Más que una pareja, eran dos compañeros. Reían y jugaban juntos durante todo el día, sin hacer absolutamente nada. Ello me obligó a crear otra, que poseyese instintos y deseos distintos a los de él.

—Pero esto — objeté — no debió de ser de su agrado. Me parece recordar que lo único que él pidió fue un compañero.

Él Yawa sonrió.

—Esto es lo que pidió, en efecto, pero no lo que quería en realidad. Deberías estudiar psicología, amigo mío, para comprender que en la Naturaleza, lo mismo que ocurre en la electricidad, son los polos opuestos los que se atraen. Esta segunda ella es tan diferente de él que se siente atraído hacia ella como por un imán. Ella le confunde y le desconcierta... y le hace ir por donde se le antoja. Ella manda y él obedece; ella exige y él acata. Con un simple movimiento de dedo le hace realizar las tareas más arduas. Esto le incomoda enormemente, me supongo, y la actitud de ella le causa vejaciones y molestias... pero para obtener sus raras palabras de encomio, él ha realizado más trabajo en estos días que en todo el tiempo que lleva ocupando este jardín.

Me pareció comprender.

—Entonces, eso quiere decir que has seguido el ejemplo de los insectos, haciéndola mayor que él y más fuerte, para que pueda imponer sus exigencias.

—Por el contrario —repuso Eloem—. La he hecho... pero lo verás por ti mismo. —Y exclamó—: ¡Hijos míos!

El follaje se separó y sus dos criaturas gemelas penetraron en el clai-o.

Me bastó una simple mirada para comprender que era verdad lo que él me había dicho. El animal macho había experimentado un extraño cambio. Había mayor energía en sus facciones, una confianza surgida posiblemente de la capacidad que acababa de descubrir en sí mismo. Pero al propio tiempo había en él algo que no acertaba a descifrar. Era como una reserva, una expresión furtiva que no tenía la primera vez que le vi. Pero esto fue todo cuanto vi de momento en él, porque mi atención se vio atraída por la nueva compañera de aquel ser. Por extraño que pueda parecer, tratándose de un ser incorpóreo como yo, debo confesar que no pude sustraerme a la fascinación de aquella última obra del Yawa Eloem.

Había combinado en ella no sólo la robustez y la nobleza del macho, sino algo todavía más sutil; una gracia, un encanto, un atractivo y seducción completamente desproporcionados al exiguo físico con que la había dotado.

Su compañero le llevaba una cabeza de estatura; además era de osamenta más delicada y frágil y tez más blanca. A simple vista se veía que su fortaleza no residía en el músculo, sino en la determinación. Su porte era airoso y parecía suave y dócil. Sin embargo, aunque parezca curioso, fue ella quien llevó la voz cantante.

—¿Nos has llamado, señor? —preguntó—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Nada —dijo el Yawa Eloem—. Sólo deseaba veros y mostraros a mi amigo. ¿Sois dichosos aquí, hijos míos?

—Sí, señor nuestro —contestó ella—. Aunque hay varias, cosillas...

—¿Qué son? —preguntó Eloem. El macho dijo con voz plañidera:

—Quiere que ensanche el arroyo para que podamos nadar en él. También querría que trasplantase arbustos de bayas a nuestro claro, para que no tengamos que ir tan lejos a buscar nuestro sustento. Y hemos hablado — dirigió una mirada de duda a su compañera—, es decir ella ha hablado mucho de la necesidad de construir alguna clase de morada.

—¿Has dicho ella? —rió Eloem—. ¿Siempre es ella la que habla? ¿Y cuál es tu deseo en estas cuestiones, oh tú, que has salido el primero de mis manos?

—Pues... —pricipió a decir él, con vacilación y sin apenas levantar la cabeza.

—Yo le he hecho ver —interrumpió ella con voz melosa y cantarina — que sólo si hacemos estas cosas podremos demostrar a las bestias inferiores que somos superiores a ellas y sus legítimos dueños y señores. ¿No es cierto, señor, no es cierto que nosotros somos sus dueño y señores?

No pude contenerme y pregunté:»

—¿Desde cuándo las bestias gobiernan a otras bestias? — Pero el Yawa me hizo callar con un gesto.

—Lo que me pides es lógico. Está bien y es conveniente que un animal ejerza dominio sobre sus inferiores. Si tu compañero desea que se cumplan estas cosas, no veo mal alguno en que tú se las proporciones.

—Muy bien — repuso él con cierta petulancia —. Pero es un trabajo muy fatigoso, que a mí no me gusta. Cuando la otra ella estaba aquí, íbamos adonde nos parecía en busca de bayas, nos bañábamos siempre que encontrábamos un remanso del arroyo, reíamos y correteábamos, y no sentíamos necesidad de encerrarnos en una oscura morada.

—Como dos niños felices y descuidados —observó riendo la segunda hembra, sin poder ocultar lo que me pareció un ligero resquemor—. Jugueteban el día entero, y al caer la noche se acurrucaban en lugares separados, haciéndose cada cual su propia yacija de heléchos, para dormir en fría camaradería. Desde luego... — y volvió a reír, flexionando con languidez sus músculos; hasta aquel momento no comprendí cuan fuerte era el animal que se albergaba en ella —. Desde luego, si esto es lo que quieres, sin duda nuestro señor accederá a devolverte la otra ella...

Pero en los ojos del macho brilló un furtivo resplandor, ardiente y codicioso, y denegó con la cabeza.

—No — decidió —. Haré lo que ella me pide, señor.

—Muy bien —dijo Eloem—. A ti te concierne tomar esta decisión. Y ahora adiós, hijos míos. Debemos irnos.

Mas cuando nos disponíamos a partir, ella se dirigió a nosotros humilde como siempre, dulce y suplicante, pero con una astuta determinación en su semblante.

—Señor...

—Dirne, hija mía.

—Hay otra cosa... una bagatela. Somos unas humildes criaturas, ignorantes e indignas de merecer tus atenciones. No querríamos molestarte pidiéndote consejo y parecer a cada momento. ¿No sería posible que, cuando sintamos la necesidad de ello, se nos permita entrar en la estancia donde se guardan los libros del conocimiento y la sabiduría? Sólo con que pudiésemos hacer esto, no sería necesario que perdiésemos tiempo y esfuerzo aprendiendo a hacer mal las cosas, sino que podríamos construir y crear como es debido.

—¡No! —contestó el Yawa Eloem—. No, hija mía, eso no os está permitido. Podéis correr libremente por todo este amplio vergel; sus montes y valles, claros y arroyos. Pero

hay una puerta que no debéis trasponer: la que conduce a mi laboratorio particular. Ésta es la Ley, la única Ley que os he impuesto.

—Pero... —aventuró ella con expresión entre compungida y seductora.

—No se hable más de ello —dijo Eloem con voz firme y tajante—. Ésta es mi decisión. Y ahora, adiós.

Mientras nos alejábamos, ambos permanecieron inmóviles, él encogiéndose de hombros con resignación y ella cabizbaja. Pero yo notaba los ojos de ella posados sobre nosotros, astutos y atrevidos bajo sus sedosas pestañas entornadas.

Quizás os preguntaréis, hermanos míos, por qué hago un relato tan minucioso de estos acontecimientos. Debéis creerme: lo hago únicamente para demostrar que nunca el Yawa Eloem —contrariamente a lo que dicen sus detractores—, nunca, repito, conspiró contra nuestra propia raza para derribar nuestro imperio. Quien tal afirme dirá mentira. El Yawa estuvo a punto de acarreamos el mayor de los desastres, es cierto; pero sólo porque, siendo la mismísima encarnación de la verdad y la justicia, fue incapaz de comprender la astucia de las bestias que había creado...

A partir de aquí todos sabemos lo que sucedió. Sabido es que, durante la Noche de las Cuatro Lunas, se observó con extrañeza que la Cúpula que cubría el laboratorio de Eloem brillaba con el reflejo de un rojizo resplandor, y que esto se mantuvo durante toda aquella noche. Fue una desdicha que no se realizase inmediatamente una investigación, pero esto es comprensible. Los kiosanos somos una raza de anacoretas, solitarios e individualistas por naturaleza. Nadie sabía que el Yawa no se hallaba en su laboratorio, sino viajando por remotos lugares en busca de nuevo equipo para sus mermadas existencias de material.

La totalidad de nosotros, incluyéndome a mí, que resido a la vista del laboratorio de nuestro hermano, recordamos perfectamente la serie de incidentes que a partir de aquella fecha tuvieron por escenario aquel lugar. Un día fue el sonido de una explosión. Otra vez, el resonar de metal contra metal, como si una docena de nosotros, revistiendo sus portadores, realizase competiciones de fuerza.

Mas nadie sabía ni adivinaba la importancia que tenían aquellos extraños espectáculos y sonidos.

La certidumbre de un peligro inminente se apoderó de nosotros cuando una mañana, al despertar, descubrimos que la Cúpula de nuestro vecino Latos estaba aplastada, convertida en una humeante ruina. Cuando sus sorprendidos amigos hurgaron entre los escombros para averiguar la suerte de Latos, se quedaron consternados al descubrir el portador de éste entre las ruinas. Cuando se consiguió abrir el casco, se vio que el infortunado Latos había muerto. Su energía volátil se había consumido en una única y gigantesca llamarada que fundió el metal que le había servido de residencia.

Aun después de producirse esta catástrofe, no recayó la menor sospecha sobre las criaturas de Eloem. Y desde luego, nadie imaginaba ni remotamente que éstas fuesen las responsables de lo sucedido. Ni siquiera cuando, pocas noches después de esto, la Cúpula contigua perteneciente al consejero Palimón, apareció hendida por la mitad e inundada con ponzoñoso óxido de hidrogeno, nadie conjeturó que los animales pudiesen ser los causantes de un ataque tan brutal contra sus señores.

Como es de suponer, Palimón también había muerto. Su espíritu se agostó y deshizo en aquel líquido mortal, y fue incapaz de decirnos nada. Más vale no pensar en la espantosa historia de agonía que nos hubiera relatado.

Hasta que finalmente se reveló la causa de tales desastres. Esto se debió, como todos recuerdan muy bien, a la destrucción de la propia Cúpula del Gran Consejo. Como los anteriores sucesos de esta triste serie de calamidades, ocurrió en lo más profundo de la noche, cuando ningún kiosano se atreve a salir al exterior, y en verdad horrible fue el modo como se realizó.

En primer lugar se produjo, como en los casos anteriores, una violenta explosión, que fue seguida por un espantoso mar de fuego que devoró la sala del Consejo y aniquiló a todos cuantos vivían bajo la Cúpula. Y después que el fuego hubo devorado por completo el hemisferio en ruinas, se levantó el húmedo viento nocturno, trayendo consigo mortíferas lluvias que destruyeron cualquier resto de vida que aún pudiese quedar en las salas.

Se debió a una simple casualidad que aquella noche sólo estuviese reunida menos de la mitad del Consejo, o de lo contrario aquello hubiera constituido un golpe tan tremendo, del que quizás nunca se hubiera recobrado totalmente nuestro imperio. Pero afortunadamente el poderoso Kron, con la mitad de sus consejeros, se hallaba en mi Cúpula inspeccionando mi flamante astronave, que se hallaba casi terminada. Bien protegidos contra las nieblas nocturnas, regresaban a sus inoradas, cuando la explosión hizo temblar el suelo bajo sus pies. Cuando, espoleando a sus portadores, partieron a toda velocidad, ellos —o mejor dicho, nosotros, porque yo les acompañaba— llegaron al lugar a tiempo de ver destacarse sobre las llamas oscilantes a dos siluetas. Aquellos dos seres, como nosotros, revestían sendos portadores, y al verlo Kron prorrumpió en un terrible alarido.

—¡Traidores! —rugió—. ¡Dos de nuestra propia raza... traidores! ¡Ojalá los dioses hubiesen impedido que viviese para presenciar este triste día! ¡Eso quiere decir que las otras explosiones no se produjeron por accidente, sino que fueron sabotajes deliberados! Maldito sea Kios, que ha criado en su seno a tales alimañas...

Entonces yo les atajé con un agudo grito de excitación. Al vernos, los dos saboteadores habían dado media vuelta, emprendiendo veloz huida. Y aunque el más alto de los dos no podía diferenciarse de uno cualquiera de nosotros, por el modo de andar y moverse del otro — un paso torpe y oscilante —, reconoció al punto la naturaleza de nuestro grito.

—No, éstos no son hijos de Kios, oh Kron —exclamé—, sino las bestias... las bestias del Yawa Eloem, que se han vuelto como serpientes contra sus dueños.

El poderoso Kron hizo retemblar los cielos con su espantosa cólera; volviéndose luego hacia el mensajero real, le ordenó:

—Gavril, haz resonar tu trompeta por todo el país. Haz que venga inmediatamente Eloem. Mikel, reúne a tus tropas.

Y pude conocer entonces la furia del poderoso Kron, pues en muchos siglos las resplandecientes huestes de Mikel no habían pasado a la acción. Sin pronunciar palabra, el jefe de nuestras fuerzas armadas se volvió y corrió hacia el arsenal donde se guardan, en previsión de cualquier contingencia, las terribles armas que nuestra raza mantiene siempre en reserva.

Es de conocimiento general lo que luego sucedió. El Yawa, al verse llamado, acudió inmediatamente. Ni siquiera quiso confiar en los lentos movimientos de su portador mecánico. Arriesgándose a los peligros que entrañaban la oscuridad y las nieblas nocturnas, vino desde el otro extremo del país con la celeridad del rayo, bajo su forma natural. Le vimos aproximarse desde muy lejos, como una columna de fuego que brillaba en las tinieblas.

Cuando se enteró de lo sucedido, dejó escapar un doloroso lamento. Como un padre amante y lleno de paciencia, hubiera negado las arteras acciones de sus hijos, de no constituir prueba evidente de su maldad las humeantes ruinas que le mostraron.

Dijo entonces Kron:

—Grande es el daño que han acarreado tus criaturas, oh, Yawa. Pero mayor aún será su castigo. En este mismo instante, nuestros guerreros se despliegan para aniquilarlos.

Mas el Yawa suplicó:

—¡Espera, oh Kronos! Detén tu mano hasta que yo sepa qué apetitos inconfesables les indujeron a cometer esta maldad. Permíteme que vea a mis hijos para saber de sus labios la razón de sus acciones.

Kron accedió.

—Sea. Mas no te detengas.

Eloem se volvió hacia mí, suplicante.

—¿Querrás acompañarme, amigo mío?

Entonces, por última vez, fuimos juntos al paraíso que el Yawa había creado bajo su Cúpula. Encontramos los senderos fríos, las grutas ensombrecidas, y el arroyuelo corría en silencio entre el musgo. Ningún ave canora alegraba el espacio con sus trinos, pero de la espesura se alzaba el suave y perezoso murmullo de los insectos. Juntos pero solos, sin cambiar palabra, recorrimos los caminos abiertos por él y ella. Y cuando nos aproximamos al calvero donde las criaturas solían morar, el Yawa Eloem alzó su voz con tono autoritario... en el que, según me pareció, se mezclaba la tristeza.

Quizá fuese significativo que en aquella hora de dolor sólo llamase a la primera de sus criaturas.

—¡Hijo mío! —llamó—. ¡Hijo mío! ¿Dónde estás, oh criatura salida de mis manos?

No obtuvo respuesta y sólo oímos el susurro de la brisa entre las ramas y el rumor de la hojarasca, causado por una bestezuela asustada.

—Hijo mío —llamó de nuevo Eloem—. ¿Dónde estás? ¿Es que no conoces la voz del que te dio el ser, la voz de tu dueño y creador?

Hasta que de pronto, como una confusa silueta blanca entre las sombras, se alzó ante nosotros la figura de él, que había permanecido agazapado en la espesura. Y lleno de horror vi que ya no iba como antes cubierto sólo por su revestimiento carnal, sino que su cuerpo estaba protegido por la coraza y las grebas de un portador idéntico al que nosotros llevábamos.

Habló, y su voz era mansa.

—¿Me has llamado, señor mío?

La voz del Yawa tenía una nota de dolor.

—¡Hijo mío, hijo mío! —gimió—. ¿Por qué has cubierto tu cuerpo con este atavío?

La voz del macho no era más que un confuso murmullo en las tinieblas. Habló en tono mitad de disculpa, mitad de reto.

—Fue ella, señor. Ella me hizo ver que yo iba desnudo y que mi cuerpo era débil, y yo sentí vergüenza. Construimos entre los dos estos arneses, para ser fuertes y poderosos.

—¿Lo construisteis? —preguntó Eloem—. ¿Vosotros construisteis estos arneses? Mas dónde, oh criatura de escaso conocimiento, dónde aprendiste tales secretos? —Y añadió luego, como si de pronto lo comprendiese —: No los aprendiste aquí en este jardín, hijo mío, sino... en otro lugar.

La bestia se movía con evidente embarazo.

—Fue ella, señor —gimió—. Fue ella quien...

Entonces gritó el Yawa con voz terrible:

—¡Que comparezca ella ante mí!

Y de pronto apareció ella, surgiendo de la espesura para colocarse al lado de su compañero. Ella también revestía un portador metálico, pero se había quitado el casco y nunca creo haber visto mayor atrevimiento en la mirada de una criatura nacida en la esclavitud. En sus facciones se leía mofa; en sus labios el orgullo, la ira y la rebelión.

Con voz retadora, gritó:

—Sí, yo también, señor. Yo fui quien le enseñó a él a construir estos atavíos; yo quien leyó los libros y aprendió el secreto de crear la llama que estalla, el fuego que destruye, para aniquilar las Cúpulas de los Amos, para que las aguas nocturnas pudiesen infiltrarse en ellas y hacerlos perecer.

—Estas cosas —dijo el Yawa con tono sombrío—, sólo podáis aprenderlas en un sitio: en mi biblioteca, cuyo acceso os estaba prohibido. ¿Cómo entrasteis en ella? La puerta estaba cerrada y atrancada.

El macho se agitó nervioso.

—Había una pequeña reja en la puerta, mi señor — explicó—. Ella hizo pasar entre sus barrotes a nuestra amiga la serpiente, instruyéndola para que nos franquease el paso.

El Yawa temblaba de cólera incontenible, y su voz retumbó como el trueno.

—¡Malditos seáis los dos! —les apostrofó—. Habéis desobedecido mis órdenes, y al abrir la puerta prohibida habéis probado los frutos de la maléfica ciencia que yo os tenía vedados. Y maldita sea la serpiente que ayudó vuestra rebelión. ¡Que todos cuantos nazcan de vuestro linaje la cubran de oprobio y desprecio durante incontables generaciones! Porque en verdad os digo que nunca será olvidado lo que habéis hecho esta noche... ni por vosotros, ni por vuestros hijos, ni por los hijos de vuestros hijos por los siglos y para siempre; hasta el fin de los tiempos.

»Aquí — y su voz se quebró, tan grande era su arrebató de cólera —, aquí os construí un edén de belleza sin par, un paraíso en el que estaba todo cuanto vuestros corazones podían anhelar. Pero no era bastante.

Teníais que atravesar sus muros y erigiros en dueños de aquellos que os crearon. A partir de este momento os arranco de mi corazón. Sois una caña rota, un experimento fracasado. Reniego de vosotros y de vuestras rastreras ambiciones.

Y entonces llamó al capitán de los guerreros que, con su luciente espada desenvainada, había aparecido a las puertas del jardín.

—¡Mikel! ¡Haz lo que está ordenado, Mikel! Pero Mikel respondió con voz queda, dando muestras de gran pesadumbre:

—Las órdenes han sido cambiadas, oh Eloem, hermano mío.

—¿Cambiadas?

—Sí. Kron ha decidido que el simple aniquilamiento no constituye un castigo adecuado para la enormidad del mal causado por estas criaturas.

—Pero — articulé yo —, si no es el aniquilamiento, ¿qué otra cosa puede ser?

Fue el propio Kron quien respondió:

—Según nuestras leyes, oh Yawa Eloem, está vedado que demos muerte con nuestras manos a una criatura viviente dotada de alma. Y con muy buen juicio hemos llegado a la conclusión de que, por el hecho mismo de su rebelión, han demostrado estas criaturas que poseen un alma.

«Mas como debemos librarnos de su odiosa presencia, sólo existe una solución. Serán puestos en la astronave recientemente terminada por nuestro amigo aquí presente, y transportados a través de las eternas tinieblas del espacio a los límites más remotos del Universo. No puedo saber ni adivinar dónde terminará este viaje, pero en alguna parte debe de existir otro planeta donde tú podrás continuar tus malhadados experimentos, lejos de nuestra vista y conocimiento, hasta que los dioses, en la plenitud de su gracia, acuerden disponer otra cosa.

El Yawa Eloem susurró con voz temblorosa:

—¿No solamente ellos, sino... también yo? Y dijo el gran Kron tristemente:

—También tú. ¿No fuiste tú, oh Yawa, quien les diste el ser?

Así terminó lo concerniente al Yawa Eloem y aquellas bestias que él, con ciega temeridad, pese a su gran sabiduría, quiso moldear como sirvientes de carne y hueso a su imagen y semejanza. Es una historia triste y desesperanzadora, que yo no hubiera querido relatar si algunos críticos mordaces no hubiesen arrojado barro sobre la noble aunque equivocada personalidad de nuestro hermano exiliado.

Así terminó, en lo que concierne a nosotros, la existencia del Yawa y sus criaturas. Como había sido ordenado, se les colocó a bordo de mi astronave, en la que partieron para cumplir su condena al ostracismo perpetuo. Ignoro dónde, cómo y cuándo terminó su

viaje, o siquiera si éste terminó jamás. Quizás aún siguen vagando en su nave, convertida en un punto minúsculo perdido en las inmensidades del espacio. Quizás hallaron una muerte cruel en el corazón llameante de un astro. Quizás — y esto es lo que deseo ardientemente — descubrieron un nuevo planeta en el que edificar un nuevo hogar.

No sé en verdad lo que sucedió. Aunque si sé una cosa: se equivocan grandemente los detractores del Yawa Eloem al calificarle de traidor y enemigo nuestro. Nunca existió un alma más noble que la suya, ni nadie que deseara más que él el bienestar de su raza. Si bien es innegable que pecó, su pecado consistió únicamente en querer medirse con fuerzas demasiado grandes para él. Como todos sabemos, existen límites que no se pueden trasponer. Y los que desean saber, como los propios dioses, el mismísimo secreto de la vida, están condenados de antemano al fracaso.

El Yawa Eloem acarició un sueño maravilloso. Mas no tuvo en cuenta una sola cosa: la naturaleza animal de aquellos que él quería dotar de inteligencia. Nunca jamás, a pesar de que dejaron de andar a cuatro patas para adquirir la noble posición erguida, podrán desprenderse aquellos seres de sus instintos animales. Fue esto lo que el Yawa no pudo prever y lo que originó su caída.

Y ahora... ya no son más que un recuerdo, el Yawa Eloem y los seres que creó: el macho, a quien dio el nombre de Adán, y la hembra, a la que llamó Eva. Mas yo no puedo dejar de llorar y de lamentarme pensando en mi hermano desterrado, y me siento agobiado por el dolor al meditar en su triste sino y en lo que causó su caída...

...La astucia... la terrible y diabólica astucia de las bestias...

LA ULTIMA AVANZADA

Y habla de las señales que verás en breve; de los tiempos que corren y de los venideros.

I

—Debe usted escribir un cuento más —dijo con un tono que era una ceñuda orden—. Debe usted escribir otro relato de los días que aún han de llegar. No se atreve a rehusar, veo. Porque de este relato puede depender la suerte de toda la Humanidad...

Desde la ventana de mi estudio, entre curioso y divertido, le vi acercarse por la calle. Era un hombrecillo de aspecto tan preocupado y tan distinto al tipo corriente de vendedor a domicilio, a pesar de que debía de ser uno de ellos, a juzgar por la abultada cartera que llevaba bajo el brazo... Se le veía tan absorto en la tarea de hallar una dirección particular, que casi me dio risa.

La razón de que me divirtiese tanto verlo era, sencillamente, el hecho de que en nuestro barrio las casas no tienen número. Nuestro suburbio está unido apenas a los alrededores de la ciudad; es rara la manzana que puede enorgullecerse de tener más de dos o tres casas. Por lo tanto, nuestras moradas no necesitan número, y nosotros no se lo ponemos.

Por último él me vio asomado a la ventana de mi estudio, y empezó a cruzar el prado de mi casa. Era un día caluroso y mi trabajo no andaba a derechas. En tales circunstancias, cualquier interrupción es bien acogida por un escritor. Así es que salí a su encuentro.

Atribuyámoslo al hado, si éste es nuestro gusto, o llamémoslo simple coincidencia. Expliquemos como queramos el hecho singular de que fuese yo, precisamente yo, quien recibió la visita del desconocido. Llamémoslo como lo llamemos, aquello constituyó la

primera de una serie de sorpresas demasiado íntimas y sorprendentes para ser totalmente fortuitas.

Porque cuando yo iba a su encuentro cruzando el césped, él sonrió como para disculparse y dijo:

—Buenas tardes. ¿Podría usted decirme en cuál de estas casas vive Nelson Bond?

—Yo soy Nelson Bond —respondí, y vi que sus ojos se iluminaban.

—¿Es usted? ¡Qué suerte! Me pregunto si podríamos... — y dirigió una significativa mirada al lado de mi estudio —. Tengo que hablar con usted de un asunto de la mayor importancia.

«De la mayor importancia para él», pensé riéndome para mis adentros. Querrá venderme una enciclopedia. O hacerme un seguro de vida. O tal vez inscribirme en una mutua. Aunque me sorprendía sobremanera que hubiese alguien en el mundo capaz de creer que un escritor tenía dinero para hacerse pólizas de seguros o lo que fuese...

Pero yo tenía un día espeso, y cualquier excusa para perder de vista la máquina de escribir me parecía buena. Así es que hice un gesto de asentimiento y le franqueé la entrada. Mientras le hacía sitio para sentarse en un diván abarrotado de libros de consulta y hojas usadas de papel carbón, él me contemplaba con mirada brillante y alerta.

—Es usted más joven de lo que suponía —observó.

Yo me mantenía serio, a pesar de que me reía para mis adentros. ((Esto quiere decir que va a proponerme un seguro», me dije; esperé a verle poner pies en polvorosa así que yo le arrojase la bomba que tenía guardada. Con la mayor indiferencia, le dije:

—Pues aún parecería más joven si no fuese por esta condenada úlcera que padezco.

Generalmente, con esto basta para cortar los ímpetus de los agentes de seguros. Basta con susurrar la palabra mágica «úlcera», para que ellos se apresuren a buscar la salida más próxima. Pero mi visitante, lejos de alterarse, se limitó a mover la cabeza con conmisericordia.

—¿Usted también tiene una úlcera? ¿Le molesta constantemente o sólo de vez en cuando? La mía parece ponerse peor en abril y octubre. El médico dice...

—Tome usted asiento —le dije, algo desconcertado—. Preferiría no hablar de ello, si a usted no le importa. ¿Ha dicho usted... que tiene que hablarme de algo muy importante?

Él se sentó casi en el borde del diván y me dirigió una intensa y escrutadora mirada.

—Sí, mister Bond, en efecto. Pero antes de empezar permita que me presente. Me llamo Westcott... el doctor Arthur Westcott. Soy doctor en medicina y mi especialidad es la psiquiatría, que ejerzo en...

A continuación nombró una de las más famosas clínicas del Sur, especializada en enfermedades mentales. Yo le miré con cierta prevención.

—Encantado de conocerle, doctor Westcott. Aunque si usted ha venido aquí con la intención de obtener mi historial clínico, sólo porque mis novelas van casi siempre por derroteros fantásticos...

Él se inclinó hacia mí con seriedad.

—No tengo intención de hacer su historia clínica — me aseguró —. Aunque sí he venido porque conozco su reputación como escritor de fantasías. De fantasías y de ficción científica.

No pude evitar pavonearme un poco, a pesar de lo menguado de su cumplido, pero círculo todo escritor le gusta que le hablen de su reputación... aunque sólo se le conozca por haber publica lo quejas sobre la administración municipal en la sección de «Cartas al Director» del periódico local.

Le corregí amablemente:

—Sólo fantasías, doctor Westcott. He dejado de escribir ficción científica.

Él me contempló dando muestras evidentes de alarma.

—¿Cómo, ya no escribe usted ficción científica?

—Hace bastantes años que dejé de escribirla. Cinco o seis, más o menos.

—¡No debe usted dejarla, hombre! —protestó—. ¡Es el único medio que existe! Por esto he venido. Tiene usted que hacerlo... o bien es que Grayson está loco, y todo no es más que la pesadilla de un alienado. No puedo creer que sea cierto.

Llegó mi vez de contemplarle alarmado. Midiendo cuidadosamente mis palabras, le dije:

—Temo no comprenderle bien. ¿Quién es Grayson? ¿Y por qué tengo que escribir ficción científica, si esa temática ha dejado de interesarme desde hace años?

—¡Es fantástico! —dijo mi visitante, soltando una carcajada que no tenía nada de amena—. Es verdaderamente fantástico. ¡Qué extraño resulta oírle pronunciar estas palabras!

De pronto su rostro asumió una expresión grave y sus ojos se perdieron en la lejanía, contemplando una visión que no podía compartir conmigo.

—Debe usted escribir un cuento más —dijo con un tono que era ceñuda orden—. Debe usted escribir otro relato de los días que aún han de llegar. No se atreve a rehusar, veo. Porque de este relato puede depender la suerte de toda la Humanidad.

Era un cálido día de verano. El aire bochornoso soplaba a intervalos, agitando las hojas de los árboles; en la bóveda celeste ninguna nube atenuaba los rayos abrasadores del sol. Por lo tanto, no había ningún motivo para que yo notase de pronto un viento helado que me acariciaba la nuca, una ráfaga cargada y amenazadora que parecía preludiar tempestad.

Tampoco había ningún motivo para que las palabras con que terminé aquel breve silencio fuesen pronunciadas en un susurro apenas audible. Pero había algo en el doctor Westcott... su extraordinaria gravedad, la tensa convicción de su súplica, que era algo más que una petición... que me obligaron a ponerme a su nivel intenso y dramático.

—Puede usted empezar — le indiqué.

El asintió, señalando la cartera que tenía a su lado.

—Se lo explicaré — dijo en ese tono ceñido y algo pedante que con tanta frecuencia emplean los pedagogos —. Se lo explicaré. Después de ver esto lo comprenderá todo.

Abriendo la cartera, sacó de ella un manuscrito. Era un manuscrito en el verdadero sentido de la palabra... un grueso mazo de hojas escritas a mano, no mecanografiadas. Westcott no me lo entregó. Yo sólo pude advertir que la escritura era ancha y mal formada. Luego mi visitante volvió a guardar las hojas.

—Ya le he dicho quién soy y a qué me dedico. Supongo que estará usted familiarizado con el carácter de la clínica y de mi profesión.

Yo asentí:

—Rehabilitación mental, con atención preferente para las víctimas de guerra. Trastornos nerviosos producidos por los bombardeos, por la fatiga del combate..., etc.

—Exactamente — asintió Westcott —. Y puedo asegurarle que hemos conseguido unos resultados extraordinarios en nuestro tratamiento de estos infortunados, gracias al empleo de nuevas terapéuticas experimentales, naturalmente muy bien controladas.

Y prosiguió con su estilo envarado y pedante:

—Y quizás la más importante de ellas consista en el tratamiento del trauma psíquico por medio de la hipnosis. Indudablemente, usted habrá leído algo acerca de esta técnica. Nuestro método incluye el hipnotismo conversacional, la sugestión posthipnótica y la escritura automática.

—Se hace recordar al paciente lo que le sucedió —observé—, hechos terribles que su psiquis se niega a aceptar... y así se realiza la cura. Según creo, éste es el principio básico.

—Efectivamente — asintió mi visitante —, éste es el principio básico. Pero vamos a suponer... —me dirigió una mirada francamente de desconcierto—...vamos a suponer a

un paciente que recuerda sucesos que no puede haber presenciado. ¿Cuál sería su explicación para este caso?

Yo fruncí el ceño.

—Esta pregunta es contradictoria en su planteamiento. Nadie puede «recordar» sucesos que no ha presenciado.

—Eso es lo que hace Grayson — se limitó a responder el doctor Westcott.

—¿Grayson?

—Sí, uno de mis pacientes. Un ex piloto de las Fuerzas Aéreas Militares. El hombre que escribió esto.

Golpeó el manuscrito, que había puesto boca abajo entre nosotros. Yo lo contemplé y luego le miré a él con curiosidad.

—Me parece no comprenderle, doctor —dije, tratando de adoptar un tono festivo—. ¿Cuál de nosotros es el fantasista?? Usted o yo?

—No lo sé — replicó Westcott tristemente —. Honradamente, no lo sé. Ojalá lo supiese. Porque si Frank Grayson está cuerdo, entonces todos nuestros conocimientos científicos no son más que un arbolillo en la inmensa selva de verdades que aún hay que aprender, y la infantil cultura humana se balancea al borde de una espantosa catástrofe. Y si Grayson está loco... eso querrá decir que yo también lo estoy. Porque debo decirle a usted... ¡y que Dios me asista!... que yo le creo. Y se apresuró a añadir:

—Déjeme terminar, se lo ruego, y escúcheme sin prejuicios. He recorrido más de doscientos kilómetros para venir a verle porque, lo quiera usted o no, forma parte de este extraño e inextricable embrollo. Es posible que no crea lo que voy a referirle. Pero no me importa. Lo crea o no lo crea, se trata de un relato que tiene que escribir. O más bien se trata de un relato que usted debe publicar. El relato es éste — e indicó el manuscrito —. La historia escrita por Frank Grayson bajo reflejos automáticos, cuando estaba hipnotizado y no sabía lo que escribía su mano.

—¡Un momento, por favor! —le atajé con cierta displicencia—. Según creo entender, usted quiere que publique bajo mi propio nombre las delirantes divagaciones de un enfermo mental. ¿Qué le hace suponer que yo accederé a...?

—Isaías — dijo Westcott con un extraño tono de éxtasis—. Isaías, Samuel \ Jeremías. Los na-bi-u de Babilonia, los oráculos de Grecia, Nostradamus, Joseph Smith... y Will Mitchell. ¿Qué es la profecía, y por qué extrañas dotes pueden algunos hombres entrever un fragmento del futuro?

«Todos cuantos he nombrado, y otros muchos en número incontable, fueron el escarnio de sus contemporáneos por atreverse a predecir lo que había de suceder. Sin embargo, en el transcurso de los siglos su premonición resultó ser cierta. Y por terrible que pueda parecer, quizá también resultará cierta la profecía de Frank Grayson.

«Este manuscrito es de puño y letra de Grayson. Pero no fue su cerebro quien se lo dictó. Grayson es paciente mío; sé cómo piensa y cómo habla. Estas palabras no son tuyas, como tampoco lo es la escritura en que han sido plasmadas. Compruébelo usted mismo...

Me tendió la última página del manuscrito. Bajo las líneas finales de aquella desordenada cacografía se leía este párrafo: «Yo, Francis J. Grayson, declaro por la presente que lo que antecede fue escrito por mí, bajo hipnosis, en las horas y días anotados a continuación...»

Luego venía una serie de fechas y horas. Tanto aquella declaración como la firma estaban redactadas con mano firme y pulcra... la caligrafía propia de un dibujante o un artista. Aquella escritura no se parecía en lo más mínimo a la que llenaba las hojas precedentes.

—No sé si esto puede llamarse profecía o premonición — prosiguió Westcott—. Sea como fuere, Grayson parece haber remontado el río del tiempo, por un medio que no

conocemos. Pero lo que sí es verdad es que el relato de McLeod es vivido, vigoroso y en potencia posee una extraordinaria importancia.

—¿McLeod? —le interrumpí—. ¿Quién es McLeod?

—El auténtico protagonista de esta aventura —respondió Westcott— Kerry McLeod... soldado, pionero y colonizador de un puesto avanzado de la Tierra sobre el planeta Venus, en el año 1985 del Señor.

Hay veces en que uno no encuentra palabras adecuadas. Así aconteció entonces. Abrí la boca para decir algo, pero las palabras no acudieron. No sabía qué decir, porque no sabía cómo reaccionar ante aquella situación totalmente fantástica e increíble.

Si Westcott fuese un autor novel que quería engatusarme para que yo publicase con mi nombre una de sus creaciones de principiante, tenía motivos más que justificados para enfurecerme. No obstante, había una desconcertante sinceridad en la actitud de mi interlocutor. Su mirada no era la de un hombre culpable de engaño, ni tampoco había en ella una expresión burlona.

Nunca sabré lo que yo habría terminado por decirle. Él me ahorró la necesidad de hablar, levantándose y depositando ante mí el manuscrito.

—Me voy, pero le dejaré esto —me dijo—. Sólo le pido una cosa: que aunque siga dudando después de haberlo leído, haga lo que dice el manuscrito. Crea usted lo que crea, no se atreva a fiarse de su solo juicio.

»Como verá usted, el relato comienza y termina bruscamente, tal como comenzó y terminó el curioso contacto de Grayson con Kerry McLeod. La historia tiene varias lagunas, que coinciden con los intervalos en que Grayson no estuvo bajo el influjo hipnótico. El texto contiene errores, tanto gramaticales como de exposición. Algunos de ellos ya han sido corregidos por mí. Le dejo a usted en libertad de enmendar los que usted crea conveniente. La calidad literaria del manuscrito es secundaria. No importa que Kerry McLeod sea un hombre sin cultura. Lo que sí tiene la mayor importancia es que él reciba el mensaje y la clave que tan angustiosamente solicita.

Esbozó una tímida sonrisa.

—Ojalá usted también se convenza cuando termine de leerlo... como yo me convencí. Y, ahora, tengo que despedirme de usted.

Le vi cómo se alejaba por la calle hasta perderse de vista. El extraño requerimiento de aquel hombrecillo había despertado en mí un sinfín de emociones que me dejaron turbado y confuso. Como es de suponer, me apresuré a leer el manuscrito...

...Que ahora, como se me pidió, tengo el gusto de ofrecerte, amigo lector. Llega a tus manos en un volumen de cuentos que se publican bajo mi nombre. Los restantes cuentos que lo integran, reconozco francamente que son puras fantasías.

¿Cómo podré convencerte, pues, de que, de todo el conjunto, este único no es imaginario, sino escueta y auténticamente verdad? ¿Qué protestas podrán convencerte de que en él yo sólo figuro como instrumento a través del cual llega hasta ti la historia de un hombre que aún tiene que nacer?

Sólo las acotaciones son más. El relato es la historia de Kerry McLeod, colonizador de un puesto avanzado distante muchos millones de kilómetros y varias décadas de tiempo...

II

...me empujó violentamente y otro me arrebató la pistola. Solté una patada al que tenía delante y le hice caer, escupiendo dientes y maldiciones. Luego giré en redondo y sujeté la mano que hurgaba en mi pistolera. Era una mano delgada, fuerte y musculosa, pero la mía se había endurecido en la campaña de Bratislava y en las estepas moscovitas. Se la retorcí y mi atacante gritó de dolor cuando los huesos crujieron.

Aun así me hubieran liquidado en pocos minutos, porque debía de haber ocho o diez de ellos a mi alrededor, y sólo los mantenía a raya el miedo a mi pistola. Las calles

estaban desiertas a hora tan avanzada, y a oscuras. No había luna y el intermitente resplandor de la funesta esfera carmesí que cruzaba los cielos era peor que la luz de las estrellas o que la simple oscuridad. Teñía con su luz roja y mortecina todo cuanto tocaba, hasta que incluso las sombras parecían empapadas de sangre, oscilando y bailando como furtivos fantasmas.

Los pasos se fueron aproximando y una voz amenazadora exclamó:

—¡No seas loco, patrullero! No queremos hacerte daño a menos que nos obligues. Somos amigos tuyos y de toda la Humanidad. Tira esa pistola y únete a nosotros.

—¿Y si me niego? —le pregunté.

—Entonces, nos obligarás a arrebatártela — me contestó —, pero no vivirás para unirte a nosotros.

—Eso es lo que tú crees. Tengo un cartucho cargado que opina lo contrario. ¡Venid a por él si os atrevéis, sayones!

Creí que esto los enfurecería, y en efecto así fue. Se alzaron otras voces iracundas, y en aquellas tinieblas sanguinolentas noté cómo se aprestaban para el ataque. Si hay algo que les saque de quicio es que les llamen sayones. Desenfundé la pistola y quité el seguro. No estaba tan confiado como pretendía aparentar, pero de una cosa sí estaba seguro: no me arrebatarían la pistola desintegradora para añadirla a su arsenal, que crecía regularmente. Mi cartucho estallaría antes de que aquello sucediese.

—Como tú quieras —rezongó el que llevaba la voz cantante—. Los que se niegan a aceptar nuestra amistad se convierten en enemigos nuestros. Hermanos... ¡por el Signo!

Me dispuse a resistir su embestida, cuando se arrojaron sobre mí en tumultuoso y vociferante tropel. Sin embargo, no disparé contra su jefe, pues había asimilado demasiado bien la ley del Cuerpo. «Luchar solamente para mantener el orden, y disparar sólo para herir, no para matar». Les golpeé con el cañón de mi arma, girando, saltando y esquivando sus ataques, tratando de librarme de su creciente acoso. Un garrote me rozó la sien, hiriéndome en la mejilla y la mandíbula, y de pronto noté en mis labios el sabor caliente y salado de la sangre. Un peso se asentó sobre mi espalda, y la helada hoja de un cuchillo se clavó en mi brazo, mientras yo caía de rodillas.

En aquel momento llegó la salvación, tanto más bienvenida cuanto que inesperada. Dos haces de luz gemelos barrieron la esquina, y su blanco resplandor borró las lívidas sombras. La cegadora claridad dejó clavados a mis atacantes cuando se disponían a rematarme. El inconfundible aullido de una sirena de patrulla hendió los aires, los frenos chirriaron y una voz gritó:

—¡Alto, quién anda ahí! Que no se mueva nadie.

El peso saltó de pronto de mis hombros, los brazos que oprimían mis rodillas se separaron, y la banda de diaristas emprendió veloz carrera, buscando la salvación en la fuga Dios sabe hacia dónde. Como verdaderas ratas que eran, se ocultaron en umbrales, callejuelas y alcantarillas que misteriosamente se abrieron para darles paso, para cerrarse luego tras ellos con el mismo misterio. En pocos segundos sólo quedamos en la calle los dos patrulleros y yo. Ellos corrieron hacia mí desde el coche.

Me levanté, limpiándome el polvo, y arabos se quedaron boquiabiertos al ver mi uniforme.

—¡Un patrullero! —exclamó el sargento al mando, para añadir luego con suspicacia—: Pero, ¿de qué unidad? Tú no eres de la guarnición.

—En efecto — asentí —. Soy el teniente McLeod, del Sector Panamericano. — No me pareció necesario decir a aquel par de polizontes locales que yo pertenecía también a los Servicios de Información —. Gracias por haberme librado de esa chusma. La cosa se estaba poniendo fea.

—El que tiene un aspecto feo es usted, teniente. ¿Es muy profundo ese corte?

Yo había notado el frío del acero, pero hasta entonces no me di cuenta de que la hoja que blandía el diarista me había herido el brazo desde la muñeca al codo. Era un corte de feo aspecto, pero no era doloroso ni tampoco grave. Me envolví el brazo con un pañuelo.

—No creo. Aguantará hasta que pueda enseñárselo a un médico.

—Haga que le mire también ese chichón que tiene en la coronilla — me indicó el sargento —. Parece una segunda cabeza.

—No me iría mal tener otra... con más cerebro que la mía. Reconozco que fue muy mala idea venir a pasear solo y a medianoche por este barrio. Por lo visto, los sayones campan aquí por sus respetos.

—En todas partes es lo mismo —gruñó el sargento —, pero en el mando son unos cobardes, eso es lo que pasa. —Me miró con aire pensativo—. Supongo que no le extrañará que le llevamos al cuartel general del sector para una comprobación de rutina. ¿Tiene usted sus credenciales, teniente?

Yo golpeé mi bolsillo.

—Todo está en orden, sargento.

—A primera vista, parece que no hay nada que objetar — admitió él —, pero no podemos permitirnos el lujo de correr más riesgos. Últimamente han robado uniformes de patrullero, además de armas y municiones. El mes pasado se descubrió a un diarista disfrazado entre los guardias de la Federación. No tenemos ni el más ligero asomo de qué información pudo pasar a sus acólitos, antes de que le liquidásemos. Lo sabremos a costa nuestra, supongo, a partir de algunos meses.

—Hace usted perfectamente bien en tomar estas precauciones — le dije —. Y además, da la casualidad de que deseaba entrevistarme con las autoridades locales. Vámonos.

Subimos en el coche de patrulla. Los faros abrieron ante nosotros un túnel de seguridad, mientras cruzábamos a gran velocidad las avenidas del que antaño fuera el populoso Nueva York para dirigirnos a los macizos edificios que albergan el Cuartel General de la Federación Mundial. Sobre nuestras cabezas aquel maldito y enloquecedor demonio contemplaba nuestro avance con su ojo escarlata de funesto brillo.

El general Harkrader, comandante supremo de las Fuerzas Armadas de la Federación Mundial, me indicó una butaca frente a la amplia mesa de caoba de su despacho. Al alcance de la mano tenía una caja de cigarrillos y en un mueblecito a mi lado se hallaba una botella de Scotch.

—Bien, teniente — me dijo —, ahora que sus credenciales han sido comprobadas y el médico le ha curado sus heridas, descanse tranquilamente durante unos minutos. — Y sonrió —. Le hemos hecho un buen recibimiento en el Cuartel General, ¿no es verdad?

—Ha sido culpa mía, señor — reconocí —. Fue una verdadera imprudencia ir a dar un paseo por barrios diaristas después del toque de queda. Pero es que, en donde yo resido, los sayones son escasos, muy desperdigados y no constituyen un peligro.

Harkrader lanzó un gruñido de envidia.

—¡Ojalá pudiese yo decir lo mismo! Esta zona está plagada de ellos. Tenemos manifestaciones en masa, cultos en pleno mediodía, exhibiciones públicas de resistencia, pasiva y de la otra... todo lo imaginable y aún más, por espantoso que pudiese parecer le. Dígame, ¿de dónde procede usted?

—Del Sector Panamericano — le respondí —. De Santo Tomás.

Él enarcó las cejas.

—¡Caramba! ¿De Información?

—Efectivamente.

Escogió cuidadosamente un cigarrillo y lo encendió.

—¿Se halla aquí con permiso? —preguntó, aparentando una indiferencia que no me engañó—. ¿O con una misión determinada?

—Con una misión —le respondí francamente. Viendo que su mirada mostraba una ligera aprensión, añadí—: Pero no hay nada que deba preocuparle personalmente, mi general. No he venido para realizar una investigación en el Cuartel General ni en su mando, sino para pedir ayuda. Necesitamos información.

Su alivio fue evidente. Tiene gracia ver cómo casi todos los patrulleros se echan a temblar cuando se encuentran en presencia de un hombre del Servicio de Información. Esto debe remontarse a las Purgas de la Lealtad. Aunque, después de todo, éstas tuvieron lugar en el 71 ó el 72, cuando yo no era más que un cadete en la Isla.

—Cuenta usted con mi ayuda, teniente...

—Muchas gracias. Vamos a empezar inmediatamente. ¿Qué sabe usted acerca de un tal Douglas Frisbee?

—¿El profesor Frisbee?

—Sí, es el nombre que él se da — dije —, a pesar del edicto contra esta clase de títulos.

—Desde luego — dijo Harkrader, desconcertado —. Quiero decir que antes había sido profesor... daba clases en Columbia, en el distrito de Nueva York, cuando esa universidad aún funcionaba como una institución de cultura superior.

—Como centro de distribución — le corregí maquinalmente— de falacias individualistas.

—¡De acuerdo! —convino el general inmediatamente—. Quería sencillamente decir que... verá usted, yo le llevo treinta años, teniente, y nosotros los viejos nos sentimos inclinados a ser algo indulgentes al enjuiciar las antiguas ideas y costumbres...

—Estábamos hablando de Frisbee —yo le recordé.

—Ah, sí... Frisbee. Un viejo encantador. Algo soñador a veces, pero de conocimientos muy sólidos. Se dedicaba a la...

—Física nuclear. Lo sabemos, ¿qué más?

—¿Cómo? Pues... nada más. Tiene usted razón, desde luego. Frisbee era un físico nuclear, uno de los primeros que estudiaron esta especialidad. Trabajó con Bohr a primeros de siglo, y luego al servicio del Gobierno de los Estados Unidos, colaborando en los primitivos experimentos con bombas atómicas que se hicieron durante la segunda guerra mundial.

—¿Con el Gobierno de los Estados Unidos? Eso significa sin duda que era un hombre muy nacionalista.

—No lo era más que otro cualquiera de los que nacieron antes de que se formase la Federación —objetó Harkrader—. No lo era más que yo... y yo ya era un ciudadano con voto en 1971, el año en que las milicias de la Federación se apoderaron del gobierno mundial.

—Asumieron el gobierno mundial — rectificué — por voluntad de los hombres libres. Habla usted de un modo bastante descuidado, mi general, para hallarse ocupando un puesto de mando tan importante.

—¡Y usted, teniente — repuso él secamente —, me parece que olvida nuestra diferencia de graduación!

—A eso podría decirle, mi general — repuse tranquilamente —, que usted también olvida las diferencias existentes entre nuestros dos servicios. Mi misión consiste en enterarme de los hechos. Si al intentar cumplirla le ofendo, tanto peor para usted. Pero su indulgencia para con Frisbee implica cierta simpatía hacia sus ideales. A ver si resultará que usted también tiene inclinaciones nacionalistas...

—Vamos, vamos, teniente — se apresuró a decir Harkrader —, no saque usted conclusiones prematuras. Es muy posible que sea torpe en el manejo de las palabras, pero soy un buen soldado. He ocupado este puesto durante largo tiempo a entera satisfacción de todos. No querría verme enredado con los Servicios de Información a estas alturas. No soy un separatista, ni tampoco un chiflado, un radical o un alborotador.

No soy más que un hombre de media edad que comprende los sentimientos que experimenta la vieja generación ante este mundo nuevo y extraño en que vivimos... cosa que vosotros, los jóvenes que os habéis formado en la Isla, jamás comprenderéis.

Tras una pausa, prosiguió:

—Hablaba usted de Douglas Frisbee. ¿Qué más quiere saber sobre este hombre?

—¿Tiene usted conocimiento de que tenga que ver con actividades diaristas?

Harkrader me miró con incredulidad.

—¿Frisbee un sayón? ¡Vamos, hombre, esa idea es absurda! Si usted le hubiese conocido...

—Eso es precisamente lo que tengo intención de hacer — le interrumpí—. En bien de usted... y de él... espero que estas sospechas resulten infundadas. Pero las actividades de Frisbee durante el último año han sido de lo más misteriosas. Su mansión rural se ha visto frecuentada por un extraño grupo de asociados, de cariz bastante siniestro. La relación de las compras que ha efectuado nos revela que en su taller se ha ido acumulando un número considerable, y que resulta bastante alarmante, de materiales considerados peligrosos. Hay incluso motivo de suponer que ha conseguido procurarse una pequeña cantidad de mineral radiactivo, con el que realiza investigaciones prohibidas por la ley.

—¿El viejo Frisbee? —exclamó Harkrader—. Sencillamente, no puedo creerlo. En cuanto a su acumulación de materiales de experimentación, lo comprendo perfectamente. Es algo que está de acuerdo con su carácter. ¿Pero Frisbee sayón? ¡No me haga usted reír! Antes le creería a usted adepto del Signo que a él. O incluso yo mismo.

—De todos modos — repetí —, tengo que ver a Frisbee.

—Y le verá usted. Ahora mismo voy a disponer que le lleven a su casa. —Tendió la mano hacia el visófono—. ¿Prefiere usted ir por coche terrestre o por giro?

—Por giro — respondí. Así quedó decidido.

Si Douglas Frisbee estaba metido en alguna conspiración, era lo bastante listo para ocultar perfectamente las pruebas de ella.

Elegí deliberadamente el giro para desplazarme a su morada de Long Island para contemplar a vista de pájaro ras propiedades del sabio. Tras una cuidadosa inspección ocular, no advertí en ellas nada sospechoso. La residencia de Frisbee era la morada de un típico caballero rural acomodado. Poseía el seto acostumbrado de alerces para dividir su pequeña finca de las adyacentes y ocultarla a los que transitaban por la carretera. También se veían allí establos, silos y bodegas, unas tierras de cultivo, unos jardines y en el centro de éstos una atractiva morada construida según el estilo algo anticuado de los sucesores de Frank Lloyd Wright.

Todo ello resultaba normalísimo. Además, tenía un grande y hermoso lago artificial, sobre cuya brillante superficie flotaban algunas embarcaciones de remo y vela. Entre el lago y la casa se extendía un anchuroso prado cubierto de césped. Fue allí donde aterrizó el giro que me conducía.

Alguien — según me pareció de momento, un muchacho adolescente — nos vio aterrizar y cruzó el prado para saludarnos, mientras nuestros rotores se paraban lentamente. No obstante, no tardé en apercibirme que la esbelta y juvenil figura vestida con una camisa deportiva y pantalones de vaquero me había engañado. Aquella personilla tenía una cabellera bronceada que le llegaba hasta los hombros, según el estilo perennemente de moda que podríamos llamar del «joven paje». Su cadencioso andar... la lánguida gracia con que levantó un brazo para darnos la bienvenida... la dorada tez entrevista desde la curva del cuello de su camisa se unía con un pecho firme y juvenil... eran una serie de pruebas a cual más agradables de que el recién llegado pertenecía al sexo femenino.

Mi piloto lanzó un silbido de admiración cuando la vio aproximarse.

—¡Caramba, hermano! —dijo, sonriendo—. Por una vez me han asignado un buen servicio. ¡Si todas las jovencitas de los sayones fuesen así, le aseguro a usted que la Patrulla se quedaría sin uno de sus hombres, y ése sería yo!

—Ya está bien, cabo — le dije, hablando con mayor firmeza que de costumbre, pero por la razón que fuese su actitud me molestaba y me repelía. Por supuesto, él era un hombre de la ciudad, y yo hubiera debido admitirlo en su descargo. En la Isla vemos a muy pocas mujeres. Como resultado de ello, en presencia del sexo opuesto yo tengo un sentimiento de curiosidad mezclado con respeto e inquietud.

—Tengo que recordarle que la traición, aun dicha para bromear, no por ello deja de ser traición.

—Sí, señor —respondió el cabo—. Le ruego que me disculpe, mi teniente.

Entretanto la joven llegó a nuestro lado y vio cómo descendíamos del giro.

—¡Hola! — nos gritó —. Han llegado ustedes pronto. Papá no les esperaba hasta... — Se interrumpió en mitad de una frase al ver nuestros uniformes—. ¡Oh, son ustedes patrulleros!

Yo la saludé.

—Sí, señorita. El teniente McLeod, a sus órdenes. El cabo Babacz. ¿Vive aquí el doctor Frisbee?

Una expresión de cauteloso recelo ensombreció sus ojos dorados, mientras se desvanecía su sonrisa de jubiloso interés.

—Sí, teniente. Yo soy su hija Dana. ¿Les esperaba mi padre?

—No. Pero desearía verle. ¿Está en casa?

—Está... en alguna parte de la finca. Si tienen ustedes la bondad de esperar en la terraza, yo iré a buscarle. ¿Han almorzado?

—Sí, gracias. Antes de salir del Cuartel General.

—¡Del Cuartel General! Entonces, ¿vienen en visita oficial?

Yo dije con suavidad:

—¿Podría ver a su padre, señorita?

—Sí... desde luego que sí. No tardaré.

Se volvió para alejarse de nosotros, desapareciendo en la dirección de las construcciones exteriores que habíamos visto desde el aire. Era evidente que aquella joven estaba recelosa; también era posible que bajo su inquietud se ocultase alguna sensación inconfesable de culpabilidad. Miré hacia donde se había ido, frunciendo el ceño.

—Sería una vergüenza — musité — que una chica así se viese envuelta en actividades ilegales. El cabo Babacz me miró estupefacto.

—¿Decía usted algo, mi teniente?

No pude evitar que el rubor afluyese a mi rostro. Había hablado alocadamente. Un patrullero no debe permitir que le dominen las consideraciones personales. Pero Babacz tampoco tenía por qué sorprenderse de aquel modo. Soy un ser humano, dotado de emociones y simpatías normales.

—Nada — dije —. Vamos a la terraza.

III

—¿Actividades diaristas, teniente? —repitió el doctor Frisbee—. ¿Actividades diaristas? Usted bromea. No irá a decirme que la Federación cree seriamente que yo estoy metido en el movimiento diarista.

—'Las autoridades nunca bromean, señor —le dije con severidad—. Me han enviado los Servicios de Información...

—También se les llama Servicios de Inteligencia —me atajó el ex profesor— aunque este nombre está mal aplicado. En efecto, demostraría ser muy poco inteligente quien

creyese por un instante que yo soy capaz de aliarme con las fuerzas de la superstición, la ignorancia y el terror. ¿Sabe usted exactamente, teniente, lo que es el movimiento diarista?

—No faltaba más. Un intento organizado por parte de un culto exhibicionista para derribar la Federación Mundial.

Frisbee movió la cabeza, suspirando.

—Le han enseñado muy bien los principios de su profesión, teniente. La definición que me ha dado es de una gran precisión... pero describe el objetivo de los diaristas, no las causas que hicieron posible la existencia del culto. ¿Sabe usted por qué se llaman a sí mismos diaristas? ¿Por qué se humillan vistiéndose con burdos cilicios? ¿Por qué celebran rogativas públicas? ¿Por qué su juramento más solemne es «por el Signo»?

—Eso — respondí — creo que tiene algo que ver con el cometa.

—¡Algo! ¡Está totalmente relacionado con el cometa! ¿Es usted un hombre instruido, McLeod? Yo le respondí con orgullo:

—Me eduqué en la Isla, licenciándome con mención honorífica en la Academia Militar de la Federación.

—Comprendo. Eso quiere decir que no es usted un hombre instruido...

—¡Mi querido señor!

—No es usted un hombre instruido —repitió Fris-bee imperturbable — en cuestiones de real y permanente importancia para la humanidad. Le han educado bien en la llamada ciencia táctica y estratégica, ha aprendido usted los postulados del dogma político, asimilando cierta dosis de historia más o menos deformada, y ya se cree un hombre instruido...

Oí algo que parecía una risita a mi lado, pero cuando me volví para fulminar con la mirada a Babacz, éste me miró a los ojos muy serio y grave. En cambio, a Dana Frisbee se la veía francamente divertida. Sus labios se plegaban en una sonrisa que era más que de simple cortesía, y en sus ojos danzaban y chispeaban motilas áureas.

No era un día precisamente caluroso, pero yo noté que por mi frente y garganta corría el sudor. Con la mayor seriedad, dije:

—Doctor Frisbee, creo mi deber advertirle que actualmente se está realizando una investigación sobre su persona por sospecha de desafección a la Federación Mundial. Tendré que redactar un informe oficial acerca de esta entrevista. Si usted persiste en sus solapados ataques contra el gobierno...

—¡Qué solapados ni qué niño muerto! —estalló el sabio—. ¿Desde cuándo constituye traición a la patria que un hombre exponga sus opiniones sobre un tema de su propia elección? Lo que a usted le pasa, joven... — y con estas palabras se inclinó hacia mí, amenazándome con el dedo como un profesor haría con un estudiante díscolo—, lo que a usted le pasa es que no sabe absolutamente nada de la vida... con excepción de la lamentable bazofia propagandística que le han hecho engullir en esa monstruosa academia.

Le miré estupefacto.

—¡No... siéntese! —me ordenó, cuando yo intenté levantarme—. Aún no he terminado. Usted vino aquí a entrevistarme y a sonsacarme mis opiniones acerca de determinadas cuestiones. Pues las tendrá usted. Si cuando termine cree que debe detenerme, hágalo. Pero al menos habré tenido la satisfacción de sacarme de dentro una serie de palabras que necesitaban hace tiempo un poco de ventilación.

—¡Papá...! —insinuó Dana Frisbee.

—Espera, hijita. En estos momentos tengo que dar una pequeña lección de historia a este par de esbirros juveniles de una corrompida y tiránica dictadura. Usted, señor mío — gritó volviéndose a Babacz, con sus níveas cejas temblorosas —: ¿Cuándo se formó la Federación?

Babacz se hallaba por completo bajo el hechizo del viejo pedante. Contestó como una cotorra, como si se hallase en clase.

—La Federación Mundial de Naciones Soberanas se creó en 1961, siendo ratificada por una mayoría de estados miembros de ella aquel mismo año.

—¡Muy bien! — rezongó Frisbee —. Observen que la Carta designaba a los estados miembros como naciones soberanas. Y ahora usted. ¿Con qué finalidades se creó la fuerza armada en la cual usted sirve como oficial?

—Las Patrullas Policías de la Federación Mundial — contesté— están compuestas de jóvenes escogidos entre todos los estados miembros, proporcionalmente a la población de dichos estados. Sirve para preservar la armonía internacional...

—¡Bah! — exclamó furioso Frisbee.

—...proteger las libertades individuales...

—¡Bah!

—...e impedir la imposición por la fuerza de una ideología de grupo determinada sobre el resto de la población mundial...

—¡Basta! —exclamó Frisbee —. En aras de estos principios nuestros predecesores, hace poco más de veinte años, sacrificaron sus antiquísimos derechos soberanos, con el deseo de crear lo que ellos suponían iba a ser la unión perfecta de toda la Humanidad. Pero, ¿se realizó de verdad este sueño? No; porque el mismísimo instrumento mediante el cual la Federación esperaba llevar a la práctica aquel noble ideal, se convirtió en el arma de su propia destrucción.

»Los patrulleros fueron las fuerzas armadas las que diez años después de haber sido ratificada la Carta de la Federación, en 1971, se aprovecharon cínicamente de la situación, que les erigía en la única fuerza armada existente, para derribar al gobierno en una serie de pronunciamientos fulminantes, tras los cuales quedó establecida su propia oligarquía militar.

»Fueron los patrulleros quienes pusieron en vigor el código implacable y tiránico bajo el cual actualmente...

Es de lamentar que en este punto ocurra una de aquellas interrupciones en el relato de las que ya me había advertido el doctor Westcott. Esto resulta doblemente desdichado: en primer lugar, por el enorme interés que ofrecía el comentario o, posteriori que hacía el doctor Frisbee de un fragmento de «historia» que hoy aún forma parte de un misterio futuro; en segundo lugar, porque el manuscrito continúa confusamente en un momento posterior y en otro lugar.

Anticipándome a la natural curiosidad del lector, debo indicar que el relato parece proseguir aproximadamente un día después, y que sin detener al profesor, el teniente McLeod regresó al Cuartel General de la Federación, que en el fácil vernáculo de aquella época él denominaba Fedhed...

—...seis llamadas para anunciarnos tumultos esta mañana — gruñó —, y aún vendrán más, si no me equivoco. He pedido refuerzos a Boston y a Filadelfia. En los dos sitios me han dicho lo mismo: imposible. Los sayones también han iniciado manifestaciones en masa en ambas ciudades. Y a juzgar por los cables que llegan —indicó con un gesto de impotencia los papeles que se amontonaban sobre su mesa —, en todas partes ocurre lo mismo.

Yo le pregunté:

—¿Qué habrá detrás de todo esto, mi general? ¿Acaso celebran una de sus festividades religiosas?

—Cada día es una festividad religiosa para ellos, que Dios los confunda. ¡Y seguirá siendo así mientras ese demonio llameante siga cabalgando por los cielos!

Amenazó con su puño airado al cometa que girando a gran altura en el ciclo occidental, confundía su luz carmesí con los dorados rayos solares, inundando la estancia con un siniestro resplandor anaranjado. Era el mismo color naranja que brillaba en los faroles los días de lluvia, o en los puentes, y en los lugares donde se reúnen las nieblas nocturnas. Bajo su luz la carne humana parece muerta y cadavérica, los labios parecen hinchados y formados por una pulpa violácea, y los ojos brillan febrilmente en sus cárdenas cuencas. Harkrader agitó el puño presa de rabia impotente.

—¡Maldito resplandor! Su luz roja parece tener embrujadas las almas de los hombres.

—No es más que un cometa — observé —, un cometa conocido desde hace siglos. El cometa de Hailey. Nuestros padres lo vieron aproximarse a la Tierra por última vez en 1910; sus abuelos lo habían visto ya en 1835. No hay nada que temer. Es un fenómeno totalmente natural, cuidadosamente previsto por los astrónomos y que hace su aparición en el momento calculado de antemano.

—Usted y yo sabemos todas esas cosas — murmuró el comandante supremo de las Fuerzas Armadas—. Pero los diaristas no lo saben. Son una ralea ignorante y supersticiosa, que de este cometa ha hecho su dios, erigiéndolo insensatamente en su signo sagrado para justificar su rebelión.

—Reconozco que es molesto, pero no creo que haya que preocuparse. No es la primera vez que vemos manifestaciones cíe los diaristas.

—¿No? Hable usted con sinceridad, teniente. En toda mi vida había visto un levantamiento como éste. ¡Esta vez va en serio! En todas las capitales importantes del mundo se han producido alzamientos espontáneos. Ha habido intentos deliberados y organizados para romper nuestras líneas de comunicación; actos de violencia contra todos aquellos que llevaban el uniforme del Cuerpo; intentos de asaltos a nuestros arsenales para armar las hordas de sayones... ¿Diga?

Esta última palabra la profirió volviéndose a medias cuando un ayudante entró corriendo en la estancia, demasiado nervioso para entretenerse en llamar.

—¡Los sayones, señor! La muchedumbre rodea el arsenal de Central Park...

—¿Ah, sí? Di órdenes de que fuese dispersada. Supongo que no habrá sido necesario disparar contra la muchedumbre.

—Por desgracia sí, señor. Pero...

—Eso me disgusta. Tenía la esperanza de evitar el derramamiento de sangre. Lárice una proclama informando al público de que las Fuerzas Armadas lamentan sinceramente este incidente y esperan que no sea necesario adoptar de nuevo tales medidas.

—¡Pero es que no es eso todo, señor! —gritó el ayudante con voz temblorosa—. Hemos hecho fuego contra ellos, pero esto no los ha puesto en fuga. En lugar de huir, nos han atacado en masa. Eran a centenares, a millares. Cayeron muchos, pero los restantes siguieron avanzando...

—¡Vamos, hable, hombre! — vociferó el general —. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que iba a decirme?

—Que la guarnición ha sido barrida hasta el último hombre. ¡Que los sayones se han apoderado de nuestro principal punto fuerte en el sector de Nueva York!

En el silencio que siguió a estas palabras, el general Harkrader se volvió para mirar hacia la calle. Cuando de nuevo le vimos la cara, parecía haber envejecido.

—¿Se da usted cuenta, McLeod? —me dijo.

Yo me daba perfecta cuenta. En el arsenal de Central Park se guardaba armamento suficiente para armar y mantener para un asedio indefinido a todos los hombres útiles de Nueva York. Al apoderarse de aquellas armas, los sayones dejaban de ser una ralea para convertirse en un ejército que igualaba a los patrulleros en equipo, sobrepasándonos en número quizá en un veinte por uno.

Yo dije:

—Tenía usted razón, señor. Aunque es demasiado tarde para llorar por lo irremediable. ¿Qué haremos ahora?

Como en busca de una respuesta, él se volvió para conectar el video. A los pocos segundos la pantalla se iluminó, mostrando el interior familiar del estudio de televisión de la FBC. Ante nosotros apareció una escena de indescriptible caos y confusión. Se había olvidado la tradicional compostura que reinaba en los noticiarios visuales, y un enjambre de azorados reporteros y comentaristas se lanzaba al asalto de los mejores puestos en el atestado estudio, dándose codazos, chocando a veces con las cámaras y haciendo temblar la imagen, como debía temblar en aquella hora de tensión el ánimo de todos.

Ante nuestros ojos un periodista arrancó una noticia de última hora del teletipo, corrió con ella hacia la cámara y procedió a su lectura:

«Boletín: Washington. El pánico reina en la antigua capital de los Estados Unidos, a consecuencia del alzamiento diarista que hoy se ha producido. Los diaristas, en número incalculable, han ocupado todos los puntos clave de este sector.

«Boletín: Londres. Una encarnizada batalla se libra en estos momentos en la antigua City londinense, en el curso de la cual las hordas de diaristas aplastan con su superioridad numérica el armamento y la táctica de un grupo de patrulleros que han sido sitiados. Los diaristas pretenden dominar todo el territorio al norte del Támesis, y avanzan con grandes fuerzas hacia el distrito de Southwark, que está muy bien fortificado.

»Boletín: Roma. ¡Hijos del Signo, alzaos! Imitad nuestro ejemplo y triunfaréis. Sed implacables y valientes. Ha amanecido el Día...»

El periodista palideció, dejó de leer y apartó inmediatamente el despacho de Roma, que demostraba de manera harto evidente que los sayones dominaban por lo menos las emisoras romanas. Luego continuó:

«Boletín: Ottawa. El gobernador general del Dominio ha pedido una tregua al hermano John Carstairs, jefe del movimiento diarista canadiense. Esta petición siguió a la caída en manos de los cultistas de los más importantes almacenes y fortalezas del sector.

«Boletín: Moscú. En medio de escenas que recuerdan los días de la Revolución de Octubre, los patrulleros y los diaristas se hallan enzarzados en una tremenda batalla por el dominio del Krem...»

La pantalla se oscureció súbitamente y la imagen se hizo confusa. Una voz fría y serena dominó a la del locutor.

—Éste es el último comunicado, hermano. Voy a leérselo al público.

La imagen se aclaró. Frente a las cámaras se alzaba un hombre que vestía el burdo cilicio de la hermandad diarista. Esparcidos por todo el estudio, sus seguidores armados mantenían a raya al personal de la televisión. El jefe sayón sonrió, y se puso a hablar, mirando de hito en hito a la cámara.

—«Boletín: Cuartel General de la Federación Mundial, Nueva York. El Día ha amanecido por fin. Hermanos del Signo, bajo la inspiración de nuestro sagrado símbolo, dominamos en estos momentos la mayor parte de esta ciudad, sede del corrompido gobierno de la Federación Mundial.

«Instamos a todos los ciudadanos oprimidos a que se unan a nosotros para celebrar este Día tan esperado. Ofrecemos plena amnistía y hermandad bajo el Signo a todos los patrulleros y lacayos del gobierno depuesto que quieran renunciar al compromiso que les unía a éste.

»Es inútil seguir resistiendo. Estamos dispuestos a reducir a la impotencia implacablemente a todo aquel que...»

Harkrader cerró de un golpe el video.

—Bueno — dijo abrumado —, ahí lo tiene usted. Toda una vida de trabajo y sacrificio destrozada en un solo día. Según parece nos equivocamos, señores. Cometimos el error, siempre fatal, de menospreciar a nuestros adversarios.

El ayudante gritó:

—¡Pero debemos poder hacer algo, mi general! No es posible que hayan ganado en toda la línea, y en tan pocas horas.

—Ésta es otra equivocación — suspiró Harkrader —. Nuestra fuerza nunca consistió en el número, sino en el hecho de que éramos los únicos que estábamos armados. Con el arsenal en sus manos, todo se vuelve en nuestra contra... Oiga, Simpson.

—A la orden, señor.

—Reúna a los hombres del Cuartel General. Quiero dirigirles la palabra. Dése usted prisa.

—Inmediatamente, mi general.

El ayudante saludó militarmente y se marchó.

Harkrader me dirigió una sombría mirada.

—Voy a darles permiso para que se vayan adonde gusten, McLeod. Sería insensato sacrificarlos para defender una causa perdida. Lo más que podríamos esperar sería conseguir unas horas más... aunque no sé de qué serviría esta terca resistencia.

—¿Y usted, mi general? ¿Qué hará usted?

—No lo sé. ¿Qué importa eso? Mi labor, mi trabajo de toda una vida, mi carrera, han terminado hoy. Me ejecutarán, supongo. Ya soy viejo. En el curso de mi vida he visto cómo poderosas naciones soberanas libraban entre sí innumerables y sangrientas guerras... para no conseguir nada. He visto cómo unos cuantos hombres bien intencionados trazaban un plan para vivir en paz, y he visto también cómo este plan abortaba. Ahora sólo faltaba esto. No sé ni me importa lo que resultará de estos sucesos. Pero usted aún es joven. ¿Qué hará usted?

—Yo soy un patrullero —contesté.

—Lo era. El Cuerpo ya no existe.

—Soy un patrullero —repetí—, educado y formado en la Isla. Seguiré luchando.

—No desde aquí, McLeod. Voy a rendirme.

—Existen otros sitios. Lugares secretos. Fortines de los que los sayones no tienen la menor idea. Él se encogió de hombros.

—Como usted desee. Pida lo que quiera en cuanto a pertrechos o facilidades de transporte. Eso aún puedo dárselo.

—Pero antes — dije — debo regresar a Long Island. Frisbee me advirtió de lo que iba a producirse. Él no está con nosotros, pero tampoco está con ellos. Y sabe algo... algo muy grande e importante que no quiso decirnos. Mi deber me obliga a ir junto a él para arrancarle su secreto.

—¡Frisbee! —exclamó Harkrader—. ¡Desde luego, tiene usted razón! Frisbee... Ésta puede ser una baza importante, McLeod. Quizá sea nuestra última esperanza.

Concédame quince minutos, teniente, y le acompañaré.

—Será para mí un honor, mi general — repuse.

Así fue como un cuarto de hora después Harkrader y yo, en un giro pilotado nuevamente por el cabo Babacz, despegamos desde el techo del Cuartel General de la Federación en la primera etapa de un viaje que había de llevarnos más allá de lo que la más alocada imaginación hubiera podido concebir entonces.

IV

Nuestro aterrizaje en el refugio de Frisbee constituyó un extraño contraste con nuestra anterior llegada al mismo. Entonces la única persona que nos recibió fue Dana. En esta segunda ocasión, el aterrizaje vertical de nuestro giro hizo que viniesen corriendo al campo un número tan sorprendente de personas, que yo apenas daba crédito a mis ojos.

Era aquél un grupo abigarrado. Lo único que sus miembros, de los que parecía haber por lo menos cincuenta, tenían en común, era la juventud. Todos ellos, con la sola excepción del anciano sabio, pertenecían a mi propia generación.

En esto terminaba la semejanza para empezar la diversidad. Aproximadamente la mitad eran jóvenes del sexo femenino. Una parte de ellas vestía trajes de calle normales, otras llevaban batas de laboratorio y había algunas embutidas — como la mayoría de los hombres — en monos manchados de grasa. Los hombres que no llevaban traje de trabajo iban en traje de calle, en batas o en otros variados atavíos para labores especiales. Observé a dos o tres que llevaban parte de los característicos trajes de goma empleados por los buceadores para trabajar en aguas poco profundas.

Harkrader me dirigió una mirada de franco desconcierto.

—Usted no me mencionó nada de esto, McLeod.

—Es que ayer no vi nada de este carnaval.

—¿Y si el viejo también tuviese que ver con los sayones, después de todo? —aventuró Babacz.

—No lo creo. No puedo ni remotamente conjeturar de dónde ha salido toda esta gente. Pero observe usted que no llevan los hábitos de la Hermandad.

Nuestro tren de aterrizaje tocó el suelo; Babacz detuvo los rotores cuando el giro dio un salto para quedarse parado. Instantáneamente un sólido muro formado por cuerpos jóvenes y decididos se cerró en torno al aparato. Una voz preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren? Hubo un movimiento en la multitud cuando Frisbee apareció.

—No ocurre nada, Warren —dijo con voz tranquila—. Conozco a estos hombres. No son enemigos nuestros.

—Son patrulleros, profesor —exclamó una voz airada—. Todos los patrulleros son nuestros enemigos.

—El mayor enemigo del hombre —replicó Frisbee con su voz sosegada y doctoral— es su instinto gregario. Yo me ocuparé de ellos. Les ruego a todos que vuelvan a su trabajo. ¡Dense prisa! Acuérdense de que en estos momentos los segundos son preciosos.

A regañadientes, entre algunas protestas y miradas airadas, el grupo se dispersó y se alejó, dejando únicamente a Frisbee y a su hija. Dana llevaba un mono lleno de lamparones y su cabello bronceado estaba recogido con un pañuelo descolorido. Pero seguía siendo hermosa. Tenía las manos manchadas de grasa y lucía un tiznón en la punta de la nariz, pero a mí me pareció de una belleza arrebatadora. Me sonrió y yo hubiera dicho que ella también se acordaba de aquel momento en el jardín.

Frisbee dijo:

—Tú eres Harkrader. Hace mucho tiempo que no nos vemos, John.

—Treinta años, profesor —dijo Harkrader—. Terminé la carrera con el curso del 1957.

Utilizaba la vieja terminología instintivamente y sin que pareciese darse cuenta de ello. Frisbee producía aquel curioso efecto sobre los demás. Conservaba un aura de los viejos tiempos.

—Sí. Fue un curso muy bueno. Uno de los últimos cursos libres. De él salieron hombres que luego se hicieron famosos. Tú... Harry Sanders... Louis Chauvenet... Aaron Jablonski.

Yo escuchaba abrumado y algo espantado. Si aquéllos habían sido los condiscípulos de Harkrader, desde luego habían salido de su curso hombres de gran valía, si bien de aptitudes muy diversas. Todos aquellos hombres eran famosos... o infamados. Harold Sanders era el presidente perpetuo del Comité de Sanidad Mundial. Louis Chauvenet, renombrado por sus investigaciones de astronavegación, durante una década abrió nuevos rumbos a la astronáutica y, con la desaparición de su malhadada expedición lunar de 1978, se convirtió en una leyenda. Aaron Jablonski murió al frente de su reducido pero terco ejército de leales en Cincinnati, en el curso de la Rebelión Nacionalista de 1973-1974.

—Hombres de brillante porvenir —repitió Frisbee—. Mucho me temo que ya no volveremos a ver más cursos como aquél. — Movi6 tristemente la cabeza—. Corren malos tiempos, John. Ha terminado el largo crepúsculo y est6n al caer las tinieblas.

—¿Ya te has enterado de las noticias?

—SÍ.

—Mientras veníamos hacia aquÍ no hemos oído nada más —intervine—. ¿Han triunfado en todas partes los diaristas?

—Casi en todas partes. En algunas ciudades, algunas guarniciones resisten aún, pero son las más remotas. El movimiento crece como la espuma a medida que la Hermandad adquiere armas y adeptos. Poseen ya aeropuertos, y envían refuerzos y abastecimientos por vía aérea a los sectores que aún resisten.

—París ha caído — dijo Dana —, y Berlín, y el Fuerte Wainwright, en las Filipinas. Los diaristas dominan toda la América del Sur desde la Tierra del Fuego hasta el Golfo de Méjico, con la sola excepción del depósito de abastecimientos del Matto Grosso. Asia está...

—¿Y la Isla? —la interrumpí—. ¿Aún no han tornado la Isla?

—¿Qué Isla?

Frisbee sonrió a su hija.

—Para un miembro del Servicio de Información, hija mía, sólo existe una Isla.

—Santo Tomás —le aclaré—. Donde está el Cuartel General de los Servicios de Información.

—Ah... ¿En las Vírgenes? No. No han llegado noticias de ese lado.

Yo sonreí ceñudamente.

—Ni llegarán. Los sayones lo tenían todo bien planeado, pero de nada les servirá. Aún guardamos algunos triunfos en la bocamanga.

Frisbee me dirigió una astuta mirada bajo sus pobladas y canosas cejas.

—Por ejemplo...

—Guarniciones bien pertrechadas y numerosas — le respondí con orgullo— en lugares que nadie sospecha ni remotamente. La Antártida, la Tierra de Van Die-men... no hace falta que las nombre todas. Me parece que los sayones empezarán a entonar otra clase de himno cuando empiecen a caer los plutos.

—¡Los plutos! — exclamó Frisbee—. ¿Bombas de plutonio? ¡No podéis hacer eso! ¡La guerra atómica fue prohibida hace más de veinte años!

—En las contiendas entre naciones. Pero este caso es distinto. Ahora se trata de una revuelta contra un poder reconocido. El fin justifica los medios.

—¡Hatajo de locos! —bramó el físico—. ¡Locos estúpidos y arrogantes! ¿No comprendéis que la autoridad de vuestro gobierno ha sido puesta en duda precisamente porque era autoritaria y venal? ¿Porque los hombres prefieren morir a seguir viviendo bajo nuestra férula?

—¿Acaso preferiría usted ver el mundo gobernado por unos fanáticos religiosos, por unos locos furiosos vestidos de harpillera y tan salvajes que rinden culto a un cometa?

—Preferiría ver a un mundo así que no ver ninguno — dijo Frisbee, mesándose los cabellos con dedos temblorosos—. Detesto la rebelión diarista y sus postulados, pero hace tiempo que estaba dispuesto a aceptarla como un mal menor. Ahora la elección se ha escapado de mis manos, y de las manos de todos los hombres.

—Se excita usted por nada —le dije—. Dentro de pocos días la revuelta será aplastada...

—Dentro de pocos días —exclamó el sabio— quizá no exista ya el mundo en que vivimos. Dígame, McLeod... ¿Nunca se les ocurrió a sus preciosos Servicios de Inteligencia, tan inteligentes, que los conspiradores también pudiesen tener armas atómicas?

Yo le miré fijamente, con la boca reseca. Aquella idea nunca se me había ocurrido, tuve que reconocer... hasta aquel momento. Comprendí entonces de pronto lo que pasaría si por acaso él tuviese razón. Durante mi segundo año de cadete nos llevaron a la Zona de Seguridad que rodeaba lo que había sido el centro experimental de Oak Ridge, para enseñarnos los resultados de la catástrofe que allí sucedió. Aquella pila había explotado unos nueve años antes, pero el terreno que rodeaba en un radio de cincuenta kilómetros al gigantesco cráter aún era terriblemente radiactivo.

Respondí:

—Pero... no pueden hacerlo. Los materiales atómicos figuran en la lista prohibida. Sólo la Federación...

—¡Paparruchas! —graznó Frisbee—. Reconozco que quizá sea imposible procurarse uranio y plutonio. Pero como usted sabe, McLeod, éstos no son los únicos minerales radiactivos. Existe el torio, el actinio, el febio(), todos ellos fuentes tan potentes de energía atómica como los elementos corrientemente empleados. ¿Con qué cree usted que yo he realizado mis experimentos y construido mi...?

Se interrumpió de pronto, cuando Dana profirió un grito de advertencia. Pero lo dicho ya no tenía remedio. Yo me apresuré a tomarle por la palabra.

—Sí... sus experimentos. ¿Qué ha construido usted, profesor?

Dana intervino:

—¿Y si subiésemos a casa, Kerry? Estoy un poco cansada y aquí al sol hace calor...

—¿Qué, doctor?

—¿Por qué quieres saberlo? —me apostrofó Dana—, ¿Para comunicárselo a tus despiadados superiores de la Isla? Pues bien, no te lo diremos. Es nuestro secreto.

—Dana, hijita —interrumpió Frisbee—. ¿Quieres hacer el favor de no interrumpirnos? Gracias: McLeod, le aseguro que no fue intención mía dejarle penetraren mi secreto. Pero mi locuacidad me ha traicionado y después de todo quizá no sea tan malo decírselo. Dígame... ¿no ha adivinado más o menos lo que estamos haciendo aquí?

—Francamente, no, doctor. Según mis informes, usted había reunido una cantidad considerable de materiales de construcción y cierta cantidad —no sabemos cuánta— de minerales radiactivos. Ayer quedé convencido de que usted no es un diarista. Así es que presumo que ha estado realizando experimentos por su cuenta con la energía atómica. Más que eso no sabría decirle, sin salirme de los informes que tengo...

—¿Por qué hacerle perder tiempo y palabras? —dijo Frisbee—. La respuesta es muy sencilla. Hemos utilizado la energía atómica, McLeod, pero no como medio de destrucción. Utilizamos la energía del átomo como un motor.

—¿Un motor?

—Sí. Lo que mis ayudantes han construido aquí, la creación con que proyectamos huir de esta tierra y de su despótico gobierno, no es nada más ni nada menos que... ¡una astronave!

—¡Una astronave! —exclamé. Y miré a Hark...

Aquí se hace necesario pedir nuevamente disculpa al lector por la nueva solución de continuidad existente en el relato de Kerry McLeod, tal como nos ha sido transmitido por la pluma de Frank Grayson.

No parece existir correlación de fechas entre las vidas de estos dos hombres. Según la historia clínica, sólo transcurrieron cuatro días entre la conclusión del fragmento anterior y el siguiente período de hipnosis de Frank Grayson. En cambio, parece existir un intervalo de casi dos semanas en el mundo de Kerry McLeod.

Por razones harto evidentes, se comprenderá que no pueda explicar la conversación de los tres patrulleros, que terminaron abrazando la causa de Frisbee. Una serie de sucesos de los que no queda constancia debieron de influir mucho en semejante cambio. No obstante, el texto nos permite suponer sin peligro de error, que en el caso de McLeod,

puede haber influido el creciente atractivo que Dana Frisbee ejercía sobre el apuesto patrullero.

Como de costumbre, la narración se reanuda bruscamente. El lugar donde se desarrolla el fragmento siguiente es el interior de la astronave construida en secreto por Frisbee:

...varios instrumentos, cuyo uso yo apenas podía conjeturar. El macizo tablero de mandos, con sus cuadros de llaves y palancas, hacía que los más complicados mandos de un avión a reacción pareciesen obra de juguete. Un asiento en forma de recipiente, diseñado para resistir la presión, estaba instalado ante los mandos. Sobre el puesto del piloto había seis placas de visión, cada una de las cuales tenía poco más de medio metro de lado. Formaban una cruz, con cuatro cuadrados en línea vertical y los otros dos como los brazos de la cruz, a la altura del segundo panel.

—Para visión universal —me explicó el doctor Frisbee—. No nos basta la simple visión periférica que tienen los aviadores en las máquinas terrestres. En el espacio debemos hallarnos en disposición de localizar el peligro que pueda llegarnos desde cualquier lado.

—¿Cómo se interpretan? —le pregunté.

—Las placas verticales reflejan las imágenes de la parte superior, la proa, la parte inferior y la popa. Los brazos de la cruz, las de estribor y babor, respectivamente. De momento no hay mucho que ver.

Sonrió extrañamente. Los brazos de la cruz mostraban tan sólo las aguas gris mate del lago, que lamían los costados de la nave. En la placa del fondo se veía un espectáculo parecido. La placa superior brillaba con un verde amarillento, producido por la luz solar al filtrarse entre las aguas que nos cubrían, mientras bandadas de veloces pececillos cruzaban rápidamente nuestro campo visual antes de desvanecerse. Era una sorprendente manera de recordar dónde estábamos. Harkrader preguntó interpretando lo que los tres pensábamos:

—¿Cómo te las arreglaste para construirla bajo el agua, profesor?

—¿Puedes imaginarte un sitio más seguro? —preguntó Frisbee a su vez—. A pesar de hallarse tan oculto el Fénix, los Servicios de Información entraron en sospechas y me enviaron a Kerry para hacer una encuesta. Si hubiésemos tenido la nave al aire libre...

Se encogió de hombros.

—¡Un sitio seguro, dice! —gruñó Babacz—. ¿Y si se le abre una vía de agua?

—¡Vamos, Teófilo! —dijo el sabio, riendo—. Un casco que permitiese la entrada del agua, permitiría también la salida del aire. En realidad, uno de los motivos principales que nos impelieron a terminar el Fénix en el fondo del lago fue para poder probar adecuadamente su hermético ajuste de todas las piezas.

Y prosiguió:

—Como habréis podido suponer, construimos la armazón al aire libre, para hundir el casco una vez terminado y proseguir aquí el trabajo.

Yo le pregunté:

—¿Por qué nos enseña todo esto, doctor? ¿Por qué no nos permitió entrar en esta sección la primera vez que nos habló de la astronave?

—Una pregunta muy oportuna, Kerry, que voy a contestar muy sencillamente. Porque entonces aún no estaba del todo seguro de si debía confiar en vosotros. Ahora me satisface saber que estáis con nosotros.

—Tal como van las cosas, seríamos idiotas de solemnidad si no estuviésemos a su lado.

—Éste es el corazón del Fénix, el centro neurálgico donde se originan los impulsos más vitales. Hasta que no conté completamente con vosotros, no me atreví a dejaros ver esta cabina.

—Ya sabes que puedes contar con nosotros —dijo John Harkrader con voz suave—. Puedes confiar en la palabra de un patrullero... aunque se trate de un patrullero cesante.

—Lo sé. Por eso hoy estáis aquí. Por eso voy a revelaros algunos de los secretos del Fénix que ni siquiera mis primeros seguidores conocen. Frisbee continuó:

—Vosotros tres sois nuestros últimos reclutas, pero en muchos aspectos los más valiosos. Los tres sois técnicos, hábiles profesionales en vuestras respectivas disciplinas. Seréis mis ayudantes y copilotos en el gobierno del,,, Fénix.

Nos miró a uno tras otro.

—¿Qué os parece, amigos? El mundo va derecho al desastre. Nos queda muy poco tiempo. ¿Qué decís?

Babacz dio la respuesta más sencilla y convincente, indicando una palanca de mango rojo que surgía del tablero de mandos:

—Dígame, profesor. ¿Para qué sirve esta palanca? ¿Y cómo hay que accionarla?

Fue bueno para nuestra salud mental que durante los días siguientes nos hallásemos más que ocupados con diversos estudios, que nos permitieron sustraer a nuestras mentes de lo que ocurría en el mundo exterior.

De acuerdo con la sombría predicción de Frisbee, ni los sayones ni los patrulleros pudieron considerarse vencedores en las batallas atómicas que asolaban el inundo. Si la destrucción de un fuerte o el aniquilamiento de toda una ciudad podían llamarse victorias, entonces ambos bandos podían apuntárselas. Aunque no pasaba de ser una victoria pírrica la que sólo aportaba la liquidación de una ciudad en vez de su conquista, o en que la bomba lanzada por un avión robot quitaba la vida a varios centenares de miles de inermes ciudadanos.

Debo confesar que mis propias emociones eran confusas. Yo creía en Frisbee y confiaba en él. Sin embargo, me eduqué en la Isla, y en los primeros días de la lucha abrigaba aún esperanzas de que los patrulleros consiguiesen sofocar la rebelión, restableciendo la paz y el orden en aquel mundo enloquecido.

Debo añadir además que las Fuerzas Armadas se mantuvieron fieles a sus principios. A diferencia de lo que hicieron los diaristas, no atacaron sin previo aviso. Desde su remoto Cuartel General de la Península de Byrd, el Alto Mando lanzó un ultimátum en el que se amenazaba con el bombardeo de las ciudades clave, si éstas no volvían a ponerse a las órdenes de la Federación en un plazo determinado. Se dio el nombre de todas estas ciudades, y se advirtió a sus habitantes de las consecuencias que tendría una negativa. Pero todas rechazaron con desdén el ultimátum. Y cuando expiró el plazo señalado, empezaron a caer las bombas. Chicago desapareció en un día, víctima de una catástrofe aún más terrible que aquella que la arrasó en parte un siglo antes. Dublín y su medio millón de habitantes desaparecieron bajo una gigantesca seta roja. Igual suerte corrieron otras ciudades, que ya habían sido advertidas pero que se erguían retadoras.

Entonces se produjo la revancha, rápida y terrible. Sobre la Isla cayeron las bombas de los sayones, y otras bombas cayeron sobre ciudades aún en poder de la Federación. La civilización se tambaleaba mientras dos ciegos y brutales gigantes forcejeaban enlazados sobre la superficie del globo, asestándose golpes repetidos en un combate que sólo podía terminar en su mutua destrucción.

Vimos caer Nueva Orleans. Los sayones agradecidos por el triunfo que significaba haberse apoderado del que fue punto clave de los federales, retransmitieron por la televisión el bombardeo de la ciudad del Golfo. A través de ojos electrónicos colocados en los bombarderos sin piloto, vimos cómo la ciudad emergía de las neblinas matinales, cómo la bomba daba en el blanco, y cómo el tallo de humo cárdeno se alzaba para reventar con su flor de fuego y muerte.

Entonces, mientras el locutor decía con voz jactanciosa: «Así ha caído otra fortaleza de la Federación que se atrevía a desafiar a la Hermandad», un temblor sacudió la pantalla.

La placa de visión se encendió con un color cegador, más insoportable que el blanco, y la imagen se borró. Dos horas después supimos que la primera de cuatro bombas atómicas lanzadas sobre Manhattan había caído de pleno sobre la emisora de televisión. La antigua y familiar visión de Radio City había quedado reducida a una masa caótica de vigas de acero y escombros.

Yo estaba en espíritu al lado del Ejército cuando empezó el bombardeo. Y fue una suerte, como he dicho, que tuviésemos un estudio que absorbiese nuestras mentes, apartándolas de lo que sucedía en el mundo exterior. Estudio y trabajo. Porque ya nos quedaba muy poco tiempo, en la opinión del doctor Frisbee.

—Hasta ahora hemos tenido suerte —decía—, pero no hay que esperar que esta suerte se mantenga siempre. Vivimos ya de milagro. Un combate de guerrillas en este sector... el descubrimiento casual de nuestro refugio efectuado por una banda de diaristas entregados al pillaje... un error de cálculo de un ingeniero de balística a miles de kilómetros de distancia... cualquiera de estos hechos puede significar nuestra destrucción instantánea. Nuestras únicas esperanzas de salvación están en la huida. Lo antes posible.

—¿Cuándo podrá ser, profesor? —preguntó Harkrader.

—Posiblemente mañana. Entre mañana y pasado, a lo más tardar. Estamos cargando pertrechos y abastecimientos con la mayor rapidez posible. Los depósitos de combustible están llenos, el motor está repasado y a punto. Sólo falta terminar la carga y transferir mi biblioteca de la casa al Fénix...

—¿Llevaremos también libros? Creía que usted deseaba reservar el mayor espacio a la carga, profesor. Frisbee sonrió débilmente.

—Sobre cosas más esenciales únicamente, Kerry. Una biblioteca de consulta puede ser nuestra salvación en el mundo adonde vamos. Sí, me llevaré libros y no sólo libros técnicos, sino también de ficción. Novelas... poesía... teatro... una antología de lo mejor que ha hecho el hombre en el campo de la creación poética y literaria. Si los hombres hubiesen leído más en lugar de preocuparse de su provecho personal, quizá no sería necesario que ahora buscásemos la salvación en la huida.

Yo me encogí de hombros sin responder. Él tenía perfecto derecho a sustentar aquella opinión, pero por mi parte, no veía la necesidad de tales soporíferos. Novelas y dramas, estúpidos versitos escritos por melenudos poetas de otros días... estas cosas no tenían lugar en mi vida. Me habían educado como un patrullero. Nosotros reverenciábamos los hechos, no las fantasías.

Babacz se mostraba interesado. Pero Babacz no es un hombre ilustrado, un oficial salido de la Academia como yo.

—Oiga, profesor, me gustaría ver alguno de estos libros. ¿Me da su permiso para que yo me ocupe de dirigir su embarque?

—Excelente idea, Teófilo.

—Muy bien. Voy a poner inmediatamente manos a la obra.

Babacz salió y le oímos cómo llamaba a varios de los tripulantes para que le ayudasen. Babacz se llevaba bien con todos ellos. Mejor, debo admitirlo francamente, que Harkrader y yo. Aquellos muchachos eran todos ellos magníficos, justo es reconocerlo. Era únicamente que... la verdad es que me cuesta explicarlo. El hecho escueto es que nosotros éramos, o habíamos sido, patrulleros. Y los acólitos de Frisbee provenían en su totalidad de las masas.

Sin embargo, su presencia era necesaria. Frisbee lo expuso así sin dejar lugar a dudas.

—No, no son la flor y nata de la juventud actual — admitió cándidamente una noche —, pero sí su parte más sana. No son guardias de la Federación, educados sólo en la ciencia de la política militar, ni productos del ineficaz sistema de enseñanza pública actual, que sólo inculca en los jóvenes una ciega obediencia a la autoridad.

»Estos muchachos y muchachas son mis propios alumnos, que escogí y eduqué yo mismo. De ellos depende el éxito de nuestra empresa, no sólo durante su generación sino en los años venideros.

»El Fénix — añadió gravemente — es la nueva Arca de Noé de la Humanidad, construida para escapar del diluvio de terror. De la simiente de estos robustos y saludables jóvenes brotará una nueva raza de hombres libres, que llevará las mejores tradiciones terrestres a nuestro lejano puesto avanzado de Venus...

Entonces fue cuando supe cuál era nuestro punto de destino.

Aquella noche volví a pasear con Dana por el jardín. Era una noche sin luna, pero no hacía falta. La luz del cometa parecía el resplandor carmesí de un amanecer de estío, con la diferencia de que el sol naciente del verano es limpio, fresco y prometedor, mientras el fúnebre resplandor del cometa era tétrico y cargado de funestos presagios. Era fácil comprender el temor supersticioso de aquellos que revestían burdos cilicios para rendirle culto. Su espantosa presencia, a los ojos de aquella multitud ignorante, era el heraldo del día del Juicio, cuyo advenimiento había dado nombre al culto de los diaristas.

Sin embargo, mientras paseábamos por el jardín estrechamente enlazados, nos era posible olvidar por un momento la maldad que había enloquecido a los hombres. La brisa nocturna era perfumada y suave, y a nuestro alrededor percibíamos dulces murmullos. Al llegar al seto donde descubrimos que el Hado había dispuesto que fuésemos algo más que unos extraños en lucha, Dana se detuvo.

—Fue aquí, Kerry. Ahora me hace gracia. Entonces yo te odiaba... o creía odiarte. Tú eras nuestro enemigo, que habías venido a espiarnos. Mi único pensamiento consistía en retenerte aquí el mayor tiempo posible, para retrasar la entrega de tu informe a tus superiores. Cuando me dijiste que debías irte, te hubiera matado. Pero no tenía ningún arma.

—Tenías un arma —le dije—. Tu odio era un arma, y también tu desprecio. Tus cabellos y tus ojos bajo la luz de la luna. Cuando me golpeaste y yo te tomé en mis brazos...

—¿Tengo que hacer que te defiendas de nuevo? —me susurró, ofreciéndome los labios. No había defensa posible. Sólo éramos ella y yo, unidos en el silencio de la noche...

Más tarde, nos tendimos para mirar a las estrellas. Ni siquiera el tétrico resplandor del cometa podía ocultar la bóveda constelada de estrellas del firmamento. Dana recitó con voz soñadora los extraños y mágicos nombres de las constelaciones de edad inmemorial que brillaban sobre nosotros.

—Escorpión, Sagitario y Capricornio — murmuró —. Hércules y el Cisne. Qué bellas son, ¿verdad, Kerry? Ella me parecía bella.

—Antarés, el enemigo de Marte... —señaló a una estrella roja muy bella sobre el horizonte meridional—. Y aquella azul es Vega, la base de la lira de los dioses. ¿Y ves allá? La más resplandeciente de todas, Kerry. ¡Allá!

Me hizo volver la cabeza y yo busqué un reflejo del cielo estrellado en el brillo cobrizo de sus cabellos.

—¿Sabes cuál es ésa, Kerry? ¿Esa que brilla como una joya? Es Venus, Venus, que fue la diosa del amor. ¿Podríamos hallar mejor presagio? Fundaremos nuestro nuevo imperio sobre el amor.

Yo la besé. Podía decirse mucho a favor de la educación que infundía Frisbee. Esta aprendiéndolo a mi costa. Quizás estaba formado en parte por conocimientos inútiles. Pero resultaba interesante y cautivador.

—¿Y esas otras estrellas? —le pregunté, para tirarle de la lengua—. ¿No tienen nombre? ¿O acaso se mueven tan de prisa que no han podido bautizarlas?

—¿Otras... que se mueven de prisa? Las estrellas se mueven despacio, Kerry. Su movimiento no es perceptible a simple vista. Sólo en el caso de estrellas fugaces, meteoros...

Sus ojos siguieron la dirección de mi mirada. Lanzó una ahogada exclamación y se puso en pie de un salto, tirándome de la mano.

—¡Kerry! ¡No son estrellas! ¡Son las llamas de los reactores... cohetes teledirigidos que vienen hacia aquí! ¡Corramos!

Echamos a correr hacia la casa. Pero nosotros no éramos los únicos que habíamos visto las bombas volantes. El centinela apostado por Frisbee también las había visto. Mientras corríamos dando tropezones por los prados verdes teñidos por un tinte lívido por los sanguinolentos rayos del cometa, el silencio resonó con el gemido de nuestra sirena de alarma.

Estábamos a punto de llegar a la terraza cuando cayó la primera bomba. No cayó sobre nosotros, o de lo contrario no estaría aquí para contarlo. Ni siquiera muy cerca, gracias a Dios... pero lo bastante cerca para que su silbido llegase a nuestros oídos como el grito lejano y débil de un animal herido. Luego, su atronadora explosión nos ensordeció por unos momentos. La tierra pareció alzarse y temblar bajo nuestros pies; ambos caímos de bruces y permanecimos tendidos en esa posición durante un momento, sin atrevernos a respirar y preguntándonos si caería otra más cerca. Vimos un llameante resplandor, un espantoso y abrasador infierno...

Babacz se inclinó junto a nosotros y se puso a gritarnos órdenes, con la boca pegada a nuestros oídos ensordecidos.

—¡Ya ha empezado el baile! Ahora va en serio. El ejército ataca el Cuartel General con todos sus efectivos. Los sayones contestan apelando a todos sus cohetes interceptores y nosotros hemos quedado entre los dos frentes. ¡Tenemos que salir de aquí... zumbando!

—¿Salir? ¿Pero hacia dónde? ¿Cómo podemos...?

—Con el Fénix. Es antes de lo que esperábamos, pero el jefe dice que ahora o nunca. Es nuestra única posibilidad de salvación.

Subimos por la rampa corriendo. En el tubo reinaba una confusión indescriptible... tripulantes y obreros de nuestro pequeño grupo se dirigían apresuradamente, cargados con su equipaje, a los puestos que tenían asignados a bordo del Fénix, mientras otros se abrían camino a codazos hacia el exterior, para recoger materiales aún no cargados, pero éstos se encontraban con Frisbee a la puerta de la casa, el cual les obligaba a volverse, vociferando como un poseído:

—¡Nada más! ¡Todos a sus puestos! ¡No hay tiempo de subir más carga!

Mostraba una expresión de nerviosismo y agotamiento. Experimentó cierto alivio al vernos.

—¡Dana! ¡Gracias a Dios! ¡Y tú, Kerry! No sabía dónde estabais. Me han comunicado que habíais desaparecido.

—Estamos bien. ¿Está Harkrader a bordo?

—En la torreta de mando. Id con él. Yo subiré cuando haya embarcado todo el mundo.

Subimos corriendo a la astronave. El curtido semblante de Harkrader se iluminó con una sonrisa de alivio al vernos.

—Poneos las correas de seguridad. El motor está calentándose. Despegaremos así que llegue Frisbee.

Ayudé a Dana a tenderse en una litera acolchada, la até concienzudamente con las correas para que no se moviese al despegar, y luego me sujeté sobre otra de las literas. Acababa de hacerlo cuando un golpe metálico indicó que se había cerrado la última escotilla. El ruido del bombardeo cesó de pronto. Hasta aquel momento yo no me había dado cuenta de aquel incesante estrépito, pero entonces reinó una quietud casi de mal agüero, rota únicamente por el débil silbido del sistema de acondicionamiento interior.

Con una curiosa indiferencia me puse a pensar que aquello era imposible, no podía sucederme. No era más que un sueño, una pesadilla. Me despertaría en cualquier momento... Entonces penetró Frisbee en la torreta, para dirigirse como un rayo hacia el asiento del piloto. Mientras se ataba al sillón acolchado, sus ojos nos mandaron a cada uno de nosotros un breve mensaje de aliento y esperanza. No pronunció palabra. No había nada que decir. Todos sabíamos lo que estaba pensando. Quedarse significaba la muerte cierta... pero una muerte que podíamos entender y en un mundo conocido. Partir era...

No lo sabíamos. Pero aquél ya no era el momento de temer las desconocidas asechanzas que podía reservarnos un mundo extraño. Era demasiado tarde para renunciar.

Frisbee oprimió un botón. No se oyó ningún sonido, pero una férrea mano se tendió hacia mí para aplastarme el pecho... hundiéndomelo, haciéndolo crujir, arrancándome el aliento de los pulmones. La sangre ardía y zumbaba en mi cerebro, nublabla mi vista. La oscuridad...

V

Aquí sobreviene una nueva interrupción en el manuscrito de Grayson-McLeod. A partir de este punto, la narración se hace cada vez más esquemática, más parca en detalles, más episódica, hasta su desconcertante final, que dista mucho de ser definitivo.

Deploro que así sea, pero nada puedo hacer por remediarlo. Como simple instrumento de su publicación, no me creo en el derecho de introducir en él otras enmiendas que las que me ha permitido el doctor Westcott, limitadas únicamente a fraseología e ilación.

Ello significa que el lector deberá sacar sus propias conclusiones, como hice yo, en lo referente a períodos de tiempo transcurridos y la localización de las escenas tan sumariamente esbozadas. Y sobre todo, en lo concerniente al significado que puedan tener estos fragmentos.

...agua. Mas yo creía que duraría hasta que alcanzásemos nuestro punto de destino, que a la sazón sólo distaba una semana, si había que creer los cálculos de Frisbee.

No existía problema alimenticio. Se habían embarcado alimentos frescos y en conserva en grandes cantidades. Además, no comíamos mucho. A bordo todos notábamos los efectos del impreciso y extraño trastorno que me afligía también a mí, unas náuseas indefinibles que nos tenían a todos apáticos e irritables, una fiebre para la que no existían medicinas porque no estaba causada por ningún germen. Sólo una desazón reseca, como la que se siente después de haber estado tendido demasiado tiempo en una playa.

Costaba creer que ya llevásemos cuatro meses y pico: en el espacio. Al verlo retrospectivamente, el pasmo de aquellos primeros días llenos de excitación parece ahora propio de novatos. Ahora nos cuesta comprender que hubo un día en que nos quedábamos boquiabiertos y admirados ante cada nuevo espectáculo que se nos ofrecía.

Ahora aceptamos a pie juntillas el hecho de que el espacio por el que viajamos era de un negro azabache, y no el etéreo y radiante vacío que en nuestra ignorancia habíamos supuesto. Ahora ya no nos maravillamos ante el glorioso espectáculo de las fijas e inmóviles estrellas que no titilaban, al no existir entre ellas y nuestros ojos una capa de aire atmosférico. Ya no nos quedábamos helados de espanto cuando un llameante proyectil del tamaño de una montaña terrestre surgía en nuestras pantallas televisoras, abalanzándose sobre nosotros para fulminarnos. Ahora sabemos que en el inmenso vacío interplanetario, pueden llamarse vecinos próximos a los cuerpos que pasan a algunos miles de kilómetros, y que el meteorito que tan de «cerca» nos amenazaba, podía hallarse a más de un día de viaje.

Todo esto no es novelesco, pero es verdadero. Yo (era un patrullero, acostumbrado a observar y comunicar hechos. Dejemos que los poetas y los soñadores canten las bellezas de la astronáutica. Yo debo limitarme a decir que aquel viaje fue monótono; que no sucedió nada. No había horas de día ni de noche para disipar aquella monotonía. Nuestras portillas nos mostraban una noche estrellada pero eterna en la que el sol no era más que otra estrella mayor y más brillante, eso sí, pero que veíamos a la mitad del tamaño aparente que le presta el engañoso manto atmosférico terrestre.

Hacíamos lo que hubiera hecho cualquier grupo humano obligado a vivir bajo el mismo techo y entre cuatro paredes durante más de un centenar de días. Trabajábamos, estudiábamos, jugábamos; dormíamos y comíamos; hablábamos de lo que nos esperaba y, con menos frecuencia, de lo que dejábamos atrás. Llegamos a conocernos unos a otros como pocas personas se han conocido en su vida. Con algunos hicimos amistad. No permitimos que surgiera enemistad con nadie. En la civilización que íbamos a crear, el odio debía de ser una palabra inexistente.

Y puesto que éramos jóvenes y llenos de vida, el amor viajaba en el Fénix con nosotros. De vez en cuando una pareja de jóvenes, con las manos enlazadas, se presentaban ante Frisbee para pedirle que los casase. Éste accedía siempre a la petición, porque, como el sabio me dijo después de una de aquellas ceremonias, con una sonrisa llena de comprensión:

—Sé que se podría poner en duda la legalidad de estas uniones, tanto desde el punto de vista religioso como civil. Pero tenemos que poblar un nuevo mundo, y hay un precepto teológico que debemos recordar siempre: creced y multiplicaos. Si la Humanidad tiene que sobrevivir, debemos aplicar este precepto evangélico.

Aquel momento me pareció de perlas para hablarle de Dana y de mí. Él me escuchó con placer, sin demostrar excesiva sorpresa.

—Me alegro, Kerry. Apruebo de todo corazón vuestro enlace —dijo, poniéndome una mano en el hombro—. Me parece muy bien que tú te conviertas en mi hijo, al lado de mi hija Dana. Un día tú dirigirás este pequeño grupo. Yo ya soy viejo y no viviré siempre para guiaros, alentaros e instruiros. Tú eres el más apto para ocupar la jefatura que un día yo dejaré vacante.

»Así es que os bendigo a los dos. Pero... —dijo con expresión radiante—. Tenemos que celebrarlo. Una fiesta de verdad. Daremos un banquete, con música y bai...

...quedamos de pie, aturdidos. Babacz se precipitó al aparato de radio y se puso a hacer girar frenéticamente los botones. Todo inútil. En lugar de voces sólo captábamos el seco chisporroteo de la estática. Donde antes se oía música reinaba ahora silencio. Nuestro último y débil contacto con la madre Tierra se había perdido.

Mi esposa se volvió para ocultar sollozando su cara en mi hombro. Yo acaricié con manos temblorosas sus queridos bucles cobrizos, y me dirigí a Frisbee con voz temblorosa.

—Puede... puede ser un defecto técnico, profesor. Estamos a más de cincuenta millones de kilómetros de la Tierra. Tal distancia puede afectar incluso a las ondas hertzianas.

Él denegó lenta y gravemente con la cabeza.

—No, Kerry. Estos últimos gritos que has oído, estas últimas y ansiosas boqueadas, han sido el canto del cisne de la humanidad terrestre. Ya no recibiremos más mensajes de nuestro planeta natal. Nunca más. En toda nuestra vida.

Harkrader intervino:

—Hablas con una terrible seguridad, amigo mío. Como si supieses que esto tenía que suceder.

—Lo sabía — dijo Frisbee con tristeza —. Perdonadme todos, amigos, si podéis. Sabía que esto iba a suceder. Supe la terrible verdad hace más de tres años. Fue entonces

cuando reuní a mi alrededor a los que hoy formamos esta colonia e inicié la construcción del Fénix.

»Sabía que el cometa rozaría esta vez la Tierra. Por un tiempo temí que su núcleo chocaría con nuestro mundo. Entonces constaté el salvador error de cálculo y comprobé que el núcleo rozaría nuestro planeta, que quedaría inmerso en la cola del astro.

»Esto no significaría la destrucción total, pero se le parecería mucho. Una vez, hace de ello miles de años, un cometa errante rozó la Tierra, civilizada entonces. Aquella civilización pereció, y se requirieron dos millares de décadas para resucitarla.

—Leí algo sobre eso —dijo Babacz—, en uno de los libros que hemos traído. Creo que su autor se llamaba Bond. Pero lo consideraré una pura fantasía. Este autor se especializó en este género, aunque me parece que sus obras son una sarta de disparates. Aún no he tenido tiempo de leer todos sus libros, pero...

—No todas las fantasías son disparatadas. Hay mucha verdad en ellas, y otras se basan en la más sencilla lógica. Todo el mundo sabía que el cometa de Halley constituía un peligro. O todo el mundo debiera haberlo sabido, si las gentes se hubiesen parado a reflexionarlo. Casi rozó la Tierra en 1910, durante su última visita. Entonces también se produjeron tumultos, estallidos de fanatismo religioso, terror y espanto. Pero en menor grado. Ese grado indicaba el alcance del peligro, pues el instinto es más certero de lo que muchos se figuran. El mismo alcance y violencia del movimiento diarista era una indicación de lo bien fundados que se hallaban sus temores. Invocaban el día del Juicio... y ese día ha llegado.

—Si yo lo hubiese sabido, Frisbee —gimió Harkrader—. Si yo lo hubiese sabido...

—Por eso te pedí que me perdonases, John —dijo nuestro jefe—. Yo lo sabía, pero no lo dije a nadie... ni siquiera a Dana, mi propia hija... porque sabía cuál sería vuestra reacción. Como terrestres, no temíais demasiado tener que abandonar vuestra patria... mientras supieseis que podríais regresar a ella. Pero si hubieseis sabido que hacíais un viaje sin retorno, no hubierais venido. Hubierais preferido quedaros y correr la suerte de vuestros semejantes. Eso quiere decir que os engañé.

—Hay que pensar en los demás, profesor. ¿Lo comunico a la colonia?

Era Warren quien había hablado. Por sus dotes de mando, se había merecido un lugar en nuestro consejo. Era todo un hombre. La manera tan ingeniosa como resolvió el problema de la vida serpentiforme hizo posible la creación de Nuevo Edén.

—Yo opino que es mejor no decírselo, Dick. Aquí son felices. Incluso aún son más dichosos al estar convencidos de que un día volveremos a la Tierra. No turbemos esta felicidad.

—Papá —preguntó Dana de pronto—, hace poco dijiste «durante nuestra». ¿Significa eso que el cometa no ha borrado toda la vida de la faz de la Tierra?

—Exactamente, hijita. Muchos, quizá millones, deben de haber perecido en las primeras horas espantosas. El calor sofocante a medida que se aproximaba el cometa... las enormes mareas y terremotos... la multitud enloquecida... todo esto es lo que oímos antes de que cesasen los mensajes.

«Pero el hombre es un ser lleno de recursos y que, como el junco, se inclina para levantarse de nuevo. En las entrañas de la Tierra hay muchos refugios. Minas, cavernas, grutas... incluso esos refugios de construcción humana como son los submarinos y las campanas de buzo.

»En todos estos lugares, la vida humana persistirá; también en lugares remotos del globo que no han sido tocados por el flagelo. Laponia o la Antártida, la Bahía de Baffin o la Siberia. No sabemos cuál fue la cara de la Tierra que recibió el golpe, y cuál se libró de él.

—Eso quiere decir —exclamé con entusiasmo— que la vida continuará. Y permítame que diga que creo que se equivoca, profesor. No podemos seguir aquí. Nuestro deber es volver a nuestro mundo, junto a los nuestros, para tratar de ayudarles y socorrerlos.

Podemos reparar el Fénix. No quedó totalmente destruido con la caída. En un mes o dos...

Frisbee movió tristemente la cabeza...

—No, Kerry. Aún no os lo he dicho todo. Hay algo más que mis observaciones del cometa pusieron de manifiesto.

—¿Yes?

—Su naturaleza química. Los elementos que se combinan para formar su envoltura gaseosa. Harkrader preguntó con voz trémula:.

—¿Quieres decir que es... venenoso?

—No, pero algo muy parecido. A menos que mi análisis sea totalmente equivocado... y por las boqueadas cada vez más espaciadas, que fue lo último que oímos de la Tierra, creo que no... la composición gaseosa del cometa era anestésica.

»Así es que creo — concluyó tristemente el doctor Frisbee— que nuestros hermanos terrestres están adormecidos. Aquellos que no han muerto se hallan sumidos en un sueño narcótico que puede durar tanto como el tiempo que permanezcan los gases de la cola del cometa mezclados con la atmósfera de la Tierra.

—Lo cual puede ser...

—Docenas de años, Kerry.

—¡Pero eso quiere decir que todos morirán! Si duermen y no pueden alimentarse...

—No lo creo. Existe un extraño gas en el espectro del cometa. Tiene la peculiar propiedad de...

...dirigí a la puerta y miré al exterior. Los árboles de Venus, semejantes a gigantescas hierbas y con sus copas cubiertas por los eternos jirones de niebla, se alzaban como un muro verde en torno a la minúscula zona despejada que con tanto optimismo habíamos bautizado Nuevo Edén.

Por primera vez desde nuestro violento aterrizaje, experimenté una terrible soledad, una sensación de desvalimiento, una inseguridad y un temor que me eran desconocidos desde aquel día en que, siendo aún un muchacho, me escogieron como cadete en mi sector y me enviaron a la Isla para instruirme como un patrullero.

Más allá de aquellas nubes, invisible para siempre en un cielo que no podíamos ver, debía de parpadear un lucero brillante y verde... la Tierra de la que estábamos proscritos de por vida. En ella los hombres dormían. Mientras que aquí...

Warren me tocó el brazo y me dijo con voz amable:

—Quiere verte, Kerry.

Yo asentí y volví a su estancia. Dana seguía en ella. Había estado llorando en silencio. Leyó la pregunta en mis ojos y movió tristemente la cabeza. Yo me acerqué a la cabecera del lecho y acaricié suavemente la mano de Frisbee que no estaba cubierta de vendajes. Sus ojos se abrieron lentamente y me reconoció.

—Kerry. Kerry, hijo mío...

—Todo va bien, jefe — le dije —. No hable ahora. Debe estar tranquilo. Trate de descansar.

Sus palabras me llegaron apagadas por la gasa que le cubría los labios.

—Ahora no hay tiempo de eso. Después ya tendré tiempo de descansar, Kerry. Ahora debo saber... Se quedó sin aliento y yo le pregunté:.

—¿Qué debe saber, jefe?

—El pabellón... ¿Quedó completamente destruido?

—Mucho me temo que sí. Pero lo reconstruiremos. Los hombres ya están desbrozando el terreno para construir uno mayor y mejor.

—¿Y el Fénix! ¿También lo destruyó el incendio?

—Está en bastante mal estado.

No me atreví a decirle cómo estaba verdaderamente. Me sentía incapaz de contarle cómo la explosión del motor auxiliar destrozó la nave, dejándola convertida en un montón de piezas semifundidas y retorcidas.

—¿Y los abastecimientos? ¿Y el equipo del laboratoriorio? ¿Y las semillas?

—Todo salvado, profesor, gracias a usted. Hemos contraído con usted una deuda que nunca podremos pagar.

Me pareció que se esforzaba por sonreír. Sus ojos brillaron hasta que un espasmo de dolor se los hizo cerrar por un breve instante.

—Era mi sueño —dijo—. Mi colonia. No quiero recompensa. Me he visto pagado con creces viéndola crecer y prosperar. «En este lugar —dijo, y supe que citaba un antiguo pasaje de su predilección —, en este lugar crearé un paraíso en la espesura virgen, y lo poblaré y lo llamaré el Nuevo Edén...»

—Padre mío —dijo Dana—, no debes hablar más. Descansa, ahora, para recuperar fuerzas.

Él no pareció oírla. Sus ojos buscaron de nuevo los míos.

—Un nuevo edén —susurró—. Una nueva esperanza para el hombre, en esta última avanzada de la humanidad. ¿Kerry? Kerry, hijo mío...

—Estoy aquí, a su lado.

—Hay algo que me preocupa. Hasta ahora no lo he mencionado, pero debo hacerlo. Los... niños. No ha habido nacimientos. Llevamos aquí casi medio año, pero los niños no llegan.

Miré a Dana de soslayo, y ella hizo lo propio. Había sorpresa en su mirada y algo de terror. Pero al contestar lo hizo con voz clara y firme.

—Padre mío... los niños vendrán. Kerry y yo... sabemos... queríamos darte una sorpresa. Y algunos otros... también.

La voz de Frisbee era jubilosa.

—¡Gracias, Dios mío! Temía que fuese consecuencia de las fuertes radiaciones sufridas a bordo del Fénix. En los laboratorios terrestres se producía la esterilidad mediante rayos Gamma. Las radiaciones del espacio me causaban temor. Acordaos que todos estuvimos enfermos. Aunque sólo debió de ser temporalmente.

—Daremos una fiesta —dije con forzada alegría—. Cuando nazca el primer niño todos nosotros...

—Ésta debía ser mi próxima investigación —continuó él—. Tiene que existir un remedio para los trastornos causados en los genes por los rayos Gamma. Una vez, durante una serie de experimentos, descubrí por casualidad una curiosa reacción. Descubrí que la vitamina A pura parece estimular el poder regenerador de las células lesionadas. No la vitamina E, como sería lógico suponer, sino la antixeroftálmica vitamina A. Yo había intentado sintetizar esta vitamina, probarla en inyecciones...

Su voz se iba debilitando por momentos.

—Pero ahora no habrá necesidad de ello. Nacerán niños. La raza del hombre continuará. Estoy contento. —Levantó trabajosamente la mano para acariciarnos las nuestras—. Ahora descansaré —susurró—. Que Dios os bendiga y os proteja a todos.

Cerró los ojos. Ya no volvió a abrirlos más. Al menos consiguió descansar en paz...

Después de correr las celosías salí de la estancia llevándome a Dana. Ya no hacía falta fingir. En mis brazos, Dana dio rienda suelta a su llanto.

—Kerry, le he mentado. He mentado a mi padre. Nunca lo había hecho. Pero era necesario, dime que sí. Yo la calmé lo mejor que supe.

—Hiciste lo único que podías hacer. Ha muerto dichoso gracias a tu mentira. ¿Por qué tenía que saber... —no pude evitar que mi voz fuese amarga— por qué tenía que saber que su temor se basaba en una certidumbre? Que no tenemos niños... que no tendremos hijos... que no los habrá jamás en nuestro desolado y estéril Edén.

—Pero recuerda, Kerry... lo que insinuó. Las inyecciones de vitamina A. ¿Y si lo intentásemos? ¿No podríamos?

Casi con brusquedad, le pregunté:

—¿Sabes la fórmula de la vitamina A?

—No, pero...

—¿Y acaso has olvidado —grité— que toda nuestra biblioteca de consulta fue destruida por el incendio que le costó la vida? No, Dana, es inútil. El linaje del hombre ha llegado al final de su última jornada. La Tierra duerme. Y nosotros, en esta última avanzada, estamos predestinados a una lenta pero segura extinción.

Ella entonces se alejó de mí mientras...

...no digas que hay, sino que podría haber. Babacz tenía un aspecto encogido.

—Ya sé que no tenía que coger ninguno de la biblioteca. Pero lo hice. Como ya te dije, le cobré bastante afición a la lectura. Me gustaban especialmente las novelas de fantasía científica. Me imagino que a Frisbee también le gustaban, pues tenía montones de ellas. Y yo me había llevado muchas, quizá la mitad, a mi cabina antes de la explosión.

»Lo lamento de veras, Kerry. No lo hice con mala intención. Y cuando supe lo que acabas de contarle a Harkrader...

—¡Te equivocas por completo! —exclamé—. Babacz, quizás has cometido el delito más noble en toda la historia de la raza humana. Vamos a ver esos preciosos libros que te llevaste a hurtadillas. Existe una remota probabilidad...

...mayor parte totalmente desprovistos de significado. Espeluznantes y fantásticos dramones, cuentos de aventuras sobre planetas de nuestro sistema solar, y aun en mundos situados a muchos años de luz. Algunos son completamente disparatados, como aquel que presenta a Venus como un mundo selvático poblado de extrañas e inteligentes criaturas con forma de arañas. El autor de este cuento era un mentecato. Nosotros no hemos encontrado aquí nada tan increíble como sus monstruosos engendros. Sólo las plantas de eco y los peces de tierra sorprenden a nuestra mentalidad terrestre. Yo no creo, como aseguran Warren y algunos otros, que los sonámbulos tengan inteligencia. Ningún vegetal piensa. Y estoy seguro de que sus supuestos «susurros» no son más que el rumor del viento al pasar a través de sus cápsulas llenas de semillas, que tan extraño parecido tienen con un cráneo. Pero a pesar de ello debemos reparar la puerta del sur. Más vale no exponernos a otro accidente parecido al que sucedió la semana pasada. Toda la colonia se alarmó. Klein jura que las plantas le atacaron...

Pero estaba hablando de los libros. Es cierto que la mayoría de ellos no sirven absolutamente para nada. No son más que necios novelones con un barniz de ciencia barata. Pero hay algunos más bien planeados y escritos; son novelas basadas en verdades científicas concretas y definidas. Quizás alguno de éstos contenga la clave que buscamos.

Después de todo, hay que tener en cuenta que aquellos escritores tenían acceso a muchas fuentes de información, disponían de datos que se perdieron para nosotros, con la destrucción de nuestra biblioteca. Sólo con que uno de ellos hubiese tenido la inspiración de basar uno de sus cuentos en las vitaminas, y en su relato hubiese dejado constancia de la importantísima fórmula estructural de la vitamina A...

...su mejilla contra la mía.

—Tienes que acostarte, Kerry. Estás cansado; no trates de disimular.

Cerré el libro a regañadientes, lo tiré a la pila donde había docenas de títulos en los que yo ya había rebuscado en vano. La pila de los libros descartados se iba haciendo cada vez mayor y el grupo que encerraba nuestras últimas esperanzas era cada vez más y más pequeño. Sólo había leído unos cuantos de los libros encuadernados en tela. Se habían salvado algunos muy viejos. Antiguos de verdad; algunos, agotados hacía treinta o

cuarenta años. El profesor había sido un verdadero coleccionista de ediciones raras. En la tierra y en días más felices, aquella biblioteca hubiera despertado la codicia de un museo.

—¿No hay suerte? —me preguntó Dana. Yo denegué con la cabeza.

—Quizá no lo sabían —sugirió—. Esos libros son muy viejos. Tal vez eran aquellos días tan remotos...

—¡Claro que lo sabían! —repliqué con irritación—. He leído más de cien referencias a las vitaminas, pero no he encontrado ni una sola vez la fórmula. Eso indica que se trataba de conocimientos ordinarios. ¿Por qué tenían que mencionar especialmente algo que podían encontrar en cualquier libro de consulta?

»¿Cómo podían adivinar —exclamé— que un día necesitaríamos tan desesperadamente esa fórmula? Aquí tenemos los elementos en bruto y el equipo de laboratorio necesario. Podemos sintetizar cualquier cosa... pero no sabemos por dónde empezar para crear lo único que podría salvar nuestra colonia.

»Este conocimiento se ha perdido. Y nosotros también estaremos perdidos si la solución no se halla en estos últimos...

Aquí, tan bruscamente como comenzara, termina el relato de Kerry McLeod.

Me cuesta trabajo explicar la impresión, tal vez enfermiza, que me produjo este manuscrito, y lo que me pidió el doctor Arthur Westcott.

Permítaseme añadir, y lo digo con la mayor franqueza, que temo ser la víctima de una broma de mal gusto muy bien urdida, o de las ambiciones literarias de un sujeto conocido únicamente en el campo de la medicina.

No creo que este relato sea cierto. No puedo aceptar ni garantizar los sucesos que expone, sus teorías, y su profecía tan poco plausible acerca de la futura historia de la humanidad y de la suerte que a ésta le aguarda. Son cosas demasiado fantásticas. Sin embargo...

Sin embargo, una consulta a la enciclopedia me convence de que el cometa de Halley visitará de nuevo la Tierra en 1985. También me dice que la proximidad de este siniestro cuerpo celeste en 1910 fomentó efectivamente el histerismo religioso, las algaradas y el pánico y (según creen algunos) los horrores de la Gran Guerra que sobrevino poco después.

Para tranquilizarme, me digo que Grayson está internado en una clínica mental y por lo tanto poca importancia tiene que su caligrafía sea tan distinta de la de Kerry McLeod.

Sin embargo, también es cierto que, mientras esto escribo, hombres clarividentes y llenos de buena voluntad de todo el mundo invocan una unión cívica de todas las naciones... una federación reforzada por una policía internacional. ¿Es un absurdo temer que esta última organización militar dé un golpe de estado y asuma los poderes del gobierno mundial? Creo que no.

No obstante, sigo sin creer en este manuscrito. Mas estoy de acuerdo en un punto con el doctor Westcott: que es más prudente no confiar en la infalibilidad del propio juicio.

—No se atreverá usted a rehusar — me dijo —. Porque de decirlo o no decirlo puede depender la suerte de toda la Humanidad...

La última en esta serie de extrañas coincidencias: mi nombre aparece también en este relato. Esto constituye una lisonja más que dudosa, pero es un hecho que me obliga a presentar este cuento bajo mi nombre.

Porque existe una remota posibilidad de que esta historia pueda ser cierta. Porque la débil esperanza de que el libro en que figura este relato pueda hallarse entre los que forman la pila de libros sin leer, entre los que rebusca tan afanosamente McLeod.

Por lo tanto — aunque sospecho que al hacer esto me convierto irremisiblemente en el hazmerreír de todos — ofrezco aquí la clave que andáis buscando: la fórmula que puede significar la salvación para los que forman la última avanzada de la Tierra.

Aquí tienes, Kerry McLeod, la fórmula química para sintetizar la vitamina A:

Creced y multiplicaos, hijos de la Tierra.

¡VEDLO! ¡EL PÁJARO!

El Ave del Tiempo apenas tiene luz para el vuelo y —¡mira!— ya sus alas está tendiendo al cielo.

Fitzgerald-Rubaiyat

No sé por qué me molesto en escribir esto. Es indudable que es el texto más inútil que he escrito en el curso de mi carrera, dedicada a inundar resmas de pulcras cuartillas con torrentes de frases altisonantes. Pero tengo que hacer algo para mantener mi espíritu ocupado y, puesto que he vivido estos sucesos desde el principio, no estará de más que los registre tal como los recuerdo.

Desde luego, el hecho que ahora deje constancia de aquellos primeros días no tiene importancia alguna. Aunque, después de todo, en este momento nada importa. No sé por qué lo hago. Ya no estoy seguro de nada. A no ser que es absurdo que escriba esta historia tan poco importante. Sin embargo, sé que tengo que hacerlo...

Como he dicho antes, viví estos sucesos desde el principio. ¡Valiente afirmación! Su principio es algo que queda para el campo de las conjeturas. Depende de cómo se mida el tiempo. Para algunos comenzó hace cuatro mil años... Los que piensan así son fundamentalistas y partidarios de la cronología del arzobispo Usher. Quizás principió hace tres mil millones de años, afirman los que poseen aquello que, hasta hace unas pocas semanas, se solía denominar jactanciosamente «un espíritu científico».

Desconozco la verdad sobre ello, como la desconocen todos pero, en lo que a mí se refiere, todo comenzó hace un mes. Aquella noche nuestro Director Urbano, Smitty, me llamó a su despacho para espetarme una pregunta:

—¿Sabe algo de astronomía? —me preguntó con algo de petulancia.

—Desde luego —le respondí—. Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y alguno más.

—¿Cómo? —dijo Smitty, frunciendo el ceño.

—Y Plutón —recordé por fin—. La familia solar. Los planetas según su distancia al Sol. Me pasé un semestre contemplando las estrellas en la escuela. Aunque lo he olvidado en parte.

—Muy bien —respondió el Dire—. Se ha ganado un encargo. ¿Conoce al doctor Abramson?

—¿Quién no le conoce? Es el jefe del observatorio de la Universidad.

—Exactamente. Irá a verle. Según dice, tiene algo muy gordo que comunicarnos.

—¿En coche? —pregunté esperanzado.

—En autobús.

—Hablando desde el punto de vista astronómico —indiqué—, un notición podría significar muchas cosas: un cometa que va a chocar con la Tierra, el calor del Sol que desaparece y nos mata a todos de frío...

—No está el horno para bollos —rezongó Smitty—. Los autobuses suburbanos pasan cada veinte minutos hasta medianoche.

—Por otra parte —musité—, quizás haya descubierto algún trastorno meteorológico causado por los experimentos atómicos. Si todos se dedican a jugar con bombas de hidrógeno...

—Bueno, en coche —suspiró Smitty—. Andando.

Abramson era un hombrecillo flaco y cetrino, de ojos oscuros y hundidos. Después de estrecharme la mano me indicó una butaca frente a su mesa de roble amarillo, bajó una lámpara de pie para que su luz no nos molestase y luego cruzó sus dedos blancos y finos, mientras decía:

—Le agradezco que haya venido con tal prontitud, señor...

—Flaherty —le aclaré.

—Pues bien, señor Flaherty, la cosa sucedió así. En nuestra profesión no es costumbre divulgar las noticias a través de la prensa. Lo corriente es que publiquemos nuestras observaciones en revistas técnicas que sólo están al alcance de los especialistas. Pero esta vez, este sistema no me parece adecuado. Tal vez no sería lo bastante rápido. He visto algo en el cielo... que no me gusta nada.

Yo me entretenía dibujando garabatos sobre una hoja de papel doblada.

—¿Qué ha visto, profesor? ¿Un nuevo cometa?

—No estoy seguro de saberlo —repuso Abramson— y aún estoy menos seguro que desee averiguarlo. Pero sea lo que sea, es por completo desusado y lo bastante importante, creo, para autorizarme a dar este paso. Con el fin de obtener confirmación lo antes posible de mis observaciones y de mis temores, me creo en el deber de apelar a los servicios de prensa para difundir esta noticia.

—Todo cuanto valga la pena divulgar y mucho que no merece ser divulgado, ése es el género con que comerciamos —dije—. ¿Qué es lo que ha visto, profesor?

Él me dirigió una mirada sombría que duró un largo minuto. Luego dijo:

—Un pájaro.

Yo lo miré sin ocultar mi sorpresa.

—¿Un pájaro?

Me venían ganas de sonreír, pero la expresión de su mirada no alentaba precisamente al júbilo.

—Un pájaro —repitió—, perdido en las profundidades del espacio. Mi telescopio estaba dirigido hacia Plutón, el planeta más alejado de nuestro Sistema Solar. Este cuerpo celeste gravita a más de seis mil millones de kilómetros de la Tierra.

»Y a esta distancia —dijo con dolorosa decisión—, a esa increíble distancia... ¡He visto un pájaro!

Apercibiéndose de mi expresión de incredulidad, abrió el cajón superior de su mesa, extrajo de él un mazo de copias fotográficas de 18 x 24 centímetros y las extendió ante mí.

—Véalo usted mismo.

La primera fotografía nada me dijo. Mostraba una sección de espacio cubierta de estrellas... la típica fotografía que aparece en los manuales de astronomía. Pero en ella se había trazado un rectángulo de líneas blancas. La segunda foto era una ampliación de aquel cuadrado, mostrando la zona escogida. El campo visual era mayor y más brillante; miríadas de estrellas relucientes difundían un resplandor plateado sobre toda la placa. Sobre aquella nebulosa radiante se destacaba con gran precisión de líneas la negrísima silueta de un ser que tenía la apariencia de un pájaro en pleno vuelo.

Aventuré una indecisa explicación racional:

—Muy interesante. Aunque, según creo, doctor Abramson, se han fotografiado muchas zonas oscuras en el espacio. El Saco de Carbón, por ejemplo. Y la nebulosa negra de...

—Es cierto —reconoció—. ¿Pero quiere mirar la siguiente fotografía?

Examiné la tercera fotografía y sentí por primera vez el frío de aquel terror helado que ya no me habría de abandonar durante las semanas siguientes. La foto mostraba otra parte de la zona comprendida en la segunda fotografía. Pero la silueta negra había cambiado. Lo que aparecía sobre el fondo de estrellas seguía siendo el perfil de un

pájaro..., pero su forma era distinta. Un ala que antes estaba alzada aquí se había abatido; las posturas del cuello, cabeza y pico habían sufrido una alteración sutil pero definida.

—Esta fotografía —dijo Abramson con voz desprovista de emoción— fue tomada cinco minutos después de la primera. Sin tener en cuenta el cambio en la apariencia de la... imagen y considerando únicamente la posición relativa del objeto en el espacio, indicada por el paralaje, he calculado que el objeto que produce esta imagen debe viajar a una velocidad aproximada de doscientos mil kilómetros por minuto.

—¡Cómo! —exclamé—. Eso es imposible. En la Tierra no hay nada que pueda viajar a tal velocidad.

—En la Tierra, no —convino Abramson—. Pero los cuerpos cósmicos sí pueden. Y aunque presente el aspecto de un ser vivo, este objeto o lo que sea no deja de ser un cuerpo cósmico.

»Por eso —prosiguió con displicencia—, le he pedido que viniese. Esto es lo que quiero que cuente. ¿Comprende ahora por qué no podemos perder ni un minuto?

—Puedo escribir un artículo —dije—, pero nadie lo creerá.

—Quizás no lo crean... por un tiempo. Sin embargo, hay que divulgarlo. De momento, el público quizá se ría. Pero otros observatorios comprobarán mi descubrimiento y llegarán a las mismas conclusiones que yo. Esto es lo importante. Sin miedo a las consecuencias, sean éstas las que sean, debemos saber la verdad. El mundo tiene derecho a saber la amenaza que se cierne sobre él.

—¿Amenaza? ¿Cree usted que existe una amenaza?

Él asintió lenta y deliberadamente.

—Sí, Flaherty; sé que existe. Es esas fotografías hay algo que usted no ha visto, pero que cualquier matemático deduciría instantáneamente: que esa cosa... pájaro, bestia, máquina o lo que sea... sigue un rumbo previsible. Y este rumbo la lleva directamente hacia... ¡el Sol!

Mi entrevista con el sabio dejó completamente desconcertado a Smitty. La leyó con rapidez, refunfuñó, volvió a leerla, más despacio y con la frente arrugada. Luego cayó como una tromba sobre mi mesa.

—Vamos, Flaherty —me dijo con tono quejoso e indignado—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué demonios significa?

—Es una noticia —le dije—. Usted me envió por ella. Es lo que me contó Abramson.

—Ya lo sé. Pero..., ¡un pájaro! ¿Qué historia es esa?

Yo me encogí de hombros.

—Francamente, no lo sé. El doctor Abramson la consideró importante. ¿Y si el pobre se hubiese vuelto loco? Quizás tiene un roc() en la cabeza.

Esto último era demasiado sutil para Smitty. Se rascó la nariz con la punta de un lápiz mientras mascullaba algo muy poco cortés respecto a los astrónomos en general y Abramson en particular.

—Supongo que no tendremos más remedio que publicarlo —dijo—. Pero no tengo el menor deseo de hacer el ridículo. Así es que dele usted un tono festivo y ligero. Así estaremos a salvo si intentan tomarnos el pelo.

Esto es lo que hicimos. Lo publicamos en una página interior sin omitir nada y con las fotografías de Abramson, como un artículo especial, de tono ligeramente humorístico, aunque sin burlarnos abiertamente de él. Después de todo, era el director del Observatorio. Pero tocamos con sordina todo el lado científico. Redacté de nuevo aquel cuento increíble en el estilo que solemos utilizar para dar informes sobre platillos volantes y hablar de la serpiente de mar.

Desde luego, este tono no era el más adecuado para que se lo tomaran en serio. Mas, para ser justos con Smitty, ¿cómo podía él saber que aquel cuento acabaría con todos los

cuentos? ¿Que sería el mayor notición periodístico de su vida o de la de cualquier otro periodista?

Que el lector piense en la primera vez que lo leyó y sea sincero. ¿Se imaginaba, entonces, que aquello era cierto y que había que aceptarlo como el evangelio?

Pronto comprobamos nuestro error. La reacción producida por aquella disparatada historia fue rápida y sorprendente. Apenas llevaba una hora el Informativo en las calles cuando nuestros teléfonos comenzaron a sonar.

Esto, en sí, no era raro. Cualquier artículo fuera de lo corriente destapa una docena de chiflados. Debemos descontar la confirmación aportada por un astrónomo aficionado local que nos comunicó haber comprobado la veracidad de la observación de Abramson. Esta información, posiblemente seria, se vio sepultada bajo una docena de informes igualmente sinceros, pero a los que había que prestar mucho menos crédito, procedentes de otros tantos «testigos» visuales que también aseguraban haber visto un ave gigantesca que cruzaba los cielos durante la noche. La mitad de estos comunicantes describían las características del ave; uno de ellos aseguraba incluso haber oído su llamado.

Dos antiguos localizadores de aviones pertenecientes a la defensa civil nos llamaron para identificar el objeto como un B-29 y un Súper-reactor ruso. Aunque ambas identificaciones no coincidían, sus autores las presentaban con igual aplomo. Un miembro de la Sociedad Audubon identificó el pájaro con una figura de color rubí que, en su opinión, alguien había situado ante el telescopio cuando funcionó la cámara fotográfica. Un predicador ambulante de un oscuro culto se presentó en nuestra redacción para informarnos con gozo salvaje que aquél era el auténtico pájaro profetizado en el Libro de las Revelaciones y que el fin del mundo sonaría de un momento a otro.

Estos eran los chiflados. Pero lo que resulta extraño es que las llamadas que llegaron a nuestra redacción durante las próximas veinticuatro horas no proviniesen de desequilibrados ni fanáticos. Algunas eran de gran importancia, no sólo para sus instigadores, sino para el mundo científico y la Humanidad en general.

Habíamos enviado un extracto de la noticia a la Associated Press. Con gran asombro por nuestra parte, esa agencia nos solicitó inmediatamente más material informativo, incluyendo copias de las fotografías de Abramson. Las grandes revistas nacionales se mostraban aún más ansiosas. Enviaron por avión a sus redactores a la capital y habían pedido a Abramson una segunda versión de su relato, antes que nosotros pudiésemos darnos cuenta que habíamos lanzado la noticia más sensacional del año.

Entretanto, y lo que es aún más importante, los astrónomos esparcidos por todo el mundo enfocaron sus telescopios a la zona donde el Doctor Abramson había localizado el extraño objeto. Y antes de veinticuatro horas, para gran consternación de aquellos que, como Smitty y yo, habíamos considerado aquello como una broma descomunal, empezaron a llegar confirmaciones de todos los observatorios que gozaban de buenas condiciones para la observación. Por si aún fuese poco, los matemáticos comprobaron los cálculos de Abramson acerca de la velocidad y trayectoria del objeto. El pájaro, cuyo tamaño, según los cálculos, era mayor que el de cualquier planeta del Sistema Solar, se hallaba en la proximidades de Plutón... y se acercaba al Sol a una velocidad de más de doscientos millones de kilómetros por día.

A fines de la primera semana, el pájaro era visible a través de un telescopio mediano. La historia fue creciendo como una bola de nieve que al rodar se llevaba todo cuanto encontraba a su paso. Un sujeto que se presentó como miembro de la Sociedad Forteana() se presentó a nuestra redacción blandiendo un mamotreto en el que nos señaló una docena de párrafos que, según él, demostraban que objetos similares se

habían visto en el cielo sobre diversos lugares del mundo, en un período que abarcaba varios centenares de años.

El Comité central de la P.T.A. publicó un quejumbroso manifiesto en el que lamentaba la existencia del periodismo sensacionalista y su funesto efecto sobre la juventud de nuestra patria. Las Hijas de la Revolución Americana aprobaron una resolución según la cual se calificaba a la extraña imagen como una nueva arma secreta de los dirigentes del Kremlin, pidiendo que se tomaran medidas inmediatas —indefinidas pero drásticas— por parte de las autoridades. Una junta especial de la Asociación local de Clérigos nos visitó para advertirnos que la patraña que habíamos puesto en circulación minaba la fe religiosa de la comunidad; nos pidieron que publicásemos una retractación completa en nuestro próximo número.

A aquellas alturas, esto constituía ya una completa imposibilidad. Antes de terminar la segunda semana, bastaban unos gemelos para ver aquella mancha negra en el cielo. A medianoche de la tercera semana se la podía distinguir a simple vista. En las calles se formaron compactos grupos cuando esto se supo y, los que estaban dotados de una vista de lince, aseguraban distinguir el rítmico batir de aquellas tremendas alas, que entonces eran ya familiares a todos debido a las docenas de fotografías que se habían publicado en todos los periódicos y revistas de alguna importancia.

El cadencioso batir de aquellas alas monstruosas era uno más de los misterios inexplicables —o inexplicables por el momento— que rodeaban a aquel ser del más allá. Por más que se esforzaban los físicos por asegurar que de nada sirven las alas en el vacío y que el vuelo alado sólo es posible donde existen corrientes aéreas sustentadoras, el hecho es que el pájaro volaba. Si aquellas alas colosales se agitaban, como algunos creían, en una atmósfera interestelar desconocida para la ciencia terrestre, o si batían sobre rayos de luz o haces de cuantos, como otros pretendían, esto no eran más que bagatelas ante aquel único hecho firme e incontrovertible: el pájaro volaba.

Al comenzar la cuarta semana, el ave del espacio alcanzó Júpiter y lo empuñó... era un siniestro intruso negro, igual en tamaño a cualquiera de los vecinos cósmicos que el hombre conocía.

Abramson y yo estábamos a solas en su despacho. El astrónomo estaba fatigado y me pareció que algo enfermo. Su sonrisa era precaria y sus palabras habían perdido su viveza y animación.

—Bueno, ya tengo lo que quería, Flaherty —admitió—. Quería una acción pronta e inmediata... y ya la tengo. Aunque no puedo imaginar para qué nos servirá. El mundo reconoce el peligro en que se halla, pero se ve impotente para conjurarlo.

—Ha atravesado el cinturón de asteroides —dije— y ahora se aproxima a Marte, sin dejar de avanzar hacia el Sol. Todos se preguntan por qué su presencia en el interior del Sistema Solar no altera las leyes de la mecánica celeste. Según dichas leyes, debiera haber producido un verdadero cataclismo. Un ser de ese tamaño, con su fuerza de atracción...

—Desecha los viejos conceptos, muchacho. Ahora nos enfrentamos con algo nuevo y extraño. ¿Quién conoce las leyes que gobiernan al Pájaro del Tiempo?

—¿El Pájaro del Tiempo? Me parece recordar esa frase.

—Claro. —Con voz lúgubre citó—: «Al Pájaro del Tiempo poco trecho le queda de volar y, ¡vedlo!..., ya aparecen sus alas está tendiendo al cielo».

—Eso es de los Rubaiyat —dije, acordándome de pronto.

—Sí. Como usted sabe, Omar era astrónomo además de poeta. Debió de saber, o conjeturar, algo de esto. —Abramson indicó el cielo con un gesto—. A decir verdad, muchos antiguos parecían saber algo sobre esto. Durante estas últimas semanas he realizado muchas averiguaciones, Flaherty. Es sorprendente el número de referencias que se hallan en antiguos textos acerca de una enorme ave del espacio... referencias que

hasta hace poco no parecían tener mucha importancia, pero ahora encierran un significado gravísimo.

—¿Puede citarme algunas?

—Son principalmente mitos y leyendas. Existieron en un centenar de razas desaparecidas. El mito maya de la golondrina del espacio, el Quetzalcoatl tolteca, el pájaro de fuego ruso, el fénix de los griegos.

—Aún no sabemos si es un pájaro —argüí.

Él se encogió de hombros.

—Poco importa que sea un pájaro, un mamífero gigante, un pterodáctilo o cualquier otro ser semejante construido a escala cósmica. Quizá sea una forma biológica ajena a todo cuanto conocemos, algo que sólo podemos intentar describir en términos terrestres mediante analogías conocidas. Los antiguos le llamaron pájaro. Los fenicios rendían culto «al pájaro que era y volverá a ser». Los persas se refirieron al fabuloso roc. Existe una leyenda aramea sobre el ave gigantesca que gobierna y engendra mundos.

—¿Engendra a los mundos?

—¿Qué otra cosa podría motivar su venida? —inquirió el sabio—. ¿Es que no le dice nada su enorme tamaño? —Me dirigió una pensativa mirada antes de añadir—. ¿Flaherty, qué es la Tierra?

La extraña pregunta me sorprendió.

—Pues el mundo en que vivimos. Un planeta.

—Sí. Pero, ¿qué es un planeta?

—Una unidad del Sistema Solar. Un miembro de la familia del Sol.

—¿Está usted seguro? ¿O se limita a repetir de memoria lo que le enseñaron en la escuela?

—Sí, repito lo que me enseñaron. ¿Pero qué otra cosa puede ser?

—Nuestro globo —me respondió él a regañadientes— pudiera no formar parte de la familia solar. Se han esbozado muchas teorías, Flaherty, para explicar la existencia de la Tierra en este minúsculo segmento del universo que llamamos el Sistema Solar. Ninguna de ellas puede demostrarse que sea falsa. Mas por otra parte, tampoco puede demostrarse que sean ciertas.

»Para empezar, tenemos la hipótesis nebular; la teoría según la cual la Tierra y sus planetas hermanos nacieron al contraerse el Sol. En realidad, eran pequeños glóbulos de materia solar que se enfriaron en órbitas abandonadas por su progenitor, que al condensarse se contraían. Un último retoque de esta teoría nos convierte en el producto de materiales procedentes de un sol gemelo al nuestro.

»Las teorías planetesimales y de las mareas están basadas en la presunción que, en tiempos remotísimos, otro sol pasó rozando al nuestro y que los planetas son los retoños de aquel antiguo y ardiente encuentro en el espacio.

»Cada una de estas teorías tiene sus partidarios y sus detractores; cada una tiene sus comprobantes y sus dificultades. Ninguna de ellas puede demostrarse o refutarse totalmente.

»Pero... —y se agitó inquieto— existe otra posibilidad que, por cuanto he podido saber, nunca ha sido abordada, pese a que es tan válida como una cualquiera de las que he mencionado. Y a la luz de lo que ahora sabemos, me parece más probable que cualquier otra.

»Según esta teoría, ni la Tierra ni los restantes planetas tendrían nada que ver con el Sol. Ni forman ni han formado parte jamás de su familia. El Sol no sería más que una comodidad puesta en el espacio.

—¿Una comodidad? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Una comodidad para quién?

—Para el pájaro —respondió Abramson sin la menor alegría—. Para el gran pájaro que es nuestro progenitor. Imagínese usted, Flaherty, que el Sol no es más que una incubadora cósmica. Y que el mundo sobre el que vivimos no es más que... un huevo.

Le miré de hito a hito.

—¿Un huevo? ¡Qué cosa tan fantástica!

—¿Le parece fantástica? Pues mire esas fotografías, lea los artículos de los periódicos, vea con sus propios ojos cómo se aproxima el pájaro y después de esto diga: ¿puede existir algo más increíble aún que lo que nos está sucediendo?

—¡Pero un huevo! Los huevos tienen una forma característica, ovoide.

—Los huevos de algunos pájaros, sí. Pero los del chorlito tienen forma de pera, los de la ganga son cilíndricos y los del somormujo son bicónicos. Hay huevos en forma de huso y de lanza. Los huevos de los búhos y de los mamíferos son generalmente esferoides. Como lo es la Tierra.

—¡Pero los huevos tienen cáscara!

—La Tierra también. La corteza terrestre sólo tiene un espesor de sesenta y cinco kilómetros... grosor que, para un cuerpo de su tamaño, es comparable totalmente al que tiene el cascarón de un huevo. Además, es un cascarón liso. La mayor altura terrestre está constituida por el Monte Everest, con ocho mil metros y algo más; su mayor profundidad es la fosa de las Carolinas en el Pacífico, con cerca de once mil. Una variación máxima de menos de veinte kilómetros. Para notar estas irregularidades en un modelo a escala reducida de la Tierra se requeriría el tacto delicadísimo de un ciego, pues ni la mayor altura ni la mayor profundidad serían apenas perceptibles.

—Sin embargo —dije con desesperación— no es posible que tenga usted razón. Ha pasado por alto el hecho más importante. ¡Los huevos contienen vida! Los huevos albergan los embriones del ser que los engendró. Los huevos se resquebrajan y...

Me interrumpí súbitamente. Abramson asintió, balanceándose en su vieja y crujiente silla giratoria, que crujía al compás de su monótono ademán de asentimiento. Había tristeza en su mirada y en su voz cuando dijo cansadamente:

—Aun así. Aun así...

Así fue como lancé mi segundo artículo sensacional. Aún fui lo bastante estúpido como para tratar de quitarle importancia; ahora no lo hubiera hecho. Aunque ahora todo me parece distinto. Creo que el lector me comprenderá. La llegada del pájaro fue algo tan extraordinario, tan descomunal, que empequeñeció e hizo parecer insignificante todo lo que antes nos parecía grande, importante y capaz de hacer temblar al mundo.

¡Capaz de hacer temblar al mundo!

Seré breve. Ya sé que relatar esta historia es perder el tiempo. Sin embargo, es posible que en ella existan algunos hechos aislados que el lector no conozca. Y, además, tengo que hacer algo, lo que sea, para dejar de pensar.

El lector recordará aquella fúnebre cuarta semana y la manera como el pájaro se iba acercando inexorablemente. Entonces fue cuando se resolvió llamarlo pájaro. Nadie estaba seguro de si era un ave u otro tipo de animal alado, pero los hombres están acostumbrados a dar nombres familiares a las cosas. Y aquella esbelta forma negra de tremendas alas, patas provistas de espolones y un pico largo, cruel y encorvado, parecía más un pájaro que otro animal cualquiera.

Además, había que tener en cuenta la teoría de Abramson sobre el mundo-huevo. El público, al conocerla, la puso en duda con la furiosa esperanza que fuese falsa..., pero temiendo en el fondo que fuera cierta. Importantes personajes preguntaron qué se podía hacer. Consultaron a Abramson y éste les dio su consejo, reconociendo que podía equivocarse. Pero si tenía razón, sólo había una esperanza de salvación: la vida que albergaba la Tierra en su seno debía ser extinguida.

Ante un comité especial nombrado por el presidente para hacer frente a la situación, Abramson dijo:

—Es mi creencia que el pájaro ha venido para buscar su cría, encerrada en el huevo que depositó Dios sabe cuántos millones de años hace, junto a esa cálida incubadora que

es nuestro Sol. Su sabiduría o su instinto le dice que ha llegado el momento en que el polluelo debe romper el cascarón, y ha venido para ayudar a su cría a salir de su encierro.

»Pero sabemos que las hembras de los pájaros no rompen por sí solas el cascarón de sus huevos. Se limitan a ayudar al polluelo a salir de su cascarón, pero ellas nunca iniciarán la acción liberadora. Provistas de un curioso sentido, parecen saber cuáles son los huevos que no albergan vida en su interior, para apartarse de ellos sin tocarlos.

»Aquí, señores, reside nuestra única esperanza. La corteza terrestre tiene un espesor de sesenta y cinco kilómetros. Disponemos de nuestros ingenieros y técnicos; tenemos también la bomba atómica. Si la Humanidad tiene que vivir, el huésped del que nosotros solamente somos unos parásitos debe morir. Esta es la solución que ofrezco. El resto os compete a vosotros.

Los dejó enzarzados en sus discusiones en el Capitolio de Washington y regresó a su casa. Según me dijo al día siguiente, abrigaba pocas esperanzas en que se llegase a un acuerdo concreto con tiempo suficiente. Creo que Abramson, por lo que pude ver, ya se había resignado a lo inevitable, entregando con una triste sonrisa a la Humanidad a su suerte. Una vez me dijo que la burocracia había llegado a su final, sentenciándose a muerte con su propio papeleo.

Entretanto, el pájaro seguía avanzando hacia el Sol. Al día vigésimoctavo alcanzó su mayor proximidad con la Tierra y pasó de largo. Ni yo sé ni los científicos pudieron explicar por qué nuestro globo no saltó en pedazos a consecuencia de la atracción de aquella masa gigantesca. Quizás porque la ley de Newton no pasa de ser una teoría, sin aplicación práctica. No lo sé. Si hubiese tiempo, valdría la pena examinar de nuevo los hechos y descubrir la verdad acerca de ésta y otras cosas. Sea como fuere, la verdad es que sufrimos muy poco a causa de su proximidad. Hubo grandes mareas y fortísimos vendavales; las partes de la Tierra propensas a terremotos experimentaron algunos ligeros temblores. Y ahí terminó todo.

Entonces conseguimos una especie de tregua. Todo el mundo se acuerda de cómo el pájaro se detuvo en su vuelo inalterable para cernerse durante dos días enteros sobre el menor de los planetas de nuestro sistema... el que llamamos Mercurio. En realidad, parecía como si buscara algo, volando en amplio círculo entre Mercurio y el Sol.

Abramson opinaba que buscaba algo, algo que no podía encontrar porque ya no se encontraba allí. Según dijo Abramson, unos astrónomos creían que en otros tiempos hubo un planeta que giraba entre Mercurio y el Sol. Algunos observadores del cielo lo vieron hasta fecha tan reciente como el siglo XVIII, llamándolo Vulcano. Este planeta había desaparecido; quizás cayó en el Sol, según opinaba Abramson. Y ésta es también la conclusión a que pareció llegar el pájaro, porque tras una inútil búsqueda, se alejó del Sol para acercarse al más próximo de sus retoños que aún permanecía intacto.

¿Debo recordar aquí lo que sucedió aquel día espantoso? Creo que no, pues ningún hombre viviente olvidará jamás lo que vio entonces. El pájaro se aproximó a Mercurio, deteniéndose para cernirse inmóvil sobre un planeta que parecía una simple mota bajo la sombra de aquellas alas gigantesca. En las calles, los hombres lo vieron. Yo lo vi con mayor detalle, porque estaba junto a Abramson en el observatorio de la Universidad, observando la escena con ayuda de un telescopio.

Vi la primera y delgada grieta que corrió por la superficie de Mercurio, y el curioso licor fluido que rezumaba de aquel mundo moribundo. Observé la espeluznante eclosión de aquel ser pequeño, húmedo y huesudo —grosero simulacro de su monstruosa madre—, del huevo en el que había permanecido durante un período de tiempo incalculable, pues tan largo era el período de gestación de un ser tan vasto como el espacio y tan antiguo como el tiempo. Vi como la madre tendía su gigantesco pico para ayudar a su cría a librarse de su cascarón, ya innecesario; me quedé horrorizado al ver salir de él al monstruoso engendro que agitó tímidamente sus alas aún inseguras, secándolas bajo los rayos abrasadores del astro que fue su incubadora.

Y vi como los desgarrados jirones de un mundo caían en espiral hacia el sol, que se convirtió en su pira mortuoria.

Fue entonces cuando finalmente la Humanidad se decidió a entrar en acción. Los que aún dudaban terminaron por convencerse, los que ponían objeciones al plan de Abramson, so pretexto de «gastos innecesarios» y proyectos disparatados, fueron reducidos al silencio. Quedaron olvidados egoísmos y ambiciones, diferencias políticas y luchas internas. El mundo condenado tembló al borde del abismo... y una raza de parásitos decidió vender caras sus vidas.

En las grandes llanuras desérticas de Norteamérica se erigió frenéticamente el complicado mecanismo que debía realizar el más grande proyecto de la Humanidad... la Operación Vida. Llegaron hasta aquel desierto mineros, ingenieros, constructores, físicos nucleares, técnicos en operaciones de perforación y sondeo. Todos juntos comenzaron su tarea, trabajando noche y día con una celeridad que hasta entonces se había considerado imposible. Allí siguen trabajando en estos momentos, en este preciso instante, mientras yo escribo estas líneas. Luchan con desesperación para ganar un segundo, se esfuerzan por todos sus medios y recursos para alcanzar y destruir, antes que venga el pájaro, la vida que alberga nuestro mundo.

Hace una semana el pájaro se trasladó a Venus. Durante estos siete días hemos observado su progreso. No podemos ver gran cosa a través del velo de brumas eternas que rodea a nuestro planeta hermano, así que no sabemos en qué ha estado ocupado el pájaro durante un tiempo que nos ha sido precioso. Sea lo que sea lo que le ha retenido, estamos contentos de su demora. Esperamos y vigilamos. Y mientras vigilamos, no dejamos de trabajar. Y mientras trabajamos, elevamos nuestros ruegos al Cielo...

Así es que no puedo hablar propiamente de un fin de este relato. Como ya he dicho más arriba, no sé por qué me molesto en escribirlo. La solución aún no está preparada. Si triunfamos en nuestro empeño, habrá tiempo más que suficiente para referirlo todo con detalle... el relato completo y bien documentado de la batalla que actualmente se libra en los cálidos arenales de Arizona. Y si fracasamos... entonces este relato ya no tendrá ninguna razón de ser, pues no habrá nadie para leerlo.

Lo que más inquietud nos causa no es precisamente el pájaro. Si cuando venga desde Venus encuentra aquí un cascarón silencioso e inanimado, pasará de largo, según creemos y esperamos, en dirección a Marte, a Júpiter y los mundos exteriores.

Esperamos que así todo termine felizmente. Muy pronto nuestros taladros atravesarán la corteza terrestre, para penetrar más allá de ella y clavarse en los tegumentos del monstruo que dormita en el seno de nuestro mundo.

Mas otra inquietud nos atormenta. ¿Y si, antes que la madre se aproxime, su cría se despierta y trata de liberarse del cascarón que lo aprisiona? Si tal cosa ocurriese, nos ha advertido Abramson, nuestro trabajo debe proseguirse con la celeridad del rayo. En cuanto la cría comience a golpear, hay que matarla... o de lo contrario la suerte de la Humanidad está echada.

Y he aquí la otra razón que me impele a escribir: Para evitar que me asedien pensamientos que no quiero oír. Porque...

Porque a primeras horas de esta mañana se han empezado a escuchar golpes en la tierra...

ÉSTA ES LA TIERRA

Ésta es la Tierra que vosotros dividiréis por suertes. Y ni la división ni la unidad importan. Ésta es la Tierra. Tenemos nuestra herencia.

T. S. ELIOT: Miércoles de Ceniza.

Me pregunto lo que se siente al estar muerto. Se siente frío; eso ya lo sé. Nuestro padre estaba frío cuando nos lo llevamos, como había dispuesto, por las largas y tortuosas rampas y escarpadas laderas; a través de las grandes cavernas y las macizas compuertas que, al trasponerlas, gemían con asmáticos suspiros, abriendo su boca sobre los amplios corredores que había tras ellas; cuando pasamos junto a la intrincada maraña de acero chamuscado y escombros, para salir al vasto silencio del tétrico Exterior.

Allí, en el hueco de una llanura que descendía en forma de cráter, en la que los objetos salientes y desiguales arrojaban sombras negrísimas y recortadas sobre la blanca deslumbradora de las arenas, le cavamos con nuestras propias manos una tumba donde tendría su postrera morada. Allí, como él había ordenado, le sepultamos. A pesar de los rayos abrasadores del sol, él estaba frío y yerto. Su carne era de hielo, como sus labios y sus ojos, que siempre habían irradiado tan cálida bondad.

Éramos cuatro los que llevamos a nuestro padre en su último viaje. Mis compañeros eran más jóvenes que yo. Maravillados y boquiabiertos, mudos de pasmo y admiración, contemplaban el extraño Exterior que les rodeaba. Me pareció que sentían un temor que les llenaba de inquietud.

Pero mis sentimientos eran más completos, porque yo había leído los libros. Yo conocía la pena y la lamentación. En las viejas escrituras yo había viajado ya por estos lugares, viendo aquella tierra como había sido. En mis vagabundeos imaginarios había visto los campos cubiertos de hierba, había contemplado las flores multicolores balanceándose en la brisa estival, había avizorado el rápido vuelo de las aves que cruzaban el cielo como flechas policromas para posarse con maravillosa precisión sobre las frondosas copas de los verdes árboles y lanzar desde allí sus trinos.

Mas a la sazón todo esto había desaparecido. La tierra estaba yerma. Ningún arroyuelo serpenteaba por aquella desolación. No había en ella pastos, bosques ni prados. Sólo quedaba la tierra áspera y desolada. Semejantes a escuálidos y descarnados cráneos de piedra, las rocas desnudas se alzaban sobre las estériles dunas arenosas. Los lechos secos de ríos desaparecidos trazaban profundos símbolos desprovistos de significado sobre la llanura. Y sobre nuestras cabezas, un enorme sol que ocupaba una cuarta parte del firmamento lanzaba sus rayos abrasadores implacables sobre una corteza surcada por espantosas cicatrices, cubierta de detritus y hendida por costras de metal fundido y luego congelado.

Reinaba un silencio total. Ningún viento agitaba aquella inmensidad. Ninguna voz entonaba el cántico de la naturaleza. Y ningún pájaro lanzaba sus trinos al aire.

Me alzaré y me iré ahora, me iré a Innisfree.
Y una cabañita allí me construiré,
hecha de adobes y cañas;
allí tendré nueve hileras de habas,
una colmena para mis abejas,
y viviré solo en el claro do zumban las abejas.
Así eran las canciones que solían cantar.

—Nuestra reclusión no durará siempre — dijo mi padre un día—. Ahora nos vemos obligados a vivir bajo tierra, como una desvalida raza de nuestros trogloditas. Debemos vivir aquí porque no tenemos otra elección posible. Pero cuando se cumpla el tiempo fijado, Dios, en su infinita sabiduría, os permitirá salir de nuevo. Llegará un día en que reverdecerá otra vez la tierra. Otro día, Dios mediante, habrá vida sobre ella...

—¿Hemos terminado? —preguntó el menor de mis hermanos. La fosa había sido excavada, los restos de, nuestro padre habían sido descendidos a ella y la última y lenta palada de arena deleznable había rellenado la reciente cicatriz abierta sobre la tierra tan atormentada. El túmulo confundíase ya con la llanura. Moví la cabeza.

—Aún no —respondí, abriendo el volumen que había llevado conmigo al Exterior. Las líneas negras y paralelas de letra impresa avanzaban en atrevido relieve sobre la limpia y marfileña blancura de la página —. Tenemos que leer el libro, dijo nuestro padre. Nos ha señalado los pasajes que debemos leer.

Mis hermanos inclinaron la cabeza, como les habían enseñado. Leí aquellas palabras ante ellos y el túmulo.

Junto a las aguas de Babilonia
nos sentamos para verter nuestro llanto
acordándonos de Sión.

Os costará creer estas cosas, decía mi padre, pero son ciertas. Están escritas en los libros para que las leáis. Los libros no mienten, como los hombres. Los hombres son falaces y engañosos, pero las imágenes dicen la verdad. En los libros encontraréis imágenes del mundo que nosotros habíamos construido.

Teníamos grandes ciudades, esparcidas por toda la faz de la tierra. Ciudades con edificios que se alzaban hasta el cielo, como agujas de piedra, cristal y acero rutilante. Brillaban llenas de vida durante el día y con luz propia por la noche; bajo los techos de sus innumerables hogares, los hombres trazaban los planes de portentosas hazañas, o soñaban en el triunfo, en la felicidad.

Éramos una raza de ingenieros locos, de trabajadoras hormigas que construían lo que soñaban. Nuestras amplias y largas autopistas unían entre sí nuestras atareadas colmenas; nuestros puentes franqueaban los ríos; si una montaña se alzaba a nuestro paso, la perforábamos para abrir un atajo que atravesaba su mismo corazón.

Embragados de sabiduría, abrumados de orgullo, habíamos dominado la Naturaleza, plegándola a nuestros caprichos. Nuestros rápidos trenes cruzaban amplios continentes sobre brillantes carriles, nuestros trasatlánticos eran verdaderas islas flotantes construidas por el hombre. El aire era nuestro dominio. Ni la propia Naturaleza había creado aves tan poderosas como aquellos gigantes que cruzaban el cielo y que no sólo trasponían las nubes, sino que penetraban en el aire enrarecido que se extiende más allá de la atmósfera.

No terminaría nunca de contarte cosas. Pero imagínate, si puedes, dos billones de seres inquietos moviéndose frenéticamente en una búsqueda incesante del conocimiento, de mayores lujos y comodidades... ambicionando siempre lo más nuevo, lo más bello, lo más grande. Esto te dará alguna idea de cómo vivíamos. El mundo ya no nos bastaba. Durante mi juventud, empezamos a mirar a las estrellas. Se lanzaron los primeros cohetes de pruebas. Todos los hombres provistos de razón estaban convencidos de que, antes de veinte años, los hijos de la Tierra, pondrían su planta sobre la Luna.

Habíamos dominado a todos los antiguos enemigos del hombre... excepto a uno. Manteníamos a raya al hambre y la pobreza. Los elementos estaban domados y reducidos a la obediencia: tierra, fuego, aire y agua se inclinaban ante nuestra sabiduría científica y nuestra destreza. En nuestros immaculados hospitales conspirábamos para limitar los daños causados por las dolencias y enfermedades; en la última década de nuestra grandeza alargamos el término medio de vida en más de treinta años. Así fue como redujimos a la impotencia a los mayores enemigos de la humanidad. Excepto uno. Y éste era el propio hombre.

Habíamos sondeado los secretos de la Naturaleza. Mas no habíamos aprendido una cosa. Y ésta era la humildad. No habíamos aprendido a convivir pacíficamente.

Hubo tres guerras, cada una de ellas mayor que la precedente, cada una de ellas más larga que la anterior. La primera se libró al antiguo estilo: hombre contra hombre, fuerza bruta contra fuerza bruta. Luego se introdujeron innovaciones. Y cuando aquella guerra tocaba a su fin, apelamos por primera vez a nuestro reciente arsenal de conocimientos científicos. Enfrentamos el acero contra la carne débil y perecedera; el estrépito de las armas que la ahogaron bajo el rugido de los cañones de largo alcance y el que producían los tanques al avanzar. Lanzamos gases y llamas; la atmósfera fue cruzada por nuestras primeras y torpes aves de presa pero su intervención aún no fue decisiva. Aquella fue la última gran batalla de los brutos.

La segunda fue una guerra de laboratorio. Cada con tendiente tenía sus ejércitos, pero los combates decisivos no se libraron en el campo de batalla. Las victorias se consiguieron en pequeñas salas, en las que un grupo de hombres trazaba diagramas y elaboraba fórmulas. Los buques de guerra gobernados por el hombre no tenían defensa contra los proyectiles teledirigidos, que los aniquilaban. Fue una guerra de cohetes, de radar y de lógica. La garras de la muerte se abatió con mayor fuerza, sobre los que no vestían uniforme ni empuñaban armas. Su prelude estuvo constituido por una voz aguda e histérica que vociferaba locas amenazas sobre todo el mundo por medio de cables invisibles por los que discurría la energía eléctrica; su telón final fue una grasienta columna de humo que se alzaba en forma de seta gigantesca sobre las ruinas de lo que había sido una ciudad. Ésta fue la última gran batalla del pueblo.

La tercera guerra fue la más curiosa de todas, porque la mayoría de los combatientes no sabían que los habían movilizado. Fue una guerra de cerebros e ideas, de consignas e influencia psíquica. Fue librada con frases, pronunciadas e implícitas; con argumentos y palabras fríamente elegidas. Fue una guerra incruenta... si puede llamarse incruenta a una guerra que produjo sus heridas únicamente en los corazones y las almas de los hombres. Fue la más mortífera de las tres guerras mundiales porque se cobró su tributo entre todas las clases sociales: ricos, pobres, humildes y orgullosos; viejos, jóvenes, débiles y fuertes; todos fueron pasados por el mismo rasoero de manera inexorable.

Durante muchos años nadie pereció brutalmente en un campo de batalla. Pero nadie conocía la dicha completa. Las luchas y las tendencias eran constantes, como la inquietud, la desazón y un temor que nada acallaba. La incertidumbre y la duda fueron las armas de esta guerra, las arrugas y las cejas fruncidas sus galones, corazones dolientes sus antorchas. Aquella fue la última gran batalla de las almas.

La guerra final no fue en verdad una guerra. Antes más bien fue la inevitable consecuencia del abatimiento en que la tercera contienda, la guerra de nervios, sumió a la Humanidad. Fue un último y frenético gesto de desesperación. Fue el suicidio de la raza espoleado por años de temor, realizado en unos segundos de furia.

En algún lugar un dedo oprimió un botón y se produjo un contacto. Y en un instante, cielos y tierra fueron una bola de fuego. Ésta fue la última gran batalla de la Humanidad...

«Barreré completamente todas las cosas
de la faz de la tierra», dijo el Señor.
«Consumiré hombres y bestias,
Aniquilaré las aves del cielo y los peces del mar;
lanzaré peñascos sobre los malvados;
arrebataré al hombre de la faz de la tierra»,
dijo el Señor.

Mi padre nos dijo: Os contaré por qué nosotros fuimos salvados.

En aquellos lejanos días, yo era un hombre de ciencia. En compañía de un grupo de colegas trabajaba en estas cavernas, perfectamente ocultas bajo la superficie de la tierra. La empresa a que nos dedicábamos era ultrasecreta... Vosotros habéis visto las

máquinas y sabéis qué era lo que estudiábamos: el átomo, y las terribles posibilidades que encerraba.

Estábamos ocho de nosotros aquí el día de la muerte. Seis éramos varones, dos hembras. Yo era el más joven; los restantes han muerto hace ya mucho tiempo. Nuestros laboratorios estaban bien abastecidos y provistos de reservas alimenticias para mucho tiempo, y habían sido cuidadosamente diseñados para que fuesen autónomos en lo que se refiere a artículos tan preciosos para la vida como el aire y el agua, pues habéis de saber que, al trabajar a tan gran distancia de la superficie, nuestra provisión de aire tenía que ser artificial. Además, disponíamos de una serie de compuertas neumáticas que impedían que el aire se escapase por los corredores.

Fueron estas medidas de seguridad las que nos salvaron la vida. Debemos la supervivencia a la gran profundidad y aislamiento en que nos hallábamos, a aquellas herméticas cámaras de acero. Porque cuando llegó el fuego y tras él el gran vacío, nuestras cavernas se conmovieron y temblaron... pero resistieron.

Sabemos lo que sucedió, pero no cómo sucedió. No basta con decir que se debió a la bomba de hidrógeno. Ésta es una explicación capciosa y que no pasa de ser una simple conjetura. Por lo que sabemos, la chispa pudo haber sido originada por la escisión de un elemento totalmente distinto. Actualmente no podemos saber cuáles eran las fuerzas con que experimentaba nuestro enemigo.

Lo único que sabemos es que alguien cometió un tremendo error al no tener en cuenta que la atmósfera terrestre, sustento de la vida, estaba compuesta en una quinta parte de oxígeno, sin cuya presencia ninguna combustión es posible.

¿Cuándo aquella primera chispa inició su reacción en cadena...? Tampoco lo sabemos. Pero en el espacio de unos segundos, todo cuanto se arrastraba, andaba o volaba en el Exterior fue aniquilado. Conquistadores y conquistados, soñadores y necios incapaces de soñar, todos se convirtieron en simples motas que ardieron en la breve llamarada que llenó los cielos. Y que duró un instante, hasta consumir totalmente la envoltura gaseosa de la tierra. A continuación se abatió sobre ella el espantoso frío del espacio interplanetario, para reclamar el globo que él había engendrado.

No hace falta que os cuente el resto. Escrito está. En nuestros libros consta la historia de nuestra vida subterránea. Sabéis cómo sobrevivimos año tras año, cómo continuamos nuestras investigaciones, esforzándonos por hallar el medio de devolver a la tierra su envoltura atmosférica, cómo vosotros nacisteis bajo la superficie de nuestro mundo... patéticos retoños de los últimos miembros de una raza que no renunciaban a la esperanza al pensar en la tierra, esperando que un día volvería a ser como antaño y que vosotros continuaríais en ella la labor iniciada por nosotros.

Todo esto sucedió hace muchos años. Yo ya soy viejo. Mis compañeros, uno tras otros, han alcanzado el eterno descanso. Todos han desaparecido y solamente quedo yo, el último de los ancianos, el último de aquel grupo insignificante que salió indemne del fuego celestial. Yo también falleceré pronto. Como ellos, seré transportado al Exterior, para que mis cenizas se mezclen con el polvo de aquella humanidad a la que yo también pertenecía.

Mas cuando yo desaparezca, no debéis llorar mi pérdida. Por encima de todo, no debéis perder las esperanzas. Nuestro encarcelamiento no durará siempre. Ahora nos vemos obligados a vivir bajo la tierra, cual desvalida raza de modernos trogloditas. Debemos morar en las profundidades porque no nos queda otra elección. Pero cuando se cumpla el tiempo fijado, Dios, en su infinita sabiduría, os permitirá salir de nuevo. Llegará un día en que reverdecerá otra vez la tierra. Otro día, Dios mediante, habrá vida sobre ella. Ésta es la tierra... y vosotros sois sus herederos.

¡Entonaré Tus alabanzas, porque estoy hecho de un modo terrible y maravilloso!

Digna de pasmo es Tu obra,
como mi alma sabe muy bien.
Mi sustancia no fue oculta a Tu vista
cuando me hicieron en secreto
extrañamente entretejido en las partes más inferiores
de la Tierra.

Cerré el libro y mis hermanos alzaron la cabeza.

—¿Hemos terminado? —preguntó el más joven. Yo asentí, y dejamos el túmulo. En el firmamento donde el sol no brillaba, las estrellas ardían sobre el negro de azabache del espacio como minúsculos y dolorosos diamantes. Abandonamos lentamente el Exterior, atravesando las vacías cavernas y las rechinantes compuertas, descendiendo por las largas galerías y los tortuosos pasadizos hacia la recogida morada abierta en las entrañas de la tierra que era nuestro solitario imperio.

Una vez allí, ordené a cada cual que se dedicase a su tarea. Nuestro padre había dicho que el trabajo debía continuar. Yo soy el hermano mayor y a mí me corresponde a partir de este momento trazar los planes... y tomar las decisiones.

Permanecí un rato sentado y sumido en mis cavilaciones. Luego me levanté para hacer mi ronda diaria. Vi de nuevo las tinas y crisoles, los laboratorios donde trabajan mis hermanos. El último lugar que visité fue la sala donde estaba instalada la emisora. Aquel ritual no podía ser omitido.

—En algún lugar de la tierra — solía decir con frecuencia mi padre — pueden existir otras cavernas. En su interior pueden vivir otros hombres, que como nosotros, se esfuercen por establecer contacto con sus semejantes perdidos.

Pulsé el aparato, lanzando una señal al mundo silencioso. El mundo, como siempre, no contestó.

Y finalmente volví a esta habitación. Era la estancia de mi padre; aquí están los libros que él leía y los libros en que escribía. Aquí, en apretadas líneas, inscribió sobre unas páginas descoloridas por el tiempo el canto del cisne de la Humanidad. Y hoy, como tributo a su memoria, yo he añadido estas frases:

Mas aquellos que esperen en el Señor, aquéllos heredarán la tierra.

Así está escrito; así lo quiso mi padre. Mas... ¿Vale la pena? ¿Vale la pena que investiguemos y nos esforcemos para sentar de nuevo nuestros reales sobre una tierra quemada, desprovista de encanto y atractivo? ¿Qué ocurrirá si un día la tierra vuelve a cubrirse de verdor? ¿Será también un hogar para nosotros, que no nacimos en ella? ¿Qué ocurrirá si la poblamos nuevamente, reconstruimos sus ciudades, continuamos los tortuosos sueños del hombre y elevamos sus ambiciones hasta las estrellas? ¿Tendrá algún significado para nosotros, alguna alegría?

Creo que no. Y creo que mi padre erró al pedirnos que continuásemos su obra. Ahora que él ha fallecido, la vida ya no tiene finalidad para nosotros. Nosotros, sus herederos, no concedemos valor al legado que nuestro padre moribundo nos hiciera.

Por consiguiente, hace algunos momentos que accioné el interruptor; el interruptor central que gobierna los mandos que suministran un simulacro de vida a mis hermanos robots. Ahora ellos permanecen silenciosos ante sus puestos enmudecidos, como inmóviles tributos al último y mayor esfuerzo del hombre por perpetuar su linaje. Una raza de imágenes metálicas del hombre. ¡Qué lástima que no naciesen hijos de aquellos ocho estériles supervivientes del último día de la tierra!

Ahora, dentro de un instante, accionaré el interruptor que hay sobre mi pecho; el interruptor que me da vida. Entonces yo también permaneceré silencioso para siempre, como mis hermanos.

¿Qué se debe de sentir al estar muerto?

EL MUNDO DE WILLIAM GRESHAM

Permítaseme empezar con una disculpa. En mi calidad de médico y teniendo en cuenta que hasta ahora mis incursiones por el campo de la literatura se han limitado a la exposición de historias clínicas aderezadas con el vocabulario técnico de mi profesión, no es fácil que este relato tenga el aliño y la fluidez necesarios para convencer.

Empero, esto poco importa. Con excepción de algún que otro párrafo en el cual me he esforzado por describir e interpretar el progresivo empeoramiento de mi paciente, el grueso de lo que ofrezco a la atención de i lector no es obra mía sino que está compuesto por extractos del diario que llevaba el difunto William Gresham.

El doctor Gresham (que no era doctor en Medicina, sino en Física, y se contaba entre los adelantados de esta disciplina) ingresó en San Bernabé el 10 de abril último. La actitud que adoptó ante este encierro nada tenía que ver con la de un paciente ordinario. Ni protestó porque se le hospitalizase ni, como hacen muchos, se mostró satisfecho de acogerse al tranquilo refugio de una clínica. Desde el primer día de su confinamiento hasta el de su inexplicable final, su conducta puede describirse mejor diciendo que nada parecía importarle ni preocuparle.

Con esto no quiero decir que Gresham se hallase en tal estado de confusión mental que no supiese dónde se hallaba ni lo que hacía. Hasta el último instante se dio perfecta cuenta de lo que le rodeaba. Siempre mantuvo una agradable y amistosa relación con el personal de nuestra clínica. Respondía a todas las preguntas que se le hacían de una manera franca, afable y clara, dando frecuentes pruebas de la aguda inteligencia que le distinguió durante su vida docente. Se sometió de buen grado a todas las pruebas, alcanzando promedios que yo, como psiquiatra, me veo obligado, aun contra mi voluntad, a reconocer que nada prueban en su caso, puesto que sin excepción indicaban que se hallaba muy por encima de lo normal en cuanto a percepción y lucidez y, en lo que se refiere a capacidad intelectual, de manera igualmente invariable le colocaban entre los genios.

Sin embargo, como no tardará en ver el lector de esta historia, existía cierta curiosa deformación en la mente de William Gresham; un factor aberrante que no se podía detectar por ninguna de las pruebas y métodos actualmente empleados por la psiquiatría. O esto, o bien...

Mas prefiero no avanzar hipótesis. Prefiero que sea el propio diario de Gresham quien hable. Así, sin más comentarios, ofrezco la primera y significativa selección, una nota redactada varias semanas antes de que el doctor William Gresham ingresase en la Clínica Mental de San Bernabé para someterse a observación y ulterior confinamiento.

3 de marzo.

Por fin ha llegado... la guerra que odiábamos y temíamos, pero que más o menos todos esperábamos, la guerra total que durante tanto tiempo nos hemos esforzado en vano por evitar.

Hace algunos minutos todos los programas de radio se interrumpieron para fue por la red de emisoras de la nación todo el pueblo norteamericano pudiese escuchar simultáneamente un mensaje de importancia capital. Momentos después, los radioescuchas y los radiotelevidentes oyeron y vieron al presidente de los Estados Unidos, que les hablaba desde un estudio situado en un punto de la capital.

No perdJó el tiempo en circunloquios. Con voz grave y tranquila, con una voz cargada de las grandes responsabilidades que en aquellos momentos le abrumaban, pronunció su aciago mensaje.

«Amigos y compatriotas: como vuestro presidente electo, tengo el triste deber de informaros que nuestra patria se halla en estado de guerra activa.

«Hace poco menos de una hora, fuerzas armadas soviéticas, sin previa declaración de guerra ni aviso, han cometido una serie coordinada de ataques navales y aéreos no provocados contra instalaciones militares de los Estados Unidos en el Japón, Formosa y las Islas Filipinas. Los resultados de estos ataques ya han sido comunicados.

«Como comandante supremo de nuestras fuerzas armadas, he ordenado a nuestros jefes militares de las zonas de combate que pasen al contraataque inmediatamente con todos los medios a su disposición... incluyendo nuestras armas más pesadas y mortíferas de reciente construcción.

»En esta hora de prueba pido la ayuda y la cooperación de todos vosotros. Nosotros no queríamos esta guerra, pero al vernos arrastrados a ella, responderemos al reto de nuestro enemigo con fortaleza, valor y grandeza de ánimo. Hay que salvaguardar en todo el mundo los derechos de los hombres libres, y con la ayuda de Dios saldremos victoriosos de este conflicto.»

Éstas fueron las palabras del presidente. Aún no han llegado comunicados de guerra ni aclaraciones al sentido de su frase «nuestras armas más pesadas y mortíferas de reciente construcción». Pero yo creo saberlo; temo saberlo demasiado bien. Y porque sé mejor que la mayoría de los hombres cuál es la espantosa potencia de estas armas, hoy estoy sumido en una negra desesperación. No me atrevo a mirar lo que el futuro nos reserva. Como todos, quiero esperar que todo terminará bien. Pero espero el curso de los acontecimientos con aprensión y reserva.

La guerra ha estallado. El mensaje presidencial señala el fin del principio. ¿O será acaso el principio del fin?

4 de marzo.

Esta mañana el sismógrafo ha temblado, agitándose con violencia sin precedentes. Tan súbitos y violentos fueron los temblores registrados en nuestro observatorio, que el estilete saltó, apartándose del rodillo. Ello quiere decir que, al menos por ahora, no podemos determinar con exactitud la zona afectada. Debemos esperar que nos lleguen informes de otras estaciones.

Esto puede significar que en algún lejano rincón del mundo ha caído un gigantesco meteorito... mayor que aquel que hace siglos creó el famoso cráter en Arizona. También pudiera significar la súbita erupción de un volcán dormido, para aniquilar miles de vidas en sus ríos de lava, y enterrando quizá bajo ella a ciudades enteras.

Ojalá sea tan sólo una de estas catástrofes menores...

5 de marzo.

¡Harbin!

Harbin, nudo ferroviario de la Manchuria soviética, es el lugar donde ha ocurrido el terremoto que han registrado los instrumentos. Mas aquel temblor de tierra no fue natural, sino obra del hombre. El Ministerio de la Guerra acaba de difundir un comunicado en el que entre otras cosas dice:

«SHUNA comunica la destrucción total del centro de dispersión de tropas y depósito de vituallas de Harbin, como resultado de la incursión aérea de ayer. Una sola bomba de un tipo mejorado de escisión nuclear fue lanzada. El objetivo ha sido eliminado totalmente.»

¡Una sola bomba! El Cuartel General Supremo de las fuerzas de las Naciones Unidas en Asia, SHUNA (Supreme Headquarters of the United Nations torces in Asia) no indica qué elemento se utilizó para originar una explosión tan terrorífica. Pero yo sí lo sé. No podía haberse realizado con uranio ni plutonio. Debíó de ser la bomba de hidrógeno, recientemente perfeccionada. Sólo ella podía borrar en tan poco tiempo una ciudad tan

grande de la superficie de la tierra; sólo ella podía hacer bailar tan locamente los estiletes de los sismógrafos.

La danza de la muerte. ¿Conseguiremos escapar a su música fatal?

6 de marzo.

En Harbin reina silencio. La prensa y radio soviéticas colman de denuestos y de amenazas de represalia a sus enemigos. Pero ninguna voz se levanta de la ciudad atacada.

7 de marzo.

Ninguna voz nos llega de Harbin. Cuatro de nuestros aviones de reconocimiento fueron abatidos cuando intentaban cruzar la frontera de Manchuria. No hemos podido aproximarnos a la ciudad bombardeada para obtener pruebas fotográficas del daño allí causado. Por lo tanto nos vemos obligados a fiarnos de los comunicados enemigos para obtener informaciones, aunque, a no ser por sus invectivas y denuestos, la radio soviética se muestra curiosamente reservada. La emisora de Vladivostok, que hasta la fecha era una bulliciosa difusora, durante las veinticuatro horas del día, de propaganda comunista, cesó de emitir brusca e inexplicablemente a primeras horas de esta mañana, aunque, por extraño que parezca, no se han comunicado incursiones aéreas sobre esta zona.

8 de marzo.

Los Servicios de Información Militar calculan que la población de Harbin en el momento del bombardeo atómico oscilaba entre un millón y un millón y medio de habitantes, pues al parecer la población civil normal, consistente en medio millón de personas, se había visto incrementada en un número por lo menos doble a causa de las numerosas tropas en tránsito.

Y el gobierno soviético no niega ni confirma estos extremos. Ninguna noticia nos ha llegado aún de Harbin, ni de la zona contigua, lo cual es aún más inquietante. Nuestras fuerzas de tierra destacadas en Corea comunican desusados movimientos de tropas en el norte de la península. El enemigo afluye en gran número hacia el sur, pero no en formación militar. Al parecer, se trata de avances en masa, sin armas ni abastecimientos.

9 de marzo.

La guerra ha tomado un sesgo absurdo e imprevisible. Hoy los aviones soviéticos han vuelto a atacar el Japón y las Filipinas, y barcos de guerra han bombardeado furiosamente Formosa. ¡Pero en el paralelo 38 de Corea, donde se sabe que el enemigo tenía sus mayores concentraciones de tropas, nuestro ejército ha conseguido una increíble victoria sin disparar un tiro!

Durante todo el día, incontables hordas de soldados comunistas han afluído a través de la frontera en una retirada frenética y desorganizada. Los infantes avanzaban como podían. El pánico era la nota dominante en su huida. Se aproximaban desarmados a nuestras avanzadillas, después de desembarazarse de su equipo pesado y de tirar sus armas en la carretera, para poder avanzar más de prisa, únicamente ofrecieron cierta resistencia cuando nuestros hombres trataron de encerrarlos en campos de concentración. Pero ni siquiera entonces lucharon, sino que continuaron su estampida... indiferentes a las balas y a las alambradas... intentando seguir avanzando hacia el sur.

Hay el propósito de interrogar a los prisioneros y no tardaremos en saber la razón de esta alocada huida en masa. Hasta el momento, SHUNA nada ha comunicado. Una creciente sospecha se va adueñando de mí. Me pregunto si acaso... ¡Mas esto es imposible!

¿Y... si no lo fuese?

10 de marzo.

SHUNA ha descendido un telón de férrea censura sobre el sector coreano. No se nos informa sobre la razón de ello. Pero yo empiezo a temer que mis suposiciones fuesen acertadas. Si las tropas de las Naciones Unidas reciben orden de evacuar la península...

11 de marzo.

Washington acaba de comunicar que nuestras fuerzas armadas se retiran de Corea. Entonces, yo tengo razón. Es una cadena. Pero, ¿hasta qué medida? ¿Y hasta qué grado? Si es suave, tal vez exista aún esperanza. Pero si es extrema... ¡Que Dios nos asista!

Los precedentes fragmentos abarcan un período de poco más de una semana. Las anotaciones de Gresham, si bien algo emocionales, son concisas, lúcidas, casi documentales. Si bien...

En una palabra, el lector ya se habrá dado cuenta de que este diario registra hechos históricos que jamás ocurrieron. La semana que evoca Gresham está arrancada de un calendario inexistente.

El diario, del que entresacaremos algunos fragmentos más, se hace cada vez más fantástico a medida que pasan los días. Al parecer, las facultades imaginativas de Gresham alcanzan alturas de vértigo a medida que su aberración se hace más profunda.

18 de marzo.

El armisticio aún no ha sido oficialmente declarado, pero la lucha ha cesado en todos los sectores. Hoy se han unido fuerzas navales soviéticas con buques de las Naciones Unidas para efectuar la evacuación de Hokkaido, sin que se comunicase el menor incidente ni la menor violencia.

Llegan más informaciones de Moscú. Los físicos rusos calculan que el promedio de expansión es aproximadamente de ochenta kilómetros diarios. Esta cifra es poco más o menos la que yo calculé, basándome en los informes de prensa de la semana pasada.

¡Ochenta kilómetros diarios! O sea 560 por semana, 2.500 al mes. A ese ritmo...

24 de marzo.

Todo el Japón ha desaparecido, y la China Continental también, hasta Shanghai. Algunos refugiados han conseguido salir de Peiping, que actualmente ya no existe. Los informes coinciden con los que ya habíamos recibido: primero el calor, después la licuefacción y finalmente la disolución.

Nuestros aviones de reconocimiento no nos traen noticias alentadoras. El agua de mar no frena el avance del flagelo, como habíamos esperado vanamente. El Mar Amarillo ha desaparecido, lo mismo que el Mar del Japón. En sus confines orientales, el Mar de China burbujea y hierve a causa del calor abrasador; mareas hirvientes barren las costas, y en el aire flota un hedor fétido a causa de los cadáveres en descomposición de los animales marinos.

3 de abril.

El flagelo ha engullido Formosa, y nuestra guarnición de Luzón ha emprendido la huida hacia Australia. La China ha sido devorada hasta Chungking, por el oeste. Rusia comunica que la media luna se ha extendido hasta Kolymsk por el norte y Kamchatka por el este. El hambre y las enfermedades se cobran un creciente tributo de vidas en Asia. Más de cuarenta millones de refugiados han descendido como un alud hacia Indochina, y asolan las tierras como una plaga de langosta.

9 de abril.

El experimento Kimmerling ha fracasado, como yo temía. Se puede combatir el fuego con el fuego, pero aquello contra lo cual luchamos es más que el fuego; es la mismísima esencia viviente de la destrucción.

La idea de Kimmerling, consistente en rodear al círculo omnívoro en una zona neutralizada, quizás hubiera dado resultados un mes atrás, pero ahora es demasiado tarde. Nuestra última esperanza reside en la posibilidad de que el flagelo se aniquile a sí mismo. Aunque ésta no es más que una esperanza insensata, contraria a las leyes básicas de la física.

Es extraña la reacción del público ante esta crisis. Las gentes me miran de una manera rara cuando les digo que la suerte de la Humanidad está echada. No me lo explico. Creo que el temor les debe de haber vuelto medio locos. A decir verdad, muchos de aquellos con quienes hablo actúan como si ni siquiera supiesen lo que ocurre y, lo que aún es peor, lo que ocurrirá.

Mi propia familia ha sucumbido a esta estúpida actitud general, aceptando la mentira y adoptando la política del avestruz, que consiste en no querer ver los hechos como medio de evitar sus consecuencias. Me aseguran que estoy jequivocado, que no hay nada que temer. Me aconsejan que vaya a ver a un médico; insisten en que debo someterme a un reconocimiento en una clínica psiquiátrica.

¿Por qué no? No hay razón para que discuta con ellos. Tanto da un sitio como otro cuando sólo quedan meses o quizá semanas de vida. No hay ningún lugar bastante bueno para ocultarse cuando llega el juicio final. Si les sirve de consuelo engañarse con la idea de que yo soy un desequilibrado...

El día 10 de abril, el doctor William Gresham fue entregado al cuidado de los facultativos de la Clínica de San Bernabé por sus familiares. De este modo pasó a depender de mí.

Como ya he dicho, era un paciente modelo. Los esquizofrénicos paranoides raramente son díscolos. No se hallan sujetos a súbitos accesos homicidas, como los maníaco-depresivos. Salvo cuando se contradicen sus caprichos suelen mostrarse completamente lucidos y racionales.

Esto es lo que le ocurría a Gresham. Su conversación sólo dejaba de ser normal cuando se abordaban temas de política mundial. En su historia clínica tengo anotada la siguiente Conversación típica, que ambos sostuvimos el 39 de abril. Pido disculpa al lector por no haberme presentado hasta ahora... soy el doctor Thomas Presten, psiquiatra.

Presten: Buenos días, doctor Gresham. ¿Qué tal se siente hoy?

Gresham: Muy bien, gracias.

Presten: ¿Ha desayunado usted bien?

Gresham: Muy bien.

Presten: ¿Y qué tal ha dormido?

Gresham: (Con sarcasmo.) Lo mejor posible... en las circunstancias en que me hallo.

Presten: ¿A qué circunstancias se refiere usted?

Gresham: ¡Señor, Señor! ¿Usted también?

Presten: Me parece que no le comprendo.

Gresham: ¿No ve usted que es inútil, mi querido amigo? Usted no podrá rehuir la verdad cerrando los ojos a ella y no queriéndola ver.

Presten: ¿A qué verdad se refiere usted, doctor?

Gresham: (Con impaciencia.) La única verdad que importa. El hecho de que estamos condenados. ¿No oyó usted la radio anoche?

(Nota: Los programas radiofónicos de la noche anterior fueron semejantes a los que transmiten normalmente las emisoras. Nunca se retransmitió el discurso a que hace alusión nuestro paciente.)

Preston: Pues sí. La verdad es que sí la escuché.

Gresham: ¿Oyó usted la emisión especial desde Sitka?

Preston: ¿Se refiere usted a Sitka, de Alaska? ¿Por qué red fue retransmitida?

Gresham: ¿Por qué red? ¡Por todas las redes, hombre! ¿No oyó lo que dijeron? ¡Nome... desaparecido! ¡Las Aleutianas... desaparecidas! El Mar de Bering tragado por aquellas fauces malditas insaciables. ¡Y usted sigue negándose a darse cuenta de lo que sucede!

Preston: ¿Esto es lo que oyó anoche por la radio, doctor Gresham? Por lo visto yo me perdí la emisión a que usted hace referencia.

Gresham: (Cansado.) ¿Qué importa? Dejemos eso. Escuche esta noche y oirá más noticias parecidas. Día tras día se va aproximando a este ritmo constante y lento; avanza de un modo regular e inexorable. Ochenta kilómetros diarios. Su radio es ya de 4.300 kilómetros. Dentro de un mes alcanzará a California. Dentro de otro...

Preston: ¿Qué es eso que se aproxima, doctor? La verdad, yo no...

Gresham: (Con petulancia.) ¡La muerte, joven imbécil! Pero, ¿qué os pasa a todos? ¿Os habéis vuelto todos completamente locos? ¿O es que sois demasiado cobardes para enfrentaros con los hechos, para mirar cara a cara la espantosa suerte que nos aguarda?

Preston: Vamos, doctor Gresham... le ruego que no se excite. Le daré un sedante...

Gresham: ¡Déjeme en paz, le digo! No necesito sedantes. Lo único que quiero es soledad... paz... olvido.

Preston: No faltaba más. Si usted lo desea, me iré. Siento haberle trastornado así.

Gresham: No, no se vaya. Soy yo quien debo disculparme. No era mi intención ser grosero, doctor. Pero estoy trastornado. Es culpa mía, ya ísé. O es mi culpa en parte. Nosotros somos los responsables de todo lo que sucede; mis colegas y yo.

Preston: ¿Cómo?

Gresham: Sí. Debiéramos habernos negado. Todos sabíamos cuan peligroso era. Pero creímos que nuestro deber de patriotas...

Preston: ¿A qué se refiere usted, doctor?

Gresham: A nuestras investigaciones. Al Proyecto Manhattan y a los recientes estudios más avanzados. Nosotros proporcionamos los conocimientos científicos que sirvieron para la creación de Juggernaut. Pero no sabíamos lo que hacíamos, Preston. Nos pareció que había peligro, eso sí; pero esto es mucho peor que todo cuanto habíamos imaginado. Temíamos que se produjese una súbita llamarada, una rápida y devastadora reacción de los elementos gaseosos, tras la cual la tierra se consumiría en una hoguera instantánea. Nos esforzamos por evitar que sucediese esto... y lo conseguimos. Pero lo que ahora sucede...

Preston: ¿Se refiere usted a su meritorio trabajo al servicio del gobierno de Norteamérica como técnico en armas nucleares?

Gresham: (Asintiendo.) Sí... ¡Que Dios me perdone! Pero ninguno de nosotros esperaba esto. Jamás imaginamos que la reacción en cadena se propagaría como un cáncer de molécula a molécula, de átomo a átomo, en un círculo cada vez más amplio, devorando todo cuanto tocara: la tierra, el mar, el mundo y toda la humanidad.

Preston: Entonces, ¿eso es lo que usted cree que sucede?

Gresham: ¿Creo? ¡Eso es lo que sé que está sucediendo! ¿Por qué todos conspiran para simular que no sucede nada?

Preston: Doctor Gresham... ¿Y si yo le dijese que nada sucede? ¿Que todos sus temores no son más que engendros de su imaginación?

Gresham: (Lentamente.) Entonces, yo diría que en la tierra todos menos yo están locos de atar a causa del pánico. ¿Es que no puedo confiar en el testimonio de mis sentidos?

Preston: No siempre, doctor. Hay alucinaciones muy reales. A veces...

Gresham: Alucin... ¡Vamos, váyase!

Preston: Pero, doctor Gresham...

Gresham: ¡Váyase, le repito!

(Nota: En este momento me retiré, para no excitar más con mi presencia al paciente.)

El lector empezará a comprender ahora la curiosa ilusión de que era víctima el doctor William Gresham. La anterior conversación nos fue muy útil para establecer el diagnóstico de su enfermedad mental, pero no resultaba tan útil para indicar un tratamiento. Puesto que sus familiares no permitían que utilizásemos medios hipnóticos ni el choque por insulina, el caso derivó progresivamente hacia una mayor disociación con la realidad. Son prueba de ello los siguientes fragmentos de su diario:;

5 de mayo.

Hoy celebramos un aciago aniversario. Hace dos breves meses una sola bomba de hidrógeno —la oficina informativa del Gobierno Mundial Unido ha admitido finalmente que se trataba de esto —fue lanzada sobre la ciudad de Harbin. Desde aquel día funesto un sexto de la superficie emergida de la tierra ha sido reducida a la nada por la reacción en cadena originada por aquella sola bomba.

Donde antes estaba China, hoy sólo existe una mancha palpitante de radiación que lo ha devorado todo, una llaga emponzoñada sobre el cadáver de la tierra. Tailandia ha desaparecido, y la mayor parte de la orgullosa Rusia. Anoche desaparecieron las islas Kuriles y Midway. Por el norte, el flagelo ha alcanzado el Polo.

Ya no es posible calcular el número de muertos. Algunos dicen 300.000.000; otros duplican esa cifra. Europa está invadida por frenéticos refugiados que se abren paso a viva fuerza en las ciudades que no les quieren ni pueden alimentarlos; son seres famélicos y desesperados que se esfuerzan vanamente por aplazar un mes más, una semana, un día, una hora, la muerte cierta e inevitable.

¡Es la locura! Ya no existe escapatoria. Tardará más o menos, eso es todo. El hombre ha levantado la pira donde se consumirá la Humanidad, con su ciencia satánica...

2 de junio.

Australia Septentrional. Arabia Saudita; Berlín, Alemania, Y la Isla de Vancouver, en nuestro propio continente.

12 de junio.

Un centenar de días. Londres pereció sin querer dar el brazo a torcer. París con gracia francesa. Los Estados de Washington y Oregón han resbalado al abismo. San Francisco caerá mañana o pasado.

Existe una confusión indescriptible por doquiera. Algunos hombres invocan a Dios en su aflicción, otros prefieren robar y saquear hundiéndose en la locura de una última orgía frenética. ¿Qué es mejor? No soy yo quien pueda responderlo. En realidad, quizá no importe mucho.

Pero, a medida que se aproxima el final, todos los hombres se han unido para hacer caer su furia sobre aquellos dirigentes que nos acarrearón Armagedón. En nuestra patria y en el extranjero — ¡en lo que queda del extranjero! — los jefes militares y políticos viven precariamente, con una espada suspendida sobre sus cabezas. El populacho enardecido, convencido ya de que su suerte está sellada, está resuelto a tomarse venganza final sobre aquellos que causaron su destrucción.

El lobo ataca al lobo. Pero, ¿de qué servirá? Los días que quedan son tan pocos, que nada importa.

15 de junio

Supongo que es egoísta pensar únicamente en mi país y en los míos en este cataclismo de escala mundial. Pero, después de todo, yo soy norteamericano. La muerte

de millares de mis compatriotas significa más para mí que la de millones de otros seres humanos. Además, las vías de comunicación con el resto del mundo que aún no ha sido asolado están al borde del colapso. Sólo se salvan del flagelo, por el momento, América del Sur y la punta meridional de África.

Aquí en los Estados Unidos el arco avasallador se desliza firmemente hacia el este. Los nombres de las ciudades caídas son como un toque de muerte. Butte, Boise, Reno, Fresno...

17 de junio.

He vuelto a calcular el tiempo que nos queda. Sigue siendo el mismo. Mil doscientos kilómetros... quince días ¡Dos semanas! Tétrica respuesta a una pregunta de un juego de sociedad que antaño fuera popular: ¿Qué haría usted si supiese que sólo le quedan dos se manas de vida?

Ahora ya sé lo que haría. Lo que haré. Seguiré haciendo mi vida de costumbre, comiendo y bebiendo, durmiendo, leyendo, conversando, esforzándome por hacer raso omiso del fin hasta que llegue.

Me alegro de haber ingresado en San Bernabé. Por la causa que sea, este refugio ha escapado a la locura que ha hecho presa en el mundo exterior. Aquí aún siguen manteniendo la engañosa falacia de que fuera de estas cuatro paredes no sucede nada. Si alguno de ellos está asustado, lo oculta muy bien.

¡Aunque, un momento! Quizás el personal del hospital ha huido hace tiempo, y todos mis compañeros actuales, incluso los que pretenden ser médicos, no son más que alienados. Ésta sería una solución que explicaría una situación por otra parte inexplicable.

El lector debe comprender que estas páginas del diario del doctor Gresham no pudieron ser examinadas sino hasta después de su muerte. Así, en el momento en que fueron escritas, no teníamos ningún medio de saber que su obsesión estaba tan próxima a su fin, o de lo contrario hubiéramos intentado hacer algo para descargarle de los temores que le atormentaban. Aunque, en realidad, no sé qué hubiéramos podido hacer.

Sostuve mi última conversación con el doctor Gresham el primero de julio. Visité, como de costumbre, su habitación, pasando más tiempo con él aquel día debido a sus muestras desusadas de nerviosismo, que me esforcé por cambiar... sin conseguirlo demasiado.

—Hoy le veo muy inquieto, doctor Gresham —le dije—. Eso no es propio de usted.

—¿Es que le sorprende? — me preguntó con cierta acritud.

—En su caso, sí. ¿Puedo traerle algo que le distraiga? ¿Un libro, quizás?

Él me miró con una curiosa expresión, en la que se mezclaban de manera extraña la admiración y el pasmo.

—Tiene usted una gran sangre fría, Presten —manifestó—. Le aseguro que no le entiendo en absoluto. Pero le admiro. Es más, le envidio. ¿De veras no está asustado?

—¿Asustado, por qué?

—Por lo que tiene que suceder esta noche. Yo le dije:

—Si usted no se explica mejor...

—¿Por qué tengo que hacerlo? Usted sabe tanto como yo; quizá más. Dígame... ¿qué pasa en la ciudad? ¿Hay tumultos y algaradas, como en todas partes?

—Afuera todo es normal —le aseguré—. Hace un día muy hermoso. Algo caluroso, eso sí...

—¿Caluroso? —Entornó la mirada—. ¿Muy caluroso? Quizá se ha adelantado el horario previsto.

—¿El verano? Doctor Gresham, le ruego que me conteste francamente. ¿Ha perdido la noción del tiempo desde que llegó aquí? ¿Se acuerda del día, el mes y el año en que estamos?

—Claro que sí, Preston. Llevo un diario.

—Entonces dígame —insistí—. ¿Qué fecha es hoy? ¿En qué año estamos?

Abrigaba una remota esperanza de obtener una respuesta que me ayudase a resolver aquel caso. Los esquizofrénicos están con frecuencia «fuera de su tiempo», por así decir. Eso significa que sus mentes están atrapadas en un período de tiempo remoto y distinto a aquel que habitan sus cuerpos físicos.

Mas no obtuve satisfacción y por lo tanto me quedé sin la anhelada pista. Mi paciente me miró frunciendo el ceño con impaciencia.

—No diga sandeces, doctor. El tiempo no tiene la menor importancia. No es más que la medida de la duración. Los objetos físicos están tocados por ella; el espíritu, no. Por si le interesa le diré que conozco perfectamente lo que sucede, se lo aseguro. Lo conozco demasiado bien por desgracia. Sé que nos quedan menos de veinte horas y que esas horas van transcurriendo minuto tras minuto.

Yo me encogí de hombros, disponiéndome a marcharme. Al llegar junto al umbral me detuve para conectar la pequeña radio que los familiares de Gresham habían instalado en su habitación para entretenerle. Del altavoz brotaron risas. Reconocí uno de los más populares concursos radiofónicos.

Entonces dije:

—¿Le gustaría escuchar esto, doctor? Esta emisión suele ser muy divertida. Él me miró estupefacto.

—¿Eh? ¿Escuchar qué?

—Esta emisión desde Chicago.

—¡Chicago! — Me contempló con conmiseración—. Chicago ya no existe. Se fundió ayer. Escuché la última emisión de allí. ¡Pobres diablos!

—Le aseguro que lo que estamos escuchando es Chicago, doctor Gresham. Este programa que usted oye, esta música, estas risas...

Él volvió a mirarme, luego contempló la radio y su vista se fijó de nuevo en mí.

—¿Habla usted en serio? —me dijo con suavidad—. ¿Cree usted de veras que de ese aparato silencioso salen música y risas?

—¡No faltaba más! ¿Es que usted no las oye?

—Entonces, lo que suponía es cierto — susurró —. Usted es uno de ellos.

Soltó una carcajada. Aquella risa no me gustó. Tenía una nota de histerismo.

—Esto es lo que faltaba —exclamó—. Sólo nos faltaba esto para redondear la broma. Aunque no importa, doctor —pronunció esta última palabra con cierto retintín sardónico—, desempeñe su papel mientras pueda. Diviértase en estas últimas horas de vida que le quedan a la Humanidad. Cordura y demencia... ahora no son más que una sola cosa.

Me pareció más oportuno retirarme. Así es que dije: —Bueno, me voy, doctor Gresham. Pero mañana volveré a verle.

—¿Mañana? ¿Usted cree?

—Desde luego que sí. Vendré a verle por la mañana.

—Pero... —Pareció como si fuese a decir algo. Luego cambió de idea, apretando fuertemente los labios. Tras un momento habló quedamente, casi con amabilidad —. Sí, muchacho. Como tú gustes. Adiós.

—Buenos días, doctor Gresham.

—No —protestó él—. Buenos días, no. Adiós.

Habló con un incomprensible tono tajante y definitivo. Entonces no lo comprendí, y me fui, desconcertado. Tuve que esperar a la mañana del día siguiente para comprenderlo. Entonces me di cuenta de que el doctor Gresham no había hablado por hablar, sino que roe había dado su último adiós.

La noche del primero de julio hubo un breve e insólito alboroto en el ala de la clínica donde estaba situada la habitación del doctor Gresham. El enfermero de servicio

reconoció el pasillo, sin encontrar nada anormal. Los gritos cesaron al poco tiempo de haberse iniciado, y no se pudo precisar de qué habitación procedían.

Así que únicamente puedo suponer que aquellos gritos fueron las últimas manifestaciones de vida del doctor William Gresham. Mas creo que se trata de una suposición válida, teniendo en cuenta lo que descubrimos a la mañana siguiente... y la última anotación cíclica su diario...

1° de julio.

Es una lástima que mi ventana mire al oeste. Hubiera preferido no verlo venir. Pero lo veo. Es casi medianoche, pero el cielo tiene un matiz cárdeno; al siniestro resplandor de la úlcera puedo ver claramente la silueta de la ciudad, como al crepúsculo.

Espectáculo diríase sobrenatural; espeluznante, pero fascinador. La silueta de la ciudad se funde.- Un rascacielos apunta con su dedo de cemento a los ciclos, como un firme e inmutable símbolo del dominio del hombre sobre los elementos. Al instante siguiente, oscila y tiembla, envuelto en una espectral luminiscencia. Luego desaparece... convertido en nuevo alimento para el voraz apetito de los hambrientos átomos.

Quizá me quede una hora, o tal vez media. No sé por qué sigo escribiendo, porque estas pobres líneas mal pergeñadas pronto arderán conmigo en la abrasadora vorágine de la destrucción final.

Aunque parezca extraño, no tengo... ¡Ah! ¡Grandes nubes de vapor! Debe de ser el Hudson. Eso significa que me queda menos tiempo del que creía.

Más tarde.

Qué cosa tan curiosa: ¡La radio sigue funcionando! Me sorprende constatar que existan hombres tan valientes, pero eso también me enorgullece. El locutor acaba de decir que la emisión seguirá «mientras sea posible...» Sé lo que significa esto, y los pocos radioyentes que quedan también lo saben. Supongo que hay que tomarlo como una especie de consuelo. Puesto que sabe que tiene que perecer, es una especie de honor para él comunicar la muerte de la ciudad más altiva de la humanidad.

Los que han podido huir, por el medio que sea, se han ido ya. Es casi seguro que la Argentina será el último refugio. Por lo tanto, los que han podido escapar se han ido allí. Aunque todo es en vano. Todo lo más, habrán ganado un mes de plazo.

Más tarde.

Hay una cosa que continúa intrigándome. Puesto que el flagelo avanza en un enorme círculo, ¿por qué no devora también hacia abajo, abriéndose un túnel cóncavo hacia las entrañas de la tierra?

Así debiera ser, pero por lo visto no lo es. O de lo contrario hace ya mucho tiempo que el magma central hubiera sido alcanzado, haciendo estallar la tierra en pedazos con sus terribles convulsiones, inundando la superficie con billones de toneladas de materiales en fusión. ¿Por qué habré pasado por alto este hecho? ¡Qué estúpido he sido! Quizás aún existe una remota esperanza de salvación para la Humanidad en cavernas profundamente ocultas bajo la superficie de la tierra. Ojalá algún hombre más sabio que yo haya pensado en esto, refugiándose en uno de estos lugares.

Más tarde.

Ya ha alcanzado Central Park. Es cuestión de minutos que los pétreos baluartes del Rockefeller Center se desmoronen...

¡Sí, ya se han hundido! Y la radio ha enmudecido al propio tiempo.

Más tarde.

Empieza a hacer un calor insoportable. El resplandor ya no es mortecino, sino extraordinariamente brillante. En la atmósfera resuena un incesante sonido. No puedo describirlo. Es como un zumbido o un susurro... ¿Eléctrico? El sonido de la muerte...

Más tarde.

Dos hileras de edificios ante mí. Dos hileras y no más. El calor es francamente insoportable. Me he quitado todas mis ropas. No puedo mirar por la ventana más que a intervalos de pocos segundos. La brillantísima radiación me deslumbra y me quema los ojos.

La hilera de casas más próximas empieza a brillar.

Un hombre ha pasado corriendo frente a mi ventana. Corría hacia las llamas, no huyendo de ellas. Esto es lo mejor...

¿Qué ha sido eso? ¿Un golpe? ¿Será que ate edificio empieza a temblar?

¡Tengo que salir de aquí! Me equivocaba. Vale la pena luchar hasta el último momento. Aunque sólo sea por un día más de vida... por una hora únicamente...

No responden a mis gritos. Han huido todos. Estoy solo... Solo con el calor y con esta luz cegadora...

Ahora el borde de la media luna se desliza sobre el prado. Por primera vez puedo ver el lago de fuego que se extiende detrás del borde como unos labios que mordisqueasen, el borde devora todo cuanto se alza a su paso.

¿Qué puede contener el disolvente universal?

El calor es inaguantable. El prado ha desaparecido. Las paredes brillan... El zumbido tumultuoso crece. ¿Física? ¿Energía? ¿Energía... o Dios?

No matarás...

Las paredes han desaparecido. Puedo ir a su encuentro para acabar de una vez. Pero me agarro a los minutos... a los segundos...

El piso brilla. Sudo. Siento dolor. Espanto.

Ruega por nosotros ahora y en la hora de...

Nucl...

Así termina el diario del doctor William Gresham, El que pueda resolver el enigma que encierra será mejor psiquiatra que yo, que cualquiera de los médicos de nuestra clínica. Nosotros nos consideramos capaces de explicarlo todo por el diagnóstico de demencia progresiva... todo, excepto una cosa.

Y esta cosa es que los restos desvestidos del doctor Gresham se encontraron sobre una silla, frente a su máquina de escribir... ¡Completamente carbonizados, hasta no Ser más que un montón de cenizas!

Solamente su cuerpo sufrió aquella extraña combustión. El incendio no se propagó a la estancia. El mobiliario, las alfombras y cortinajes, sus propias ropas, que se había quitado, estaban intactas. Pero el cuerpo del difunto físico había quedaba reducido a las cenizas de los elementos que lo componían, como si hubiese sido sometido a un calor elevadísimo.

Hemos buscado en vano una explicación racional de este extraño fenómeno. Uno de nuestros facultativos más eminentes aventuró lo que podría considerarse como la mejor hipótesis... aunque se basa más en la fantasía que en el razonamiento lógico.

—Obsesión —insinuó— llevada a su último extremo. Aceptación completa de una alucinación sensorial total.

—Pero su cadáver estaba consumido totalmente —objeto—. ¿Por que agente? ¿Por una llama imaginaria?

—¿Por qué no? Usted ya conoce la existencia de los estigmas, Presión.

Uno de los colaboradores de Gresham del laboratorio de física de la Universidad presentó otra solución.

—No sé si esto podrá ayudarles a esclarecer el caso — nos dijo—, pero les ofrezco esta idea por si les sirve de algo. Gresham sentía un profundo interés por el viaje a través del tiempo. Este viaje no tenía que ser necesariamente de naturaleza física, sino mental. Él creía que el espíritu humano trasciende los límites normales de espacio y tiempo... idea sustentada por el doctor Rhine, de la Universidad de Duke, como ustedes recordarán. Gresham consagraba mucho tiempo al estudio de estas cuestiones. Ignoro si consiguió algún éxito en ellas. Pero, en vista de las extrañas circunstancias que rodearon su muerte...

Hemos vuelto al punto de partida y nos sentimos totalmente incapaces de ofrecer una explicación razonable para el fallecimiento del doctor Gresham. Podemos considerar dos teorías, ambas muy poco plausibles.

Poco plausibles, pero no imposibles... aunque hace sólo una semana yo las hubiera tildado de tales. Pero hay tantas cosas que no sé y que no comprendo... Como hombre de ciencia, mi obligación consiste en mantener una duda razonable, reservándome mi juicio hasta que los hechos confirmen las hipótesis.

¿Viaje por el tiempo? Gresham se salió por la tangente cuando le pregunté en qué año estábamos. Pero suponiendo que sus experimentos hubiesen tenido éxito, y por algún medio extraño hubiese conseguido hacer lo que ningún hombre, que nosotros sepamos, ha hecho todavía... proyectar una porción de sí mismo al futuro, a una época que aún no existe, a un tiempo que aún es por venir...

Esto explicaría tantas cosas... Lo explicaría todo, excepto el misterio final: cómo su espíritu podía morar, ver y oír en un tiempo, mientras su cuerpo existía en otro.

Y... otro temor se apodera de mí, un temor que hace que me repugne tener que aceptar esta explicación.

Si los sentidos de Gresham se hallaban proyectados a una época futura... ¿Habrá que dar como cierto lo que él vio y oyó?

¿A qué distancia viajó su espíritu hacia el futuro? ¿Cien años? ¿Diez? ¿O... el año próximo?

¡EL COHETE LUNAR ATERRIZA!

Pacientemente, todos esperaban el acontecimiento, sin moverse ni pronunciar palabra...

La ciudad de la noche terrible.

THOMPSON

Del The New York Times, del 11 de agosto del año 1963:

¡EL COHETE LUNAR ATERRIZA!

Las emisoras de todo el mundo transmiten el primer programa desde la Luna. — Los exploradores no encuentran vida sobre nuestro satélite.

De la revista Time del 3 de abril de 1967:

Por último ha quedado definitivamente zanjada la controversia secular que sostenían los astrónomos. Los recientes descubrimientos nos dicen que el planeta Marte es un mundo deshabitado. Las patrullas exploratorias de la primera expedición marciana (Time, del 20 de febrero), tras una total exploración del planeta rojo, comprobaron que sólo existían en él matorrales, líquenes, musgos que llevaban una existencia precaria en las oquedades y grietas de los barrancos continentales que antiguamente recibieron el nombre erróneo de «canales».

Según palabras del científico especialista en Marte, Rodney Travers «Baldy» Hurst, director del Comité de Investigaciones Interplanetarias de las Naciones Unidas: «Ahora puede darse por seguro que la vida inteligente tal como la conocemos nunca ha existido sobre nuestro planeta hermano. Nuestros exploradores no han hallado señales que prueben la existencia de habitantes actuales ni restos que demuestren que allí florecieron antiguas civilizaciones.»

La reacción pública fue muy variada. Los románticos lloraron sus sueños desaparecidos de maravillosas princesas; los realistas se regocijaron al verse libres del temor de monstruos a lo Wells.

Título del artículo publicado en el Reader's Digest del mes de octubre de 1971:

¿ES LA INTELIGENCIA UN DON ÚNICO OTORGADO POR DIOS AL HOMBRE?

Del Informe Oficial de la Expedición a Venus de los años 1975-1974:

Un reconocimiento total que ha comprendido todos los océanos, las cuatro mayores masas continentales y numerosas islas no ha revelado la menor muestra de vida inteligente. Los ejemplares zoológicos recogidos incluyen muchas especies y subgéneros ya conocidos por el hombre, y algunos que requieren nueva clasificación, pero en ningún caso...

Nota fijada en el tablón de anuncios de la Primera Iglesia Unida de Kennewahoochie, Maine, el domingo 6 de febrero de 1977:

Esta noche, sermón especial con música ¿QUIÉN CREA LA VIDA Y LA SABIDURÍA?

Por el Rev. Filbrt Hotchkisson (Con la colaboración del coro de señoritas)

Fragmento de las órdenes de vuelo dirigidas por el Consejo de la Unión Mundial al comandante de la astronave Prometeo, en junio de 1981:

...al sistema planetario, caso de tenerlo, de la estrella Próxima Centauri, donde a su discreción y según le dicten las circunstancias que prevalezcan, buscará y, caso de encontrarla, establecerá contacto con ella, con cualquier forma de vida inteligente que pueda habitar en dichos planetas...

Del Bulletin de Filadelfia, 10 de junio de 1981:

¡DESPEGUE DEL «PROMETEO»!

La primera nave interestelar buscará la vida fuera de nuestro sistema. — Un viaje de veinte años aguarda a sus tripulantes.

De un editorial de la revista Three Worlds del 13 de junio de 2011:

...Y así es como por último el hombre se yergue al umbral de una nueva era y se dispone a realizar un sueño tan viejo como la Humanidad: la conquista de las estrellas. Han transcurrido dos décadas llenas de emoción desde que el Prometeo desapareció en

la negra bóveda del espacio rumbo a Próxima Centauri, el vecino estelar más próximo de nuestro sol, situado a cuatro años luz de nosotros, lo cual corresponde a una distancia de cuarenta millones de millones de kilómetros.

Durante este tiempo la luna se ha convertido en un puesto avanzado próspero y populoso, lo mismo que nuestros dos planetas hermanos más próximos. Han partido expediciones hacia los miembros más alejados de la familia solar, y dentro de breve tiempo estos planetas o algunos de sus satélites probablemente albergarán colonos de la Tierra. Hemos demostrado nuestra capacidad de expansión y nuestra aptitud para reproducir nuestra cultura en todos los lugares aptos para el desarrollo de la vida humana.

Mas con esto no basta. Algo en su interior le dice al hombre que no es por una simple y casual combinación de elementos por lo que se ha producido la vida, y que él no está solo y sin compañía en toda la Creación. Cuesta admitir que la Tierra es el único punto del espacio que ha engendrado seres racionales. Sin embargo, quizás esto sea cierto. Hasta ahora no hemos encontrado pruebas que indiquen la existencia de otros seres pensantes semejantes a nosotros y que rijan sus vidas por las leyes de la lógica y no por el simple instinto animal. Ésta es la mayor decepción que ha sufrido nuestra época.

Los aventureros del Prometeo tendrán extrañas cosas que contar a su regreso a la Tierra. Quizás en este mismo instante se enfrentan con maravillas que nosotros ni siquiera podemos concebir. Pero no desechamos la esperanza cíe que en algún distante planeta que gire en torno a un sol remoto, ellos descubrirán vida inteligente, por muy distinta que pueda ser de la humana la apariencia corporal que la albergue.

Si no la descubriesen, seguiríamos solos, amos de lo absurdo y lo inexplicable, únicos medios de un vacío hueco y desolado. El mañana quizá nos aporte la tan ansiada compañía, pero hoy... el hombre aún se siente muy solitario...

Del Diario de Tim Egan, técnico de comunicaciones de la Primera Expedición Interestelar. Sin fecha:

Otro fracaso total. Hace poco nos hemos elevado del cuarto y último satélite mayor del planeta más grande de este fantástico sistema estelar, partiendo sin haber hallado una señal, símbolo ni muestra de vida.

Estoy desalentado. Hablo sólo por mí, pero empiezo a creer que los fanáticos religiosos tenían razón cuando pretendían que somos la única y especial creación de la Divinidad. Si la inteligencia fuese una característica universal — o incluso un producto final de la evolución universalmente difundido —, ¿por qué no la encontramos en ninguna parte entre los planetas que circundan a nuestro propio sol? ¿No resulta extraño? Y aún es más extraño que después de haber franqueado increíbles distancias en el espacio, tampoco la encontremos en ningún punto del sistema estelar más próximo.

Matt Goran, el astrónomo de a bordo, apunta que todavía no hemos explorado los planetas que reúnen mejores condiciones de este grupo.

—Este sol es una estrella enana — me explicó —. Una estrella vieja, como demuestra su color cetrino. Se ha condensado, contrayéndose. Por consiguiente, emite tan sólo una diminuta porción del calor irradiado por soles jóvenes, como el nuestro por ejemplo. Ello quiere decir que hay que esperar que la vida tal como nosotros la conocemos, sólo exista en los planetas más interiores. Allí es adonde ahora nos dirigimos. Si no encontramos nada en ellos...

Movió la cabeza con gesto de duda.

Avanzamos, pues, hacia el astro rey de este sistema; ignoro qué saldrá de ello. ¿Otro fracaso? ¿O finalmente el tan ansiado encuentro con seres inteligentes?

Del Diario de Tim Egan. Sin fecha:

Nos aproximamos a uno de los planetas interiores, pero su aspecto no me parece muy prometedor. No es más que una gigantesca burbuja, un balón engañosamente hinchado.

Desde lejos lo tomamos por un mundo de tamaño considerable, pero al tenerlo al alcance de nuestro telescopio nos percatamos de que su elevado albedo y tamaño aparente no eran más que un efecto debido a su composición. El planeta se halla rodeado y envuelto en una espesa capa de gases nocivos que giran sin parar. El análisis espectroscópico muestra que estos gases son mortíferos; tendremos que ponernos escafandras para desembarcar. Si la vida existe en esta pequeña esfera helada, no sé cómo nos las arreglaremos para entrar en contacto con sus representantes.

Es algo que enorgullece y emociona el formar parte de la primera expedición interestelar... pero es algo que también asusta un poco. ¡El universo es tan inmenso! La idea de distancia pierde todo su significado, y el tiempo se convierte en una expresión académica. En esta nave ya hemos dejado de medir la duración como lo hacíamos en la Tierra. Comemos cuando tenemos hambre, dormimos cuando tenemos sueño; no nos atrevemos a enfrentarnos con el espanto que significa calcular y computar la extensión interminable de nuestro hastío.

¿Cuánto tiempo hace que nos elevamos del punto de partida? No lo sé. ¿Cuántas veces nuestro sol paterno, que desde aquí no es más que un minúsculo punto de luz, se ha alzado y se ha puesto desde que abandonamos su cálido beso? ¿Cuántas veces nuestra Tierra madre ha descrito su lenta elipse en torno al sol? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Un centenar? No puedo ni adivinarlo ni quiero saberlo. Únicamente sé que ha transcurrido un larguísimo período de tiempo, y que un período igual debe transcurrir antes de que emprendamos el regreso.

Sin embargo, antes de que pongamos rumbo hacia la Tierra debemos intentarlo todo por hallar vida, vida inteligente. Nuestras órdenes son tajantes sobre este punto. Así es que esperemos que sea esta vez. Aquí y en ese planeta.

De las Actas del Congreso del 15 de julio de 2001:

Míster Wainwright: Pido la palabra.

Mister Townsend: El honorable diputado por Ohio tiene la palabra.

Míster Wainwright: Con respecto al decreto pendiente de aprobación HS-36M42, por el que se conceden siete billones de créditos para la preparación de una segunda expedición interestelar, yo desearía dejar claramente sentado que me opongo rotunda y formalmente a semejante despilfarro de la hacienda pública. En numerosas ocasiones he señalado la locura que representaría lanzar al espacio una segunda nave de exploración cuando aún no se tienen noticias de la primera. Tanto mi partido como mis constituyentes...

Míster Fowler: ¡Pido la palabra!

Míster Townsend: ¿Le importaría al honorable diputado por Ohio ceder la palabra a su estimado colega de Pensilvania?

Mister Wainwright: Concedido.

Míster Fowler: Me gustaría recordar a mi apreciado colega un hecho conocido hasta por los niños que estudian primeras letras... a saber, que no se espera que el Prometeo llegue al sistema estelar de Próxima Centauri hasta este año o el siguiente, y que aun entonces, admitiendo que descubriese inmediatamente representantes de una cultura extraterrestre y estableciese contacto con ellos, aún transcurriría algún tiempo antes de que nosotros recibiésemos noticias de ellos. Como las comunicaciones electrónicas no pueden superar la velocidad de la luz, o sea 300.000 kilómetros por segundo, no podemos esperar tener noticias de Prometeo al menos hasta dentro de cuatro años.

Mister Wainwright: Aseguro al honorable diputado por Pensilvania que estoy completamente familiarizado con estos datos elementales. ¿Se me permite indicar, empero, que el envío de una segunda expedición, teniendo ya a otra en camino, resulta tan absurdo como lo sería el caso de un jugador de pelota base que quisiera meterse en una base ya ocupada?

Mister Fowler: Señor presidente, me satisface saber que el honorable representante de Ohio conoce a la perfección la táctica de la pelota base. Por haber tenido en varias ocasiones la desdicha de presenciar la táctica solapada del club de pelota base de la localidad de mi interpelante, al jugar en campo ajeno...

Mister Wainwright: ¿Cómo? ¡Vamos, hombre, Fowler!...

Mister Townsend: ¡Señores, por favor, tengan compostura! (Golpea con el mazo.)

Del Diario de Tim Egan, sin fecha:

¡La hemos encontrado! ¡Vida! ¡Inteligente! Por imposible que parezca, alguien o algo existe en la atmósfera letal de este globo. Nos disponemos a descender, y desde nuestro ventajoso observatorio situado sobre este lechoso planeta podemos ver ciudades, puentes, pantanos, una serie de pruebas de una cultura altamente organizada y desarrollada, semejante a la nuestra.

Existe una tremenda excitación a bordo de nuestra nave. Un grupo de desembarco prepara sus trajes del espacio. Yo formo parte de este grupo. No puedo seguir escribiendo, pues voy a prepararme para la que quizá resulte ser la mayor aventura de todos los tiempos.

Del cuaderno de bitácora de la Primera Expedición Interestelar:

15M305 hora universal constante: Nos hemos elevado del Planeta 3, sistema estelar GS. Misión fracasada; ver informe oficial. Reservas de combustible reducidas. Regresamos a la base.

Del Diario de Tim Egan. Sin lecha:

¡Pobres diablos! ¡Pobrecillos! Me asusta pensar en su terrible suerte, imaginar que nosotros también podríamos tener tan rápido y misterioso fin. ¡Pero lo que más apena es pensar que hemos llegado demasiado tarde!

A medida que descendíamos a través del lechoso mar de gases que rodea nuestro punto de destino, la luz de su sol moribundo se fue amortiguando, haciéndose cada vez más débil y mortecina, hasta que cuando por último aterrizamos en una playa yerma, no lejos de un centro de población, nos encontramos sumidos en una tétrica penumbra.

Nuestro primer y sorprendente descubrimiento fue el de que el mar junto al cual habíamos aterrizado no era un cuerpo líquido, sino un océano cuyas olas estaban congeladas. Sólido, invariable, semejante a una roca, se había convertido en una inmóvil masa helada. Hasta cierto punto era hermoso ver aquellas grandes olas alzándose con sus inmóviles crestas de espuma, detenidas en el mismo instante en que iban a desplomarse; ver los espumosos dedos de las heladas rompientes, arañando la playa en el abrazo frío y postrero de la muerte. Era muy bello. Mas también muy inquietante.

A mi lado, Matt Coran murmuró:

—Esto no me gusta. El mar es la mismísima esencia de la vida. Si aquí incluso el mar está helado, ¿cómo será posible que viva nada?

—Pues hay vida — le dije —. Hemos visto ciudades.

—De acuerdo. Pero, ¿dónde están sus habitantes?

El astrónomo volvió la cabeza. Entonces sacamos la navecilla exploradora de la bodega; y partimos hacia la ciudad más próxima.

Necesitaría páginas enteras para describir esa ciudad:

sus calles amplias y pavimentadas; sus geométricas man-/anas de casas y otras edificaciones; sus parques y avenidas, sus puentes, acueductos y torres. Pero no lo haré. Me limitaré a decir que, pese a ligeras diferencias, se parecía mucho a nuestras propias ciudades. Con muy pocos cambios en nuestros hábitos y costumbres, nosotros habiéramos podido vivir en aquellas metrópolis, de igual modo como los constructores cie

las mismas hubieran podido vivir en las nuestras. Tan a punto estuvimos de encontrar unos amigos.

Pero nosotros no podremos vivir en sus ciudades, jamás... porque estas ciudades están muertas. Y ellos nunca vendrán a vivir en las nuestras... porque su raza ya no existe.

Ésta es la verdad. Su mundo es un planeta silencioso, fantasmal, frío y muerto. Sus dueños ya no existen; sus ilusiones y esperanzas, sus sueños y aspiraciones, sus triunfos y sus alegrías, todos terminaron en un solo instante, cuando una catástrofe destruyó su mundo. La raza ha muerto, su planeta es su sepulcro.

No quiere esto decir que hallásemos un inundo repleto de ciudades abandonadas. Lo que descubrimos fue peor. Encontramos una raza que murió de pie, detenida por la muerte mientras realizaba su vida diaria.

Las calles estaban abarrotadas de estatuas. Y cada una de ellas había sido un ser viviente. Imágenes rígidas, de seres muy semejantes a nosotros... salvo, también, por ligeras diferencias. El modo extraño como estaban colocados sus ojos... el número distinto de dedos en cada mano... el curioso modo como se articulaban sus brazos y sus piernas.

Sus caras también nos parecían extrañas, con sus extravagantes ojos invertidos y narices que parecían un pico de pájaro. Pero, sin embargo, eran caras bondadosas, inteligentes, dulces, amables. Hubiéramos podido ser hermanos de aquellas gentes. Salvando el inmenso foso estelar, nuestros corazones y nuestras manos se hubieran unido en un cálido abrazo... si ellos hubiesen vivido.

—La muerte debió de abatirse sobre ellos de pronto — musitó Matt Goran —. De pronto y de manera inesperada. No puedo imaginarme cómo. Quizá su sistema estelar se hundió bruscamente en una especie de región espantosamente fría del espacio. La manera como todas las cosas se han helado, incluso las cascadas y las fuentes, así parece indicarlo.

»O tal vez los sofocantes miasmas que envuelven al planeta no es su atmósfera natural sino un gas ponzoñoso que les causó la muerte. Es evidente que esta fuerte mezcla de elementos es letal. Y como puedes ver, ninguna de las figuras lleva una careta protectora. El temor a la muerte tampoco está impreso en sus facciones. La catástrofe sucedió repentinamente.

En efecto, no descubrimos la menor señal de pánico en aquella ciudad. Las formas que vimos pertenecían a seres activos, felices y tranquilos. Los obreros habían quedado congelados en su trabajo, los escribientes alzaban plumas inmóviles sobre sus libros abiertos. Aquí la pequeña estatua de un muchacho retozón había quedado detenida en una eterna rapsodia de juego libre y despreocupado, allá una joven madre aún amamantaba a su tierno infante. Era un tema con mil variaciones. Pero todos, todos ellos, permanecían inmóviles. Y7 por encima de todo se cernía un silencio mil veces peor que la misma muerte.

Esto es lo que me pareció más triste: que en aquel inmenso planeta tío resonasen los sonos de la vida.

Debió de ser una raza de gran refinamiento. En un gran templo de la cultura estaban reunidas, sentadas, las formas de una multitud de personas que contemplaban extasiadas y admiradas una obra de arte suspendida del muro ante sus ojos. Únicamente gentes de un gran refinamiento estético se reunirían de aquel modo para rendir culto a la belleza.

No obstante, no era una raza de inútiles soñadores. Como nosotros, eran gentes vigorosas y atléticas. En un tremendo estadio encontramos una gran muchedumbre contemplando un juego en el que participaban figuras esculpidas sobre un campo silencioso. Era un encuentro que se hacía con una pelota, como nuestro juego nacional, y me causó escalofríos ver aquellas figuras tensas a punto de entrar en acción pero inmovilizadas para siempre por la mano de la muerte.

Fue allí donde nos dimos cuenta de la imposibilidad de llevar con nosotros una de aquellas estatuas, como muestra de la raza desvanecida. Fue el comandante quien nos lo ordenó.

—Nos llevaremos a uno con nosotros —dijo—. Al menos podremos enseñar a los nuestros qué aspecto tenían.

Entonces aterrizamos en el silencioso campo de deportes. Goran y yo descendimos de la navecilla exploradora, andando despacio y con respeto, como se hace inconscientemente en presencia de la muerte. Aproximándonos a la figura más próxima, la levantamos para llevárnosla a la nave.

Fue entonces cuando nos percatamos del tiempo incalculable que debía de haber transcurrido desde que la muerte tocó con su gélido beso aquel mundo. Al parecer, el cataclismo que lo destruyó ocurrió mucho antes de lo que creíamos. Cuando intentamos levantar aquella forma al parecer sólida, se deshizo instantáneamente entre nuestras manos, convirtiéndose en un fino polvillo negro y desapareciendo en puñados carbonizados ante nuestros mismos ojos.

Goran contempló apenado las cenizas esparcidas que un momento antes habían sido una forma reconocible.

—Es antiquísimo — dijo —. Acusa el paso del tiempo y está deshecho hasta la médula. No podemos tocarlos sin que se deshagan. No son más que cenizas y polvo; polvo y cenizas.

Resultó imposible procurarse recuerdos, a no ser las fotografías que tomamos. Sus libros y vestidos, mobiliario y alimentos, por sólidos que pareciesen, se disolvían y desaparecían al tocarlos. Incluso sus herramientas e instrumentos de metal acusaban la enfermedad del tiempo; se retorcían adoptando formas irreconocibles cuando las movíamos. Nada, nada... ¡Aunque sí! Conseguimos traer un solo recuerdo de aquel mundo silencioso. Un macizo bloque de piedra que mostraba los símbolos cíclicos de una lengua desconocida esculpidos sobre su superficie. Temo que los que nos enviaron encontrarán que es una mísera recompensa esta sola pieza de museo, para las fabulosas sumas invertidas en esta expedición. Pero al menos constituye una prueba tangible de que en otro mundo y en otro tiempo existió otra forma de vida inteligente.

Y así fue como iniciamos el regreso, después de dar cima a nuestra misión. Hemos hallado pruebas de que no estuvimos siempre solos en un universo vacío. En un tiempo, existieron semejantes nuestros.

Pero este descubrimiento aún nos deja más desamparados. Antes aún teníamos ilusión y esperanza. Ahora aún nos sentimos más solos, más desolados, porque hemos averiguado al fin que, efectivamente, existieron otros... pero han desaparecido. Un temor insidioso se ha aposentado en nosotros: ¿Correremos idéntica suerte algún día igualmente aciago? ¿Se enfriará en un futuro remoto e indeterminado nuestro brillante sol? ¿O nuestro amado planeta perecerá, como el de ellos, en un solo instante, en un abrir y cerrar de ojos, para dejarnos con la respiración a medio terminar, la sonrisa medio formada y el corazón inmóvil en un pecho de piedra?

Del Diario de Tim Egan. Sin fecha:

Goran me ha hecho una pregunta muy inquietante. Durante la última guardia vino a verme en mi cabina de la tórrela. Venía con el ceño fruncido.

—En tu calidad de técnico de comunicaciones, Egan — principió—, quizá puedas ayudarme. Durante el tiempo que estuvimos en ese último planeta o en sus proximidades, ¿registraron algo insólito tus instrumentos? ¿Algo que pudiera recordarte las señales cifradas? Yo le dirigí una mirada de sorpresa.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunté.

—¿Así, es verdad?

—^Durante un rato —respondí, asintiendo— capté algo que no acierto a explicarme. Una serie de pulsaciones regulares y espaciadas en la longitud de onda corta. No pude entenderlo, aunque, como nosotros no utilizamos esa longitud...

—El espectro de la radiación de las ondas etéreas —me interrumpió él — es la gama de las frecuencias posibles, ¿no es eso?

—Eso es. Las ondas auditivas son las más largas, para pasar luego a las ondas calóricas y luego a las visibles. Por debajo de éstas...

—Egan, quiero que hagas algo extraño. Quiero que des rienda suelta a tu imaginación. Deja de ser por un momento un científico práctico y dedícate a concebir un mundo fantástico.

Goran hizo un profundo y trémulo suspiro.

—Supón que existe una raza —dijo— con una gama perceptiva y un metabolismo que sólo sean una fracción de los nuestros. Un raza de seres retardados, por así decirlo, cuyo ritmo vital fuese tan lento que pudiesen oír lo que nosotros sentimos, sentir lo que vemos y ver... quién sabe qué. Posiblemente las radiaciones que utilizamos en medicina.

«Semejante raza, a nuestros ojos, no estaría animada de movimiento aparente. El más rápido de sus gestos necesitaría años enteros de los nuestros, la longitud de sus vidas comprendería siglos y eras enteras para nosotros. El latido de sus corazones, su respiración sólo podría detectarse por medio de nuestros más delicados instrumentos.

»¡Para nosotros, Egan... el mundo en que habitase semejante raza parecería poblado de estatuas!

Yo le contemplé estupefacto.

—Quieres decir que ellos... —articulé trabajosamente—. ¿Quieres decir que su mundo no estaba muerto en realidad? ¿Que ellos...?

—No lo sé. Honradamente, no- lo sé. Me pasó esta idea por la cabeza, y ahora me obsesiona. La prueba suministrada por tus aparatos no hace más que reforzarla. Supon que esas ondas cortas que tus instrumentos captaron fuesen largas para ellos... y que las rítmicas señales que oíste fuesen habla articulada en su banda de comunicaciones.

»Supón también que para sus ojos retardados, aquel mar helado no fuese una masa rígida, sino cálido, brillante y rompiéndose en alegres olas. Imagina que aquel muchacho corría de verdad y no estaba inmóvil, como pensamos. Imagina que la gente reunida en aquel templo no contemplaba una imagen, sino una serie de escenas que, para su ritmo retardado, daban la ilusión de movimiento.

Yo protesté.

—Vamos, Goran, que de tener razón...

—En semejante planeta, todos los valores estarían trastocados. Un sol frío sería cálido, una atmósfera espesa sería clara y diáfana. Y nosotros, moviéndonos a velocidades desconocidas para ellos, seríamos seres imposibles de concebir. Ni siquiera podrían vernos. Pasaríamos como exhalaciones ante ellos, y en el mejor de los casos, como pálidas llamas temblorosas. Nuestras acciones más lentas serían invisibles. ¡Pero lo peor sería nuestro contacto, Egan, nuestro contacto!

—¿Nuestro contacto?

—El terrible contacto de una velocidad más rápida que el pensamiento. El contacto llameante de una fricción insoportable. ¿Recuerdas cómo los libros se convirtieron en negras cenizas? Igual sucedía con todo cuanto tocábamos o intentábamos tocar. ¡Quizás esas cosas no eran viejas, como pensábamos, sino que se consumían!;

»¡Y aquel jugador de fútbol, Egan! No puedo dejar de pensar cómo se deshizo entre nuestras manos. Quisimos llevárnoslo... y se convirtió en un montón de polvo. ¡Admitiendo que fuese un ser vivo, nosotros le asesinamos!

—¡Esto es imposible! —exclamé—. Semejante raza no puede existir. Es demasiado fantástico y descabellado...

Del The New York Times, del 9 de agosto de 2001:

¡DESAPARICIÓN DE UN JUGADOR DE FÚTBOL!

El medio centro del Yank desaparece ante millares de espectadores. — La policía no acierta a explicarse el misterioso hecho.

El más desconcertante de toda la serie de extraños incidentes registrados esta tarde fue la súbita y misteriosa desaparición ante los ojos de más de cincuenta mil atónitos espectadores, del medio centro del Yankee, Buck Wilkins, en el campo del Stadium.

Cuando Wilkins corría para arrebatarse el balón al delantero del Red Sox, Tom Landon, desapareció convirtiéndose en lo que un testigo ocular denomina históricamente «una pequeña llamarada».

La policía, que recibe numerosas denuncias acerca de la desaparición de muchos libros y documentos en diversas partes de la ciudad y del atrevido robo, realizado en plena luz del día, de un monumento situado en Central Park, se dedica a interrogar detalladamente a todos cuantos han sido testigos de estos extraños sucesos. Se ha detenido a algunos sospechosos y se confía en descubrir pronto al culpable o culpables...

FIN